
BORN
TO BE
free
RACHEL RP

Contents

Advertencia
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
EPÍLOGO
ESCENAS EXTRA
El Amo
Texas
Born to be wild
La venganza llegará en septiembre de 2025.
Mientras tanto...

Título: Born to be free
©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).
©RachelRP

Primera edición: 2025
Diseño de cubierta: Luce G. Monzant
Maquetación: RachelRP
Corrección: Nia Rincón

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Puedes encontrarme en: www.RachelRP.es

A ti, que eres capaz de soportarlo todo, incluso lo que nadie ve, porque sabes que naciste para ser libre.

Advertencia

Esta novela contiene menciones y escenas relacionadas con temas sensibles como maltrato, secuestro, abuso físico y verbal. Estas situaciones están presentes en la trama como parte del contexto narrativo, pero en ningún momento son justificadas, romantizadas ni idealizadas. El protagonista nunca participa ni promueve estas acciones. Y tampoco son explícitas.

Si estos temas te resultan perturbadores o podrían afectar tu bienestar emocional, confío en que tomarás la decisión adecuada para ti.



CAPÍTULO 1

Texas

Llevamos casi una semana en la bodega de este barco. Mi estómago por fin se ha acostumbrado, aunque a mi alrededor veo o, mejor dicho, huelo que el de muchas otras no. Apesta. Entre el vómito, el aire estancado y el sudor… Un asco. De todas formas, no puedo lamentarme, yo elegí estar aquí. No era el aquí que me imaginaba, pero aun así no me permito quejarme.

Rozo con mis dedos la cicatriz debajo de mi tatuaje de mariposa, recordando cómo he acabado en este lugar; el resumen es fácil: soy idiota. No era una chica que estudiara demasiado, aunque tampoco se me daba mal, pero digamos que no tenía un modelo en casa a seguir, así que simplemente me limité a divertirme. Todo se fue a la mierda cuando probé las drogas, eran lo que necesitaba para olvidar que mi vida era un asco. La primera vez fue a los catorce, y ya no las dejé. No hasta que fue tarde. Experimenté lo que sienten las personas que han sido revividas y gané una cicatriz, que fue el botón de reinicio de mi vida. Después de todo, gracias a eso ahora tenía mi título de Enfermería. Así que cuando necesitaron el dinero no lo dudé, se lo debía a mi botón de reinicio.

Cuando decidí dar un giro a mi vida y estudiar, procuré concentrarme solo en el trabajo y los libros. Soy una adicta, lo seré toda mi vida, depende de mí recaer, y por eso evitaba ciertos lugares; pero cuando lo necesité supe dónde buscar, donde está la oscuridad, y me adentré en ella sin linterna.

—¿Estás segura? —Me había preguntado el hombre canoso al que acudí*—. No va a ser divertido, abusarán de ti, te golpearán y puede que incluso te maten, les vas a pertenecer.*

En ese momento asentí, rozando mi cicatriz; no tenía dudas, al igual de que no tengo dudas de que voy a sobrevivir y a salir de ahí. No me importan los golpes, ya tengo una carrera en ellos gracias a los novios de mi madre. Los abusos, nada que no pueda manejar;

no me han violado, al menos eso creo, hay recuerdos que he perdido de mi época de yonqui, no será muy diferente, un paso para un fin, ya estoy acostumbrada a usar mi cuerpo como moneda de cambio. Lo que sí sé es que he dejado que los hombres utilicen mi cuerpo para conseguir droga. En cuanto a la muerte, estoy preparada desde hace tiempo, nadie va a llorar mi pérdida, no tengo amigos, ni novio, ni siquiera gato; no puedo arriesgarme. Lo que sí que tenía claro en ese momento, pero preferí callar, es que no iba a pertenecer a nadie, mi cuerpo sí, sin embargo, mi alma, esa era mía desde que hace unos años había bajado al infierno y la había rescatado.

Un cuerpo diminuto se revuelve a mi lado, es Nueva York, una rubia perfecta con cuerpo de modelo y cara de muñeca, un sueño, al menos hace una semana. Llegó el mismo día que yo, está aterrorizada y, por alguna extraña razón, me ha elegido a mí para protegerla.

—Nueva York, despierta, ya casi es la hora de la comida. —O eso creo.

—Odio ese nombre, me llamo Carly —me contesta triste y enfadada.

—Ya no. Ahora somos solo carne comprada en el mercado, en el de Nueva York, el de Texas, Arizona, Boston….

Una lágrima rueda por su cara mientras me mira atenta.

—¿Cómo es posible que estés tan tranquila? Ni siquiera te he visto llorar una vez, ¿no ves lo horrible que es esto?

—Intento ver el lado bueno de las cosas. —No voy a reconocer que la situación es una mierda, pero que al menos esa mierda la he elegido yo.

—¿Y puedes decirme qué lado bueno ves? —me pregunta entre irritada y sorprendida.

—¿Qué es lo peor que te ha pasado en la vida? —inquiero.

Ella se me queda mirando, pensativa. Quizás recordando algún novio que la engañaba o un vestido que no pudo comprarse, puede que hasta cuando murió su caballo, tiene pinta de ser una chica de dinero.

—Exacto —suelto sobresaltándola—, ahora todo lo que te ha pasado en la vida ya no es tan malo, ¿no? —Está claro que la definición de malo ha tomado un nuevo significado para ella y para todas—. Así que el lado bueno es que nunca te ha ocurrido nada tan jodido como esto o lo suficientemente malo como para compararlo. Has tenido una buena vida.

—¿Y tú? —me pregunta, queriendo saber qué era lo desagradable que había tenido en mi vida.

Simplemente me encojo de hombros y le sonrío.

No sé si se ha quedado contenta con mi explicación, pero no voy a darle otra.

Nos reparten la comida en unos cuencos, es una masa asquerosa que no sabe mejor que cartón mojado, aunque al menos es comida. Tras pasar a recoger los cuencos, toca la ronda con los hombres. Cada día, desde que he estado en este maldito barco, uno de los que nos vigilan viene, me lleva y me folla. No es amable y no busca que yo sienta placer, solo es meterla en caliente. Lo hacen con todas las chicas menos con Nueva York, así que ella debe ser especial por algo o para alguien.

Siempre he pensado que algo está mal en mi cabeza porque no proceso las cosas como los demás, cuando estoy con estos cerdos logro que mi mente vaya a otro lugar y apenas siento siquiera que estoy en el barco. Supongo que estoy tan rota que ya no hay nada que me haga sentir.

Llega un guardia, el mismo que el segundo día, al menos a este apenas lo noto dentro, la tiene pequeña y se corre en menos de dos minutos. Patético, pero mejor que otros que me sudan encima.

—Ves —le digo a Nueva York mientras me levanta el guardia del suelo donde estoy sentada—, el lado bueno es que a ti no te violan cada día. Podría ser peor.

—¿Y cuál es tu lado bueno? —me pregunta mientras me alejo.

—Que siempre vuelvo viva.

Como ya sabía, mi transgresión apenas dura cinco minutos. Me tira encima de una mesa metálica, se baja los pantalones, escupe en su mano para lubricarse y en unos minutos todo ha terminado. Al menos usan preservativo, qué detalle.

Cuando me lleva de regreso a mi sitio, Nueva York ya no está. Eso es raro, a ella nunca se la llevan y desde el primer día permanece sentada a mi lado.

—¿Dónde está? —me atrevo a preguntar.

La única respuesta que obtengo es un golpe en mi cara que hace que me tambalee. Genial. Me siento, inspeccionando el lugar, buscando esa melena rubia que solo ella tiene en este sitio. Yo tengo esa mezcla de rubio y moreno que parece que no he teñido mis raíces en meses, aunque es natural. Si hubiera tenido dinero me lo hubiera puesto del color de Nueva York, sin embargo, había que comer, así que simplemente parezco una callejera, natural, pero callejera.

Pasa un rato, no sé cuánto, cuando un alboroto se forma al otro lado del lugar donde nos tienen. No sé por qué, pero me levanto y voy hacia allí. Ningún guardia me detiene, parece ser que todos están igual de interesados que yo en saber qué está ocurriendo. El barullo aumenta y pronto puedo distinguir el sollozo de Nueva York. Intento abrirme paso a través de los hombres escuchando a la vez la conversación que se está dando junto a ella mientras dos hombres discuten.

—¡En qué cojones estabas pensando! —grita uno—. Ella no puede ser tocada por nadie.

—¿Qué la hace tan especial? —pregunta otro.

—Ella tiene dueño, y si se entera de que la has tocado vas a querer cortarte la garganta antes de que llegue hasta ti.

—Si yo no le pego un tiro antes, ¿no? —alardea el tipo.

Al llegar frente a ellos, veo como uno se inclina sobre otro, dándole un nombre que no llego a distinguir bien. El color desaparece de su cara. Ha jugado con la mercancía equivocada. Idiota.

Justo detrás de ellos está Nueva York. Tiene el pelo enmarañado, como si la hubieran cogido de él para arrastrarla. Su ropa está rasgada y ella está hecha un ovillo en el suelo, llorando y respirando demasiado rápido. Me pienso dos veces el acercarme, no quiero que me regalen otro guantazo y tampoco la conozco tanto, pero finalmente mi instinto de enfermera hace que me acerque a ella.

—Ey, Carly —prefiero no usar su nuevo nombre para intentar tranquilizarla—. ¿Estás bien?

Ella levanta la cabeza y puedo ver que su cara muestra un moratón que empieza a aparecer. El tipo grande no solo ha intentado abusar de ella, también la ha golpeado. Nueva York me mira, pero sus ojos no me enfocan, solo puede respirar rápido; si sigue así va a desmayarse por hiperventilación.

—Carly, venga, mírame, respira conmigo.

Es entonces cuando el que tiene pinta de haberla llevado a ese estado se da cuenta de mi existencia y viene hacia nosotras. Lanza una patada. Por instinto, me abalanzo sobre Nueva York para protegerla y recibo todo el golpe. Ella comienza a gritar histéricamente.

—¡Haz que se calle! —me gruñe el tipo.

—Prueba a no pegarnos, eso ayudaría.

Hace mención de volver a agredirnos, pero varios se le echan encima. Uno de ellos se agacha a nuestro lado mientras Nueva York no deja de gritar.

—¿Qué le ocurre? —pregunta, pareciendo genuinamente preocupado, no sé si por ella o por lo que puede hacerles a ellos su dueño.

—Tiene un ataque de pánico, debemos llevarla a un sitio tranquilo y hacer que respire correctamente o acabará desmayándose.

—¿Cómo sabes eso?

—Soy enfermera.

Parece que mi explicación es suficiente. Con un gesto ordena a otro guardia que recoja a Nueva York en brazos. Ella se aferra a mi mano, muerta de miedo. Yo la aprieto mientras camino a su lado, dándole palabras de consuelo. No tengo claro si nos llevan a un lugar a tranquilizarla o a matarnos, pero es un pensamiento que ahora mismo no puedo compartir con nadie, así que simplemente lo entierro en mi mente.

Tras atravesar lo que parece todo el barco, entramos en un camarote pequeño con una camilla. Debe ser la enfermería. Depositan a Nueva York allí, dejándola aún aterrorizada y temblando.

—Haz lo necesario, pero en dos horas ella debe estar bien —dice el tipo que previamente se ha preocupado, antes de irse y cerrar la puerta del camarote.

No sé por qué en el plazo de dos horas ella tiene que estar bien, aunque me da la impresión de que nuestro viaje pronto se va a acabar. Rebusco entre los armarios de la enfermería mientras un guardia me vigila con la mano apoyada en su pistola. Si lograra poder ocultar algo de esto para un futuro sería una victoria, pero no quiero arriesgarme, no aún. Así que dejo el material quirúrgico y las vendas donde estaban y prosigo.

Tras revisar varias estanterías, por fin encuentro un frasco de un calmante que conozco, decido aplicarle media dosis para que no quede KO por demasiadas horas, con esta cantidad simplemente se relajará. Cojo la aguja, la introduzco en el bote, aspiro el líquido y luego me acerco a Nueva York.

—Ahora voy a darte algo que te hará sentir mejor.

Ella se echa hacia atrás horrorizada, no quiere quedarse inconsciente, no hace más que mirar al tipo del arma, es el mismo que la traído. No se fía de lo que pueda ocurrirle mientras descansa.

—No te preocupes, no vas a dormirte, solo te relajarás y, si a este le parece bien, yo me quedaré contigo en todo momento.

El tipo solo gruñe, así que imagino que eso es un sí.

Parece que Nueva York se tranquiliza un poco y deja que la pinche. El del arma aparta la mirada.

«¿En serio? Puedes matar y violar mujeres, pero las agujas no te gustan. Otro idiota».

Nueva York se recuesta del todo. La ayudo a poner bien su ropa y le tiendo una sábana por encima para que no se le vea nada. Ella me lo agradece en un murmullo. El sedante le está haciendo efecto. Acerco un taburete metálico y me siento a su lado, cogiendo su mano entre las mías. Ella se va relajando hasta quedar dormida, quizás no he calculado bien la dosis o el hecho de llevar días mal alimentadas hace que su cuerpo sucumba con más rapidez.

El tipo del arma se pasea de arriba abajo, aburrido. Apoyo mis codos en la camilla buscando una postura más cómoda, este taburete es una tortura. No sé el rato que permanecemos así. Nueva

York me da un poco de envidia, está serena y tranquila disfrutando de algo de buen sueño. Estoy tan relajada que noto como mis párpados van cayendo. No quiero dormirme, pero me está costando horrores no hacerlo, este silencio, esta paz y el balanceo del barco no ayudan nada. Cuando creo que finalmente me duermo, el ruido de la radio del tipo me despierta de un sobresalto. Casi me caigo del taburete. El tipo armado escucha las instrucciones por el auricular y luego contesta. Mi cerebro aún está en una bruma, así que no entiendo lo que ha dicho.

—Despiértala, en cinco minutos vendrán a por vosotras —dice, dirigiéndose a mí en un tono autoritario.

—¿Por qué? Ella necesita descansar.

—Ya hemos llegado a nuestro destino, en un rato conoceréis a vuestros dueños.



CAPÍTULO 2

Texas

Pues ya está, esto oficialmente comienza, a partir de aquí empieza mi carrera por sobrevivir y escapar. Espero que Nueva York también, no la conozco, pero me da ternura; si hubiera tenido una hermana pequeña me hubiera gustado que fuera como ella. Puede que en otra vida merezca algo así, en esta desde luego no.

—Nueva York, despierta —le susurro, zarandeándola con suavidad.

Nada.

—Vamos, tenemos que movernos.

Ella se retuerce un poco y se pone de lado.

—Brett, déjame un ratito más, por favor.

Está claro que no está centrada, cree que está con un tal Brett… ¿Su novio? ¿Su amigo? ¿Su hermano?

—Siento no ser Brett, soy Texas y hay que despertarse.

Como si el oír mi nombre, mi nuevo nombre, fuera un cubo de agua fría, ella se despierta y se incorpora. Mira a su alrededor, tomando conciencia de dónde está en realidad. Creo que puedo decir exactamente el segundo en que se da cuenta de que toda esta situación de mierda es real, ya que algo en sus ojos se apaga. Qué jodida es la esperanza.

La ayudo a levantarse y ponerse de pie, se tambalea un poco, aún mareada, pero puede caminar por sí misma. Su ropa es un auténtico desastre, tiene el sujetador al descubierto y no logra taparse con los jirones de tela que todavía le quedan. Me da pena, probablemente va a enseñar mucho más y a mucha más gente a partir de ahora, aunque ella no lo sepa. Por el momento voy a dejarla vivir feliz en su ignorancia.

Cojo la sábana con la que la había tapado y la rasgo, con un par de movimientos consigo hacerle una especie de chaqueta-túnica que hace que no se le vea nada. Ella me abraza en agradecimiento. Un

ruido en la puerta suena y se abre. El que se preocupaba antes por ella está ahí con el arma en la mano.

—Vamos, ya hemos llegado.

Nueva York tiembla y se queda paralizada, la paciencia no es una característica que defina a estos hombres, así que la empujo para que empiece a caminar. Ella busca mi mano y yo no se la niego, no sé cuándo será la próxima vez que tenga un contacto humano tan cálido.

No nos llevan por el mismo camino de vuelta. Atravesamos un par de salas y subimos varios tramos de escaleras escoltadas por los dos tipos, el que nos vino a buscar y el que había estado allí con nosotras. Tras abrir una puerta, puedo oler el aire limpio, el mar. Tengo ganas de llorar, no me había dado cuenta de cuánto había echado de menos el aire libre. Nos sacan a la cubierta, aquí hay muchos más hombres con pistolas aunque ni siquiera nos miran. Nos movemos por el exterior del barco, que parece un carguero, pegadas a la barandilla desde donde se puede ver el muelle. El tipo delante de Nueva York se detiene en seco para dejar pasar a otros que llevan un cajón pesado. Aprovecho ese momento para mirar con más detenimiento el muelle.

Hay muchas mujeres en grupos, muchas más de las que había conmigo en la sala de abajo. Debieron llegar antes que yo al barco porque nunca nos cruzamos. Es de noche, pero unos focos enormes alumbran la zona como si fuera de día. Emprendemos la marcha de nuevo. Nos dirigimos a la pasarela de bajada, es muy larga y debajo solo se ve el agua negra y fría, ni siquiera sé dónde estamos. Nueva York mira demasiado rato el agua, creo que quiere lanzarse; no sería buena idea, si muere, lo haría de forma dolorosa, y si no lo hace, podría querer estarlo una vez que se recuperara.

Unos gritos se oyen a nuestra izquierda. Nos detenemos y veo a un hombre de traje de espaldas a nosotras chillando a otro tipo que parece de la tripulación del barco. Dos hombres armados con metralletas flanquean al del traje.

—¡Dónde cojones está la chica! —grita el tipo—. No es ninguna de estas zorras. Va a morir mucha gente si no la veo en los próximos cinco segundos.

Dicho esto, se gira y se queda mirándonos. El tipo es grande, guapo, moreno y está muy muy enfadado. Sigue observándonos hasta que veo cómo centra su mirada en Nueva York. «Creo que ahí tienes a tu dueño, amiga». Terminamos de bajar la pasarela y él ya nos está esperando a los pies de esta. Aparta al tipo delante de Nueva York y le echa un vistazo de arriba abajo, no le gusta lo que ve.

—¿Por qué demonios ella se ve así? —pregunta, apretando la mandíbula.

Alguien va a morir esta noche y, la verdad, no me da ninguna pena, deberían matarlos a todos. Nadie le contesta. Se acerca a Nueva York cogiendo el rostro entre sus manos, apreciando el moratón que le está saliendo.

—¿Quién te ha hecho esto? —susurra en un tono dulce que no me esperaba.

Ella no contesta, está aterrorizada. No sé por qué, pero decido hablar yo.

—Intentaron abusar de ella.

El tipo del traje levanta la vista por encima del hombro de Nueva York, buscando a quien ha contestado, y nuestras miradas se quedan enganchadas durante un segundo, ambos callados, sin decir nada.

—¿Quién fue?

Tengo la vida de un hombre en mis manos, sonrío y no dudo en contestar.

—El tipo que estaba en nuestra sala, el del águila tatuada en su brazo derecho con la bandera de EE.UU. rasgada en su pico.

—Gracias.

Y así firmo mi primera sentencia de muerte, sin embargo, no me siento mal, no tengo remordimientos, quiero a ese tipo y a los demás muertos.

—Camina —me ordena el hombre que tengo detrás, empujándome para que comience a andar.

En ese momento veo como una chica echa a correr hacia la zona oscura a la izquierda de donde estamos nosotros. Empiezan a soltar todos gritos, las mujeres, por miedo, los hombres, para callarlas. Un

guardia alza el brazo y dispara dos veces al aire. Todas nos agachamos y me lanzo para cubrir a NY, que se ha quedado paralizada. Si no la llego a empujar, seguiría de pie. La chica sigue corriendo, mala idea. Justo cuando va a alcanzar la oscuridad que podría haberla amparado, un tiro atraviesa su espalda y sale por su pecho, por donde está su corazón. O estaba. Cae fulminada en el suelo, está muerta antes de tocarlo.

—Vamos —gruñen tras de mí—, no me hagas repetirlo, ¿o quieres correr la misma suerte que esa? —me dice el tipo, señalando con la cabeza el cuerpo inerte en el suelo.

Miro hacia donde está la chica, la cual ahora es arrastrada por uno de sus pies como una muñeca de trapo. No quiero ser la siguiente, así que me dispongo a ir con él, aunque tengo un problema: Nueva York no me suelta. Pruebo a intentar quitar su mano con la mía, pero enseguida se agarra a otra parte de mi brazo. El tipo del arma se está impacientando. El del traje está al teléfono sin dejar de mirar a Nueva York. Mierda, esta tía va a hacer que me maten.

—Nueva York, tienes que soltarme, debo irme —le susurro lo más tierno y calmado que puedo.

Ella niega con la cabeza. Tengo que respirar hondo para tratar de encontrar las palabras adecuadas que no hagan que me peguen un tiro.

—Creo que esto no es decisión tuya ni mía. Vas a estar bien, parece que él te aprecia —le digo, señalando al hombre del traje con la cabeza.

—No puedo —susurra Nueva York.

Ella lo mira a él y me mira a mí. Pero sigue sin soltarme.

—Recuerda que siempre hay un lado bueno, solo tienes que encontrarlo.

—No me dejes sola, por favor, moriré sin ti —me suplica, comenzando a llorar.

No me jodas, va a hacer que me maten con esa actitud caprichosa, en buena hora dejé que creyera que éramos amigas. Un puño se estrella en mi cara, no lo he visto venir, y caigo al suelo. Al menos Nueva York me ha soltado. El tipo del arma ha perdido la paciencia.

—¿Qué parte de camina no has entendido? —pregunta el hijo de puta mientras esboza una sonrisa.

Me levanto como puedo, un poco mareada por el golpe, y sin dejar de mirar al tipo del arma. No me cogerá desprevenida de nuevo. Comienzo a caminar alejándome de Nueva York. Ella comienza a ponerse histérica y a llamarme. Resisto y no me doy la vuelta, lo hago hasta que oigo como ella lucha, y me giro. Puedo ver cómo asesta una patada a uno de los tipos con metralleta que acompañan al del traje y se zafa de su agarre. Y entonces comienza a correr hacia mí. Mala idea.

—¡Texas! ¡Espérame!

Ella va a morir, lo veo en los ojos del que tengo justo a mi lado, el que me ha golpeado. Él carga el arma y se dispone a disparar cuando ella llega a mí. Por instinto, le doy un manotazo que lo hace tambalearse y la bala sale desviada, lo justo para que no nos dé a Nueva York ni a mí, pero acertando de pleno en otro de los tipos armados del barco. Muere con la bala en su garganta. Uno menos.

Creo que puedo sentir un escalofrío recorrer mi espalda cuando el del traje reacciona. En un instante, se acerca a grandes zancadas al del arma y sin mediar palabra le pega un tiro entre los ojos. Otro menos.

—Si alguien más quiere acabar así, solo tiene que poner en peligro a la chica. Venga, ¿nadie? —propone animado—. Dadme ese gusto de acabar mis balas en vuestras cabezas huecas.

Puedo ver la locura sádica que encierran sus ojos. Me da miedo, es una persona sin alma y disfruta con ello.

Se acerca a nosotras, y si antes Nueva York me tenía cogida por el brazo, ahora parece un koala. Está aferrada a todo mi cuerpo.

—¿Quieres que ella venga? —le pregunta el del traje a Nueva York.

Ella sale un poco de detrás de mí y asiente levemente con la cabeza.

—Si no dices nada es que no la quieres, así que vámonos.

Como si la vida le fuera en ello, Nueva York da un salto delante del tipo del traje y asiente de nuevo. Él la mira, quiere escucharla decirlo. Ella tarda en entenderlo, pero al final lo hace.

—Sí, por favor.

Apenas se la oye.

—Entonces, ella se viene con nosotros.

Así de simple decide que también voy. No da dos pasos antes de que un tipo con arma se interponga en su camino. Otro suicida.

—No te la puedes llevar, ella tiene dueño.

Habla de mí. Alguien me había comprado en la subasta, no sé quién, pero por lo visto ya no era libre de decidirlo.

—Dile al que sea que ella se viene conmigo, lo compensaré —insiste el tipo del traje, enfadado porque un peón le intenta rebatir una orden.

—Señor, no quiero importunarle, pero alguien ha pagado específicamente por ella. Quería una enfermera y ha estado mucho tiempo esperando a que una que le gustara llegara. No creo que la vaya a cambiar.

El tipo del traje me mira, parece que no se cree que alguien con mis pintas sea una enfermera titulada.

—Está bien, dile a su dueño que voy a llevármela, dejarla no es una opción. Pero que contacte conmigo, me encargaré personalmente de que una chica con las mismas cualidades que esta y con mayor belleza le sea entregada. Aunque tenga que ir a secuestrarla yo mismo.

Vaya, en un momento han cuestionado mi belleza y al siguiente han planeado meter a una pobre mujer inocente en un lío como este. Y todo porque yo tengo dueño. Resulta que creemos que debemos seguir las normas todos por igual en el mundo entero y ahora veo que hay diferentes mundos y distintas normas para cada uno.

El tipo se lo piensa, pero el del traje saca un fajo de billetes que tira a sus pies y, por la sonrisa que veo, el mercenario le dará el recado a mi exdueño encantado.

—Subid al coche —ordena el del traje a la vez que llega un todoterreno negro brillante.

Nueva York está indecisa. Ha conseguido que yo vaya con ella, pero ahora no sabe qué hacer con eso, no quiere subir, que yo esté

o no da igual, no hay diferencia, al menos no para ella. Para mí, pronto lo descubriré.

El tipo del traje me coge no muy amablemente del brazo y me retira de donde está Nueva York.

—Haz que entre y que lo haga porque quiere. Estas aquí por ella, si no me sirves te pegaré un tiro y buscaré la forma de llegar a ella de otra manera.

Vale, demasiada información. Nueva York es valiosa. Quiere algo más que un juguete sexual. Yo soy de ayuda para que eso pase. Si no soy de ayuda, pues bala en mi cráneo. Me gusta mi cráneo sin agujeros.

Asiento para que vea que lo he entendido y me dirijo hacia mi salvavidas.

—Nueva York, mírame.

Ella alza la vista, tiene los ojos rojos de tanto llorar y puedo ver lágrimas aún no derramadas en ellos.

—Vamos a subir ahí y nos vamos a alejar de aquí, no quiero que una bala perdida nos alcance.

—¿Y que nos va a hacer él? —pregunta con miedo.

—No lo sé, pero seguro que es mejor que quedarse aquí. Tú has querido que vaya contigo y él te lo ha concedido, ¿no? —Ella asiente —. Así que tan malo no puede ser.

Bueno, si nos olvidamos de los sesos del otro tipo que están esparcidos por el muelle. Y del agujero en mi cabeza que quiere hacerme. Además del hecho de que está dispuesto a secuestrar a quien sea para que el tarado que me compró sea feliz. Malo no es, lo que es un gilipollas.

—¿Y qué pasará cuando lleguemos a donde nos lleve? ¿Nos va a violar? ¿Nos va a pegar? No quiero ir, quiero irme a casa, tengo miedo.

El tipo del traje está empezando a impacientarse, lo noto. Lo miro por encima del hombro buscando algo de colaboración.

—Trabajareis como empleadas del hogar en mi casa, es por eso que te traje, necesito a alguien que atienda mi casa y sepa idiomas —explica el tipo del traje.

Me tengo que esforzar mucho para no rodar los ojos. Eso no hay quien se lo crea.

—¿De verdad? —No me puedo creer que Nueva York se lo esté tragando.

El tipo asiente.

Bueno, esta chica es más tonta de lo que yo creía. En serio, alguien es capaz de secuestrarte, con todos los líos legales que eso implica si te pillan. Te lleva en un barco a no sé dónde. Por cierto, aún no sé dónde estamos, pero al menos hablan inglés. Llevan un montón de mujeres más que fueron vendidas en una subasta y de las cuales han estado abusando todo el trayecto. Y, ¿de verdad te crees que solo buscaba alguien que le limpie el polvo? Si no fuera porque quiero salir de aquí y demostrar que soy útil, me hubiera reído en su cara. «Qué mal lo vas a pasar, Nueva York, cuando te des cuenta de la realidad en la que ahora vivimos».

Al menos, la estupidez de Nueva York la hace ser feliz en la ignorancia y sube al coche, yo lo hago detrás de ella, sentándome al lado y mirando al tipo del traje, que está frente a nosotras. Desde fuera no parecía tan grande, pero este todoterreno es tan amplio que tiene espacio suficiente para que haya asientos enfrentados en la parte trasera.

—¿Puedo preguntar dónde estamos? —Tengo curiosidad y no parece una cuestión por la que me vayan a golpear, creo.

El del traje me mira y contesta.

—Estáis en Irlanda, bienvenidas a vuestra nueva vida.



CAPÍTULO 3

Texas

Como cada mañana, me dirijo al despacho del amo. Desde el primer día me obliga a llevarle información de Nueva York antes de que ella despierte.

Hace unos diez días que estamos aquí y aún no sé su nombre, siempre me hace llamarlo «amo». Hasta el momento todo ha sido muy raro, nos han instalado en una habitación juntas, que dudo mucho sea como la de las otras sirvientas de la casa. Nos pasamos el día limpiando el polvo y haciendo coladas, claro que yo me cargo la mayor parte del trabajo porque no quiere que Nueva York se canse y a ella le parece genial ordenarme como si estuviera bajo su mando. Por mí, bien. Mientras ese sea todo el sufrimiento que voy a pasar me parece perfecto. Ella sigue sin darse cuenta de nada, vive como en una nube rosa en que cree que estuvo en el sitio equivocado en el momento equivocado y que, de algún modo, va a regresar pronto a casa. Ilusa. Ni siquiera nos dejan pisar el jardín sin uno de esos matones armados vigilando.

Podría decir que se siente segura, sabe que nadie la va a tocar. Yo, sin embargo, no he dejado de notar cómo nos miran los hombres y cómo arrastran a otras sirvientas a un rincón apartado. Hace dos días entré a una habitación y vi como una de ellas limpiaba una estantería de libros, uno a uno, mientras uno de los tipos armados la estaba follando por detrás. Ella no decía nada, era como si realmente no estuviera pasando. Me dio escalofríos la escena y me da escalofríos recordarlo. De momento a nosotras no nos tocan, a Nueva York porque el Amo la quiere, a mí porque todavía le soy útil, o eso supongo.

Me paro frente a la puerta del despacho y toco dos veces, como cada mañana.

—Adelante —se oye desde dentro.

Paso y me detengo en la puerta al ver al Amo detrás de su escritorio de madera enorme hablando con un tipo sentado en una butaca delante de él. He visto a ese hombre antes en la casa, y sé que él también me ha visto, siempre se me queda mirando de una manera extraña. Aún no sé si me da miedo. Cuando en tu vida has visto tantos monstruos, uno más ya no te asusta.

—Pasa y cierra —me ordena el Amo, y yo lo hago.

El tipo que me mira raro se levanta de su asiento y me lo ofrece, como si yo fuera una dama en una reunión de alta sociedad. Es extraño. Miro al Amo, que me indica que puedo sentarme.

—¿Y bien? —me pregunta el dueño de mi vida, por ahora.

Miro al raro, siempre estamos solos cuando le hablo de Nueva York, así que no me siento cómoda comentando cosas delante de él. Se me debe notar en la cara porque el tipo raro saca su móvil y se disculpa para hacer una llamada que no sé si tenía que hacer, pero se va al otro lado de la habitación enorme, lo que nos da algo de privacidad.

—Nueva York sigue dormida, esta noche apenas ha llorado, creo que va empezando a entender que no hay mucho que hacer. —Cada día se pasa las noches sollozando y eso impide que durmamos ella y yo, como si lloriquear arreglara algo. Y eso que ni siquiera es consciente de la mierda en la que estamos metidas.

—¿Cuándo crees que estará lista para entender que ella es mía? —me consulta el Amo, impaciente.

Menudo gilipollas arrogante.

—No lo sé, no es algo que vaya a aceptar fácilmente. En su vida anterior no tenía ningún novio, así que por ese lado es más fácil, porque no hay nadie que olvidar. Pero, por otro lado, la has arrancado de todo lo que conocía, de su vida, y la has traído aquí…

—¿Qué tiene de malo este lugar? —me pregunta medio enfadado.

Estoy por decirle que si le falta algún verano, pero prefiero callarme y seguir medianamente bien en este sitio.

—Hay guardias armados por todos lados, no podemos dar un paso sin que uno nos vigile. Y ella aún no se ha dado cuenta, pero el que ellos puedan abusar de las chicas en cualquier rincón no hace de este sitio un lugar encantador.

—¿Alguien le ha dicho o hecho algo? —inquiere con su mandíbula cuadrada tensa.

—No, pero es cuestión de tiempo que Nueva York abra la puerta equivocada y encuentre una escena poco agradable.

El Amo se calla durante un momento, mientras piensa qué hacer o que más preguntarme. Yo sigo sentada con las manos juntas en mi regazo. Las conversaciones que mantenemos son un poco toscas, como si estuviera recitando la lista de los presidentes de Estados Unidos sin emoción, sin ningún sentimiento. Puede parecer que estoy vendiendo a Nueva York a este tipo, prácticamente me pide que sea su alcahueta, pero tal y como yo lo veo, lo único que hago es conseguir que no sea violada manteniendo el interés de este pirado en ella.

Pensar así me hace sentir mejor algunas veces.

—Estoy perdiendo la paciencia.

Lo dice, no solo por ella, sino también por mí. Yo aquí solo soy necesaria porque Nueva York me ha hecho necesaria. Tengo que darle algo.

—¿Qué le parece, Amo, si mañana por la noche cenan juntos?

Lo suelto sin pensarlo demasiado, ni siquiera sé cómo voy a hacer eso, apenas se han cruzado desde esa noche en el muelle.

El Amo se recuesta en su sillón detrás del inmenso escritorio con las manos cruzadas.

—¿Y cómo lograrías eso? —me pregunta intrigado.

A mí también me gustaría saberlo, pero vayamos con un problema a la vez.

—Eso es cosa mía.

Él me mira frunciendo el ceño, no le ha gustado mi tono.

—Amo —concluyo para que quede claro que él está al mando.

Esto de tener polla debe ser agotador, todo el día intentando demostrar quién la tiene más grande.

—Está bien, Texas, mañana por la noche ella y yo cenaremos en el comedor principal.

—¿Podría ser en un lugar menos amenazador? —pregunto, sabiendo que el gran comedor principal daría miedo de noche para estar a solas.

El Amo sopesa mi pregunta y creo que me entiende.

—De acuerdo, prepararé la biblioteca, ¿te parece un lugar menos inquietante?

—Puede funcionar.

Y, sin más, hace un gesto con su mano para que me retire.

Me levanto de mi sitio y al girarme me doy de bruces contra el tipo raro al teléfono. Me sujeta del brazo para evitar que caiga y me mira a los ojos buscando algo. No sé cómo explicarlo, pero me siento desnuda ante él, nadie me ha observado así antes. Me aparto y salgo de ahí con rapidez. No tengo claro qué ha sido ese momento, no obstante, no voy a quedarme para averiguarlo. Antes de terminar de cerrar la puerta, escucho algo que dice el tipo raro que me deja confusa.

—Tenemos que hablar de la chica.

Pero no sé a qué chica se refiere.



CAPÍTULO 4

Texas

Salgo con paso ligero hacia nuestra habitación. Está en la planta de arriba en el ala principal, a diferencia del resto de criadas, que duermen en unos cuartos en el sótano. No los he visto, pero se accede a ellos a través de la cocina, cada noche las meten allí y algún guardia se cuela. No sabría decir si duermen todas juntas o si tienen habitaciones separadas, aún no he podido hablar con ninguna de ellas; nos miran, sin embargo, no responden cuando les hablamos.

Cuando llego al cuarto, Nueva York está despierta sentada en la cama y mirándome, me estaba esperando.

—¿A dónde has ido? —me pregunta, abriendo esos enormes ojos azules. Incluso despeinada puede parecer una muñeca.

Los moratones de nuestro viaje ya han desaparecido, así que ahora vuelve a lucir una piel blanca de porcelana frente a la mía olivácea de campesina.

—Tenía que ir un momento donde el amo.

Ella se tensa, eso no es bueno, le tiene miedo. Mañana por la noche deben estar cenando juntos y ni siquiera puede oír su nombre sin estremecerse.

«Vamos, piensa, piensa cómo hacerlo».

Voy a mentirle, no solo está su cabeza en juego, también la mía. Además, no somos amigas, hemos coincidido por que las circunstancias así lo han querido, de otra manera no hubiéramos cruzado palabra jamás. De hecho, ha pasado de que me gustara tener una hermana como ella a me cuesta tolerar lo malcriada que está. No solo no ayuda con las tareas que se nos asignan, sino que además me supervisa como si fuera su criada. No, definitivamente no me gusta la persona que es.

Según me ha contado ella, en Nueva York era la reina de las fiestas y de la alta sociedad. Ha salido en todas las *webs* de

escándalos de famosos y sus padres deben verla más como un dolor de cabeza que como una hija. Lo que no sé es cómo ha hecho el Amo para hacer desaparecer a una persona así y que nadie la busque. O quizás sí la están buscando, pero encontrar este sitio debe ser como hallar una aguja en un pajar de noche y con las manos atadas a la espalda.

—Escúchame atentamente, Nueva York. —Tuerce el gesto, no le gusta ese nombre—. El Amo me ha contado algo que hará que veas toda esta situación de manera diferente.

—No creo que eso pase.

—A ver cómo te lo explico. —Espero contar una buena mentira porque tiene que tragárselo—. El Amo no te ha secuestrado como tal, sino que te ha rescatado de ser secuestrada.

Nueva York alza una ceja.

—Me ha contado que tu padre lo contrató para que cuidara de ti. Hay gente poderosa que quiere evitar que tu padre se presente a Senador, y tú eres un arma perfecta para conseguirlo.

Nueva York me mira callada.

—Hace casi un mes tu padre recibió una serie de amenazas, como hombre de negocios rico y poderoso no eran las primeras ni las segundas. Puso a su equipo de seguridad en marcha y se despreocupó. Pero hace como quince días la amenaza que llegó fue sobre ti. Iban a hacerte daño. Así que contrató al amo.

Tomo aire para que asimile mis palabras.

—Orquestaron tu desaparición de forma que nadie supiera dónde estabas para que no pudieran llegar a ti.

—¿Por qué no me dijeron nada? —me pregunta, dudando de mi historia.

—Porque no podías saberlo, debía parecer ante los ojos de todos los que te vieran que estabas siendo secuestrada y vendida. De eso iba la amenaza que llegó a tu padre. Decía que te harían desaparecer y vivir una vida de vejaciones y palizas si tu padre no dejaba el cargo.

Nueva York está pensando, espero que se lo esté creyendo.

—¿Y mi padre permitió que los tipos que nos secuestraron me pegaran? —pregunta dudando.

—Por supuesto que no, eso fue cosa de los idiotas que nos llevaban, ya viste que a ti no te hicieron lo que a las demás.

Y así había sido, salvo por el gilipollas que quiso forzarla y que tiene una bala en su cerebro en estos momentos.

Parece, por sus gestos, que la historia le va cuadrando. Ella es una chica de dinero, nunca le ha encajado que la tomaran para vender como una vulgar yonqui de la calle a la que nadie echaría de menos.

—¿Y por qué no me dijeron nada hasta ahora? ¿Por qué hacerme pasar por sirvienta? Y tú, ¿qué papel juegas en todo esto?

Vaya, sí que tenía preguntas. A ver si no me lío y la cago.

—No te dijeron nada porque tenían que asegurarse antes de que la información de que habías sido vendida como esclava llegara a las personas adecuadas, no puedo decirte más sobre eso porque no se más. En cuanto a por qué decírtelo ahora, según me ha contado el Amo es porque aquí ya estás a salvo y no tienes por qué vivir como una sirvienta. Si no entendí mal, mañana por la noche quiere cenar contigo para confirmar que ya está todo solucionado.

—¿Así que podré volver a casa? —me pregunta esperanzada.

—No, todo solucionado aquí. Allí todavía pueden hacerte daño, seguramente debas pasar en este sitio una temporada, eso te lo dirá mañana el Amo mejor.

—¿Y tú qué papel juegas? —me insiste.

—Yo realmente sí que había sido secuestrada y vendida, digamos que tú me salvaste.

Nueva York se levanta de la cama y anda por la habitación, pensando en mis palabras. Yo mientras repaso la historia a ver si todo cuadra y encaja o si he metido la pata en algún momento.

—Entonces, ¿ya no tengo que limpiar la casa? —me pregunta con las manos en sus caderas.

—Eso es, hoy todavía sí, por lo visto le queda una última comprobación que hacer antes de estar seguro de que aquí puedes estar sin peligro alguno. Por eso mañana quiere cenar contigo y contarte todo.

—¿Y por qué no me lo ha dicho él personalmente?

—Está claro que le tienes miedo, si él te hubiera dicho que cenarais a solas, ¿hubieras aceptado?

—No creo.

—¿No crees? —pregunto, sorprendida de que no se niegue rotundamente.

—Bueno, no puedo decir que no sea guapo. Y, aunque me da algo de miedo, siento una atracción por él…

Y así de fácil mi vida se ha vuelto mucho más sencilla ante esta confesión. Si el Amo no le resulta indiferente, no va a ser difícil lograr que ella lo acepte. Aún no me queda muy claro qué es exactamente lo que siente el Amo por ella, pero en lo que a mí respecta, voy por buen camino. Si logro que estén juntos, será más fácil poder salir de aquí.

Tras esta charla, Nueva York se prepara para afrontar las tareas del día. La noto más relajada, más tranquila. Se ha tragado todo lo que le he dicho. Creo que si fuera normal me sentiría mal por mentirle, ella confía en mí, pero mi yo actual no es estándar, mi mente está rota, lo que me da es pena por ver cómo se cree estas tonterías con tanta facilidad y, si soy sincera, también me da envidia. Si me ha creído sin dificultad es que en su vida no ha habido tanta mentira, engaño y desilusión, al menos no como en la mía.

Ojalá pudiera ser feliz viviendo en la ignorancia de quien ha tenido una infancia feliz.



CAPÍTULO 5

Texas

La noche llega y otro amanecer, aquí mis días pasan casi sin cambios.

Ya es media mañana cuando voy a por la ropa de la lavadora para tenderla. Nueva York me espera fuera, le encanta estar bajo el sol y, por supuesto, la parte de cargar con el peso de la ropa no es su tarea favorita. El Amo tampoco quiere que lo sea, así que ni siquiera hay que ver quién va a por ella, simplemente le aviso y voy. Paso por la puerta lateral del jardín y oigo voces en una de las salas, es la del Amo y la del tipo raro, aún deben de estar juntos. Camino lo más rápido que puedo sin mirar dentro para evitar ser vista. Llego hasta el final del pasillo, tuerzo a la izquierda y entro en la puerta del fondo. Sinceramente, quien decidió que aquí estaría la lavadora no la ponía muy a menudo, ¿puede estar más lejos y más escondida?

Compruebo las tres lavadoras y veo en el *display* que les quedan más o menos cuatro minutos a cada una. Cojo la cesta del armario para vaciar las lavadoras en ellas y llevar la ropa fuera. Oigo la puerta y me giro, esperando encontrar a Nueva York que viene a ayudarme. Pero no es ella.

—Hola, Texas —me dice el tipo grande que tengo delante.

No sé cómo se llama, solo que es uno de los guardias que nos vigila desde que llegamos. Me saca dos cabezas y tres espaldas. La camiseta negra que usa parece una talla más pequeña de la que debería llevar. Yo me apoyo contra las lavadoras y me quedo quieta, observándolo. No me gusta cómo me mira.

—Ahora vas a permanecer callada —dice, sacando su arma y apoyándola en la silla al lado de la puerta— mientras meto mi polla en tu boca.

Parece que mi semana tranquila ha acabado.

—Vas a ser buena y no gritar, ni llorar ni mucho menos hablar de lo que va a pasar —sigue diciendo mientras se desabrocha los

vaqueros y saca esa cosa fea de sus pantalones.

Admitámoslo, ningún tío es bonito de ver de cintura para abajo, con esa cosa colgando que te apunta y esos pelos locos, arggghhh.

Cuando se da cuenta de que yo no voy a acercarme, lo hace él. Me hubiera subido encima de la lavadora para evitar el contacto, pero me coge del pelo, me pone de rodillas y se introduce de golpe dentro de mi boca.

La primera arcada no tarda en llegar, creo que lo nota y, lo que es peor, le gusta. Comienza a moverse dentro de mi boca diciendo cosas por lo bajo que ni oigo ni quiero hacerlo. No entiendo qué ha pasado, por qué ahora el Amo permite que me hagan esto, ¿se habrá enfadado por mi tono de esta mañana? No lo entiendo…, o quizás lo esté haciendo sin que el Amo lo sepa… me ha dicho que no grite… me ha dicho que no lo cuente…

Noto como esa cosa crece dentro de mi boca, no sé cómo sucede realmente, pero en el momento en que mi cerebro se da cuenta de que ese tipo está haciendo esto sin permiso del Amo, cierro mi mandíbula. Y él grita. Y noto el sabor metálico de la sangre. Sonrío mientras me suelta, empotrándome contra la lavadora. El golpe en la cabeza me atonta un momento, pero cuando veo la puerta detrás del tipo grande, que ahora está retorciéndose, me levanto y corro.

—¡Hija de puta! —lo oigo gritar mientras abro y me precipito por el pasillo.

Miro un segundo hacia atrás para ver si me sigue. Está en la puerta apoyado, con una mano se agarra la entrepierna, con la otra el arma. Joder. Choco contra alguien y casi me caigo, pero me sujeta por el brazo, como ya hizo por la mañana; es el tipo raro.

—Retén a esa zorra hasta que llegue —oigo detrás mío. Y tiemblo.

El tipo raro mira por encima de mi hombro y me mira a mí. No dice nada. Creo que aún no lo he oído hablar.

Vuelve a mirar encima de mi hombro y vuelve a mirarme a mí.

Está atando cabos. Coge mi cara entre sus manos y con el pulgar aparta una gota de sangre que resbala por mi cara.

—Voy a meterte el arma por el culo y disparar hasta que me canse —oigo tras de mí muy cerca, demasiado. Pero no proviene del guardia sino del ¿Amo?

Lo siguiente que sucede no me lo esperaba. El tipo raro me estrecha con una mano contra su pecho y con la otra le dispara en la cabeza al señor pene mordido.

—A ella no se la toca.



CAPÍTULO 6

El Amo

Keanan y yo hemos estado hablando de Texas toda la mañana. Después de que ella se fuera de mi despacho tras darme el parte diario sobre Nueva York, hemos repasado los informes que he podido reunir esta semana sobre ella. Traerla no estaba dentro de mis planes, pero fue la única posibilidad que vi para que Nueva York accediera a venir conmigo.

La primera vez que vi a mi chica fue en una fiesta benéfica, lucía un precioso traje blanco con el que parecía un ángel. Sus perfectos rizos rubios y sus profundos ojos azules me hicieron creer que estaba teniendo una visión celestial. Fue su sonrisa la que firmó su sentencia, iba a ser mía, lo decidí en ese momento. Texas, por el contrario, es más tosca, no es tan delicada. No hubiera pagado por ella ni un euro, no al menos cuando la vi bajar de ese barco.

Al día siguiente de llegar fue cuando Keanan vio a Texas. Se la quedó mirando de manera extraña, aunque con todos esos golpes en la cara no se podía apreciar si era bonita o no, así que no sé qué veía. Tampoco quiso decírmelo. Él sabía que en el momento en que decidí que Texas también venia, había mandado que la investigaran y me dieran toda la información sobre ella. Keanan solo me dijo que cuando tuviera toda la información me lo contaría. Confío en él, si fuera algo que pusiera en peligro a mi organización o a mi familia me lo habría dicho de inmediato. Así que cuando anoche le avisé de que ya tenía los informes, me dijo que a primera hora estaría en mi despacho para hablar. Y así ha sido, tan a primera hora que incluso ha venido antes que Texas.

—No tiene sentido —murmura Keanan, sirviéndose una copa en una de las salas de la planta de abajo, el despacho no tiene los licores que a él le gustan, así que trasladamos la reunión allí.

Además, el lugar tiene unas cristaleras que me permiten saber si hay alguien cerca queriendo escuchar lo que no debe.

—Ya sabes que ella no es Karen Parrish. Cuando la secuestraron llevaba ese nombre en su identificación, pero lo han comprobado. Sí que existe una Karen Parrish en Texas, es una administrativa de cincuenta años que trabaja en el hospital Saint Peter´s. Cerca de donde la secuestraron.

Anoche, cuando leí el informe, yo tampoco podía creerlo. Según los papeles que tenía delante, esa chica no era Karen Parrish. Cuando la secuestraron en un callejón cerca del hospital llevaba su bolso y en él la documentación donde decía que sí era ella, pero era un carnet falso. Su foto sí que era la del carnet, aunque todo lo demás no coincidía con ninguna persona real, no al menos con esa edad o esa apariencia. Pedí a mis chicos que indagaran sobre personas desaparecidas de la zona, pero nada. Ampliamos el radio de búsqueda a la ciudad, aun así, no encontraron nada. Incluso al Estado, y nada. La chica que tengo viviendo bajo mi techo desde hace más de una semana es un fantasma.

—Entonces, ¿quién demonios es? —se pregunta Keanan, mirando su vaso de licor.

Lo veo girarse cuando una de las chicas pasa por delante de la cristalera. Un momento después se da la vuelta de nuevo, esta vez con cara de no estar seguro de lo que ha podido ver.

—¿Has visto pasar a alguien? —inquiere, apuntando hacia la puerta.

—Sí, una de las chicas del servicio, no sé cuál.

—Texas, ella ha pasado. Digo después.

El cómo pudo saber que era ella es un misterio para mí, pero Keanan es conocido por tener ojos en la espalda.

—No he visto nada más.

Keanan me mira y mira de nuevo hacia la puerta, seguro de haber visto algo, pero molesto por no saber el qué.

—¿A dónde vas? —le pregunto mientras sale de la sala.

Me echa un vistazo, pero no dice nada, así que simplemente lo sigo en silencio. Giramos hacia el pasillo del cuarto de lavadoras y entonces oímos un grito de hombre.

—¡Hija de puta!

Y acto seguido, Texas sale de una de las puertas corriendo directamente hacia nosotros, ni siquiera nos ve, está revisando si la siguen. No se percata de que estamos ahí hasta que choca contra Keanan. Él la mira de arriba abajo. Desde donde estoy puedo verla bien. Lleva el pelo despeinado y una gota de sangre sale de su boca, pero no parece suya, no se ve ningún golpe desde donde estoy.

Es entonces cuando uno de mis hombres, uno de los que servía a mi padre, sale de la misma habitación que Texas, lleva la mano en su entrepierna y tiene un arma en la otra, apuntando hacia nosotros. Toco el arma que siempre llevo encima para asegurarme de que está ahí. Mi instinto me hace sacarla.

—Retén a esa zorra.

Thomas, creo que se llama así, llega hasta donde están Texas y Keanan. Puedo ver la rabia en sus ojos. Si falla, nos puede alcanzar a mi mejor amigo o a mí.

—Voy a meterte el arma por el culo y disparar hasta que me canse —siseo cabreado, me jode mucho que me disparen, duele de cojones.

Parece que no me oye. El arma apunta directamente a la nuca de Texas. Ella está ajena, ya que Keanan la tiene sujeta con ambas manos agarrando su cabeza para que no la gire. En un movimiento rápido, Keanan saca con una mano su arma y con la otra estrecha a Texas contra él mientras dispara. Un solo tiro. Keanan nunca falla.

—A ella no se la toca.

Keanan respira agitadamente, aún tiene a Texas sujeta contra él por la nuca. Me acerco y le toco el brazo para que baje el arma. Lo hace y se separa un poco para volver a mirar a Texas. Ella lo mira, me mira a mí y vuelve a mirar al hombre que la perseguía. Ahora está muerto en el suelo y con los sesos esparcidos por buena parte de mi pared. Genial.

—¿Estás bien? —pregunta Keanan a Texas.

Esperaba verla llorar o gritar o entrar en *shock*, no sé, algo. Pero no, se gira, mira el cadáver de nuevo, vuelve a mirarnos y limpiándose la gota de sangre de la boca juro que la oigo murmurar:

—Uno menos.

Creo que si hubiera visto un unicornio tocar el arpa me habría sorprendido más.

—¿Texas? —oigo la voz de mi Nueva York al final del pasillo.

—Mierda —susurra Texas, comenzando a avanzar para llegar a ella.

La detengo por el brazo mientras le grito una orden a Nueva York; no me gusta levantarle la voz, pero no quiero que venga hasta aquí y vea el destrozo que hay.

—Quédate ahí, Nueva York, necesito decirle algo a Texas. —Oigo como sus pasos se detienen.

Espero unos segundos hasta que estoy seguro de que no está acercándose más.

—¿Qué ha ocurrido, Texas? —le pregunto mientras ella se recoloca el pelo. Tiene una melena salvaje, no como la de Nueva York.

—Nada, Amo —me contesta sin mirarme. La obligo a hacerlo levantando su barbilla. Keanan me observa atento desde detrás de ella.

—Contéstame.

Respira, me mira y veo en sus ojos que quiere decir algo, pero no sabe si hacerlo.

—Nada que no supieras que ocurre, Amo —responde finalmente.

Su tono de voz descuadra con sus sumisas palabras.

—Nadie puede tocaros a Nueva York o a ti, así que te lo volveré a preguntar. ¿Qué ha ocurrido?

Veo la sorpresa en sus ojos.

—El señor sesos fuera decidió que mi boca iba a ser su parque de recreo. Yo decidí que no.

Así que mis suposiciones eran ciertas. Ha intentado abusar de ella y ella se ha defendido. Sonrío, me gusta que tengan carácter. Él desobedeció mi orden, así que ha tenido su castigo.

—Amo, si me da su permiso, quiero volver con Nueva York, podría sospechar de que algo no anda bien.

—¿Ya la has convencido para que cene conmigo esta noche? —le pregunto, casi rezando que me diga que sí.

—Sí, ya está, he tenido que mentir, pero no creo que importe, ¿no?

—¿Qué le has dicho?

—Que su secuestro lo ha mandado su padre, se va a presentar a Senador según me contó ella misma, así que aproveche la información. Le dije que esto era la forma de protegerla que tenía su padre, que tú eres el jefe del equipo de seguridad y que ella estará aquí como invitada y no como criada, ¿o me equivoco?

—No, no te equivocas.

Otra vez me sorprende la manera en que ha llevado esto, pensé que le costaría más convencer a Nueva York. Keanan sigue mirándonos serio y quieto, no sé si intenta decirme algo, pero cuando Texas está cerca actúa raro. Es como un accidente de coche, no puedes dejar de mirar.

Texas se suelta con un leve gesto y cuando noto que ya no estoy en contacto con su piel, me molesta. La veo irse hacia donde Nueva York la está esperando.

—Texas —le digo un poco más alto de lo que me gustaría y con voz de orden—, esta noche tú también vendrás a la cena.

Ella se gira y me mira ladeando un poco la cabeza.

—Sí, amo.

La veo desaparecer y llamo a los de limpieza para que arreglen este desorden.

—¿A que venía eso de la cena? —me pregunta Keanan, acercándose sin dejar de mirarme.

—Quiero saber quién demonios es Texas.

—Entonces, esta noche también estaré yo —afirma, no pregunta.



CAPÍTULO 7

Texas

Es extraño lo que ha ocurrido esta mañana. El amigo raro del Amo mató a un tipo por mí. Fue todo muy rápido, en un momento tenía su polla en mi boca y justo después, sus sesos decoraban la pared. Que se joda. Luego el Amo me detuvo y me miró a los ojos buscando algo, ¿miedo? ¿Pena? ¿Culpabilidad? No sentía nada de eso por muy raro que le pareciera a él. Me ha invitado esta noche a su cena privada con Nueva York, espero que no esté pensando en un trío porque no es lo mío, al menos no con dos mujeres.

El Amo nos ha preguntado qué queríamos llevar esta noche y Nueva York no para de hablar de ello. No sé cuántas veces he oído que espera que el vestido que le pidió esté disponible. Es de un diseñador famoso que ni conozco. Rojo. Con tacones de Manolo Blanik. Si vuelvo a oír algo sobre moda una vez más, juro que voy a asesinarla.

—¿Crees que le gustaré de rojo? —me pregunta Nueva York.

Parece ser que mi pequeña mentira ha hecho que vea al Amo de otra manera. Me encojo de hombros en respuesta. Esta noche va a ser larga, muy larga.



CAPÍTULO 8

El Amo

Llevo todo el día esperando a que sea la hora de la cena. He habilitado la biblioteca para hacerlo en ella. Es una habitación más íntima que la sala donde tenía pensado que cenáramos, pero Texas tiene razón, esa estancia es muy imponente para solo dos personas. Bueno, cuatro, Keanan y Texas también estarán ahí.

Voy a reconocer que me gusta esa chica. No la he visto llorar en ningún momento, ni parece estar triste, al contrario, si la miras a los ojos ves determinación en ellos. No es de extrañar que el tipo que la compró la quiera de vuelta, cosa que no va a suceder, Texas ahora es mía. Pero entiendo por qué la quiere.

Keanan tiene un rollo raro con ella. Aún no me ha dicho qué es exactamente, pero no deja de mirarla. Quizás le haya pasado como a mí con Nueva York.

Nueva York. Prefiero ese nombre al que le pusieron en la vida en la que yo no existía. Sonrío y pienso en ella de nuevo, en Nueva York.

Estoy deseando verla en el vestido rojo que me pidió. Y en esos tacones. Solo de pensarlo se me pone dura.

—Aquí estás —oigo decir a Keanan detrás mío mientras me sirvo un *whisky* del carro de bebidas que he mandado traer a la biblioteca.

—¿Quieres uno? —inquiero, sabiendo que su respuesta va a ser que sí.

—Eso ni se pregunta. —Sonríe—. ¿Vas a hacer una fiesta infantil?

Se burla viendo un bol de ositos de gominola.

—Esto es cosa de Texas, he mandado preguntar qué querían en especial para hoy y ella ha pedido esto.

Keanan sonríe y mira hacia la puerta.

—¿Dónde están?

—Ahora bajarán.

No sé qué me sorprende más, si la impaciencia con la que suena o el que le dé igual que se note.

Como si las hubiéramos convocado, se oye un leve golpe en la puerta y esta se abre lentamente dando paso a las chicas. La primera en entrar es Nueva York. Dejo de respirar durante un segundo. Está simplemente espectacular. El vestido rojo le queda como un guante. Muestra sus curvas y sus tetas, y, joder, qué tetas. Tengo que respirar hondo para no alzarla agarrándola de ese perfecto culo y follarla contra la pared. Ya estoy duro y no ha pasado más de un minuto.

Va a ser una noche muy larga.

Mira en mi dirección y me sonríe tímidamente, aunque con un punto coqueto, ¿es eso posible? Estos días atrás apenas podía estar cerca sin que ella temblara. Texas está haciendo bien su trabajo.

Texas es la siguiente en entrar. Me sorprende. No me he interesado por lo que ha pedido llevar a la asistente que les envié más temprano. Tampoco es que me la hubiera imaginado de alguna manera, pero verla entrar en unos sencillos vaqueros ajustados, camiseta negra con escote en V y unas deportivas me ha sorprendido gratamente. No intenta impresionar a nadie. Chica lista.

—Bienvenidas, señoritas, estáis espectaculares, en especial tú —digo, atrapando la mano de Nueva York y besándola.

Por el rabillo del ojo puedo ver como Texas rueda los ojos. Sonrío. Keanan hace lo mismo que ella y tengo que contener una carcajada.

Les indico que se sienten en la mesa redonda que está en el centro de la biblioteca y lo hacen, quedando Texas junto a Nueva York, yo a su lado y Keanan entre Texas y yo.

—Texas ya me contó lo que realmente había ocurrido conmigo —comienza a hablar Nueva York—; ya me parecía a mí que esto no podría pasarme, no soy una mujer a la que secuestren tan fácilmente, soy una parte importante de Upper East Side.

Keanan me mira frunciendo el ceño, le hago un gesto para que lo deje pasar. Tendría que haberle explicado mejor la situación porque a pesar de que estaba delante cuando Texas me habló de la mentira me parece que no lo ha entendido del todo. Keanan va a preguntar algo que seguro arruinará la noche.

—Así es —confirma Texas mirando a Keanan—, ya le expliqué a Nueva York que el Amo solamente está protegiéndola de gente que quiere llegar a su padre, que va a ser Senador, a través de ella.

Texas interviene para facilitarme la vida.

—Entonces —prosigue Nueva York—, si no he entendido mal, estoy aquí en calidad de invitada y no tengo que volver a trabajar en el servicio, ¿no?

—Eso depende de si ha podido arreglarlo todo el Amo, solo él te puede dar la última palabra en ese caso.

Nuevamente, Texas me ha dado una salida, pero no la necesito. Quiero a Nueva York dirigiendo esta casa, no limpiándola.

—No te preocupes, Texas, ese asunto está arreglado y Nueva York está en lo cierto, ya no tendrá que trabajar en el servicio.

Nueva York me sonríe tan ampliamente que me da un vuelco el corazón.

—Tráeme agua, Texas —pide Nueva York con un tono que no me gusta demasiado cuando lo escucho.

Echo un vistazo a Texas, se muerde el labio para no hablar. Me observa un instante y se levanta para ir a buscar el agua. Keanan se levanta y la sujeta de la muñeca mientras mira en mi dirección, negando con la cabeza. Interesante.

—No será necesario, Texas, hoy estáis aquí ambas en calidad de invitadas. Enseguida vendrán a servirnos.

Nueva York hace un pequeño puchero con sus labios. Texas se sienta, tirando de su mano contra ella mientras le da una dura mirada a Keanan. Parece que no le tiene miedo. Raro.

—Cuéntame un poco más de ti, Nueva York —le pido, dejando claro que es el centro de atención. Una mujer como ella siempre debería serlo.

Comienza hablando de sus estudios, aún no ha acabado, tiene varias carreras empezadas, pero ninguna terminada. Le gusta la noche neoyorquina, dormir de día, las compras y hablar de ella misma. Para cuando acaba ya hemos terminado con el primer plato y nadie salvo ella ha hablado.

—¿Y tú, Texas? —pregunta Keanan, aprovechando que Nueva York acaba de meterse un trozo de pescado en la boca.

—Nada que pueda resultar interesante.

—Seguro que sí —la insto, necesito saber quién es y, en el fondo, me da curiosidad.

—Yo os lo puedo contar —comienza Nueva York— que es enfermera, que la secuestraron en Texas y que la violaron durante todo el trayecto en barco, cada día —enfatiza.

Se hace el silencio en la mesa. La miro con pena. Keanan tiene los puños cerrados y Texas respira profundamente.

—Creo que te has pasado un poco, princesa neoyorquina —gruñe Keanan claramente enfadado—; deberías disculparte por ser tan perra.

Hago mención de levantarme para estrellar mi puño en su cara, quizás las palabras de Nueva York no han sido acertadas, pero nadie se mete con ella, y menos en mi presencia.

—No pasa nada, es verdad —interviene Texas de lo más tranquila mirándome, tratando de apaciguarme quizás—. Mi madre es una alcohólica a la que le jodí la vida naciendo, mi padre ¿quién sabe? Pasé mi adolescencia entrando y saliendo de casas de acogida y reformatorios. ¿Qué más queréis saber?





CAPÍTULO 9

El Amo

Su tono sarcástico no pasa desapercibido.

—Lo siento —dice Keanan en un tono que me hace ver que es de verdad.

—¿Por qué? —responde ella mirándolo—. Fue divertido, encontré gente interesante por el camino y aprendí de cada una de esas personas. Y por lo de las violaciones en el barco, son cosas que pasan, no voy a detenerme a llorar porque hay una piedra en el camino. Yo a las piedras las pateo.

Simple y sencillo, Texas ha dejado claro que no quiere la lástima de nadie. No va a dármela entonces. Se lo debo.

El resto de la velada es mucho más relajada. Nueva York mantiene su puesto de centro de atención en todo momento. Es divertida y tiene historias sobre sus viajes alrededor del mundo. Texas apenas ha salido de su ciudad natal, si es que es esa. Llegado un punto de la noche donde todos llevamos unas copas de más, Keanan decide que es un buen momento para el siguiente paso divertido y saca una bolsita con polvo blanco del traje de su chaqueta.

Cuando Nueva York la ve se pone a aplaudir entusiasmada, está claro que le va este mundo, no es tan inocente como pensaba. Sin embargo, a Texas le cambia la cara. Keanan dispone cuatro filas de polvo en un espejo que siempre lleva con él.

No soy muy fan de las drogas, nada que joda mi cerebro me gusta.

—Puedes ahorrarte la mía, Keanan —le digo queriendo estar totalmente centrado para lo que tengo en mente para esta noche.

Si no he leído mal las señales, es más que probable que Nueva York acabe en mi cama.

—Yo también paso —suelta Texas muy seria, sin apartar la mirada del polvo blanco.

—Vamos, Texas, no seas aguafiestas —le pide Nueva York.

Pero ella no se inmuta. Sigue negando con la cabeza sin apartar la mirada del pequeño espejo encima de la mesa.

—Ayúdame a convencerla, o mejor, ordénaselo, ella está a tus órdenes, ¿no? —me implora Nuevo York con una risita producida por el vino—. Por cierto, ¿cómo te llamas realmente? No quiero seguir llamándote Amo y estoy muy segura de que no quiero seguir oyendo Nueva York cuando me llaman.

—Tienes razón, no me he presentado debidamente, soy Keyran.

—Keyran —repite Nueva York, y siento una pulsación en mis pantalones—. Es un nombre raro.

—Es irlandés —le explico.

—Te pega —dice Texas de la nada—, eres oscuro.

La miro, preguntándome cómo sabe el significado de mi nombre. Su reacción es encogerse de hombros.

—Conocí a una persona irlandesa hace muchos años.

Interesante.

—Bueno, yo soy Carly, aunque eso ya lo sabias.

—Sí —le contesto, ciñéndome a la mentira de Texas—, pero mientras estemos aquí es mejor que no haya nombres, preferiría que siguieras siendo Nueva York.

Realmente me gusta ese nombre en ella, el otro es recordar un tiempo en el que no era mía. A ella no le hace mucha gracia por como me frunce el ceño. Adorable.

—Está bien, Keyran —cede, poniendo morritos, los cuales quiero morder—. Entonces ¿le vas a ordenar a Texas que se relaje un poco con nosotros? Está siempre muy tensa.

Está alerta, quiero corregirla, conozco bien esa postura, es la misma que la mía. Miro a Texas, que me observa expectante. Quiero complacer a Nueva York y un poco de polvo blanco quizás sí que le haga bien, pero antes de que pueda decir nada ella se me anticipa.

—Por favor, no me obligues, no a esto.

Y no lo hago. Su tono de súplica me llega muy adentro, ahí hay una historia.

Ha pasado por mucha mierda, y el hecho de que me pida que no la obligue a algo tan sencillo como esto me provoca un sentimiento de protección que me trastoca durante un instante.

Tras ver como Keanan y Nueva York hacen buen uso de las dos filas y Texas sigue bebiendo para mantenerse ocupada, Nueva York decide que tiene que ir al baño, y Keanan también. Están en una nube euforia ambos. Mañana voy a matar a Keanan, no era la manera en que quería a Nueva York esta noche.

Cuando ambos salen de la biblioteca, nos quedamos Texas y yo, uno frente al otro, callados.

—Y bien, ¿alguna afición que tengas y quieras compartir? —pregunto, recostándome sobre la silla mientras veo cómo se acaba su copa de nuevo y se termina los ositos de gominola.

—Aparte de ser enfermera y dejar que me secuestren para venderme… mmm… no, nada destacable…, amo.

Amplía su sonrisa, está bastante borracha.

—Aunque no lo creas, es la primera vez que compro. No me hace falta.

Ella bufa una risa en respuesta

—¿Algo que quieras decirme?

Se muerde el labio para evitar hablar, ya lo ha hecho anteriormente.

—Habla con libertad, esta noche no soy el Amo, me interesa saber qué piensas.

Ella entrecierra los ojos, intentando averiguar si lo que le estoy diciendo no tendrá consecuencias. Creo que el alcohol ayuda a que crea mis palabras, que, por otro lado, son ciertas. Ha estado callada la mayor parte de la cena y extrañamente quiero saber sobre ella.

—Los tipos como tú son los que hacen que este mundo sea una mierda.

Levanto la ceja ante esa declaración, pero no digo nada para que siga. Y lo hace.

—No sé muy bien cómo ha sido, pero seguro que viste a Nueva York, se te puso dura y pensaste: ¿por qué no secuestrarla, llevarla al culo del mundo y hacer que sea mía? ¿Tan difícil era invitarla a salir o es que no confías en que fueras lo suficientemente bueno como para que ella te eligiera?

—En el mundo en el que me muevo no tengo tiempo para citas. Esta forma era más rápida.

Omito que fue Roma quien me dio la idea y que Cathal quiso patearme el culo cuando se la conté, de hecho, lleva una temporada sin invitarme a su casa porque no quiere a sus chicas cerca de mí. Supongo que ya se le pasará.

—Y más egoísta.

—Puede ser.

Texas se queda callada.

—¿Puedo seguir preguntando? —suelto, esperando a que se niegue, pero parece que este juego de libertad de expresión le gusta.

—Prueba.

—¿No has querido la cocaína por miedo a cómo eres cuando la tomas o porque nunca la has probado?

—Ni lo uno ni lo otro.

Respuesta enigmática, como siempre. No voy a quedarme solo con eso.

—Explícate.

Me mira, tomando otro sorbo de la copa.

—Me he metido mierda de esa para esta vida y dos más, he terminado con eso.

Así que ha jugado con las drogas y se ha quemado.

—Chica lista.

—Gracias. Me toca.

Sonrío. Me gusta que ella también quiera preguntar.

—Ese amigo raro tuyo, ¿qué le pasa conmigo?

Suelto una carcajada.

—Sinceramente, no tengo ni idea, pero si lo descubres dímelo, por favor. Me toca.

Ella asiente.

—¿Tienes a alguien buscándote? —No sé por qué, pero esa pregunta me viene a la mente.

—Probablemente solo al gato que vive detrás de mi casa.

—No hay amigos, familia, novio…

—No, no y rotundamente no —contesta como si fuera una locura lo que le pregunto.

Nos reímos.

—Mi turno. ¿Qué piensas hacer conmigo una vez que ya no te haga falta?

Veo la preocupación en sus ojos y trato de calmarla, aunque no sé por qué tengo la necesidad de ello.

—Supongo que podemos seguir como hasta ahora, se te da bien planchar.

Mi respuesta le quita un peso de encima, lo sé porque sus hombros se relajan ligeramente y eso hace que sonría.

—Me toca —suelto más entretenido con este juego de lo que lo he estado en mucho tiempo—. ¿Por qué has pedido ositos de gominola esta noche? Nueva York quiso caviar y tú chucherías.

Lo digo como si fuera algo malo, pero no lo es, solo que ha sido algo…diferente.

—Hubo una época de mi vida —comienza mientras pasa su mano por la cintura o más abajo, desde donde estoy no lo veo bien— en la que comer eso me hacía feliz, supongo que quería recordar un tiempo pasado mejor. Aunque si lo pienso, hasta romperme el brazo patinando fue un momento mejor que este.

Su broma hace que ambos nos riamos.

Nueva York y Keanan vuelven a entrar. Ambos se nos quedan mirando.

—¿Se puede saber qué es tan gracioso? —pregunta Nueva York, acercándose a mí y dejándose caer sorprendentemente en mi regazo.

Sonríe cuando me nota duro contra su culo.

—El Amo me estaba preguntando qué me parecían esos cuadros de allí y yo le estaba diciendo que una mierda. Me aburre Edward Hopper.

Me sorprende que sepa quién es el autor de esos cuadros, y más desde la distancia. Es un pintor poco conocido. Aunque ella tiene razón, sus pinturas, aunque muy buenas, son bastante aburridas.

—¿Te gusta el arte? —le pregunta Keanan, adelantándoseme.

—Podría decirse que sí. Aunque soy más de artistas un poco diferentes.

—¿Alguien en especial? —pregunto curioso.

—Yosuke Ueno.

No sé quién demonios es, pero mañana voy a enterarme.

—Me aburrooo —interviene Nueva York—. Podríamos hacer algo para divertirnos…

Ella se mueve en mi regazo, amasando mi entrepierna con su culo.

—Yo mejor me retiro —dice Texas, levantándose de la mesa y volviéndose a sentar mientras se agarra la cabeza—. Vale, demasiado vino. Lo intento otra vez.

Pero de nuevo vuelve a sentarse. Todos nos reímos. A la tercera vez logra permanecer de pie mientras la observamos caminar tambaleándose hacia la puerta.

—Vas a acabar partiéndote el cuello cuando te caigas de las escaleras —declara Nueva York riéndose.

En un impulso, levanto a Nueva York y me dirijo a Texas, quien camina con lentitud, paso un brazo por debajo de sus rodillas y la alzo en brazos. Keanan y Nueva York me miran sorprendidos.

— Soy el que menos ha bebido menos y no me he metido nada — les explico a ellos y a mí.

—Tienes razón —claudica Keanan, aunque en sus ojos puedo ver la indecisión de si arrebatármela de los brazos.

—¡Excursión para llevar a Texas a su cuarto! —grita entusiasmada Nueva York. Agradezco mentalmente a las drogas por ponerla de tan buen humor.

Subimos por las escaleras hacia su cuarto, en realidad el de ambas. Texas apenas pesa y puedo cargarla con facilidad todo el camino. Está tensa y yo, por alguna extraña razón, siento curiosidad por saber más acerca de ella.

Cuando llegamos, Keanan abre la puerta y la bajo lentamente para que no vuelva a marearse. Keanan la ayuda a llegar a su cama a pesar de sus protestas. Cuando decido que quiero entrar a ayudarla, Nueva York me sujeta el brazo y me mira, mordiéndose el labio.

—¿Por dónde queda tu cuarto? —Esa pregunta hace que me olvide absolutamente de todo.

Coloco mi mano en su mejilla y la beso, al principio lento, pero a medida que lo profundizo mi necesidad de poseerla se va abriendo paso. Ella da un salto y se cuelga de mí, enrollando sus piernas en mi cadera, nos apoyo contra la pared mientras amaso su culo en mis manos. Su vestido se ha subido dándome acceso, y estoy dando

gracias al cielo porque sea tan de madrugada y no haya personal por aquí que vea lo que es mío.

Nos dirijo hacia mi habitación sin pensar en que Keanan aún está en la de Texas, abro y, sin romper el beso, la lanzo contra la cama. Su perfecto pelo extendido en abanico sobre mi colcha de seda negra hace un contraste increíble.

—¿Tienes más polvo? —me pregunta mientras yo me estoy desnudando.

Y ahí me doy cuenta de que ella está actuando por el efecto de las drogas, o quizás no, pero no quiero que nuestra primera vez sea de esta manera, ni que mañana al despertar me acuse de haberme aprovechado de ella. Lo que no voy a negarme es una probada, así que me arrodillo al borde de la cama, rasgo sus bragas y atraigo su centro hacia mí, agarrándola por su desnudo culo. Y por fin con mi lengua descubro cómo sabe mi diosa rubia. Ahora sé lo que es estar el cielo, y trato de llevarla a ella allí al menos dos veces más antes de dormirnos acurrucados.



—¡Keyran, abre la puta puerta de una vez! —oigo gritar a Keanan mientras aporrean la entrada de mi habitación.

Por el sol que entra por la ventana puedo decir que ya ha amanecido hace un rato. Nueva York está enredada en mis sábanas, durmiendo ajena a los gritos. Anoche le di tres orgasmos antes de que se durmiera y yo tuviera que encargarme de mí mismo en la ducha.

—¡Voy a tirar la puerta abajo si no abres en cinco segundos! —vuelvo a escuchar berrear a Keanan.

Me levanto desperezándome y ajustando mis calzoncillos. Me dirijo a la puerta, pero antes de abrir vuelvo a mirar hacia Nueva York, asegurándome de que no se ve nada de ella, que me pertenece solo a mí.

Giro el pomo y ante mí un Keanan hecho un asco hace su aparición. Aún lleva la misma ropa de anoche y sujeta su nuca con la mano.

—¿Qué cojones quieres? —le pregunto enfadado. Esta mañana tenía pensado despertar hundiendo mi polla en Nueva York.

—No está, se la han llevado.

—¿Qué dices? —No lo entiendo.

—Texas. Anoche. Cuando estaba dejándola en su cuarto. Había alguien allí. Pensé que eras tú. Después solo sentí un golpe en mi cabeza y todo se volvió negro.

Las palabras de Keanan están entrando en mi cerebro lentamente. Me está costando asimilarlas. Cuando lo hago, alcanzo mi móvil de la mesita junto a la cama y salgo al pasillo con mi amigo.

—Vamos a ver las grabaciones de anoche.

Abro la aplicación y tecleo el código, busco entre los archivos hasta que doy con el que corresponde con la habitación de Nueva York. Y le doy al *play*.

En la imagen se ve como Texas está siendo dirigida a la cama por Keanan y como yo entro tras ellos. Un paso solo, luego la mano de Nueva York tira de mí y desaparezco del plano. Segundos después, alguien aparece de detrás de la puerta cerrándola lentamente y con un golpe seco con una barra deja inconsciente a Keanan. Texas mira como cae al suelo ajena a lo que ha ocurrido. Para cuando se da cuenta es tarde, el cabrón le ha puesto un trapo en la boca y la ha dormido. Ahora su cuerpo cuelga del brazo del atacante. Este se acerca a la ventana. Se ajusta un arnés que no había visto, ata a Texas a su cuerpo y desaparece. Cambio rápidamente de archivo para buscar la cámara externa. El tipo desciende por la fachada con una cuerda y el cuerpo de Texas lánguido sobre él. Al llegar abajo, otra persona lo está esperando. La suben a un coche y desaparecen.

No sé cómo han logrado burlar a los guardias, de ellos me encargaré luego.

Me quedo en silencio durante unos segundos.

Texas ha desaparecido…

Siento una presión en el pecho.

Voy a matar al hijo de puta que se la ha llevado.

Ella es mía.



CAPÍTULO 10

Texas

Despierto algo desorientada. Me duele la cabeza e intento recordar.

La cena.

Las drogas.

El vino.

El Amo cargándome hasta la habitación.

Keanan ayudándome a llegar a la cama.

Keanan cayendo a mis pies.

Oscuridad.

Levanto la cabeza y veo que ya no estoy en mi habitación. No sé dónde estoy. Comienzo a moverme y alguien entra. Una chica joven. Desnuda. Trae una bandeja. No la había visto nunca antes.

—Tómate esto —me ordena, acercándose con un vaso de lo que parece zumo de naranja.

Veo que tiene el cuerpo lleno de moratones y hematomas, algunos nuevos, algunos viejos. Pero su cara está intacta.

—Paso.

No pienso beberme esa mierda. Ella frunce el ceño. Por lo visto no me estaba preguntando.

—Tómalo o el Sir se enfadará.

¿El Sir? ¿No es el amo? Voy a tener que preguntarle cómo quieren que lo llamen porque vaya follón de nombres solo para elevar su ego.

—Dile que no quiero. ¿Dónde esta Nueva York?

Me mira confundida.

—La rubia alegre salida de un catálogo de muñecas —le describo a ver si me entiende.

—Aquí no hay ninguna Nueva York.

Frunzo el ceño confundida.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto a ver si eso sí lo sabe, me parece que no es muy lista.

—Lunes.

—No, en serio.

—Lunes, mi nombre antes de llegar aquí ya no importa.

Esto es raro. Lunes. No es Alabama, Texas, Nueva York. Lunes.

—¿Por qué ese nombre?

—Es el día en que llegué.

Vale, así que había más de un sistema de nomenclaturas. Qué complicado.

—Dile al Amo o a su amigo raro, Keanan, que quiero hablar con ellos.

—No sé quiénes son esos. El Sir pronto vendrá a conocerte.

Me quedo parada. Ella no conoce al Amo, ni a Nueva York ni a su amigo raro. Pasa algo extraño. ¿Dónde están todos?

—Ahora que tú ya estás aquí, dejará de castigarnos a las demás.

Añade con una sonrisa espeluznante en su cara y una lágrima saliendo de su ojo derecho. Escalofriante.

—¿Qué cojones estás diciendo?

No estoy entendiendo nada. Me levanto de un salto de la cama. Aguanto el mareo, el dolor de cabeza y la mala gana, y me dirijo hacia la puerta de salida. Me doy cuenta de que solo llevo una camiseta y mi ropa interior ¿Dónde están los pantalones? No me detengo. Salgo al pasillo y freno en seco. Miro a ambos lados y al suelo. Siento la moqueta en mis pies.

En la casa del Amo no hay moqueta.

La chica desnuda está detrás de mí diciéndome que entre. Voy hasta el final del pasillo ignorándola. Tuerzo y veo una ventana. La abro y salgo por ella. El suelo apenas está a medio metro. Salto. No tengo muy claro dónde estoy ni hacia dónde tengo que ir, pero este sitio no me gusta. Me da escalofríos.

Caigo sobre hierba blanda y húmeda. Camino cerca de la pared y observo que hay un jardín y detrás filas y filas de lo que parecen viñedos. Es una plantación. Creo. Miro que no haya nadie y corro hacia los árboles. La tierra está mojada y el barro se me acumula en los pies, pero me da igual. Sigo corriendo sin mirar atrás. De pronto, noto como alguien me derriba y cae con todo su peso sobre mí.

Por un momento dejo de respirar. Su cuerpo aprisiona el mío contra el barro.

—Me encanta tener que cazarte —me susurra el hombre al oído sin levantarse.

No sé si espera que le conteste, pero no puedo, literalmente. Estoy ahogándome. Como si él lo notara, levanta un poco su cuerpo y yo tomo una respiración profunda.

—Disculpa mis modales, no me he presentado, soy Sir Liam —me dice otra vez al oído.

El Sir.

No sabría decir cómo es, no he podido girar mi cabeza, solo sé que pesa y es mucho más grande que yo. Cubre todo mi cuerpo.

—¿Qué quieres de mí? —pregunto entre jadeos.

—Todo.

No sé a qué se refiere. Mi confusión debe ser evidente porque sigue hablando.

—Ellos creían que podían apartarte de mí —gruñe—. No pueden. Eres mía.

Sigo sin entender.

—El irlandés ya tiene a su puta rubia. No tenía derecho a llevarte a ti también.

De repente, lo entiendo todo. Era mi dueño. El que me había comprado en aquella subasta. Pensaba que el Amo lo había solucionado. Ahora veo que no.

—Aunque te haya follado, te voy a enseñar que tú eres mía.

—Él no me ha tocado —le aclaro, intentado aplacar esa rabia que siento en sus palabras.

—No sé si creerte, vi como ayer te llevaba en brazos. Aunque, para serte sincero, me da igual, no vas a recordarlo después de que acabe contigo.

Se mueve un poco y oigo una cremallera. Sigo boca abajo. Luego siento como da un tirón a mis bragas. Y antes de que pueda procesar lo que está pasando tengo su polla dentro de mí.

—Sabía que estarías apretada —murmulla, asentándose en mi interior.

Es grande y me duele un infierno. No estaba preparada. No le importa. Comienza a moverse mientras me sujeta por el cuello. Logro apoyar mi mejilla contra el barro y él aprovecha para lamer desde mi cuello hasta mi sien. Siento nauseas. Empieza a embestirme más rápido.

—Nena —empujón—, voy a follarte duro —empujón—, voy a meterme en cada agujero de tu cuerpo —empujón—, vas a ser solo mía.

Y con esté último empujón noto como él se derrama dentro de mí.

Cierro los dientes, apretando hasta casi sentir que crujen.

Una arcada amenaza con dejar salir lo que sea que haya en mi estómago.

Dejo mi mente en blanco. No es la primera vez. No será la última. Esto no va a acabar conmigo.

Se levanta de encima y me gira sobre la tierra, quedando tendida sobre mi espalda. Es entonces cuando puedo verlo bien. Es enorme. Castaño. Piel clara. Ojos verdes. Podría haberme sentido atraída por él si me lo hubiera cruzado en cualquier lugar, pero ya no. No después de esto. Nunca después de hacer algo así.

Me recoge del suelo, acunándome contra su pecho. Como consolándome de lo que él mismo me ha hecho. Jodido enfermo.

—Desde que te vi en aquella subasta supe que tenías que ser mía —me dice mientras caminamos de vuelta a la enorme casa—. No eras como las demás, no estabas asustada. Me miraste desafiante.

No lo recuerdo. Subí allí arriba intentando conservar la poca de dignidad que me quedaba. La poca que tenía antes de ser vendida. Parece ser que el Amo estaba en lo cierto. En su mundo no hay citas, los hombres simplemente te toman, quieras o no. Al menos Nueva York no ha sido forzada. El Amo no lo permitió ni en el barco ni en su casa.

Un sentimiento oscuro se asienta en mí. ¿Por qué yo sí merecía ser violada? No puedo dejar de preguntármelo, ya no tengo nada que perder de todas formas. Me han llevado lejos de un lugar que creía más o menos seguro. Nadie estará preocupado. Nadie me va a buscar. Soy solo una esclava menos.

—¿Por qué dejaste que todos esos hombres me violaran? —la duda sale casi sin darme cuenta.

Se para en seco, mirándome a los ojos. No lo había hecho todavía.

—¿A qué te refieres? —me pregunta muy serio.

Es imposible que él no supiera nada.

—En el barco, cada día, al menos una vez —le contesto en un susurro.

Noto un temblor en su cuerpo. Parece ser que no estaba al corriente. Vuelve a caminar. Nos dirige dentro de nuevo, pasa por un pasillo largo, luego otro y finalmente llegamos a una puerta. Entra y me doy cuenta de que estoy en la misma habitación en la que he despertado antes. La chica desnuda sigue allí con el vaso en la mano.

Me deposita en la cama, manchando todo de barro.

—Aséate, tienes todo lo necesario en ese baño, te quiero duchada y preparada en dos horas.

Suelta con voz de mando, apuntando a una puerta que ni siquiera había visto antes.

—Tú, ven conmigo, voy a enseñarte el castigo por dejarla escapar.

La chica desnuda tiembla.

—¡No! —grito—. Ella no me dejó, ni siquiera le di tiempo.

El Sir me mira y un escalofrío recorre mi cuerpo.

—Necesitas aprender algo. Tú te escapas, ella lo paga. Voy a hacerle a ella todo lo que te hubiera hecho a ti por tu comportamiento.

Jodido enfermo de mierda.

Agarra a la chica, que ha empezado a llorar silenciosamente, y la saca a empujones de la habitación. Antes de cerrar, se gira.

—No se toca lo que es mío.

Cierra la puerta de golpe. Recojo mis piernas quedando mi cabeza apoyada en mis rodillas y aspiro profundamente. Ahora sí que ha empezado mi nueva vida. Corrijo. Mi nueva vida de mierda. Pero también ha empezado la cuenta atrás para largarme de aquí.



CAPÍTULO 11

Texas

Me meto en el cuarto de baño y cierro por dentro. Es grande, tiene ducha y bañera. Un espejo gigante me devuelve una imagen de mí que me da pena. Estoy totalmente sucia, llena de barro, pelo enmarañado, camiseta arrugada, goteando entre mis piernas…

Me quito toda la ropa y la tiro al suelo, un acto de rebeldía inocente que puedo permitirme. Abro el grifo y me meto debajo. Creo que nunca he necesitado una ducha tanto. El agua cae marrón a mis pies. Echo el jabón en la esponja y comienzo a frotar, al principio lentamente, aunque a medida que sale el agua voy frotando con más fuerza, dejando roja mi piel.

Me da asco lo que ha sucedido, no quiero tener nada él en mí. Puede parecer un poco jodido, pero quiero volver a casa del amo. Al menos allí había encontrado algo de respeto.

Mi respiración aumenta. El agua caliente no me parece suficiente, la paso a fría. Duele, no me importa, al menos es un sentimiento que yo he provocado, algo que controlo.

Las lágrimas comienzan a salir sin control de mis ojos, necesito desahogarme. Soy fuerte, o eso creo, pero de vez en cuando necesito parar, llorar, gritar, patalear, tomar una respiración y volver a empezar.

No sé cuánto tiempo paso llorando bajo la ducha, lamentándome de todo lo que me ha ocurrido, permitiéndome darme lástima a mí misma. No siento casi mi cuerpo.

Cuando saco todo de mi sistema, apago el grifo y salgo. Ya he tenido mi momento de debilidad, ahora hay que encontrar una solución.

Pienso que primero debería saber si hay alguna posibilidad de salir de aquí. Si hay más chicas como la de antes, seguro que ellas pueden indicarme algo. Estamos en el mismo barco, ¿no? Me seco el pelo con un secador colgado junto al espejo. Mi cara demacrada

deja ver mi estado, mi cabeza aún duele y ahora mi cuerpo está entumecido. Miro a mi alrededor buscando qué ponerme, pero no hay nada.

Mi ánimo decae, no quiero volver a ponerme la camiseta sucia que ahora está tirada en el suelo. Salgo de ahí a la habitación con una toalla enrollada en mi cuerpo y casi me da un infarto cuando veo a otra chica desnuda delante de mí.

—¡Joder! —grito, sujetándome la toalla con más fuerza—. Me has dado un susto de muerte.

La chica me mira, es como la otra, morena, ojos claros y totalmente desnuda y golpeada, excepto por la cara.

—El Sir me ha mandado para que te ayude a vestirte para la cena.

Esto es raro; que alguien desnudo venga a ayudarte a vestir, debe ser una broma.

—Traigo lo que debes llevar puesto esta noche —continúa, enseñándome un vestido corto color azul claro de manga corta.

La miro durante un momento. Ella me devuelve la mirada, pero en sus ojos veo que realmente no está aquí. Es como si dentro no hubiera nadie.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto, queriendo empatizar con ella.

—Sábado.

—No, cómo te llamas de verdad, no como te llamaron al llegar.

—No existía antes de venir aquí, soy Sábado —insiste.

Qué mierda le pasa a esta chica.

—Muy bien, Sábado, soy Texas. A mí también me han comprado —le explico, haciéndola ver que estamos en la misma situación.

Ella me sigue mirando.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? —prosigo.

—Todo.

Vale, no va a ser fácil.

—¿Sales fuera?

—Cuando tengo que recoger la ropa tendida.

—No, fuera del recinto en el que estamos. Fuera, a la civilización más cercana.

Ella me mira de lado, entrecerrando los ojos.

—No hay nada fuera.

Bien, me ha tocado la tarada.

—A ver, que igual no me explico bien —murmuro, pellizcándome el puente de la nariz—. Quiero saber si sales fuera de este sitio alguna vez, si alguien vive cerca de aquí o hay algún pueblo.

Necesito saber lo que tengo alrededor para saber hacia dónde correr cuando lo haga.

—No hay nada, el Sir nos protege aquí —contesta como si el tarado que nos ha comprado fuera un profeta.

Puta loca.

—Está bien, olvídalo.

—Si te vas, el Sir irá tras de ti —me aclara.

Igual no está tan loca como pensaba.

—Ya lo sé, ya lo ha hecho.

Da un paso atrás, mirándome sorprendida.

—¿Y no te ha castigado?

Me echa un vistazo de arriba abajo, buscando alguna señal de mi comportamiento.

—No, la que ha recibido el castigo ha sido una chica muy parecida a ti llamada Lunes, ¿la conoces?

Ella sigue callada.

—¿Sabes de quién te hablo?

Y como si alguien hubiera chasqueado los dedos, ella se pone en marcha extendiendo sus brazos con un vestido en ellos y entregándomelo.

—Tienes que ponértelo y te acompañaré abajo.

—Entonces, ¿conoces a Lunes? —insisto, esperando a que me conteste mientras entramos de nuevo a la habitación.

—No es inteligente hacerlo esperar, el Sir es bueno, pero si nos portamos mal nos castiga. Hacerlo esperar es portarse mal.

Bien, está claro que dentro de esa chica no queda nada. La han roto demasiado.

Me pongo el vestido, es ceñido en el pecho, pero suelto desde la cintura, estilo patinadora creo que lo llaman. De gasa y seda. Suave.

—¿Dónde está mi ropa interior? —pregunto, mirando alrededor.

—No tienes, no la necesitas.

Genial, esto mejora por momentos.

Una vez que me termino de vestir y poner los zapatos, sigo a Sábado fuera de la habitación. A diferencia de antes, el pasillo no está vacío, hay dos escoltas apostados en mi puerta, armados, ni siquiera me miran.

—¿Siempre hay tanto guardia? —le pregunto, caminado junto a ella.

No me contesta.

—La puerta hacia el jardín, ¿por dónde cae? —inquiero, buscando orientarme—. Me gusta salir a pasear.

Sigue callada.

—¿Dónde duerme el Sir?

Nada.

—¿Hay cámaras?

De pronto, ella se para en seco y yo junto a ella, se gira para estar frente a mí. Tiene cara de enfado. Quizás me he pasado de preguntar. No es que no fuera lógico que lo hiciera dada la situación.

—El Sir te ha elegido, tal y como hizo antes con Lunes y conmigo, y con algunas otras que ya no están. Disfrútalo, complácelo y trátalo como se merece.

Espera, ¿me está echando la bronca porque se ha dado cuenta de que quiero escapar? Y ¿qué es eso de que antes fueron Lunes y ella? ¿A esto te reduces después de pasar por aquí?

—¿Me estás diciendo que tú estuviste una vez en mi lugar?

Ella permanece callada. Va a empezar a andar, ignorándome, y la agarro del brazo.

—Para y contéstame.

—Ahora es tu turno. No lo desaproveches —comenta con un tono en el que puede distinguirse la ¿envidia?

Y dicho esto, comienza a caminar de nuevo. La sigo estupefacta, aquí están todos locos, mejor me subo a mi unicornio y me voy.

Mientras camino tras ella, a mi mente vienen cuatro palabras: Puta loca de mierda.



CAPÍTULO 12

Texas

La sigo enfadada. No sé cómo alguien puede tenerme envidia en este momento, al menos alguien equilibrado.

Entramos a una sala grande, hay una mesa en el centro y el Sir está de pie junto a una ventana hablando por teléfono. Cuando me ve, se acerca con una amplia sonrisa de depredador en su cara.

Sábado desaparece detrás de la puerta, dejándome sola con él.

Me quedo quieta. Me mira detenidamente, haciendo un gesto de aprobación. Sigue al teléfono. Luego me coge de la mano y me lleva hasta la mesa. Está preparada para dos comensales. Retira una silla, me sienta encima de un plato. Se sienta frente a mí, abre mis piernas y pasa su lengua por toda mi abertura. Suelto un gemido de sorpresa antes de que él lo vuelva a repetir. Aprieto mis dientes para no producir ningún sonido. Mi mente va a mil por ahora. He sentido placer, pero en mi cabeza sé que esto no está bien. Me estoy dando asco a mí misma. Me centro y veo lo jodida de la situación. Yo con mis tacones sobre sus hombros, él al teléfono y su boca devorándome. Siento una arcada. Si hubiera tenido algo en el estómago lo hubiera vomitado. Cuando acaba la conversación se levanta. Yo aún abierta, con los codos apoyados en la mesa.

—Cuánto te voy a disfrutar —dice, metiéndose la mano en los pantalones y acariciándose—. Túmbate.

Me echo hacia atrás, clavándome los tenedores, las copas que están tiradas ahora sobre el mantel y los platos. Sube mi vestido completamente y se introduce dentro de mí. Sin aviso. Al menos esta vez mi cuerpo está más preparado, lo ha preparado él. Comienza moviéndose lento, con cada embestida mi espalda nota cada cosa que está debajo de mí. Trato de moverme para acomodarme, pero él se inclina hacia mí, apoyándose en mis hombros y echando todo el peso de su cuerpo. Noto las puntas de los tenedores clavarse en mis costados, y a la tercera embestida, la

copa debajo de mí se rompe. Arqueo mi espalda al notar como los trozos se clavan dentro de mi piel, pero a él parece gustarle y me retiene en esa posición. Cada vez que golpea dentro de mí noto los cristales rasgar mi espalda.

Él sigue mirándome fijamente.

Yo sigo apretando los dientes.

No sé cuánto tiempo permanecemos meciéndonos de esa manera, hasta que él cierra los ojos y empuja una última vez, acabando dentro de mí.

Después de eso permanezco quieta. Moverme me duele. Él se retira, se ordena la entrepierna dentro de sus pantalones y me tiende la mano para que la tome. Dudo, pero finalmente la cojo. Me levanta y yo me doblo de dolor. Mi espalda debe de estar echa un auténtico lío. Me pone de pie y me gira. Va quitando todo lo que tengo clavado mientras me besa el cuello.

No voy a llorar, no voy a estremecerme ni siquiera a respirar hondo. Voy a usar mi odio para controlar mi cuerpo y hago lo único que me tranquiliza en esta vida: toco por encima de la tela la cicatriz por la que ha empezado todo esto. Cierro los ojos y me recuerdo a mí misma que merece la pena todo esto si he conseguido lo que necesitaba.

—Lo has hecho muy bien —me susurra al oído mientras sigo tratando de evitar encogerme con cada punzada de dolor, no va a oír un solo quejido de mí.

Cuando termina, pasa una de las servilletas empapada en agua sobre mi espalda y puedo ver como acaba roja. Una vez está satisfecho me indica que me siente y lo hago, evitando apoyarme en el respaldo.

Coge la mesa y sin previo aviso la vuelca. Doy un respingo del susto. Luego la coloca en su sitio y se sienta delante de mí.

Puto tarado.

Oigo una puerta abrirse y veo como entran dos chicas, una es Sábado, la otra está echa un auténtico desastre. Golpeada por todo el cuerpo, con cortes, descalza y, como siempre, ambas desnudas. Al girarse puedo verlas bien.

Es Lunes, la que parece un saco de boxeo es Lunes.

Me llevo la mano a la boca para evitar gritar.

—Así es, mi pequeña dama, tú escapas, ellas lo pagan —dice el Sir sonriendo.

Ambas recogen el destrozo y ponen de nuevo la mesa. Me sirven queso y pan frente a mí. No quiero comer, no tengo ganas, pero me da más miedo la opción de desobedecer que la de vomitarle en los zapatos. Así que me como las tres rebanadas de queso y el pan.

Este tipo está muy mal de la cabeza y tengo claro que la única opción posible es salir de aquí, quedarse es morir, o peor, acabar como esas chicas.

Oigo un helicóptero aproximarse, unas luces en la ventana y luego un motor apagándose. Por un momento la esperanza de que vengan a rescatarme hace que mi corazón se acelere.

—Tengo una sorpresa para ti —me dice a la vez que se levanta de nuevo y mi alma se rompe al darme cuenta de que estoy sola y que no hay nadie preocupado por mi mísera vida.

Mientras lo hace, empuja a Lunes al suelo como si fuera un insecto molesto. Ella no dice nada. Yo frunzo el ceño, pero me quedo callada.

—Desapareced —ordena, y ellas se largan dejándome a solas con él.

Un minuto después, la puerta por la que había entrado antes se abre dando paso a un montón de guardias armados y cuatro hombres con capuchas en la cabeza. Los posicionan delante del Sir en fila.

—Ven aquí, mi pequeña dama —dice mi dueño con sus ojos clavados en los míos y una mano extendida hacia mí.

No puedo dejar de mirar de reojo a los hombres encapuchados y a los armados. No sé si me van a matar. Creo que no, pero no me gusta esta situación. Me levanto y me pongo junto a él.

Con un gesto, cuatro guardias se colocan tras los encapuchados y les quitan el saco negro. Son los guardias del barco.

—Si no estoy mal informado estos tipos te tocaron, tocaron lo que es mío —gruñe mirándolos, uno se mea encima antes de acabar la frase, qué asco—. Había más, pero no han llegado vivos hasta aquí. Una pena

Doy un paso atrás, no me está gustando nada esto.

—No tengas miedo, mi pequeña dama, ellos ya no van a poder hacerte daño.

Uno de los guardias le acerca un arma. Los que están tras los que llevaban capucha les dan una patada en la parte trasera de las rodillas para dejarlos a todos postrados a nuestros pies.

—Es hora de que tomes venganza. —Se ríe sádicamente el Sir, ofreciéndome el arma.

—No —le contesto sin pensarlo.

No es que no se lo merezcan ni es que no los quisiera muertos. Es que no quiero ser yo la que apriete el gatillo.

—Mi pequeña dama, no es una pregunta.

—No —insisto, tratando de que mi voz no demuestre lo asustada que estoy.

Soy firme en mi decisión, sin embargo, mi respuesta no le gusta.

—Esto es fácil, si no los matas, deduciré que no te hicieron nada malo. Si no te hicieron nada malo, no te importará que mis hombres te hagan lo mismo. Cada. Puto. Día.

Lo miro horrorizada, ¿está hablando en serio?

Claro que lo hace.

Joder.

—Veo entonces que no eres mi pequeña dama, sino una gran zorra que disfruta de los hombres. Tú —gruñe el Sir, dirigiéndose a uno de sus hombres, el más grande y que más miedo da—, quiero que te la folles ahora mismo, aquí.

Como si la orden fuera lo más normal del mundo, y sin perderme un atisbo de sonrisa en la cara del guardia, el tipo se comienza a desarmar para cumplir con lo que le mandan.

Lo va a hacer, me va a violar delante de todos.

—Y después os la follareis tú, tú y después tú. Y cuando acabéis, si alguno quiere repetir…

No le dejo acabar la frase. Cojo el arma de su mano y apunto a los hombres de rodillas. Están llorando y suplicando. Yo también lo hice. No sé si puedo convertirme en una asesina. No sé si puedo vivir con esto. Respiro. Pienso. Los miro. Pero recuerdo sus caras de satisfacción. Su forma de penetrarme.

—Ellos o tú, pequeña dama —murmura el Sir en mi oído.

No lo pienso más. Les disparo uno a uno. Tres de ellos caen en el acto al suelo, al último tienen que rematarlo.

—Sabía que tú eras la mujer que había estado esperando.

Dicho esto, me acerca a él rodeándome con un brazo y se lanza a besarme profundamente. Puedo sentir su erección contra mi estómago y las punzadas de la espalda.

—Mañana nos iremos a casa, mi pequeña dama, donde serás mía completamente —me dice con sus labios pegados a los míos.

—¿A casa? —pregunto, apartándome de él un poco.

—Sí, esto solo era una parada temporal de tres días para recogerte. Mañana nos iremos a mi residencia habitual.

¿Tres días? ¿No fue anoche cuando desaparecí? No entiendo nada, pero si esta es una casa de paso y tiene esa seguridad, su residencia debe estar acorazada. Lo voy a tener muy jodido para escapar.

Vuelve a meter su lengua en mi boca mientras los hombres armados miran y los que estaban de rodillas ahora yacen muertos en un charco de sangre gracias a mí.

De pronto, se oye una explosión fuera de la casa. El ruido de metralletas inunda la sala. El Sir me aprieta contra él. Un guardia entra.

—Alguien ha cruzado los límites de la propiedad.

—Los rusos, sabía que los teníamos cerca, el cabrón de Lev es un cazador implacable —sisea el Sir.

Más ruido de disparos.

—Mantenla a salvo —ordena el Sir a uno de los tipos armados, lanzándome contra él.

En un momento la sala se queda vacía y a mí me empujan hacia donde han desaparecido las dos locas desnudas antes. Entro en lo que parece la cocina y las encuentro ahí, quietas. No sé qué están esperando.

El guardia se gira al oír una ráfaga cerca de donde estamos y yo aprovecho para darle en la cabeza con la sartén más grande que puedo coger en ese momento. El tipo cae boca abajo. Me giro para buscar una salida y veo a una de las locas con un cuchillo en la mano, uno muy grande. Y tiene cara de querer clavármelo. Lo que

ella no sabe es que prefiero eso a quedarme aquí, no tienen ni idea de la puta loca que puedo llegar a ser para sobrevivir.

—No te puedes ir, el Sir se disgustará —dice una de ellas.

Parecen la versión adulta y porno de las gemelas de Stephen King. Doy un paso atrás, tropezando con el cuerpo del guardia y cayendo de culo sobre él. Estas dos están muy jodidas de la cabeza. Cojo el arma del guardia y las apunto.

—Venid conmigo, tratemos de huir de aquí.

—¿Quién dice que queremos irnos? —contesta Sábado, acercándose con el cuchillo.

—No voy a dudar si tengo que elegir entre vosotras o yo —les aviso.

Ellas se miran sorprendidas. Sí, piradas, se llama carácter y yo tengo por las tres. Se apartan, dejándome pasar, y salgo por la otra puerta de la cocina. No sé ni dónde estoy ni a dónde voy, pero mucho peor no me puede ir, ¿no?



CAPÍTULO 13

El Amo

Han pasado dos días desde que Texas fue secuestrada. Keanan no ha parado de buscarla. No creo que haya dormido. Tiene una obsesión extraña con ella. Puedo entenderlo más o menos. He de reconocer que he echado de menos verla entrar a mi despacho por las mañanas a darme el reporte de Nueva York. Aún no sé quién es realmente, pero Keanan me ha dicho que ya ha conseguido las pruebas y que va a contarme todo hoy. Espero que la encontremos, la cena me dejó con ganas de saber más de ella. Y su descaro al hablarme, quizás fue por el alcohol, pero su descaro me hizo reír con ganas como hacía mucho que no reía.

—¿Keyran, puedo entrar? —oigo mientras la puerta de mi despacho se abre.

Veo la cabeza rubia de Nueva York aparecer. Hemos pasado juntos las últimas noches y ha sido como estar en el cielo. He besado cada centímetro de su piel y entrado en cada hueco de su cuerpo. Parece que la mentira que contó Texas ha funcionado a las mil maravillas, ojalá estuviera aquí para poder agradecérselo nuevamente.

—Sí, princesa, entra.

Nueva York pasa y me deja sin aliento, como siempre. Hoy lleva un vestido ceñido rosa que moldea sus curvas a la perfección. Se acerca a mí contoneándose y se sienta en mi regazo. Cómo adoro que haga eso. Y me besa.

—¿Cuándo podremos salir de aquí a disfrutar de la ciudad? —me pregunta con voz dulce.

—Por el momento no es seguro. No hasta que sepamos qué ha pasado con Texas.

—¿Aún la estáis buscando? —inquiere, y me sorprendo, pensaba que ella sería la primera que la querría de vuelta—. ¿Tan importante es?

—No es que sea importante o no, es que no permito que entren a mi casa y se lleven lo que es mío.

Nueva York me mira, frunciendo el ceño.

—¿Ella es tuya?

—Así es, la compré. Por ti.

Parece que le gusta esa explicación.

—Entonces, ¿puedes venderla cuando quieras?

—Sí —le contesto, aunque no me lo había planteado.

La verdad es que no me gusta el tráfico de personas, y si no fuera porque Roma me lo sugirió nunca habría pensado en la posibilidad de usarlo a mi favor. Un día de estos tengo que llamarlo para darle las gracias. Quizás debería contactar con Nicola por el tema de Texas. Barajo la posibilidad de usar a la Élite, pero lo descarto porque Texas no es tan importante, ¿verdad?

—Y si yo te lo pidiera, ¿la venderías? —prosigue Nueva York, sacándome de mis pensamientos.

La miro confundido, no sé a dónde quiere llegar con todo esto.

—Las sirvientas de la casa la idolatran porque, según me han dicho, cuando ella se quejó de que los guardias las forzaban en cualquier rincón de la casa, tú ordenaste que dejaran de hacerlo. Es como su protectora o algo así.

No lo había pensado de esa manera. Lo hice por Nueva York, aunque no puedo decírselo para no delatarme y que mi mentira sea descubierta.

Lo que sí hice por Texas, y nadie más sabe, fue deshacerme de todos los hombres de mi padre, ellos eran los únicos que hacían esa mierda.

—De todas formas, creo que Keanan la quiere para él, ¿se la venderías a él?

—No —mi respuesta es rápida y sin dudar, me sale de dentro.

Nueva York va a decirme algo más cuando Keanan entra al despacho.

—Perdón por interrumpir, Keyran, pero tengo la información que necesitábamos.

—Si nos disculpas, princesa —le susurro a Nueva York, moviéndome para que se levante.

Ella hace un mohín, se levanta y se dirige a la puerta.

—¿No te olvidas de algo? —le pregunto.

Ella asiente mientras viene y me da mi beso. Le dije que no podía salir de una habitación en la que yo estuviera sin dármelo.

Una vez que se ha ido, Keanan se sienta frente a mí. No me pasa desapercibida la cara que pone cada vez que se cruza con Nueva York, se nota que no es de su agrado.

—Cuéntame —le pido, y él no tarda en ponerme al día.

—He tenido que corroborarlo mandando a un amigo allí, pero ya sé quién es. Texas, en realidad, es Britney Miller.

—¿Britney? No le pega nada ese nombre.

—Ella siempre ha opinado lo mismo —me contesta Keanan serio.

Espera, ha dicho siempre, ¿cómo lo sabe? A menos que…

—¿La conoces? —pregunto sorprendido.

—Así es. Dudé al principio. Hace más de quince años que no la veo. Pero ya no tengo dudas de que es ella.

—¿Dónde demonios os cruzasteis antes?

—¿Recuerdas que en la cena dijo que conoció a un irlandés hace tiempo? —Asiento—. Pues adivina quién era ese irlandés.

—No puede ser.

—Puede y lo es. La conocí una de tantas veces que estuvo en un hogar de acogida. Coincidimos durante muy poco tiempo. Ella era una niña problemática, bastante sociable, pero con un sentido de la lealtad impropio de alguien tan pequeño.

—¿Durante cuánto tiempo coincidisteis?

—Fueron apenas seis meses, pero sin ella yo no estaría aquí. Salvó mi vida. Literalmente.

Me lo quedo mirando. Nunca me había mencionado nada de esto.

—Cuando tenía diecisiete años, la casa en la que vivía con mi madre se incendió. Ella murió y a mí me llevaron a un hogar de acogida.

Sabía algo de esa historia.

—Ella estaba allí, tenía apenas trece años si no menos. Era diminuta en comparación con todos los que estábamos en ese lugar, aun así, se hacía respetar. Al cumplir los dieciocho te echaban de allí, eso me pasó a mí, ya era un adulto y el Estado no iba a seguir

manteniéndome, así que de un día para otro me convertí en vagabundo. Ella no paró de buscarme hasta que me encontró y me llevó a la casa de acogida, cada noche abría la ventana para que entrara y dormía en el suelo junto a ella.

—¿Así es como te salvó la vida?

Estoy impresionado de que una niña cuidara así de un adulto.

—No, eso es solo una parte. Una noche, los que se encargaban de la casa de acogida salieron a cenar. Solían hacerlo mucho y dejaban a los mayores a cargo de los pequeños. Los chicos decidieron que era buena idea montar una fiesta. El barrio no era el más adecuado. Vino gente, mejor dicho, gentuza.

Keanan se queda callado por un momento, pensando y recordando ese momento.

—¿Le hicieron algo? —pregunto, esperando a que Keanan continúe.

—No, pero yo acabé envuelto en una pelea y con un navajazo en el estómago. La fiesta se dispersó rápidamente mientras yo estaba tirado en el suelo del salón perdiendo sangre a raudales. Texas no se lo pensó, se lanzó a mi lado taponando la herida con una toalla mientras me hablaba para no dejarme ir. Te lo juro, creí que ese era mi final. Si ella no llega a estar allí, si no llega a detener la hemorragia y obligarme a seguir despierto, yo no estaría aquí.

Ciertamente, Texas es una mujer excepcional.

—Yo acabé en el hospital y para cuando salí ella ya no estaba. Al ser una menor no pude acceder a sus datos y cuando mi padre vino a recogerme para traerme a Irlanda perdí toda oportunidad. He estado años buscándola sin conseguir nada.

—¿Cómo es que ella no te ha reconocido?

—He cambiado mucho. Era un niño débil y flacucho. Ni siquiera tú me reconocerías si me vieras en esa época.

—Increíble, el hilo rojo del destino nos pone a cada uno en nuestro lugar.

—Lo que has oído, hermano —asiente Keanan, mirándome—. Te dejo su expediente para que lo veas. No ha tenido una vida fácil. Ni un poco. Por eso tengo que encontrarla, se lo debo.

—Nuestros hombres no encuentran rastro alguno, pero no pierdas la esperanza.

Y, para ser sinceros, yo tampoco quiero perderla.

—¿Algo que deba saber? —inquiero mientras cojo la carpeta con el nombre de Britney Miller.

—Creo que te interesará saber que a ella no la secuestraron, ella se vendió a sí misma.

—¿Cómo has dicho? —le pregunto, teniendo claro que no he debido oírlo bien.

—Así es, ella misma fue quien se vendió. Estoy intentando localizar al que la entregó en aquella subasta para tratar de averiguar más. Hasta ahora solo sé que ella fue sacada a subasta y vendida por un precio muy elevado. Sin duda, el que la comprara le tenía ganas.

Me quedo pensando en las palabras de Keanan durante un segundo.

—Eso es, averigua quién la compró. Tengo una corazonada, creo que es quien la tiene.

Keanan me mira mientras piensa en mis palabras.

—¡Joder! ¿Cómo no se me ha ocurrido antes?

Saca su teléfono y hace unas cuantas llamadas. No le cuesta demasiado averiguar quién era su dueño antes de que yo apareciera y me la llevara. Y no puede ser nadie peor. El Sir.

—Si él la ha comprado, tenemos que ir a por ella. Sabes que ese tío está zumbado. Y casualmente está por estos lares desde hace unos pocos días.

—Tranquilízate, Keanan, debemos ser inteligentes. Primero hay que averiguar si realmente ella está allí.

Keanan me mira enfadado, levantándose, y se dirige a la puerta.

—Está bien, pero si ella está allí te juro que iré con tanques a derribar su puta casa hasta que la encuentre.

—No me cabe duda.

Dicho esto, sale de mi despacho dando un portazo. Yo me recuesto en mi sillón y me dispongo a leer el expediente de Texas. Por mucho que aquí ponga que se llama Britney, para mí era y es Texas.

Paso casi una hora leyendo una historia triste. No ha tenido oportunidades en la vida, su madre se encargó de quitárselas, y luego fueron las drogas las que lo hicieron. Ahora entiendo mejor por qué no quiso tomar nada la pasada noche. Para cuando he acabado ya es tarde. Apago todo y me dirijo a la habitación de Nueva York. Al pasar por la de Texas no puedo evitar entrar y mirar su cama vacía.

Nueva York me ha pedido una habitación para ella sola y no he podido negársela. Por un momento estuve tentado a trasladarla a la mía, pero creo que es mejor ir poco a poco, total, no tiene ningún sitio más al que ir, para su familia se ha fugado con un hombre y sé que nadie la busca.

Al llegar a la habitación de Nueva York veo que está dormida y de espaldas, está enfadada. Claramente no le ha gustado no quedarse a nuestra reunión, pero ella debe entender su posición en esta casa; por más que ella sea mi centro, no lo es en mis negocios.

Cierro la puerta lentamente y me dirijo hacia mi cuarto. El móvil vibra en mi bolsillo. Un mensaje de Keanan.

La tiene el Sir, mañana por la noche iré a por ella.

Mi respuesta es sencilla.

Iremos.

El Sir es un jodido psicópata con el que es mejor no meterse, pero se ha llevado a Texas y ella es mía. Mañana por la noche él va a entenderlo.

Me voy a la cama y duermo poco y mal, esperando ansioso el momento de salir. No veo a Nueva York en todo el día. Tampoco me preocupo de buscarla, no puedo consentirle estos berrinches, no cuando nos estamos preparando para entrar en la boca del lobo.

La noche llega y todos mis hombres están distribuidos en cinco todoterrenos negros. Vamos armados y dispuestos a entrar. Keanan está cegado, su única meta es llegar a Texas. Y la mía también.

Es fácil entrar. No nos esperaban. Soltamos un par de granadas en la entrada para atraerlos y funciona. Entramos por la puerta principal con ráfagas de metralletas. No sé cuántos eran, pero puedo decir que pocos quedan tras la intervención de mi equipo. Veo al Sir y sé que él me ve. Lo pierdo de vista y creo que ha huido en helicóptero, sabe que está en desventaja y no está dispuesto a morir por una esclava. Aunque no dudo que tomará represalias.

Vamos habitación por habitación, buscándola. Allí no hay nada más que guardias. Llegamos a un salón donde hay una mesa preparada para dos y cinco cuerpos en el suelo. Reviso el lugar y no veo a nadie, hasta que llego a la cocina y encuentro a dos mujeres desnudas.

—¿Habéis visto a Texas? —les pregunto mientras observo que una de ellas lleva un cuchillo en la mano, uno muy grande.



CAPÍTULO 14

Texas

Me quito los zapatos de tacón para correr mejor. No suelto el arma. Bajo por unas escaleras dos pisos y llego a una puerta vieja. Giro el picaporte con cuidado y me asomo lentamente. Los disparos siguen sonando a mi alrededor. Casi lloro de alegría cuando veo que la puerta da a un patio y al fondo hay un portón abierto tras el cual se ve el jardín.

Ya casi estoy fuera.

Corro hacia allí sin pensármelo dos veces. Parece que toda la acción se está desarrollando en el otro lado. Espero que los rusos acaben con el Sir, no quiero saber que está vivo en el mismo mundo que yo.

Al llegar al portón, me detengo para mirar si hay alguien al otro lado. Si no fuera por los disparos dirías que no ocurre nada. La noche oscura ha caído tranquila sobre los viñedos y me parecen precioso, hasta que recuerdo como hace unas horas el Sir me persiguió y me tomó, y por un segundo me pienso si huir, me aterra lo que puede hacer si me alcanza. Me doy una patada mental en el culo y salgo corriendo como alma que lleva el diablo. Prefiero morir de pie y todo eso.

Atravieso el jardín y llego a la zona de viñedos. Noto la tierra húmeda y recuerdos que no quiero tener acuden a mi mente. Los aparto y sigo corriendo. Corro hasta que no puedo más y caigo de rodillas, aun así, tomo aire y sigo corriendo, lo hago hasta que ya no oigo los disparos. Y luego camino. No sé dónde estoy ni a dónde me dirijo. Tan solo llevo puesto un vestido caro y un arma en la mano. Echo en falta mi ropa interior, no sabía cómo de segura me hace sentir hasta que no he tenido la opción de llevarla. Al menos hace buena noche. Camino durante una eternidad hasta que llego a una pequeña carretera.

Esto tiene que llevar a alguna parte, ¿no? Ando durante un rato, esperando ver alguna señal que me indique dónde me encuentro. Nada.

A lo lejos oigo el ruido de un motor. Alguien se acerca. Pienso en esconderme, pero sería inútil, todo lo que hay a mi alrededor es campo y no hay nada donde ocultarme. Me quedo parada mirando, no quiero que me cojan desprevenida. Antes de llegar a mi altura aminoran un poco, me tenso, me pasan y veo que se alejan unos metros, luego se detienen. Agarro el arma con más fuerza. Veo la puerta trasera abrirse y un hombre salir corriendo, quiero hacer lo mismo, pero mis piernas no me funcionan, estoy muy cansada, así que me quedo allí mirando y levanto mi arma, apuntando lo mejor que sé.

—Texas, soy yo.

Ni siquiera lo estoy mirando, pero reconozco su voz. Bajo el arma y veo cómo se acerca a mí. Antes de que llegue, me giro y vomito lo poco que tengo en el estómago.



CAPÍTULO 15

El Amo

Como si me reconociera, suelta el arma, se gira y comienza a vomitar. Llego a ella lo más rápido que puedo, sosteniéndole el pelo. Una vez que ha sacado todo lo que tenía en su estómago y convulsionado un par de veces más, le doy una botella de agua que mi conductor nos ha sacado.

—¿No podías esperar a que llegáramos por ti? —le pregunto, viendo el mal estado en que se encuentra.

—No creía que nadie fuera a venir por mí. Como ves, no se me da tan mal apañármelas sola.

Y ahí está la Texas descarada. Contengo una sonrisa mientras ella continúa hablando.

—La próxima vez, si quieres, te dejo hacer de príncipe para que tu ego masculino permanezca intacto.

Veo cómo se tambaleaba y la sostengo con un brazo. Hace una mueca de dolor.

—¿Qué ocurre?

—Mi espalda —me contesta, apoyando su frente en mi pecho.

Miro por encima del hombro y veo cómo la tiene. Parece que un gato ha jugado a afilarse las uñas en ella.

—Joder, ¿él te ha hecho esto?

Ella asiente. Voy a matarlo.

—¿Qué más sucedió? —Necesito saber qué ha pasado en estos días.

Ella me mira y rompe a llorar. Mi mujer fuerte está llorando frente a mí y no sé qué hacer. Paso un brazo por debajo de sus rodillas y la alzo. Nos meto en el coche. Intento bajarla, pero ella no quiere, se aferra a mi cuello sin dejar de llorar silenciosamente. Y yo la abrazo más fuerte mientras le mando un mensaje a Keanan para avisarle de que la tengo y que vamos para casa.

—Tranquila, Texas, vamos a casa —le susurro contra su pelo a la vez que le doy un beso.

Tenerla así de cerca me hace sentir cosas raras. Una necesidad de protegerla se apodera de mí. La estrecho un poco más para intentar calmar a la bestia en mi interior que clama por la sangre del Sir. Hoy no, pero voy a cazarlo y dejarle claro que ella es mía.





CAPÍTULO 16

Texas

No sé por qué lo he dejado cogerme, ni sé por qué me he aferrado a él cuando entramos al coche, solo sé que verlo me hizo sentir a salvo. Y ahora lo que me siento es estúpida, una niña pequeña, pero necesitaba llorar. Quería aguantar, lo juro, pero cuando me apretó un poco más contra él no lo pude soportar, todo se me vino encima. El barro, las locas, la mesa debajo de mí, los hombres a los que maté. No sé cómo lidiar con eso. Los maté. Simplemente disparé. Fui egoísta. Me elegí a mí.

—No tienes que hacerlo ahora, Texas, pero por favor, necesito que me cuentes qué ha ocurrido allí —susurra el Amo contra mi pelo.

Yo no respondo.

—Sea lo que sea podemos arreglarlo, déjame arreglarlo.

No sé por qué quiere arreglar algo que no ha roto él.

—Puede que no me creas, pero no te mentí cuando te dije que erais las primeras mujeres a las que compraba. No quiero que pienses que lo que el Sir hizo está bien o que lo apruebo.

Siento un escalofrío al oír ese nombre.

—Las mujeres que están en casa son herencia. No hace mucho que me ocupo de los negocios de mi padre. Ellas eran suyas. Yo simplemente dejé que pasara lo que hasta ahora seguía pasando. Nunca compré a ninguna.

—Pero tampoco las libertaste —murmuro sin levantar la cabeza, no quiero mirarlo a los ojos, no desde tan cerca.

—No es tan fácil. Ellas saben cosas, han visto cosas. Digamos que debería haberlas matado. Preferí dejarlas vivir.

—Así que ellas deberían de estar agradecidas —contesto enfadada —, ¿les has preguntado si ser violadas de esa manera cada día es mejor que estar muertas?

El Amo suspira. Creo que me he excedido, pero ahora mismo estoy demasiado cansada para ser correcta o sumisa.

—Desde el mismo día que dijiste que no era agradable entrar y ver eso, ya no ha vuelto a pasar. Se lo prohibí a mis hombres. Ahora son sirvientas.

—Oh.

No lo sabía. Estaba tan centrada en Nueva York que no me había fijado.

Noto como el coche va más lento y alzo la cabeza de su pecho por primera vez desde que entramos. Si no me equivoco, estamos en casa del amo. Puedo reconocer el jardín. Me remuevo un poco, dándome cuenta de que cuando paremos voy a tener que enfrentarme a esta situación. El coche se detiene al frente de la casa y veo como el conductor, que no ha dicho nada en las tres horas de viaje, se baja y nos abre la puerta. Me intento bajar del Amo, pero no me deja, lo intento de nuevo y él vuelve a cogerme en brazos.

—Por favor, lo necesito —me suplica, y yo le dejo.

Avanzamos hasta la entrada y su amigo raro está allí, esperándonos junto con Nueva York. No está feliz de verme, al menos no aquí arriba. No tiene idea de que este hombre está loco por ella. Hasta el punto de secuestrarla.

—Dámela, yo me encargo —dice Keanan, tendiendo los brazos hacia mí.

Noto un pequeño apretón.

Miro al Amo y veo en su cara que no quiere hacerlo.

Miro a Nueva York y en sus ojos se refleja lo poco que le gusta esta situación.

Miro a Keanan y noto su impaciencia.

—Bájame, por favor —le pido, viendo que es la mejor solución, no es como si sus brazos fueran mi lugar correcto.

—He dicho que me la des —repite Keanan, acercándose.

—Bájame —le insisto.

El Amo sigue con la mandíbula tensa.

—¡Dámela! —grita Keanan finalmente, intentando arrancarme de los brazos del Amo y provocando que me encoja un poco por el dolor en mi espalda.

—¡Bájame!

—¡Quieto!

Gritamos el Amo y yo a la vez.

—Bájame, por favor —le suplico, mirándolo a los ojos.

Él me mira y asiente. Me deja poco a poco en el suelo. Noto el pelo rozarme la espalda y lo aparto hacia un lado, colocándomelo delante. Tomo una respiración, alzo la cabeza y camino recta dentro de la casa. Al pasar a Keanan y Nueva York oigo su asombro. Mi espalda no está en su mejor momento. Lo sé, lo siento.

—¿Qué demonios ha pasado? —inquiere Keanan, deteniéndome con una mano en mi hombro, lo aparto para zafarme de él

—Seguro que eso va a dejar marcas permanentes —dice Nueva York, realmente noto los celos en su voz, idiota.

—Nueva York —la reprende el amo.

—Cariño, ¿ya has conseguido demostrar que tus cosas no te las quita nadie? —le pregunta, colgándose de su brazo.

Los miro por encima del hombro y lo entiendo. No vino a por mí. Vino a por su cosa robada. Los hombres con poder son como niños, si alguien les quita algo tienen que recuperarlo, aunque sea para tirarlo a la basura.

—Acabemos con esto —digo sin mirar a nadie—. ¿Dónde quieres que vayamos para que os cuente todo?

—No es necesario hacerlo ahora, Texas —me asegura el Amo desde debajo de los brazos de Nueva York.

—Prefiero que sea así. Os lo cuento y lo meto en un rincón de mi mente para no recordarlo más. Por favor.

Él duda, pero finalmente cede.

—Vamos a mi despacho —dice, mostrándome el camino, aunque yo ya lo conozco.

—Yo también voy a estar —interviene Keanan.

—¡Y yo! —grita Nueva York.

Genial, tengo público. Quiero correr a cambiarme de ropa, pero eso me hace sentir débil y no quiero, así que imagino que llevo unos vaqueros en vez de ropa que apenas me cubre.

—No creo que sea conveniente —murmura el Amo muy serio.

—No me importa. —O quizás sí, qué más da, no es como si quedara algo de mi dignidad que salvar.

—¿Estás segura?

Yo asiento.

Nos dirigimos los cuatro a su despacho. Entramos y veo como el Amo se sienta en su gran sillón detrás del escritorio. Nueva York se sube a su regazo. Parece una posición que ya ha tomado antes, imagino que el tiempo no se detuvo porque desaparecí. Keanan se sienta a mi lado, cerca, demasiado. Retiro un poco la silla, necesito espacio.

—Bien, ¿qué quieres saber?

—Todo.

La intensidad con la que me mira me abruma.

—De acuerdo.

No entiendo por qué necesita saberlo. No era un juguete nuevo cuando llegué. No soy un juguete nuevo ahora. Quizás esté más rota, pero sigo siendo el mismo juguete que compró.

—No sé cuánto llevo fuera, creo que fueron tres o cuatro días, pero no tengo noción de eso, apenas me desperté ayer por la tarde.

Miro el sol brillando por la ventana. Hace una mañana preciosa para alguien en algún lugar.

—Al abrir los ojos entró una mujer desnuda. No la había visto nunca y pensé que era parte de las chicas de aquí. Estaba golpeada y sus ojos no tenían vida. Le pregunté por vosotros, pero no sabía quiénes erais. Cuando me di cuenta, me asusté y salí del cuarto. Ahí me percaté de que no estaba aquí. Así que seguí caminado hasta que vi una ventana y me lancé por ella al jardín. Luego corrí hasta que él me atrapó.

Tomo una respiración profunda.

—Después de eso me llevó de regreso a la casa y…

—Espera —me interrumpe Nueva York—, ¿quién te atrapó?

—El Sir, el Amo de esa casa.

—¿Y no te hizo nada por huir?

—Digamos que me castigó.

—¿Cómo?

Estoy empezando a sentir rabia. Ella preguntando y ellos callados dejándola hacerlo. No quería entrar en detalles, pero por lo visto ellos sí, así que ahí van.

—Me tiró al suelo y él se precipitó encima de mí. Solo había despertado con una camiseta y la ropa interior, así que fue fácil rasgar mis bragas e introducirse dentro de mí. Me dolió. Mucho. No estaba preparada. Mientras él lo hacía, yo trataba de girar la cara para poder tomar aire. No duró mucho. Luego me recogió del suelo y me llevó de vuelta. Ese fue mi castigo.



CAPÍTULO 17

Texas

Los tres se quedan callados. Sin decir nada. Continúo entonces.

—Después de eso me dejó darme una ducha y me preparó, tal y como me veis ahora, con un vestido bonito y sin ropa interior. Fácil acceso. Cuando me llevaron ante él volvió a forzarme encima de la mesa, no apartó ni tenedores ni vasos, las copas se rompieron y clavaron en mi espalda. Creo que quería oírme gritar, no lo hice. Tras eso —prosigo al ver que no dicen nada—, mandó traer a unos guardias del barco, unos de tantos que me violaron, y me dio dos opciones: matarlos o dejar que sus hombres me tomaran allí mismo uno detrás de otro.

—No —susurra Keanan.

—Sí, y lo hice, disparé cuatro veces, maté a cuatro personas. Luego llegasteis, el Sir creía que eran los rusos, o al menos eso entendí, un tal Lev. Me dejaron al cuidado de un guardia y cuando tuve una oportunidad hui. Y corrí como nunca lo había hecho. El Amo me encontró unas horas después.

Ellos permanecen en silencio. La primera en hablar es Nueva York.

—¿Cómo pudiste? —me pregunta, no la entiendo—. ¿Cómo pudiste matar a esos hombres?

La miro sorprendida, después de todo lo que he dicho ¿solo se ha quedado con eso? Echo un vistazo al Amo y a Keanan. Siguen sin hablar, supongo que ellos también quieren saberlo.

—Me preguntas que ¿cómo pude hacerlo? Apretando el gatillo —le contesto, quiero hacerme la dura, borrar la imagen de mí, débil en los brazos del Amo, el tiempo de lloros ha terminado—. Eran ellos o yo, y no dudé sobre a quién escoger. Volvería a hacerlo si fuera necesario.

O eso espero, me aterroriza cerrar los ojos y ver en mi cabeza el momento exacto en que apreté el gatillo y la vida abandonó los

cuerpos de esos hombres. Ver los sesos desparramados por el suelo, por la pared, por los zapatos de los guardias del Sir…

Tengo que respirar profundamente para evitar una arcada.

Nueva York se queda paralizada y veo como empieza a llorar, ¿en serio? Paso por todo esto y tú ¿lloras? Mi rabia sigue creciendo, no sé cuánto más voy a poder retenerla.

—¿Puedo irme ya? —pregunto, levantándome de la silla.

—Texas, lo lamento, esto no debería haber ocurrido —dice el Amo mientras abraza consolando a Nueva York.

—No, no deberían haber robado tu muñeca, pero no te preocupes, estaba rota y rota sigo. Has recuperado tu juguete en el mismo estado.

Como si mis palabras picaran al salir, me dirijo hacia la puerta.

—Gracias por venir a por mí —murmuro por encima del hombro.

Dicho esto, me voy. Quiero llorar de rabia. Gritar. No es justo.



CAPÍTULO 18

El Amo

Veo a Texas salir de mi despacho y noto como Nueva York se relaja en mi regazo.

—Voy a encontrar al Sir y destriparlo entero —susurra Keanan frente a mí.

Le ha afectado el relato de Texas, a mí también. Mi mejor amigo no puede parar de farfullar.

—Va a suplicarme que lo mate, pero no lo voy a hacer, no hasta que el último trozo de su cuerpo sea cortado en pedacitos muy muy pequeños.

Nueva York empieza a temblar.

—Ya basta, la estás asustando —le ordeno.

—Me importa una mierda.

—Keanan —digo su nombre como una advertencia.

Él se levanta de golpe enfadado y se marcha sin decir nada más. Luego tengo que hablar con él. Paso mi mano por la espalda de Nueva York, ha quedado muy impactada por lo que ha contado Texas.

Texas. Mi pequeña guerrera. Sonrío.

—Sabes, creo que yo nunca sería capaz de quitarle la vida a otro ser humano —murmura Nueva York con la cabeza apoyada en el hueco de mi cuello.

—Eso no lo sabes hasta que llega el momento.

Y yo lo sabía. Nunca creí poder hacerlo la primera vez, pero el instinto de supervivencia es mayor que la moralidad.

—No, definitivamente no podría vivir sabiendo que he matado a cuatro hombres inocentes a sangre fría.

Esa declaración es claramente de una persona que no ha estado ni un poquito cerca de vivir una situación similar.

—No eran tan inocentes.

—Tampoco sabemos si lo hicieron por su propia voluntad o les obligaron.

Empieza a molestarme que los defienda.

—No creo que puedan obligarte a violar a nadie.

—No, pero…

—Ya vale, nena —la corto, moviéndome para levantarme y obligándola a levantarse a ella también—. Ha sido una noche larga y quiero descansar un poco.

Me mira molesta, no le gusta ser desairada, esta vez va a tener que aguantarse.

—Está bien. —Se pone de puntillas para darme un beso y se larga.

Me quedo allí parado en mi despacho, medio sentado en mi mesa, recordando las últimas horas. Cuando pasamos junto a Texas con el coche… Creo que no me he sentido tan aliviado en la vida. Verla en ese estado, caminar por sí misma, o al menos intentarlo. La dejé en un primer momento, quería demostrar que ella se valía sola y lo hizo. Luego flaqueó un instante delante de mí y no pude evitar cogerla en brazos. Estaba tan orgulloso de ella. Incluso cuando se puso a llorar. No me había dado cuenta de lo mucho que ella me importa, no sé en qué momento ha empezado a hacerlo. También pude sentir lo cabreado que estaba conmigo mismo por dejar que se la llevaran. Sostenerla en brazos calmó un poco mi ira, pero creo que verla entrar en casa, descalza, con la ropa manchada, la espalda sangrando y el pelo revuelto, pero con la cabeza alta, ha hecho que se gane totalmente mi respeto. Algo ha cambiado.

Decido ir a verla. No he sabido qué decirle después de que contara todo lo ocurrido. Tengo que hablar con Nueva York sobre cómo se comportó, se lo puso difícil. Creo que a Keanan le ha pasado lo mismo que a mí. No sabíamos qué decir, ni por dónde empezar. Matar a alguien no es fácil. Por como se ha ido creo que ha malinterpretado nuestros silencios.

Llamo a su puerta, pero no se oye nada. Vuelvo a tocar y lo mismo. Espero unos segundos hasta que giro el picaporte y abro lentamente, llamándola. No hay respuesta. Mi corazón comienza a acelerarse. Miro dentro y no veo nada fuera de su sitio. Me dirijo al baño, apoyo mi oreja en la puerta, pero no escucho nada. Abro y

veo restos de agua. Luego en el suelo veo el vestido totalmente rasgado. No me gusta esto. Sacó el móvil y marco.

—Localizad a Texas, quiero a todos los hombres buscándola —ordeno a mi jefe de seguridad, y acto seguido cuelgo.

Vuelvo a la habitación para ver si hay algo fuera de su sitio, algún signo de que alguien haya entrado, pero nada. La ventana está cerrada. Creo que voy a tapiarla. Paseo de arriba abajo. Pasa casi media hora hasta que mi jefe de seguridad me llama y me confirma que está en la biblioteca. Salgo disparado hacia allí, necesitando ver por mí mismo que está bien.



CAPÍTULO 19

Texas

No debería haberme hecho hablar delante de ellos.

No debería haberme hecho contar y revivir lo sucedido.

No debería tratarme como lo hizo en el coche si luego iba a consolar a Nueva York.

No debería… No, ya vale.

Me limpio una lágrima de la mejilla y voy hacia el que era mi cuarto hasta hace unos días. Ya no sé si lo sigue siendo. Me da igual. Me meto dentro y cierro la puerta. No pongo el seguro. Y por un momento me doy cuenta de que estoy justo en el lugar donde me secuestraron. Y no me gusta. Comienzo a respirar más rápido y pienso en irme. Tengo miedo. Pero voy a enfrentarme a ello. Cojo una toalla y me meto a la ducha. Rompo el vestido para salir de él y saco toda mi rabia contenida.

Me lavo rápidamente entera, cabeza y cuerpo. Es cuando me seco que noto mi espalda en carne viva. Me acerco al espejo y me miro. Para ser sinceros, pensaba que estaba peor. Apenas tengo cuatro o cinco cortes grandes y el resto son puntos o pequeños rasguños. No tiene pinta de que me vaya a morir de esto. Busco en el armario del baño algo para desinfectar y lo vuelco sobre mi espalda. No pienso pedir ayuda a nadie.

—¡Joder! —grito cuando empieza a escocer.

Si es verdad eso de que si duele es que está curándose, esto se va a quedar como nuevo porque pica como el demonio. Cuando noto que el escozor es soportable, me pongo con cuidado un sujetador de los que compró el Amo para mí y noto como el lado de Nueva York está vacío. Reviso el resto de cajones y el armario y no veo nada suyo. Ella ya no duerme aquí. Busco un uniforme y me lo pongo. Noto la tela contra mis heridas, pero no es nada que no pueda aguantar. Rozo con mis dedos mi cicatriz, mi botón de reinicio, y repito mi mantra.

—Ya queda un día menos para el resto de mi vida.

Termino poniéndome las deportivas y salgo a limpiar.

Paso media hora ordenando la biblioteca. Desempolvo libro a libro con un trapo, un rato después, cuando oigo gente moverse fuera no puedo evitar asustarme. No puede ser, ¿ha venido a por mí? Respiro hondo y me acerco lentamente, abro la puerta y asomo mi cabeza. No veo al Sir ni a nadie parecido, son todos hombres del amo. No sé por qué, pero puedo distinguirlos, estos no tienen cara de sádicos. Uno se para ante el movimiento de la puerta, se acerca y la abre del todo mientras doy un paso atrás. Se toca la oreja.

—Terminad la búsqueda, está en la biblioteca.

¿Qué búsqueda?



CAPÍTULO 20

Texas

Antes de que pueda preguntarle, veo al Amo venir y despachar al guardia.

—¿Dónde te habías metido? —me pregunta enfadado.

—He estado aquí en todo momento.

—Fui a tu habitación y no estabas. El vestido estaba roto en el suelo —gruñe, y entonces echa un vistazo a su alrededor, confundido—. ¿Qué demonios haces aquí?

Lo miro sin entender a qué viene ese tono y esas preguntas.

—Limpiar.

Le respondo en un tono que le da a entender que no sé de qué se extraña.

Él se pasea de arriba abajo, despeinándose con las manos.

—Limpiar, claro, ¿y por qué se te ha ocurrido que tenías que limpiar?

—Porque eso es lo que hago aquí, ¿no?

Sé que mi tono es como si hablara con un tonto, pero no entiendo qué está pasando. Me mira de arriba abajo. Y cuando va a decir algo, oímos la voz de Nueva York llamándolo.

—Ya voy —le contesta, mirándome a los ojos.

Y se larga. Ha sido un momento raro. Mucho. No sé qué le ha picado. Yo vuelvo a cerrar la puerta de la biblioteca y sigo limpiando. Libro a libro. Reconfortándome mientras miro cada portada.





CAPÍTULO 21

El Amo

Voy arriba, hacia la voz de Nueva York, que está en mi habitación. No me gusta que entre cuando yo no estoy, aun así, sigue haciéndolo. Le asigné un cuarto junto al mío para tenerla cerca, pero sigo valorando mi espacio personal libre de mujeres. Me gusta en mi cama, aunque no viviendo en mi habitación.

No entiendo por qué demonios Texas está haciendo esto, volver al trabajo como si no hubiera pasado nada. No debería estar limpiando. Debería estar descansando. Joder.

Esto es culpa mía. Voy a dejarle claro que ella aquí no es solo una más, no sé qué posición ocupa, pero como el jodido infierno que no es una más.

—¿Qué ocurre? —le pregunto, sin entender por qué se ha lanzado a mí.

—Cuando he visto a todos los de seguridad he tenido miedo de que alguien hubiera entrado.

—No ha pasado nada. Texas había desaparecido y la estaban buscando. Ya la he encontrado.

—¿Estaban todos buscando a Texas? —me interroga sorprendida.

—Sí. Fui a verla a su habitación y no la encontré. Así que me puse un poco nervioso.

Nueva York me mira con cara de pocos amigos.

—¿Crees que es peligrosa? —suelta de la nada.

Me giro para mirarla sin saber muy bien qué contestar.

—Quiero decir, no sé si sentirme muy segura a su alrededor ahora que sé que es capaz de matar.

No puedo creer que realmente esté diciendo eso.

—No es una asesina en serie ni una psicópata escapada de un manicomio, Nueva York. Es una superviviente.

—Ya, pero…

—Tú mejor que nadie deberías saberlo. Y de paso agradecerle que cuidara de ti. Lo que hiciste antes en el despacho no estuvo bien.

—No hice nada.

—Sí, hiciste preguntas innecesarias.

—Nadie me dijo que no las hiciera.

En eso tiene razón. Una parte de mí quería saber qué había ocurrido. Otra quería vivir feliz en mi ignorancia.

Nos quedamos mirando, ella nota mi cara de enfado y se lanza hacia mí como ha hecho antes. Empiezo a conocerla. Cuando me cabreo recurre al sexo para hacer que me olvide del motivo por el que estaba enfadado. Normalmente funciona, pero esta vez no tengo ganas. vez no tengo ganas.

—Nueva York —le digo mientras ella está metiendo sus manos debajo de mi camisa—. Ha sido una larga noche, quiero dormir un rato.

Ella no para, comienza a meter su mano en mis pantalones.

—Nena, de verdad, a dormir.

Se separa, mirándome incrédula. Por un segundo creo que va a comenzar una pelea, pero mi cara refleja que no voy a aguantar mierda y parece que ella lo nota.

—Está bien, dormiremos un rato —me dice, cambiando a su voz dulce y arrastrándome a la cama con ella.

Acepto seguirla porque realmente necesito descansar. Sigo disgustado con ella y con su comportamiento, pero aun así la dejo meterme a la cama y la abrazo cuando se acurruca contra mí. No tardo mucho en caer dormido.

Para cuando me despierto noto que es de noche. Realmente necesitaba este descanso. Nueva York está acurrucada dándome la espalda. La miro un momento y pienso en nosotros. Desde el primer instante que la vi supe que tenía que ser mía. Y ahora que lo es… Solo que creo que se me ha pasado la euforia del primer momento. Me siento diferente.

Me levanto, me visto y voy abajo. Necesito comer algo antes de ir a trabajar al despacho un rato, la siesta me ha despejado. Tengo envíos pendientes que revisar y los italianos están pidiendo vernos

de nuevo para aclarar términos de la Élite, aunque no creo que Cathal vaya a acudir a ninguna reunión.

Entro a la cocina y enciendo la luz, ya es casi medianoche y todos, excepto los hombres de guardia, están dormidos; han sido unos días duros. Abro la nevera en busca de comida y veo un plato con una etiqueta: Texas. No ha debido bajar a cenar. Me preocupa que esto le afecte demasiado. Si mañana no come me ocuparé yo mismo de que lo haga.

Saco lo necesario para hacerme un sándwich y repaso mentalmente todo lo que tengo pendiente.

Me pregunto si Texas estará dormida.

Me siento mientras me sirvo una copa de vino, me encanta tomar un sándwich y una copa de vino, y si es del caro mejor, es una extravagancia que me permito.

Quizás Texas tenga hambre.

Termino el sándwich y no me molesto en recogerlo, tengo gente que lo hace por mí.

Pienso un segundo en llevarle el plato de la nevera a Texas.

Nah, estará dormida.

Salgo de la cocina directo a mi despacho, pero me paro en las escaleras y miro hacia arriba. Ni siquiera me tomo un segundo para pensarlo que ya estoy subiendo. Me dirijo a la habitación de Texas y apoyo la oreja contra la puerta, no se oye nada. Giro lentamente el picaporte y me asomo con una idea fija en mi mente: necesito verla dormir.



CAPÍTULO 22

Texas

Se me hace la noche en la biblioteca y como nadie me ha vuelto a molestar imagino que está bien que haga esto. Cuando veo que ya no queda más que limpiar aquí, salgo y voy a mi habitación nuevamente. No quiero cenar, tampoco he comido. Mi estómago aún está revuelto. Me pongo el pijama y me tumbo en la cama de lado, la espalda me molesta, pero nada insoportable. Cierro los ojos intentando dormir, sin embargo, las imágenes no paran de llegar a mi cabeza. Pienso en cosas bonitas, en lugares felices y parece que logro que esas pesadillas se alejen, pero luego noto un ruido y me sobresalto, me quedo sentada en la cama. En silencio. No oigo anda. Quizás me lo he imaginado. Mi corazón está acelerado y sé que no voy a poder dormir. Tengo miedo. Me siento en el centro de la cama con las rodillas debajo de mi barbilla, mirando la ventana por la que según me enteré entraron. La vigilo durante unas horas, no sé si espero que alguien aparezca o no, no tengo claro qué sería peor, si la espera o el enfrentamiento. En mi cabeza no paran de pasar las imágenes de esos hombres que he matado. Sus ojos mirándome. La vida saliendo de ellos.

Oigo un ruido fuera y me tenso. Me quedo en silencio intentando descubrir si es real o es parte de los millones de ruidos que he oído en mi cabeza durante el último rato. Son pasos, es real. El picaporte de la puerta comienza a girar y creo que voy a gritar, pero no lo hago, me quedo paralizada. Espero y veo como una figura aparece en el umbral.

—¿Qué haces despierta? —inquiere una voz que conozco, no me hace falta encender la luz.

—No puedo dormir.

Se queda en silencio un momento.

—¿Puedo? —me pregunta.

No le contesto porque no sé qué me está preguntando exactamente. Lo veo avanzar, cerrar la puerta, quitarse la americana, plegarla encima de una silla y dirigirse hacia mí.

—Hazme un hueco.



CAPÍTULO 23

El Amo

Ella sigue sin decir nada.

—Texas.

Se retira hacia un lado, dejándome sitio. Me siento de espaldas a ella, me quito los zapatos y me tumbo a su lado. No deja de mirarme, aún sigue acurrucada.

—Ven aquí —le ordeno, palmeando el sitio a mi lado.

Duda, pero se tumba. Soy lo suficientemente rápido como para meter mi brazo debajo de su cabeza cuando lo hace y noto cómo se encoge cuando su espalda toca las sábanas. La empujo de un hombro para que se ponga de lado y acaba con su cabeza en mi pecho y su mano en mi hombro contrario. Está incomoda con la situación. Lo noto. Me da igual.

—Siento cómo se comportó Nueva York antes, no tenía derecho a hacerte esas preguntas ni a juzgarte como lo hizo.

—No pasa nada.

—Sí pasa.

No me gusta que le reste importancia.

—Es normal que me juzgue, ella la peor elección que ha tenido que hacer seguramente ha sido si iba con un traje largo o un traje corto a su graduación.

Me rio un poco. Es cierto, Nueva York no ha tenido una mala vida.

—¿Qué tal llevas la espalda?

—No está tan mal como pensaba, mañana apenas llevaré algo y en unos días habrá desaparecido. Tengo la esperanza de que no deje marca.

—Perdóname —le digo, sintiéndolo de verdad—, no debí dejar que esto ocurriera.

La noto respirar profundamente.

—No debí dejar que él llegara a ti, no creí que fuera capaz.

—Mierda pasa cada día, no le des muchas más vueltas, no se puede hacer mucho ya.

Su respuesta no es un reproche, no la noto enfadada, quizás sí derrotada o valiente, o una mezcla de ambas. Acaricio su brazo y noto un pequeño bulto en él. Vuelvo a pasar mis dedos y lo noto claramente.

—Es una capsula anticonceptiva.

—¿El qué?

—Una capsula que segrega lo mismo que las píldoras anticonceptivas. Lo descubrí estudiando Enfermería, es un gran invento.

Me quedo callado, creo que no había oído hablar de ello nunca.

—Evita que hijos de puta como el Sir se reproduzcan.

Me acaba de confesar que él no solo la ha violado, sino que lo ha hecho sin protección. La ha marcado. Eso no me gusta. No quiero imaginarla de esa manera, no logro imaginarla no estando aquí.

—Así que, por lo que veo, todo bien con Nueva York, ¿no? —murmura, cambiando de tema.

—Gracias a ti.

—Veo que ya no tiene aquí sus cosas, así que imagino que la tienes instalada en tu cuarto.

Percibo una nota de ¿celos?

—No exactamente, mi habitación es mía —le aclaro—, ella duerme en la de al lado.

Se queda pensando un momento.

—Debería mudarme con las demás chicas del servicio.

—No —le contesto tajante, no la quiero durmiendo en el sótano de la cocina.

—Per…

—No, y esto no está en discusión.

Ella se queda callada, sé que quiere discutirme la orden, pero no lo hace.

—¿Has matado alguna vez? —me pregunta de la nada—. No quiero detalles, solo saber si lo has hecho.

—Sí.

—¿Cómo logras dormir después?

Un sentimiento de ternura me llena, está pidiendo ayuda a su manera. La estoy empezando a conocer.

—¿Es por eso que no podías dormir?

—Sí, no logro dejar de ver a esos hombres frente a mí, muertos, con los ojos abiertos, la sangre rodeándome.

—La primera vez es difícil. Es la culpa la que te hace ver todo eso. Pero recuerda que tú solo estabas sobreviviendo.

—Podría haberles dejado jugar conmigo a cambio de sus vidas.

Los remordimientos hablan por ella.

—Hiciste lo correcto en ese momento. Te agradezco que lo hicieras, me has ahorrado trabajo.

—No te entiendo.

— Si no estuvieran muertos, hubiera tenido que ir también tras ellos por lo que te hicieron. Igual que pienso matar al Sir por lo mismo.

—Debe ser agotador ser un macho alfa —me contesta.

Me río, ella tiene ese efecto en mí.

Texas cree que lo hago porque entraron en mi propiedad y robaron algo que es mío. En parte tiene razón, pero lo hago también porque la tocaron y necesito que él pague por eso.

Voy a asegurarme de que la revisen bien para cerciorarme de que su salud no está en riesgo después de todo lo que pasó.

—Cierra los ojos —le pido—, y escucha atenta los latidos de mi corazón. Concéntrate en eso.

Ella se acomoda un poco para obedecerme y tener su oreja contra mi pecho. Yo pongo mi brazo libre debajo de mi cabeza.

—Piensa en un lugar en el que hayas sido feliz, un momento en el que te sientas segura y concéntrate en eso. Con los ojos cerrados.

—Está bien.

Ella me obedece. Retira su pelo a un lado, dejando su cuello, hombro y brazo al descubierto, y apoya la mano contra mi pecho, cerca de su cara. Comienzo a trazar un recorrido por su brazo con mis dedos, de arriba abajo, de abajo arriba. No tardo mucho en oír su respiración rítmica. Se ha quedado dormida. Debe estar agotada.

Me quedo mirando al techo un rato, evaluando esta situación, la tranquilidad que siento ahora mismo, y me pregunto por qué quiero

quedarme aquí en vez de volver a la cama con Nueva York.



CAPÍTULO 24

Texas

Me despierto poco a poco, recordando la noche anterior. El Amo entró y me ayudó a dormirme mientras me abrazaba. No entiendo por qué lo hizo. Miro el lugar en el que lo dejé anoche y está vacío. Lo toco y está frío. Puede que fuera un sueño. Mi mente puede estar jugándome malas pasadas, pero recuerdo perfectamente cuando me apretó contra él, aún siento sus dedos trazando mi brazo. Incluso creo que besó mi frente en algún momento. Y me gustó esa sensación. ¿Será que sufro algún tipo de síndrome de Estocolmo? ¿O solo es que soy idiota? Es demasiado temprano para saberlo.

Rozo mi cicatriz para darme fuerzas para empezar el día y me levanto. Voy directa al baño y me saco la camiseta para ver mi espalda. Está bien, tal y como pensaba, aún me molesta, pero parecía más de lo que realmente es. Mejor. Me meto a la ducha para comenzar el día. Quiero volver a la normalidad, o a lo que sea esto que estoy viviendo ahora. Necesito centrarme y empezar a pensar cómo voy a salir de aquí.

Cuando termino de ponerme el traje, veo una nota en la mesilla en el lado donde estuvo el amo.

Cuando te levantes, ven a mi despacho.

No está firmada, pero no tengo ninguna duda de que es de él.

Recojo mi pelo en una coleta alta y salgo para allí. Todavía es temprano, así que Nueva York no estará cerca, aún estará en la cama, seguramente en la del amo.

Pensamientos raros fuera.

Justo cuando voy a llegar a la puerta, Nueva York me sorprende por detrás y doy un pequeño bote.

—¿Dónde vas? —me pregunta todavía en pijama.

Alguien tendría que decirle que es mejor insinuar que enseñar, ese trozo de tela no cubre nada.

—El Amo me ha pedido que vaya a su despacho.

Ella me mira durante un segundo.

—No creas que vas a conseguir algo con él.

Espera, ¿qué? Dudo si he oído lo que he oído.

—Puede que se mostrara atento, pero solo es porque me ayudaste en el barco, no lo olvides, estás aquí por mí.

Vale, es muy temprano para aguantar perras.

—Nueva York, de verdad, no tengo ánimo para hacer esto ahora, ¿podemos dejarlo para después del desayuno?

Me giro y la dejo con la palabra en la boca.

—No te queda mucho tiempo aquí —la oigo decir mientras se va por donde ha venido.

Llego a la puerta y toco despacio.

—Adelante —escucho desde el otro lado.

Paso dentro y lo veo sentado detrás de su gran mesa. Su amigo raro también está, de pie junto a él.

—Toma asiento, Texas —me indica el Amo, y yo lo hago muy cautelosamente.

No sé qué hago aquí ni por qué el amigo raro también está, pero no me gusta. Los miro entrecerrando los ojos, ideas locas se pasan por mi cabeza. Empiezo a entender las palabras de Nueva York. Mierda.

—¿En qué piensas, Texas? —me pregunta el Amo curioso, observando mi cara.

Es como si me conociera más de lo que me gustaría.

Dudo si decírselo, pero no es que tenga mucho que perder, así que me lanzo.

—En que ahora entiendo por qué me fuiste a buscar; aún puedes sacar un buen precio por mí, ¿no?

Ambos me miran en silencio. Creo que he acertado.

—¿Qué demonios estás diciendo? —pregunta el Amo medio gruñendo.

Igual me he equivocado.

—¿No vas a venderme a tu amigo raro?

Sinceramente, pensaba que por eso estaba aquí, que por eso participó en mi rescate. Tiene un algo extraño conmigo desde el principio. El amigo raro se ríe. El Amo no.

—No, Texas, no voy a venderte ni ahora ni nunca.

—Aunque después de que hablemos vendrás a vivir conmigo —dice Keanan, aún riéndose.

—Eso está por ver todavía, Keanan —le contesta el Amo serio.

Yo los miro sin entender nada de lo que están diciendo.

—¿Alguien me puede explicar qué pasa? —les corto, viendo que siguen discutiendo si me voy o no con el amigo raro.

—Sabemos que tu nombre es Britney Miller —suelta finalmente el amo.

Me remuevo en mi asiento. Eso no deberían saberlo, había robado la identidad de una compañera de la clínica para evitar que esto pasara.

—Mírame —dice el amigo raro, sentándose a mi lado—, pero mírame bien, ¿te resulto familiar?

Lo observo fijamente, trato de recordar, pero ningún Keanan me viene a la mente. Niego con la cabeza. El amigo raro acerca su silla, coge mis manos entre las suyas y las besa. No entiendo nada.

—Si te digo Brian O´Keffe, ¿te suena ese nombre de algo? —insiste de nuevo y clava sus ojos en los míos.

No tengo dudas, conozco ese nombre a la perfección, pero no sé por qué lo trae ahora a colación. Hace más de quince años que no sé de él. Me quedo callada, esperando a que revele más información.

—Dime, ¿te suena? —Sigo callada, no sé si puedo fiarme de él.

De pronto, el amigo raro, suelta una carcajada, miro al Amo, pero su cara refleja que no tiene ni idea de qué se ríe.

—Keyran, te lo dije, quince años sin vernos y sigue leal.

Pienso en sus palabras. Lo miro, pero no puede ser, Brian era como un tercio de lo que es Keanan. Delgado. Enclenque. Encorvado. Pero miro sus ojos y tiene cierto rastro de los de...

—¿Brian? —pregunto, insegura de que lo sea.

—El mismo.

Ladeo mi cabeza, no me queda claro. Entonces él se levanta, se sube la camisa y veo la cicatriz. Es él, no hay dudas.

—¿De verdad eres tú? —le pregunto porque no me creo que esto sea verdad.

—Así es, *brathair*.

Y con esa palabra me lo confirma, cambiando mi mundo totalmente.



CAPÍTULO 25

Texas

Brathair. Brian siempre me llamaba así, decía que era su hermana de sangre americana. Un remolino de sentimientos revolotea dentro de mí y las lágrimas comienzan a brotar solas. Por fin veo un poco de esperanza en mi vida, un camino que seguir.

Lo miro sin saber muy bien qué hacer hasta que él abre sus brazos y me lanzo sin pensarlo a ellos. Me atrapa sin problemas. Es como estar en casa.

Estuvimos juntos muy poco tiempo, pero fue una parte importante de mi vida hasta que desapareció. Cuando me baja, me aparto un poco de él y le doy una bofetada.

—Te fuiste sin decir nada. Pensaba que estabas muerto.

Keanan me mira, frotando su mejilla; me pica la mano, así que no ha sido flojo el golpe.

—En mi favor alegaré que estaba medio muerto.

—Por lo que veo, más bien medio vivo.

—Localizaron a mi padre y vino por mí. Cuando me quise dar cuenta estaba aquí, en Irlanda. Te busqué desde aquí, pero ya no estabas en la casa hogar.

—Mi madre logró recuperar la custodia acostándose con el tipo que mandaba el Estado. Un gran sistema.

Keanan vuelve a abrazarme. Se me hace raro que ya no sea Brian.

—Pero ya te he encontrado y ahora no te voy a perder de vista —me dice, apoyando su barbilla en mi cabeza.

—Ejem… ejem… —tose el amo.

Por un momento he olvidado que estaba aquí.

—Keyran —sonríe Keanan, pasando su brazo por encima de mis hombros—, ¿necesitas algo?

Miro al Amo y lo veo enfadado. Creo que no le ha gustado saber que soy algo así como familia de su amigo. Supongo que no soy lo bastante buena para serlo.

—Solamente me preguntaba cuándo ibas a soltarla para poder seguir hablando.

Keanan rueda los ojos y me libera. Yo me siento nuevamente en la silla, Keanan a mi lado. Cuando va a empezar a hablar el Amo, Keanan tira de mi silla, arrastrándola de forma muy ruidosa hasta quedar pegada a la suya. Pasa el brazo por detrás de mi respaldo, se acomoda y sonríe.

—Bueno —comienza el amo—, como íbamos diciendo, ya sabemos que no eres quien se supone que eras. Lo que aún nos queda por aclarar es por qué te vendiste a ti misma.

Joder, también saben eso.

—Eso es algo personal —le contesto, cruzándome de brazos y acariciando mi cicatriz con el pulgar disimuladamente.

—No encuentro ningún motivo por el cual alguien quiera meterse voluntariamente en este mundo —prosigue el amo.

—Necesitaba el dinero.

—Pero en tus cuentas no hay rastro de él. Ni hay compra de casa, coche o gasto alguno de una inversión —dice Keanan a mi lado—. ¿Para qué necesitabas tanto dinero?

Respiro profundamente. No quiero hablar de ello. Es algo mío. Así que recurro a nuestra amistad para librarme de esto. Espero que se acuerde.

—Ataraxia —suelto, viendo como Keanan se vuelve hacia mí.

Primero está serio, luego comienza a esbozar una sonrisa. Él también se acuerda.

—¿Ataraxia? —pregunta el amo—. ¿Es algún tipo de enfermedad?

—No —le contesta Keanan—, significa que hemos acabado de hablar del tema.

El Amo levanta una ceja.

— Mientras estábamos en la casa hogar, Texas y yo nos hicimos muy buenos amigos, pero aun así había cosas que no queríamos contarnos y tampoco enfadarnos entre nosotros. Para no dar evasivas ni rodeos, ella decidió que esta palabra, que significa serenidad, era el fin de una conversación. Si alguno de los dos la dice, el otro debe respetar que no quiera hablar del tema.

—No sabía si te acordarías —murmuro mirándolo.

—No olvidé nada de ti —me contesta Keanan, dándome con el dedo en la nariz y haciendo que me ría.

Ese gesto era muy común en él también.

—¿Cómo pasaste de Brian a Keanan? —inquiero curiosa.

—Mi padre tuvo que matar la identidad de Brian para poder traerme y sobrevivir.

—Ok —murmuro, procesando todo.

—Como no hay más que decir, nosotros nos vamos —suelta Keanan, levantándose mientras pone la mano frente a mí.

Yo la cojo sin dudarlo. Hace mucho que no lo veo, pero ahora mismo es lo único real que conozco. El Amo nos mira desde detrás de su escritorio.

—Puedes quedarte si lo deseas, Texas —me aclara impasible.

«Sí, claro, me encantaría quedarme para ver como Nueva York me trata como una basura. Paso».

—Prefiero irme con él.

Dicho esto, Keanan me arrastra hacia la puerta tras él, la abre y cuando vamos a salir noto un tirón de mi otra mano. Suelto a Keanan y veo como la puerta se cierra ante mí, pestillo incluido. Me giro y el Amo me está mirando, aún tiene mi muñeca en su mano. Parece enfadado. Trato de soltar mi mano, pero no me deja.

—Keyran, abre la puta puerta —gruñe a Keanan mientras la golpea sin reparo.

El Amo sigue mirándome sin decir nada. Parece que su mente va a mil por hora. Vuelvo a tirar de mi mano. Aún nada, no me suelta.

—Amo, por favor.

Sigue callado, pero comienza a avanzar hacia mí. Mi corazón empieza a latir rápido. No sé por qué se ha enfadado, por qué se está comportando así.

Comienzo a retroceder a la vez que él avanza hasta que acabo con la espalda apoyada en la puerta. Keanan sigue golpeándola y gritando cosas, pero mi mente no las oye, estoy concentrada en la mirada del amo. Vuelve a avanzar y pego más mi espalda. Una punzada de dolor hace que me encoja. Me suelta la mano para pasar su brazo por mi cintura, atrayéndome hacia él mientras apoya la otra

en la puerta que tengo detrás. Acerca su cara a la mía hasta que estamos casi rozando nuestros labios.

—No sé si quiero que te vayas —me susurra.

Esa confesión me descoloca por completo. No puedo negar que el Amo es guapo y que le agradezco que viniera a por mí, pero ¿siento algo más que eso? Además, él está con Nueva York, así que, ¿soy algún tipo de juego?

—Texas —me vuelve a susurrar.

Espera que le responda, pero no sé qué decir. Mi pulso está acelerado y mi cuerpo me pide que me lance contra él, pero sé de buena tinta que hacer caso a mi cuerpo es lo que me trajo a encontrarme en esta situación.

—No sé qué decirte —le contesto, al menos quiero ser sincera.

—¡Keyran, voy a colgarte de los huevos como no abras! —sigue gritando Keanan desde fuera.

Continuamos mirándonos unos instantes más y finalmente se retira.

—Lo siento —me disculpo, pero no sé por qué.

—No sé qué me pasa contigo, Texas, simplemente me molesta verte marchar con Keanan.

—No deberías, Amo, tienes a Nueva York, como querías.

—Creía que era eso lo que quería, pero llegaste tú y…

Lo miro y todavía sigo sin saber qué decirle.

—Lo siento —murmura justo antes de acercarse en dos zancadas, cogerme de la nuca y atraerme hacia él hasta estampar sus labios sobre los míos.

Comienza a besarme y yo le respondo. Se siente bien, correcto, como si fuera lo que debía suceder. ¿Estoy jodidamente loca o realmente me gusta el Amo de esa manera? Esa pregunta me ronda la cabeza mientras nuestro beso sigue profundizándose cada vez más.

Soy la primera en separarme. Y debo reconocer que nunca me he sentido más viva que en este momento. Él me observa con una mirada salvaje. Ambos estamos respirando muy rápido. A ambos nos ha afectado. Me giro y agarro el pestillo de la puerta, no sé qué más

hacer. La desbloqueo y me dispongo a salir, evitando que Keanan entre, cerrando la puerta tras de mí.

—¿Qué ha pasado?

Respiro y pienso en ello. Me muerdo el labio.

—Vámonos —le pido.

Y Keanan se da la vuelta y comienza a andar. No va a dejar pasar esto, pero al menos he ganado tiempo. Cuando llegamos a la entrada, donde hay un coche aparcado, mi cabeza no para de pensar.

—Un momento —le pido a Keanan.

Me giro y corro hasta el despacho, abro la puerta y veo al Amo en el mismo sitio que lo he dejado.

— Hasta hace unos minutos no tenía dudas sobre querer irme. Sin embargo, ahora no estoy tan segura, solo sé que necesito hacerlo.

Dicho esto, cierro y voy a la entrada. Keanan me espera dentro del coche. Me subo al asiento del copiloto y cierro. Mientras arranca, veo al Amo salir a la puerta. Estoy a punto de decirle a Keanan que pare, pero Nueva York aparece y se cuelga de él. Los miro por el retrovisor mientras nos alejamos hacia algún lugar, ni siquiera he preguntado dónde vamos, pero ahora mismo es lo último que me importa.



CAPÍTULO 26

El Amo

Hace dos días que Texas se fue con Keanan. Todavía trato de entender qué me llevó a darle aquel beso, pero no me arrepiento ni un segundo de haberlo hecho. No he sentido nada igual al besar a otra mujer antes, ni siquiera a Nueva York.

Y eso me confunde.

Y me preocupa.

Y me cabrea.

Tiro mi chaqueta encima de la cama, necesito tomar una ducha y despejarme, empiezo a tener dolor de cabeza. Dejo el reloj en la mesita, me desvisto y cierro la puerta con seguro, no quiero interrupciones. Me meto a la ducha y abro el grifo de agua fría. Me ayuda a pensar. Retrocedo dos días en mi mente y rememoro el beso con Texas. Fue intenso, fue profundo, fue natural. Salgo con ese recuerdo en mi mente y enrollo una toalla a mi cintura mientras cojo otra para secarme el pelo del armario junto al lavabo. Vuelvo a la habitación nuevamente frotando mi cabeza, distraído en mis pensamientos.

—Bonita vista, gracias —oigo la voz de una mujer y doy un salto del susto mientras escucho carcajadas.

Cuando levanto mi cabeza y la miro, veo que no es una mujer, es Cadee, sentada en mi cama, con las piernas cruzadas.

—¿Cómo has entrado? —Y tal cual acabo la frase, me siento estúpido.

Cadee es una de las mejores en cuanto a abrir cerraduras.

—Key, me ofendes, a una dama no se le pregunta algo así. Debería pegarte un tiro.

Y podría. Ahí dónde la ves, toda pequeña, morena, con cara de no haber roto nunca un plato, es una de las socias más temidas que tengo, además de ser una de mis mejores amigas.

Abro mis brazos y ella se lanza sin dudarlo. Hacía ya un par de meses que no coincidíamos. Hemos hablado por teléfono, pero no es lo mismo. Justo en ese instante entra Nueva York. Sin llamar. Como siempre. Y nos ve a Cadee y a mí abrazados.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —pregunta en un tono poco amigable.

—Es una vieja amiga. Cadee, ella es Nueva York —digo mientras la bajo al suelo.

Cadee la mira y me mira a mí. No le había contado nada de ella.

—Carly, si no te importa —contesta Nueva York enfadada.

—Carly de Nueva York —repite Cadee, mirando de uno a otro.

Creo que podría decir el segundo exacto en el que se da cuenta de quién es. No le había hablado de Nueva York estando aquí, pero sí le conté la pequeña obsesión que tenía por una Carly de Nueva York. Mierda. Cadee es demasiado lista.

—Ya veo, encantada.

—Diría lo mismo si no estuvieras como una zorra sobre mi hombre —le suelta Nueva York—. Ni bien se va Texas, viene otra igual que ella.

Está claro que Nueva York no sabe con quién habla ni tiene sentido de la supervivencia como Texas.

Texas.

—Vaya, te las buscas simpáticas, eh, ¿Key? —contesta Cadee mientras yo me encojo de hombros.

—Nueva York, déjanos solos.

La ira centellea en sus ojos un segundo antes de irse. Esto va a salirme caro.

—Esto tiene pinta de que va a salirte caro —dice Cadee, y yo le sonrío; juro que a veces pienso que puede leerme la mente.

—Su problema, no el mío.

Cadee se ríe y se sienta otra vez en la cama mientras me visto. No es nuevo para nosotros. Nunca hemos tenido ningún tipo de relación más allá de la amistad, así que la veo como a una hermana, no me importa vestirme o desvestirme o que ella lo haga. No la miro de esa forma.

—Entonces, ¿me vas a contar por qué la Carly de Nueva York, a la que ahora tú llamas solo Nueva York, me acaba de llamar zorra? Y ni se te ocurra omitir quién es Texas.

—¿Podemos hacerlo tomando una cerveza? —le pregunto, sabiendo que esto va a ser largo.

—No dejaría que fuera de otra manera.

Pido que nos traigan cervezas a la terraza de mi habitación. Prefiero la intimidad. Nos sentamos fuera disfrutando de un poco del extraño sol irlandés.

—¿Qué te ha traído aquí? —curioseo mientras ella toma el primer trago de su pinta.

—Key, no desvíes el tema. Va, empieza.

Directa, como siempre.

—No hay mucho que decir. Ya sabes que la última vez que fui a Nueva York acudí a una fiesta con los inversionistas esos de la empresa que tenemos allí —Cadee asiente con la cabeza—, pues en esa fiesta vi a Nueva York, Carly, y no me la pude quitar de la mente.

—Hasta ahí lo tengo claro. Lo que no me queda claro es cómo, en tan poco tiempo, la princesa neoyorkina ha dejado todo para acabar aquí perdida entre campos.

—Ya sabes que lo mío no es el tiempo ni la paciencia. Así que simplemente la secuestré.

Cadee casi me escupe la cerveza encima.

—¿Estás de coña?

—No. Fue idea de Roma —le aclaro.

Me mira un instante y se acomoda nuevamente para seguir oyendo la historia. No hace falta que le explique nada sobre el primo de Nicola Baglioni, lo conoce lo suficiente como para que no le extrañe lo que le acabo de soltar.

—Las cosas no salieron como pensaba. Nueva York me tenía miedo.

—Normal, Sherlock, ¿qué esperabas? Secuestrarla, sonreírle y que ella cayera a tus pies, ¿no?

—Más o menos.

—Hombres… ¿Cómo es que ahora parece tu novia?

—Texas me ayudó. Ella también había sido secuestrada para venderla como esclava y la traían en el mismo barco. Se hizo cargo de Nueva York durante el trayecto y cuando la fui a recoger, Nueva York no quiso ir a ningún lado sin ella.

—Espera, no entiendo una cosa, ¿por qué, si Texas la ayudó, ahora la llama zorra?

—Ya llego a eso. Hice un trato con Texas para que me ayudara a cambio de protección. Aún conservo a las esclavas de mi padre y digamos que mis hombres sacaban beneficio de ellas. Ella me ayudó a que Nueva York no se diera cuenta.

— Es que eso es asqueroso para cualquiera.

—Pasaba antes de estar yo al mando, no le di mayor importancia.

—No me digas que voy a encontrarme a tus hombres follando sirvientas detrás de la puerta como cuando vivía aquí tu padre, era repugnante.

Me rio ante la cara de asco que me pone.

—No, Texas me hizo ver que no era un espectáculo bonito, así que di orden para que eso terminara.

—Interesante.

No sé a qué se refiere.

—El caso es que a Texas se le ocurrió la idea de decir que como el padre de Nueva York va a presentarse a Senador, que había organizado él mismo el secuestro para mantenerla a salvo de un posible secuestro real.

—¿En serio?

Asiento.

—Nueva York no es muy lista, ¿no?

Me callo la respuesta.

—Háblame un poco más de Texas —me pide.

—Ella llegó con Nueva York. Es una mujer un poco diferente. Sabe callar cuando debe hacerlo para sobrevivir, hablar aún sin palabras porque su mirada tiene subtítulos y es una superviviente. Hace unos días el psicópata del Sir la secuestró y logró salir de allí. Ella sola. Si la hubieras visto…

Aún siento orgullo cuando recuerdo cómo me apuntaba cuando me bajé del coche.

Cadee me mira asombrada, ella ha tenido algún encuentro en el pasado con ese psicópata y no le gusta nada. De hecho, Cathal ya está hablando con Callum O´Sullivan para lidiar con este tipo entrando en nuestros territorios sin permiso. Puede que esté con los McKenna, pero eso no le da total inmunidad.

—Pareces orgulloso de ella.

—Y lo estoy, quizás por eso Nueva York sienta algo de recelo. Ahora está con Keanan, son amigos de la infancia.

—Espera, esa Texas, ¿se llama Britney? —me pregunta para mi asombro; asiento lentamente—. ¡Joder! Pues si esa chica es la que me mandó buscar Kean.

—¿Cómo? —No sabía eso.

—Kean me mandó una foto y algunos datos de una chica para investigar si ella era Britney, una mujer que lleva buscando desde hace años. He estado en Estados Unidos por eso, por cierto, me pasé por el rancho de los Daltry, el heredero del clan es un crío con mucho carácter y unos huevos que me da miedo pensar en lo que se convertirá de mayor —me cuenta, impresionada por el chaval—. Aunque ahora he vuelto porque me da curiosidad y quería conocer a la misteriosa Britney.

—Keanan no me dijo nada hasta que lo confirmó.

—Supongo que quería mantenerla lejos de ti —me contesta, sacándome la lengua.

Tomo mi pinta y bebo otro trago.

—Así que la chica que buscaba Kean acabó en tu casa. Qué casualidad, ¿no? Ahora aún tengo más ganas de conocerla —dice entusiasmada.

Cuando se pone así, no parece la asesina que es.

—En eso no puedo ayudarte, ya no vive aquí.

Y reconocerlo me duele un poco.

—¿Dónde está? — Me quedo callado y poco a poco veo en sus ojos que ata cabos y lo descubre ella sola.

Sonríe.

Me encojo de hombros.

Ella saca su móvil y me sonríe de nuevo.

Se oyen tres tonos antes de que alguien conteste.

—Kean, soy Cadee, ya estoy por aquí y quiero conocer a tu Britney.

Se queda callada escuchando la respuesta.

—Perfecto, en un rato nos vemos.

Y cuelga.

—He quedado en dos horas con ellos, están quedándose en el ático de Kean en el centro de Dublín.

—Me viene bien.

Me autoinvito. Cadee me mira entrecerrando los ojos, pero finalmente asiente.

—Esto suena a cerveza incómoda. Me encanta.



CAPÍTULO 27

El Amo

Cadee y yo pasamos el rato poniéndonos al día del trabajo. Ella ha estado por Estados Unidos con lo de Texas, pero también ha aprovechado para quedar con algunos de nuestros proveedores. Es una gran amiga, pero como socia no hay ninguna mejor.

Salimos de la casa un poco justos, no obstante, mi Maserati siempre ayuda con mi impuntualidad. Cadee tiene una expresión de disgusto cuando me reúno con ella tras ir a mi despacho a hacer un par de llamadas. Quizás le ha sentado mal esperarme, aunque en cuanto me ve su sonrisa vuelve, así que no debe ser eso.

—Te veo un poco ansioso, ¿alguna cosa que contar? —Su sonrisa pícara siempre me saca una a mí—. Venga, Key, dame algo, sé que algo está pasando.

—Digamos que hay veces que sabes lo que quieres y otras veces que tienes lo que quieres.

—Ni te imaginas las ganas que tengo de conocer a esa Texas. Seguro que es igual de impresionante que Nueva York. Si fuera lesbiana me la tiraría, y quizás sin serlo también —suelta riéndose.

Me quedo pensando un segundo. Texas no tiene el tipo de belleza de Nueva York, no es de las que te cruzas por la calle y pierdes el equilibrio. Lo suyo es algo más allá. No sé cómo explicarlo.

—Son bastante distintas.

—¿Es un craco feo?

—No, ni mucho menos, pero es de belleza diferente.

—Belleza diferente. Si me dices que es buena persona me confirmas que es un craco. Aunque con que no me llame zorra ya va por delante de Nueva York —se burla, sonriendo.

Me río, no puedo evitar hacerlo. Solo ella tiene estas ocurrencias. Llegamos al centro de Dublín y aparcamos en la misma plaza donde hemos quedado. La gente nos mira. Por mi coche, por Cadee y porque he aparcado en una plaza histórica justo debajo del cartel de

prohibido aparcar. No me preocupa. Primero porque los dueños de un Maserati estamos exentos de seguir esas normas, esto no es un coche, es una máquina de precisión. Segundo, porque el jefe de Policía está en nómina desde antes de que yo tomara las riendas de esto.

Veo a Keanan en la terraza con Texas antes de que ellos nos vean. Ella se está riendo, despreocupada por alguna broma entre ellos.

Gruño.

Cadee me mira, pero la ignoro.

Texas va en vaqueros con deportivas y una camiseta blanca que deja un hombro al descubierto. Tiene las piernas recogidas encima de la silla. Creo que nunca la he visto tan relajada.

—Buenas tardes —digo al llegar para que noten nuestra presencia, y dejo una bolsa de ositos de gominola en la mesa.

Keanan y Texas me miran sorprendidos. No esperaban que viniera. Una pena. Texas baja las piernas y se sienta correctamente.

—¡Kean! —oigo a Cadee gritar detrás de mí justo antes de saltar al regazo de Keanan y abrazarlo.

—Cadee, yo también me alegro de verte, pero ¿has engordado? Porque siento como que no puedo respirar, quita de encima —bromea Keanan, fingiendo intentar tomar aire.

—Idiota.

Cadee se gira desde el regazo de Keanan hacia Texas, que los mira atentamente.

—¿Así que tú eres Britney? —pregunta Cadee, mirándola con la cabeza ladeada.

—Texas mejor. Y yo diría que tú eres Cadee, pero no creo, me ha dicho que su amiga lo conoce desde hace mucho y no se sorprendería de que fuera un idiota.

Cadee se ríe enérgicamente y todos la seguimos. Texas coge los ositos y comienza a comérselos sin siquiera mirarme.

—Me gusta esta chica —dice, bajándose del regazo de Keanan.

«A mí también», pienso en un instante.

Nos sentamos y quedo justo al lado de Texas. Me parece curioso que prefiera ese nombre al de Britney, soy el primero que cree que

ella no es una Britney, pero no entiendo por qué escoge el nombre de esclava sobre el de nacimiento.

—¿Y qué tal está Nueva York? —inquiere Keanan, sonriendo.

—Bien, le diré que has preguntado por ella cuando la vea esta noche —le contesto cortésmente.

Sé que ha sonado en un tono peor de lo que quería, pero es que no me gusta verlo tan cerca de Texas.

—Oye, Texas, ¿tú también crees que es un poco perra? —le pregunta Cadee de la nada.

—Un poco se queda corto, es una jauría entera —dice riéndose, y me sorprende.

No conocía el lado de Texas despreocupado, me gusta que no mida sus respuestas. Supongo que se siente lo suficiente segura como para dejar que veamos cómo es.

—¿Qué tal se está portando Kean ahora que te ha recuperado? —le interroga Cadee, y yo presto atención a su respuesta. Me interesa.

—No puedo quejarme. Aunque como siga dándome de comer Donuts en la cama, voy a acabar rodando en vez de andando —le responde mirándome.

Aprieto mi mandíbula.

—En la cama, ¿eh? —Cadee no se corta.

Suena el teléfono de Keanan y este lo saca del bolsillo mirando la pantalla.

—Disculpad, tengo que atender esta llamada.

Veo cómo se levanta y comienza a caminar asintiendo.

—¿Todo bien? —Su cara no me gusta.

—No lo sé, subo a casa un momento, necesito un par de cosas, ¿quieres quedarte o vienes? —le pregunta a Texas, ella me mira.

—Me quedo, Cadee me cae bien.

—Ok, vuelvo en cinco minutos, *brathair* —le responde, y le da un beso en la frente.

Gruño. Cadee me ha oído, espero que Texas no. Lo vemos desaparecer por una de las calles de la plaza.

—Pues, si me disculpáis, necesito ir al baño, ¿sabéis dónde está? —pregunta Cadee, poniéndose de pie dando saltitos como si se lo fuera a hacer encima.

—Al final de la barra —le contesta Texas, apuntando la puerta.

—Gracias.

La observo irse y de pronto se gira y me guiña un ojo. Bufo una sonrisa. Me conoce demasiado bien. Texas se remueve incómoda en su asiento.

—Necesitamos hablar de lo del otro día —le suelto sin más.

—No hay nada de lo que hablar —me contesta en un tono seco.

—Yo creo que sí.

—Nos besamos, punto, somos adultos.

—Fue más que un beso y lo sabes.

—Sí, al igual que sé que esa noche dormiste con Nueva York, ¿o me equivoco?

Pillado.

—No tiene nada que ver.

—Yo diría que tiene mucho que ver, amo.

Se tapa la boca y mira a ambos lados esperando que nadie la haya escuchado. Adorable.

—Me gusta saber que aún recuerdas tu posición.

—Vete a la mierda, Keyran —me dice enfadada.

Muchos han recibido una bala por menos, pero oírselo a ella es divertido y el hecho de que se me erice la piel al oírla pronunciar mi nombre por primera vez no me pasa inadvertido. Voy a replicarle cuando veo a Keanan aparecer por donde se ha ido antes, a paso ligero y con cara de preocupación.

—Keyran, nuestros chicos han sido asaltados en el punto de encuentro. Hay bajas. Están llevando los heridos a tu casa. El médico tardará en llegar. Ahora mismo no sabemos en quién confiar.

—Joder.

Me levanto y saco un billete de cien euros para pagar lo que hay sobre la mesa, no tengo tiempo de esperar los cambios.

—*Brathair*, te llevo a casa.

—No. Voy con vosotros.

—Va a ser desagradable y…

—¿En serio? —le corta Texas, cruzándose de brazos—. Igual no lo aguanto porque en la escuela de Enfermería la sangre era de mentira.

Se le nota la irritación. Cadee llega en ese momento.

—¿Qué ocurre? —pregunta, viendo las caras de Keanan y Texas.

—Han asaltado a nuestros chicos en el punto de encuentro —explica Keanan.

—Y el idiota de tu amigo no quiere que vaya porque ¿para qué iba a necesitar a una enfermera titulada en estos momentos? —Está realmente enfadada. Me gusta.

—Vale, entendido. Entonces, vete con Key y yo voy con el idiota, nos vemos allí.

Cadee, te adoro.

—No, este es más idiota que el otro —contesta Texas.

—Vale, pues Key, dame las llaves de tu coche y vete con Kean.

La miro, pensándomelo un segundo. No es la primera vez que lo conduciría, pero la idea de ir con Texas en el coche me parecía más atractiva. Finalmente saco las llaves y se las lanzo.

Las chicas van directas y nosotros las alcanzamos en el camino. Cuando llegamos, mi casa es un caos absoluto. La entrada está llena de hombres armados con la ropa rasgada y llena de sangre, alborotados. Entramos los cuatro dentro y la cosa no mejora. En el suelo, tendidos, hay tres de mis hombres con muy mala cara. Texas pasa por mi lado sin pensarlo, saca una goma de su muñeca y recoge su coleta en un moño. Se lanza al suelo de rodillas sin más.

Pasa uno a uno por los tres, los está evaluando. La miro fascinado por cómo está rasgando y cortando sus ropas para llegar a la herida. Da órdenes a dos de mis hombres que están junto a ella y ellos la obedecen sin dudarlo, es una líder. Veo cómo se llevan a dos hombres hacia las habitaciones. Cadee la mira igual de fascinado que yo.

—No pensaba que fuera así —me dice impresionada, y eso es difícil.

—Ni yo —admito mirándola.

Ambos nos acercamos un poco más.

—Bien, ¿cómo te llamas? —le pregunta Texas al hombre en el suelo.

—Simon —contesta entre quejidos.

—Simon, siento decirte que tienes la bala dentro, está haciendo que sangres y no puedo cerrar y dejarla dentro porque podría joder algún órgano importante. Está cerca de la entrada, voy a meter mi dedo y sacarla de ahí, pero va a doler.

No me creo que ella vaya a hacer eso.

—Mírame, no dejes de mirarme —le dice mientras le coge una de sus manos con la izquierda y le hurga con el dedo de la derecha.

Mi hombre emite un pequeño grito, pero no deja de mirarla, ni ella a él.

—Vamos, Simon, solo un poco más, aguanta que ya casi lo tengo.

Mi hombre asiente con los músculos de su cara en tensión. Pasan unos segundos y finalmente veo como saca una pequeña bala entre sus dedos ensangrentados.

—Ya está, ahora solo queda coser, esto te va a parecer una tontería.

Mi hombre le sonríe y yo con él. Me pilla mirándola y no puedo apartar mis ojos de ella. Tiene una marca de sangre en su mejilla de haberse tocado la cara con las manos ensangrentadas. Lo cose cuidadosamente, pero veloz a la vez. Cuando acaba, dos hombres se lo llevan en una improvisada camilla. Se levanta y me acerco para ayudarla a hacerlo.

—Gracias —se lo digo mientras cojo su mano.

—No me agradezcas, esto no es por ti.

Sigo sujetando su mano mientras nos miramos.

—Nene, al fin estás aquí —oigo a Nueva York antes de estrellarse contra mí y hacer que el contacto con Texas se rompa, está llorando, otra vez—. Argghhh, Texas, ¿eso es sangre?

Texas pone los ojos en blanco.

—¡Herido de bala! —Oigo que grita uno de mis hombres mientras entran cargando a uno casi inconsciente—. Necesitamos algo para taponar la herida.

Veo como, sin dudarlo, Texas se saca su camiseta y la pone, tapando el agujero mientras corre junto a ellos. Y lo único en lo que puedo pensar mientras tengo a Nueva York entre mis brazos es que junto a mí tengo a una princesa, pero frente a mí tengo a una reina.



CAPÍTULO 28

Texas

El caos inicial ya ha cesado. Los hombres están siendo atendidos por un equipo médico que ha llegado hace un rato. He ayudado cuanto he podido, no recordaba lo mucho que me gusta esto, lo mucho que adoro este trabajo. El Amo no ha dejado de mirarme mientras yo atendía a los heridos y Nueva York creo que lo ha notado, no se ha separado de él en ningún momento. Bueno, eso y la cara de comer pepinillos que tenía cada vez que nuestras miradas se cruzaban. Esa chica tiene una grave falta de autoestima, quién lo diría.

Miro a mi alrededor y en el salón ya están todos atendidos. Los de las habitaciones, que eran los más graves, también. No sé qué ha pasado, pero hoy se han perdido vidas humanas, espero que quien lo haya hecho pague por ello. Salgo por un lateral y me dirijo hacia la entrada, ya es muy tarde y quiero volver a casa. Buscando a Keanan escucho a Nueva York hablar con alguien en la cocina.

—Es triste ver cómo Texas busca la atención quitándose la camiseta frente a todos —la oigo decir.

Me asomo un poco y veo a una de las chicas del servicio preparando lo que imagino es la cena mientras la otra habla, no creo que la esté escuchando.

—Quiero decir, ¿era necesario quitarse la camiseta de esa manera frente a todos los hombres? Fue como una llamada de perra en celo.

La chica del servicio levanta la vista para mirarla mal. Me cae bien. Entonces nuestros ojos se encuentran y poniendo mi dedo en la boca le hago un gesto para que no delate mi posición, no tengo ganas de aguantarla. Ella me mira diciendo lo siento, pero no hay por qué disculparse, así que le hago un gesto indicándole que Nueva York está loca y ella contiene una risa. Me despido con la mano y sigo mi camino. He decidido que, ya que voy a darme una ducha, quizás podría coger alguna ropa de Nueva York, solo por tocar los huevos, me apetece ser mala.

Entro en la habitación que ella ocupa y me acerco al armario, tiene allí toda su ropa, así que el Amo no me mintió, al menos en eso. Recorro las perchas con la yema de los dedos hasta que lo veo: un vestido azul petróleo, ceñido, con ese aire de elegancia provocadora que sé que le encantará odiar en mí. Lo deslizo fuera con cuidado, como si no estuviera a punto de declararle la guerra con tela.

Es de esos que se agarran al cuerpo como una promesa. El escote cae justo por los hombros, dejando la clavícula y la parte superior del pecho al descubierto, como si supiera exactamente qué mostrar y qué guardar. Me lo pruebo. Me queda ajustado, pero cómodo. Lo bastante atrevido como para incomodarla, lo bastante sutil como para no parecer desesperada.

Le quito las etiquetas y las dejo en el suelo, se va a cabrear mucho y eso me encanta.

Me voy hacia mi antigua habitación, me saco toda la ropa ensangrentada, incluyendo una camiseta que no sé de donde ha salido, y la tiro a la basura. Me quito bien la sangre de brazos y cara, el pelo lo dejo recogido. Salgo y veo el vestido nuevamente. Es precioso y yo me siento un poco mala. Espero cruzármela para que me vea. Me lo pongo sin ropa interior, eso me niego a cogérselo a Nueva York y en los que eran mis cajones ya no hay nada. Me pongo las deportivas nuevamente y salgo en busca de Keanan para volver a casa.

—Texas —oigo que me llaman.

Me giro y veo a Cadee.

—Kean te está esperando en el despacho de Key, me ha dicho que acudas allí.

—Lo estaba buscando, gracias.

—Por cierto, lo que hiciste antes fue increíble, ¿no te dio asco meter el dedo ahí adentro? —me pregunta con una mueca de repulsión y moviendo el dedo frente a mí.

Yo me río.

— Nah, he visto cosas peores. Sería difícil trabajar como enfermera si me asqueara con esas cosas.

—No creo que haya visto a una enfermera nunca hacer algo así, no sabía ni que supierais.

—Realmente no lo hacemos. Hubiera querido estudiar para médico, pero económicamente enfermera es lo más alto en la historia de la medicina que voy a llegar —le contesto, encogiéndome de hombros.

—Es una pena, la medicina se pierde una gran médica. —Le sonrío —. Por cierto, espero que no estés molesta conmigo por la conversación del coche.

Viniendo hacia aquí hemos tenido una charla de chicas. Ella me buscó para Keanan y sabe de mi mayor secreto, aunque me ha asegurado que nadie más está al tanto. Está preocupada de que alguien más lo averigüe y trate de hacerme daño. Sé que habla del Sir. Solo recordarlo hace que se me ponga la piel de gallina.

—Al revés, te agradezco que me hayas guardado el secreto. Esta noche hablaré con Keanan al respecto.

Ella asiente sonriendo.

—Voy a buscarlo. Espero verte algún día más.

—No lo dudes —me contesta sonriendo mientras se va en dirección opuesta a mí.

Me dirijo al despacho. La última vez el Amo y yo tuvimos un encuentro bastante intenso. Espero que Keanan no quiera quedarse demasiado. Toco y entro sin esperar a que me inviten. Cierro, me giro, y al hacerlo veo que Keanan no está, pero el Amo sí.

—Perdona, me habían dicho que Keanan estaba aquí.

—Lo sé.

Esa respuesta me pilla por sorpresa.

—Siéntate, por favor.

Lo miro un segundo antes de dirigirme a la silla frente a la suya. Él está de pie tras ella, como si la usara de barrera.

—Le he pedido a Cadee que te mandara para agradecerte lo que has hecho hoy por mis hombres.

Nota mental: Cadee está de parte del amo.

—Ya te he dicho que lo que hice lo haría por cualquiera.

—Sí, pero no cualquiera haría lo que hiciste.

Me levanto mirándolo.

—Si no quieres nada más, estoy buscando a Keanan.

Antes de que me dé cuenta, el Amo está frente a mí. Trastabillo con la silla tras de mí y él me agarra de la cintura para equilibrarme.

—Bonito vestido —me dice, mirándome a los ojos.

—Nueva York siempre ha tenido muy buen gusto.

Tuerce el gesto.

—No se lo he visto puesto.

Sonrío.

—Lo sé.

Su cara se transforma en una perfecta sonrisa que haría que se me cayeran las bragas si no fuera porque no llevo.

—Si me disculpas —le digo, apartándolo y pasando frente a él.

Me coge con un brazo y aplasta mi espalda contra su pecho.

—¿Y si quiero algo más? —me susurra al oído.

Mi pelo recogido le da libre acceso a mi cuello y lo aprovecha. Comienza a besarlo y noto la barba, cómo raspa con suavidad, enviando un cosquilleo por todo mi cuerpo. Me reclino un poco contra él, dejándolo por un momento trabajar mi piel y puedo notar claramente en mi trasero lo contento que está de que lo haga. Tomo una larga respiración y me recompongo.

—No creo que si entra Nueva York le haga mucha gracia verte así.

—Déjala fuera, esto no es con ella —me contesta, cambiando de lado del cuello, paseando besos por mi nuca.

—No, si yo no la meto, ella ya está dentro, soy yo la que sobra.

—Creo que puedes notar que eso no es así. —Sonríe sobre mi cuello mientras con una mano alcanza mi pecho. Tengo los pezones duros—. Y, por lo que veo, tú opinas lo mismo.

No puedo negar que no he estado tan excitada en mi vida. No sé si hay algo mal en mi cabeza, por amor de Dios, secuestró a una mujer porque se encaprichó de ella y ahora me tiene aquí dispuesta a todo por que no deje de tocarme. Dejo que siga acariciándome durante unos segundos más. Me gusta la sensación de que alguien me desee y desearlo yo también. Debería sentirme mal por Nueva York, pero no lo hago, soy una perra, lo sé.

—Relájate, Texas —me suplica el amo.

Mi cerebro ahora mismo se debate entre ser lista o ser yo, esto no va a acabar bien. Siento algo cuando me toca, cuando me mira. No es solo el placer que pueda darme. Hay algo más. No sé cómo ha pasado, pero es inevitable, está pasando sin poder remediarlo. A menos de que lo haga, de que lo remedie. El Amo quiere tenerme, soy una presa que se le ha escapado, puedo darle lo que me pide y estoy segura de que luego no sabré de él nunca más. Nos quedaríamos mis estúpidos sentimientos y yo. Será fácil hacerlos desaparecer ahora que es el comienzo. No quiero llegar a la fase donde creo que cada mirada es una promesa de amor eterno cuando sé que no lo es. Mierda. ¿Qué hago? Él tiene a Nueva York, pero a ella no le debo nada.

Joder, como no deje de hacer eso no voy a poder pensar.

Comienza a deslizar su mano hacia abajo, buscando mi sexo. En breve se va a dar cuenta de que no llevo ropa interior. Justo cuando llega a tocar mi muslo me separo, doy un paso hacia delante.

—Texas —me dice susurrando, noto en su voz que está jadeando.

No digo nada, no me giro y camino hacia la puerta. Me paro con el pomo en la mano y apoyo mi frente en ella. Tengo que tomar una decisión. Respiro hondo y la tomo. Cierro con el seguro y me giro para mirarlo.

—Si vamos a hacer esto, hagámoslo bien.





CAPÍTULO 29

Texas

Lo miro a los ojos y los veo oscurecidos, su pecho subiendo y bajando, su entrepierna abultada. Aparece una pequeña sonrisa en sus labios y camina a paso ligero hacia mí. Me quedo quieta porque sinceramente no sé qué hacer.

Llega hasta a mí y me levanta, abro mis piernas, envolviendo su cintura, y comienza a besarme, apoyándonos a ambos contra la pared. Siento sus manos deslizarse debajo de la tela del vestido y agarra mi culo con ambas manos tirando de mí hacia él. Sigue besándome y paseando sus manos por mi piel hasta que noto que para. Va más lento, como buscando algo. Sé lo que es. Rompe el beso y me quedo apoyada con la espalda en la pared tomando aire. Sigue buscando mi ropa interior mientras me mira. Lentamente. Llega hasta mi cintura por debajo del vestido y le sonrío, confirmándole lo que ya sospechaba. Se lanza de nuevo a besarme, gimiendo de necesidad. Apoya su frente con la mía.

—Necesito estar dentro de ti —me suplica.

—¿Cuándo has estado con Nueva York?

Me mira extrañado. No entiende mi pregunta. Necesito saberlo.

—Tú solo contesta.

—Hace días.

Sonrío.

—Entonces, adelante.

Busca su cartera mientras me sostiene contra la pared con su cadera. Me lanzo a su cuello, repartiendo besos y mordiscos. Tira su cartera al suelo tras sacar el preservativo y me coge de nuevo con ambas manos del culo y nos traslada hasta un sofá al fondo de su despacho. Se inclina hasta que mi espalda toca el sofá y luego se retira, dejándome tumbada y expuesta ante él. Se quita los pantalones y los calzoncillos, la camisa también vuela. Yo me saco mi vestido, quedando totalmente desnuda ante él.

Por un momento se queda mirándome, no sé si se da cuenta de lo que hay bajo el tatuaje de la mariposa, si lo hace no dice nada y comienza a acariciarse, cogiendo su base y haciendo movimientos de arriba abajo con su mano mientras me mira, mordiendo su labio inferior. Creo que no he visto nada más erótico en mi vida. Quiero levantarme y meterlo en mi boca, pero él niega con la cabeza.

—No lo hagas si no quieres que esto acabe antes de que empiece.

Me vuelvo a reclinar y veo como apoya una rodilla en el sofá y se inclina sobre mí, pasando su miembro entre mis pliegues. Gimo ante el contacto. Nunca he estado tan excitada. Coloca la punta y comienza a deslizarla de arriba abajo mientras con una mano sigue acariciándose y con la otra alcanza mi pecho y lo pellizca. Todo esto sin dejar de mirarme. Cuando creo que voy a lanzarme sobre él y rogarle se separa, abre el paquete y se enfunda un preservativo, mi cara de alivio lo hace sonreír. Hubiera sido humillante suplicar, pero lo hubiera hecho. Se cierne sobre mí, colocando la punta sobre mi abertura y comienza a besar mi cuello de nuevo.

—Creo que es mi lugar favorito en el mundo para besar —me susurra entre besos.

Y yo no puedo parar de gemir. Hace un camino por mi clavícula hasta mi cara. Quedamos a escasos dos centímetros mirándonos. Levanto mis caderas porque necesito tenerlo dentro y él comienza a introducirse dentro de mí con lentitud, torturándonos a ambos. Cierro los ojos disfrutando del momento, pero se detiene.

—Abre los ojos, los quiero abiertos, quiero ver el placer en ti en todo momento.

Los abro y sigue haciendo su camino hasta que parece que ya no entra más, entonces sujeta mi culo con su mano y se hunde en un gesto final que hace que gimamos ambos.

—No sé por qué no hemos hecho esto antes, Dios, se siente increíblemente bien.

Y yo estoy de acuerdo con él. Se siente natural, correcto, aunque sé que no lo es.

—No creo que dure demasiado, vas a hacer que quede mal como hombre, pero jamás he estado tan caliente como lo estoy ahora

mismo. No creo que haya nada que puedas hacer para que esté más duro.

Lo sigo mirando y sonrío. Mi yo malo está de paseo.

—Fóllame duro.

Y noto una pulsación dentro mí, él estaba equivocado. Comienza con sus embestidas mientras me besa y yo subo mi otra pierna para enroscar su cintura. Alzo mi cadera con cada movimiento para encontrarlo y profundizar aún más. Gruñe mientras muerdo su hombro. Creo que me va a explotar la cabeza.

—Sé que estas cerca, ¿juntos? —me pregunta mirándome, y no sé si puedo hacerlo, sería la primera vez.

Me embiste un par de veces más antes de notar cómo pulsa su polla dentro de mí, llevándome hacia el clímax más increíble en el que haya estado y ambos gritamos sin importar si alguien nos oye.

Se desploma sobre mí sujetando su peso con su brazo y sigue entrando y saliendo suavemente, haciendo que mi clímax tenga réplicas increíbles y dulces. Cuando noto que la saca, siento un vacío en su lugar y gimo frustrada, él se ríe.

—Mejor no tentar la suerte —me dice, levantándose y sacándose el preservativo. No debe recordar que llevo un implante y que no es posible quedarme embarazada. O quizás es porque aún no estoy fuera de peligro del todo en cuanto a contagios después de lo que pasó con el Sir.

Lo veo ir hacia su cajón y sacar un paquete de toallitas húmedas, qué previsor.

—Veo que lo tienes todo controlado.

—No es lo que crees.

—No creo nada.

—Ya.

Hago mención de levantarme.

—Quieta ahí —me ordena mientras él se limpia y tira el preservativo envuelto en la toallita.

Coge otra y se acerca. Se arrodilla ante mí y creo que está a punto de lanzarse por una segunda ronda cuando se oye el pomo de la puerta y la voz de Nueva York al otro lado.

—Nene, ¿estás ahí?

El Amo me mira mientras cojo la toallita y me limpio yo sola.

—Y aquí está el motivo por el que no habíamos hecho esto antes —le digo, levantándome y poniéndome el vestido de nuevo. Él también se vuelve a vestir.

—Vete, Nueva York —ordena mientras se levanta.

Me peino el pelo con mis dedos y rehago el moño.

—No se va a ir, lo sabes, ¿no? —le digo sin importarme si me oye o no.

—¿Esa que oigo es Texas?

—Ahora sí que no se va a ir —murmuro, y él me sonríe.

—Creo que me gusta ese punto malvado tuyo que no conocía —susurra, atrayéndome hasta él y besándome.

—Nene, abre la maldita puerta.

—Parece que vas a estar castigado —me burlo.

—Texas, ¿estás ahí? —Esta vez la voz que oigo es la de Keanan.

Qué pereza me da salir.

—Parece que tenemos que abrir —suspiro.

—No quiero hacerlo —me contesta enfurruñado como un crío.

Parece que nuestro rapidito le ha dejado con el humor de un niño pequeño. Yo me giro y me dirijo hacia la puerta.

—Texas, espera.

Pero no lo hago y abro. La primera en entrar es Nueva York, nos mira a ambos y lo sabe.

—Eres una zorra —sisea.

—Puede ser —le contesto—; gracias por el vestido.

Mira hacia abajo y veo como su cara se vuelve roja.

—Nueva York, compórtate —le ordena el amo.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —me pregunta Keanan, sabiendo la respuesta.

—La versión corta es que necesitábamos arreglar algo que quedó entre nosotros, ahora ya podemos irnos —le explico de espaldas al amo.

—¿Qué cojones estás diciendo? —oigo rugir al Amo detrás de mí.

Lo miro por encima del hombro a los ojos y dejo clara mi postura.

—Que ahora que ha llegado la titular, la suplente se retira.



CAPÍTULO 30

Texas

Keanan sujeta la puerta mientras camino, dejando atrás a Nueva York y al amo.

—¡Texas! —oigo al Amo que grita—. No te atrevas a irte de esta manera. Vuelve ahora mismo.

Ni siquiera me giro, sigo caminando. Como si él tuviera derecho de ordenarme nada. Gilipollas.

Escucho pasos detrás de mí y miro por encima del hombro. Keanan tiene cogido a Keyran por el cuello.

—A ella no le hables así, no es una de tus putas —suelta furioso.

—Espero no encontrarme sus bragas tiradas por aquí —oigo decir a Nueva York, está aguantando el berrinche porque sabe que no es el momento de hacerlo.

La miro y sonrío. Me dirijo directamente al coche de Keanan y veo como uno de los chicos que trajeron al herido de bala está esperándome junto a él con la puerta abierta.

—Gracias —murmuro, dedicándole una sonrisa.

—Señorita, al que ha salvado ahí dentro es mi hermano, cualquier cosa que necesite me tiene a su disposición. —Y cierra la puerta antes de que pueda decir nada.

Veo a Keanan salir con paso firme de la casa, bajar los escalones y dirigirse al coche. Tiene el labio partido y la ropa descolocada. Se mete dentro, arranca y nos vamos. Me giro para ver si el Amo sale, pero en la entrada tan solo está el chico agradecido despidiéndome con un saludo militar.

—No mires, no va a salir. Seguramente todavía está en el suelo —aclara Keanan con la vista fija al frente.

—Los dos sois idiotas.

—Probablemente tengas razón.

—Tú eres el idiota que mejor me cae.

Me echa un vistazo y sonríe, mi enorme y peligroso amigo en el fondo sigue siendo el niño que conocí. Conduce en silencio hasta su casa y yo miro por la ventana durante todo el trayecto. Puedo sentir al Amo dentro de mí todavía. Creo que me ha arruinado para el resto de hombres y aún no sé cómo lo ha hecho. Al menos me he dado el gusto de sentirlo por una vez, ahora me toca lidiar con estos problemas a mí sola. Supongo que él en este momento estará recibiendo atención de Nueva York.

Suspiro, es lo que quería, ¿no? Tengo que empezar a pensar qué voy a hacer con mi vida. Esta noche hablaré con Keanan sobre mi botón de reinicio. Toco la cicatriz por encima de la tela del vestido y, como siempre, eso me calma.

Llegamos a su garaje y de camino al ascensor me abraza contra su costado, yo le dejo, necesito sentirlo cerca para lo que voy a contarle. Llegamos arriba, y al entrar deja las llaves y se gira.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Las que quieras, lo que no te aseguro es que te las conteste.

—¿Qué pasa entre Keyran y tú?

—El Amo tan solo quería probar que podía tenerme, esto ha sido cosa de una vez para él.

—¿Y para ti?

—Qué más da. No importa.

—A mí sí que me importa.

—En otra vida quizás, pero en esta no está destinado a pasar.

Me giro para hacia otro lado y doy por concluida esta conversación, necesito contarle, pero no sé cómo empezar.

—Cadee vendrá a quedarse unos días aquí, mañana temprano salgo de viaje de negocios y no quiero que te quedes sola.

—Podría ir contigo.

—Demasiado peligroso —contesta alzando las cejas.

—¡Oh! Ya veo, negocios…

Y me da una de sus sonrisas que tanto me gustan.

—De todas maneras, puedo quedarme sola, creo que he demostrado que sé cuidar de mí misma.

—Cadee es la que se ha ofrecido, dice que tú ya sabes los motivos, ¿algo de lo que deba estar al tanto?

Parece ser que Cadee ha cumplido su palabra y me ha dejado vía libre para ser yo quien lo cuente.

—Hay algo que tengo decirte, pero antes vamos a ducharnos y pedir unas *pizzas*.

—Parece serio.

—Lo es.

—Ok, dúchate, yo me encargo del resto.

Dicho esto, le doy un beso en la mejilla mientras me meto en la habitación con *suite* en la que duermo desde que me quedo con Keanan. Lo oigo pedir unas *pizzas* y después la puerta de su habitación. Me meto en la ducha y me quito los restos del día de encima. Es mi segunda ducha, y esta hace que sienta unos leves pinchazos en los sitios correctos. Me lavo el pelo y seco un poco para evitar que caigan las gotas de agua de las puntas. Luego escojo un pijama de los diez que me compró Keanan y salgo de nuevo al salón. Un momento después sale él secándose el pelo con una toalla mojada que me lanza. Está juguetón. Se la lanzo de vuelta y la mete al cesto de la ropa sucia de la cocina.

—¿Qué quieres beber? —me pregunta, abriendo la nevera.

Quiero cerveza o vino o tequila o cualquier cosa con alcohol, pero mejor me abstengo para tener la mente enfocada.

—Agua está bien.

Coge una botella pequeña y me la lanza. Él se abre una cerveza. Nos dirigimos al sofá y nos sentamos girados para estar uno frente al otro. Me remuevo nerviosa porque no sé por dónde comenzar.

—Estás empezando a asustarme —me confiesa, y le sonrío. Siempre ha sido muy exagerado.

—No es nada malo. Aunque antes de decirte tengo que ponerte en antecedentes para que sepas cómo se dio todo.

Keanan se acomoda.

—Después de tu desaparición, mi madre vino a por mí. Había conseguido un nuevo novio que la mantuviera y quería jugar a la familia feliz. Ese hombre tenía un hijo, Jackson, se encaprichó de mí. No digo que fuera la mejor niña del mundo, pero él fue el punto de inflexión hacia mi destrucción.

—Luego me das su nombre completo —dice Keanan amenazante, y me río.

—Era cinco años mayor y me enamoré como una tonta. Hacíamos todo juntos, y con todo incluyo sexo, drogas y alcohol. Para cuando tenía diecinueve puedo decir que había superado a mi madre en ese aspecto. Pasaba los días colocada, en casa de alguien, y me parecía bien. Jackson y yo éramos malos el uno para el otro, no puedo echarle a él toda la culpa.

—No era broma lo del nombre completo —me interrumpe.

Ruedo los ojos y continúo.

—Entré en una espiral de la que no podía salir. Tengo esos años algo borrosos, hasta que un día acabé en el hospital. Uno de tantos. Solo que esta vez me dijeron algo que hizo que todo cambiara. Estaba embarazada.

Lo miro para ver su reacción, no hay ninguna, así que prosigo.

— No sabía quién era el padre, era bastante probable que fuera de Jackson, pero como te digo, esos años están confusos. Días después recibí una llamada de Jackson, había tenido un accidente y estaba en el hospital muy grave, así que fui para allí corriendo. Estaba en coma inducido.

—Ahora sé que no era amor, era más la costumbre, pero en ese momento él era el centro de mi universo… La cuestión es que días después murió en mis brazos.

—Pequeña… —susurra Keanan, cogiendo mi mano.

—Era su hora, quizás también era la mía porque yo debía ir en ese coche, pero no me subí. Lloré sobre su cuerpo hasta que me sacaron de allí para llevárselo y en el pasillo me desmayé. Cuando desperté estaba en una habitación y una mujer que parecía un ángel estaba a mi lado durmiendo en una silla. Una enfermera me contó que estaba allí cuando perdí el conocimiento.

Bebo un trago de agua. Keanan sigue atento.

—Ella había estado implicada en el accidente de Jackson, estaba recibiendo el alta en el momento en el que me desmayé.

—¿Fue la culpable?

Asiento.

—Se despistó un segundo y se saltó el semáforo en rojo.

—Debiste odiarla.

—Quise hacerlo, pero ella perdió algo más grande que yo ese día. Estaba embarazada de seis meses, y no solo perdió a la criatura, tuvieron que quitarle el útero y nunca más podría ser madre.

—Joder.

—Sí, la vida es muy perra. Allí estaba yo, embarazada sin querer estarlo de un hombre que ya no volvería jamás conmigo a casa, y me cuidaba la mujer que me lo había arrebatado cuya familia nunca se completaría. Dos piezas de un retorcido rompecabezas del azar.

—¿Qué pasó después? —me pregunta curioso.

—Nos hicimos algo así como amigas. Ella estaba pendiente de mí porque sabía que Jackson era el que me cuidaba a su manera. Su marido me pidió que me mudara con ellos porque ella parecía encontrar el atenderme un modo de terapia. Estuvo a punto de ser ingresada en el módulo de psiquiatría.

—¿Te fuiste a vivir con ellos?

Asiento.

—Sé que suena loco, pero los accidentes pasan. Las buenas personas se equivocan y no por ello deben pagar toda la vida un castigo. Al ritmo que íbamos Jackson y yo, hubiéramos muerto por sobredosis antes de los treinta.

Tomo otro trago de agua.

—La cuestión es que me di cuenta de que durante todo el tiempo estuve sobria, no bebí ni necesité de ningún tipo de drogas, como si el bebé cuidara de mí y no al revés. Y una mañana lo vi claro. Me levanté temprano y oí lloros. Salí de mi cuarto y fui hacia una habitación que siempre permanecía cerrada, la del bebé que Megan no pudo tener.

—¿Megan se llama?

—Sí, Megan y Marc —contesto asintiendo—. Entré y vi la habitación más bonita que puedes imaginar. No faltaba ningún detalle, rebosaba amor por cualquier rincón. Peluches, cenefas, ropa, cuna, mantitas. Todo. Yo jamás tuve algo así.

—Nosotros éramos pobres, ya lo sabes —me interrumpe—, pero mi habitación era como la que describes, se notaba amor, mi madre hizo eso.

Sonrío, entiende a lo que me refiero, no hablo del dinero.

—Y parada allí, en el umbral, con Marc abrazando a una Megan desconsolada que tenía una chaquetita de punto de bebé en las manos, lo noté por primera vez, mi bebé se movió dentro de mí. Fue una sensación rara, como si tuviera hambre, pero que se movía dentro de mí libremente. Y supe que había encontrado un hogar para que fuera feliz.

—¿Lo abandonaste? —me pregunta incrédulo.

—No, decidí que lo amaba demasiado para que tuviera mi vida. Hablé con Megan y Marc, y si los hubieras visto, jamás olvidaré sus caras, el temblor de Megan, las lágrimas de Marc. Decidimos que ellos lo criarían como suyo. A cambio me ayudarían a desintoxicarme completamente. Una vez que di a luz por cesárea y les entregué mi bebé, me di cuenta de que yo no podía formar parte de sus vidas, ellos necesitaban empezar de cero con ella tanto como yo.

—¿Ella?

—Sí, se llama Dayra, es preciosa.

—¿Qué hiciste?

—Un día simplemente desaparecí. Necesitaba irme y buscar mi camino. Decidí que si quería que el día de mañana mi hija estuviera orgullosa de mí debía labrarme un futuro. Les dije que la cuidaran y que en algún momento volvería. Es lo más duro que he hecho en mi vida, a día de hoy lo sigue siendo, pero era lo correcto. Por cierto, elegí esa profesión por ti.

—¿Cómo es eso?

—Me gustó la sensación de ayudarte cuando estuviste sangrando en mis manos. Hace unos meses, con mi título en la mano, decidí que era el momento de regresar y me puse en contacto. Tuve miedo al principio de que ellos no quisieran dejarme verla o que se alejaran, pero fue al revés. Estaban entusiasmados por mi regreso y hablamos por teléfono algunas veces, sin embargo, yo notaba a Megan rara hasta que me lo contó.

Tomo un trago de agua, acabando la botella.

—La niña había estado enferma debido a mi pasado como alcohólica y drogadicta, y el tratamiento era muy caro. Tenía un ochenta por ciento de probabilidades de morir si no la operaban.

—Y por eso te vendiste —concluye Keanan.

—Así es, necesitaba ese dinero para ella, me prometí que hasta que no estuviera sana no iría a verla. Ahora ya está todo bien, al menos es lo último que supe antes de…

El timbre suena interrumpiéndonos. Keanan se levanta y me mira, tenía miedo de que me juzgara, pero no lo ha hecho. Se acerca a mí, me da un beso en la frente y sonríe.

—Espero que sepas que después de estas *pizzas* vas a decirme dónde vive mi sobrina porque pienso ir a conocerla.



CAPÍTULO 31

Texas

No recuerdo cuándo me dormí en el sofá, Keanan acabó abrazándome cuando terminé de contarle mi historia. Me susurró que él iba a cuidar de nosotras, que no nos iba a faltar de nada. Va a ir a ver qué tal están, aprovechando su viaje de negocios. Me siento mucho mejor después de decírselo. Me he quitado un peso de encima.

También hablamos de la posibilidad de que el Sir los encuentre, es mi mayor miedo, Cadee también cree que él puede localizarlos para intentar llegar a mí. Por lo visto, es un tarado obsesivo.

—¿Hola? —oigo una voz en el salón, reconozco que es Cadee

—¡Ahora salgo! —grito, desperezándome en la cama.

No sé cómo he llegado hasta aquí, pero he dormido mejor que nunca. Me doy una ducha rápida y salgo en sujetador y pantalones cortos.

—No sabía que vendrías tan temprano —le digo, tirando la toalla en el cesto de la ropa y abriendo la nevera en busca de algo para desayunar.

—Keanan me llamó a las cuatro de la mañana para asegurarse de que estaría aquí contigo y me desvelé.

—Es probable que si me llama a mí a esa hora lo asesine.

—Está en mi lista negra. —Sonríe Cadee.

—¿Quieres algo o ya has desayunado? —le pregunto, volviéndome con una botella de zumo en la mano.

Leo la fecha de caducidad y noto el silencio que se ha hecho. Subo la vista y veo a Cadee observando mi vientre, mejor dicho, la cicatriz debajo de mi vientre. La toco, mi botón de reinicio. Mi dulce niña.

—¿Fue muy duro alejarte de ella? —inquiere Cadee sin pensar.

—Bueno…

—Mierda, perdona, no quería preguntar tan bruscamente, no tienes que contestarme si no quieres, es un tema demasiado personal.

Sonrío porque está realmente mortificada por la pregunta.

—No te preocupes, pasó hace mucho tiempo.

Ella me sonríe.

—Fue duro, sobre todo cuando me fui. Amo a mi hija, la amo porque es lo mejor que he hecho en toda mi vida.

—Debes quererla mucho si fuiste capaz de venderte para que la puedan operar —me dice, y en su tono suena orgullo.

—La tuvieron que operar porque fui una madre horrible que se drogó durante el embarazo.

—Pero no sabías que estabas embarazada entonces, ¿no?

Niego con la cabeza.

—Entonces no te puedes culpar.

—Sí puedo. Créeme.

—¿Y por qué te hiciste el tatuaje?

—No me lo hice para cubrir la cicatriz, sino para recordarme que lo logré.

—Bueno, mejor pensemos en cosas más alegres, ¿te apetece ir de compras? Me he levantado con ganas de gastar —me pregunta, sacando una tarjeta negra.

La cojo y veo que no tiene ningún nombre.

—Es una Amex negra —me explica—, cortesía de Keanan por si surge algún gasto.

Y veo como una sonrisa se extiende por su rostro.

—Me apunto a gastar dinero ajeno —le contesto riéndome.

Entro a mi cuarto de nuevo y busco ropa cómoda. Unos pantalones, camiseta y deportivas. Salgo en diez minutos. Cadee me espera en el sofá viendo la tele.

—¿Lista? —me pregunta, apagándola y arrojando el mando al sofá.

—Lista.

Y nos vamos felices como dos colegialas que hacen pellas en el instituto. Me enseña las tiendas de la ciudad, sobre todo las pequeñas que tienen un encanto especial que a mí me gusta.

Compramos zapatos, bolsos, camisetas, gafas de sol. Estamos haciendo un destrozo a la tarjeta. Me siento mal por un momento, pero Cadee se encarga de llamar a Keanan y él mismo me aclara que tengo vía libre, que lo que pudiera gastar en todo el día él lo había ganado ya antes del desayuno. Así que por un día me permito ser egoísta y disfrutar.

Me habla de Cathal, que es el jefe de la mafia irlandesa. Aunque por lo visto el territorio en el que estamos es de otro jefe, Callum no sé qué, pero me cuenta que el amo y Keanan han conseguido poder vivir aquí y que gracias a eso hay como una especie de pacto de paz entre ellos. Luego están los McKenna que no le gustan nada, no me extraña. Ese clan debe ser donde se junta la escoria, ya que apoyan al Sir por lo visto. Joder, se me revuelve el estómago solo de nombrarlo.

Decidimos comer en un restaurante pequeño, en un patio interior con unas mesas redondas de madera y unas sillas superaltas. Un lugar curioso. Pedimos *pizza* y una botella de vino que vale doscientos euros. No podemos parar de reír al ver al camarero anotar *pizza* y vino caro en su blog de notas. Por la tarde nos decantamos por un helado de un puesto callejero. Vamos decididas a por una segunda ronda de compras. Por la mañana tuvimos que ir como tres veces al coche a dejar bolsas, la tarde pinta que va a ser igual.

—Necesito ir al baño o voy a estallar —me dice Cadee tras terminarse su segunda botella de agua.

—Pedir *pizza* de cinco quesos no fue buena idea —le contesto riéndome.

—*Nop*, pero estaba taaan buena.

Me río porque es una chica que hace que rías por todo. Me hacía falta este tipo de persona en mi vida.

—Ahí puedes pedirme una botella de agua y entrar al servicio —le indico, señalando una cafetería de la plaza, me recuerda en la que el Amo apareció y me trajo ositos de gominola—, te espero aquí.

Ella asiente y se dirige hacia el bar. Yo me quedo con algunas bolsas de compras que no hemos llevado aún al coche. Las dejo en el suelo apoyadas en mis piernas y miro a mi alrededor. La plaza

está llena de gente. Este lugar es bonito. Tiene vida. Me gustaría vivir aquí una temporada.

Miro el reloj gigante de la torre de la plaza, marca las tres y media, llevamos unas cinco horas fuera de casa. Bajo la vista y observo a la gente pasear, me gusta imaginarme sus vidas. Una pareja riendo pasa delante mío y la sigo con la mirada, ella está embarazada y feliz. Sonrío, el mundo es bonito para alguien. Los veo alejarse hasta que una figura quieta me llama la atención. Lo observo un momento entre la multitud, está al otro lado de la plaza. A plena luz, en un lugar tan normal, me cuesta reconocerlo. El Sir.

Comienzo a temblar en mi sitio, el miedo me recorre todo el cuerpo. Está ahí, frente a mí, mirándome con una sonrisa que promete que no se ha olvidado de mí.

—Joder, esos baños están asquerosos —dice Cadee, poniéndose frente a mí y tapándome la visión del Sir.

No le digo nada, miro por encima de su hombro.

—Oye, estás pasando de mí, ey, ¿ocurre algo?

La miro un segundo a los ojos y es cuando nota que algo no va bien.

—¿Qué ocurre Texas? —me pregunta preocupada.

—El Sir estaba ahí hace un momento, mirándome —le contesto, señalando con el dedo el lugar donde hace un instante lo he visto parado.

—¡Joder! ¡Mierda! —grita demasiado alto Cadee, la gente a nuestro alrededor nos mira—. No te preocupes, vamos a estar bien, ¿vale?

Asiento, pero no la creo, ella no sabe lo que pasé, no sabe lo que he visto. La veo sacar su móvil y marcar.

—Vamos, vamos, coge el puto teléfono.

No sé a quién está llamando. Yo solo puedo mirar al lugar donde estaba parado el Sir.

—Key, soy Cadee, el Sir está aquí, Texas acaba de verlo.

Silencio.

—Sí, ella está asustada, pero no se ha acercado, no le ha hecho nada.

Silencio.

—Bien, te esperamos, hay mucha gente, te mando ubicación.

Y cuelga el teléfono.

—Vamos a quedarnos aquí, a la vista de todo el mundo, hasta que Key venga por nosotras, ¿vale?

Asiento, no me salen las palabras.

—Texas, mírame —y lo hago mientras me muerdo el labio inferior —, no va a llegar hasta ti, te lo prometo.

Y sus palabras suenan tan sinceras que por un momento me las creo. Me abraza muy fuerte y nos quedamos así un rato, no sé cuánto, pero el suficiente hasta que oímos un barullo en la plaza. Me tenso, ya está aquí, ha vuelto.

—Tranquila, es Key —me dice Cadee intentando calmarme.

Un todoterreno negro llega a nosotras en la plaza, no sé cómo de ilegal es esto ni cómo ha llegado hasta aquí siendo este sitio una plaza peatonal. Respiro por primera vez cuando lo veo bajar del coche.

—Texas, ¿estás bien? —me pregunta el Amo, abrazándome.

Asiento. Me despierto de pronto de este trance. Insegura de si he visto al Sir, ¿quizás mi cabeza me haya jugado una mala pasada?

—Vamos a ir a casa a por tus cosas y te vienes conmigo —dice el Amo sin dejar de abrazarme.

Asiento nuevamente. Sigo sin encontrar las palabras. Nos subimos al coche bajo la mirada atónita de todos y nos dirigimos a casa de Keanan. Un equipo de seguridad del Amo ya está ahí, revisando todo y haciendo guardia. Me siento estúpida. Una niña a la que tienen que proteger.

—Puede que no lo viera —logro decir mientras esperamos que los de seguridad nos den el visto bueno para entrar.

—O puede que sí —me rebate Cadee.

—Es mejor no arriesgarse —afirma el amo.

Veo salir a uno del equipo del Amo que le hace un gesto, es seguro entrar. Subimos hasta el piso de Keanan y entramos los tres, hay dos guardias dentro y dos más se quedan en la puerta.

—Recoge lo imprescindible, te compraré lo que te haga falta —me dice el Amo, y yo corro a la habitación.

Reúno algo de ropa, y como no sé dónde meterla, saco la almohada de su funda y meto ahí mis cosas. Cuando he acabado oigo voces en el salón. Salgo con cuidado y veo al Amo en la puerta apuntando con un arma a alguien. Me acerco un poco más y a la persona que tiene encañonada es un chico de apenas dieciocho años que está a punto de mearse en los pantalones.

—¿Qué ocurre? —pregunto, llegando hasta su lado.

—Ha traído un reparto para ti —dice Cadee—, estoy intentado localizar a Kean a ver si es suyo.

Miro las manos del repartidor y veo un ramo de flores, pero no son unas flores cualesquiera, son el mismo ramo que adornaba la mesa donde me violó el Sir, lo hizo justo encima de un ramo igual que ese.

—Son del Sir —digo en un susurro.

El Amo me mira porque no sabe si he dicho lo que cree que él ha oído.

—Son del Sir —repito, está vez un poco más alto y más firme.

—¿Cómo lo sabes? —me pregunta el amo.

—Lo sé —le contesto mientras una lágrima recorre mi mejilla.

—Lleváoslo e interrogadlo, quiero saber todo lo que él sepa —dice el Amo a sus hombres.

Dos tipos aparecen y se llevan al chico. Quiero decir que él no tiene la culpa, que no se lo lleven, pero solo puedo pensar en esas flores.

—Texas —me dice el Amo mirándome—, oye, vas a estar bien.

Asiento porque creo que eso es lo que todos quieren que haga, que me crea que todo va a estar bien. Pero no siento que vaya a ser así. Suena el teléfono del Amo y me sobresalto. Él lo saca y contesta. Se queda en silencio oyendo lo que dicen al otro lado de la línea. Frunce el ceño.

—Dile a Nueva York que no puedo atenderla en este momento, no tardaremos en regresar.

Cuelga. Y me doy cuenta de que vuelvo a estar sola. De que él tiene a Nueva York, de que yo no tengo a Keanan.

—Creo que será mejor que no vaya a tu casa —le digo al Amo, separándome un paso de él.

—Texas, eso no está en discusión, te vienes conmigo.

Respiro un segundo antes de contestar.

—Sé que estás agradecido porque te ayudé con Nueva York, pero no me debes nada, no somos nada.

El Amo me mira un momento antes de avanzar hacia mí y cogerme la cara entre sus manos, se acerca hasta que su nariz hace cosquillas sobre la mía.

—Texas, mírame —dice en un susurro, y yo lo miro—, puede que no seamos nada, pero me preocupo por ti como si lo fuéramos todo.



CAPÍTULO 32

Texas

El Amo sostiene mi cara entre sus manos mientras me dice en una frase todo lo que ambos hemos estado callando. Asiento porque no sé qué más hacer, creo que me va a besar porque se aproxima a mí, pero luego retrocede.

—Aquí no —declara.

Miro a mi alrededor y tiene razón, no es el momento ni el lugar. Cadee me guiña un ojo, no le ha pasado desapercibida la situación. El Amo coge mi mano y me dirige hacia el coche blindado en el que hemos llegado. Nos subimos en la parte trasera solo nosotros dos, sin soltarnos de la mano, y el coche arranca. Espero que alguien haya recogido la funda de almohada con mis cosas, no sé dónde la he dejado.

Durante el camino el Amo acaricia mi mano con el pulgar y siento un cosquilleo que recorre todo mi cuerpo. Yo me reclino un poco hasta apoyar mi cabeza en su hombro. Estamos diciéndonos con gestos más de lo que nos hemos dicho con palabras. Algo ha cambiado entre nosotros. No sé cuándo ha sido ni por qué, pero ha cambiado, lo noto.

Y no puedo dejar de pensar en lo jodida que es toda esta situación y, sin embargo, lo correcta que se siente.

No sé cuánto tardamos en llegar a la casa del amo. La miro mientras entramos por el jardín delantero con el coche hasta la puerta y recuerdo mi llegada aquí. Parece tan lejano ese instante que es increíble que haya sido hace tan poco tiempo. El coche se detiene, pero no levanto mi cabeza de su hombro, necesito un momento más, por si todo en lo que he pensado, todo lo que he creído, es tan solo imaginación mía.

Cuando levanto la vista, ahí está la aguja que explota mi burbuja.

Veo a Nueva York aparecer en la puerta de la casa, con los brazos cruzados, esperando a que salgamos. Me incorporo a la vez que me

alejo del Amo, suelto su mano y noto que me observa.

—Vamos a mi despacho, Texas. —Lo miro, dudando si hacer o no lo que me pide—. No es una pregunta. Necesitamos hablar.

Asiento con lentitud y noto que el conductor se baja, da la vuelta al coche y nos abre la puerta. Bajo del enorme todoterreno y camino hacia la casa. Nueva York no se mueve, pero su cara me dice que está esperándome.

—¿Qué haces aquí otra vez? —inquiere con veneno en sus palabras.

—El Sir ha estado frente a ella, Nueva York, vendrá a vivir aquí por una temporada —le dice el amo.

—¿Y Keanan?

—Él está fuera por trabajo.

—Qué conveniente que ella justamente haya visto al Sir cuando Keanan no está en la ciudad… ¿Ya te has cansado de follártelo? ¿O es que no lo hace tan bien como MI Keyran?

—Basta —le corta el amo.

Yo me limito a permanecer callada y tranquila, necesito reorganizar mis ideas. Hace unas horas he estado a punto de perder mi cordura presa del miedo, no puedo dejar que eso me pase, no puedo limitarme a lamentarme por mí misma. No puedo entrar en pánico, necesito tener mi mente clara para tener una oportunidad.

—Texas, ¿me oyes? —me pregunta el amo.

Ambos están mirándome, no sé qué me ha preguntado ni qué han hablado. Nueva York me mira enfadada, muy enfadada, así que me arriesgaría a decir que es algo relacionado conmigo.

—No tengo ni idea de lo que me acabas de preguntar —le confieso sinceramente.

Esboza una sonrisa tierna que no pasa desapercibida para Nueva York, que se da la vuelta y se marcha enfadada.

El Amo me coge la mano nuevamente y me arrastra tras él hasta el que era mi cuarto, supongo que ha cambiado de opinión respecto al despacho. Entramos y cierra la puerta. Me quedo parada en medio de la habitación, me siento extraña en ella. El Amo se queda apoyado en la puerta, reclinado y mirándome fijamente.

—¿De qué querías que habláramos? —le pregunto, viendo que no va a iniciar él la conversación.

Da un par de pasos hacia mí y se planta a unos pocos centímetros.

—De cómo has conseguido meterte en mi cabeza de tal manera que casi me vuelvo loco cuando he creído que estabas en peligro.



CAPÍTULO 33

Texas

Me quedo sin palabras ante la confesión del amo.

—No sé qué has hecho ni cómo —me susurra contra los labios—, pero que el psicópata del Sir haya llegado hasta ti me ha hecho darme cuenta de lo mucho que me importas, de lo mucho que te necesito.

Comienza a besarme tiernamente y yo le dejo. Su confesión me ha desarmado por completo. No me he permitido pensar en él desde que tuvimos nuestro encuentro en el sofá de su despacho, pero no puedo negar lo que siento cuando sus labios tocan los míos. Y me asusta.

Me agarra de la cintura y me lleva hacia atrás sin romper el beso, hasta que mis piernas chocan contra la cama. Tengo que tomar una decisión, esto se está volviendo real, pero no quiero que sea así, no va a funcionar. De todas formas, me dejo llevar un poco más y me siento sin romper el beso. El Amo sigue avanzando hasta quedar sobre mí, ambos tendidos en la cama. Puedo notar su erección y como va profundizando más su beso. Estoy pensando demasiado, lo sé, pero no pensar me ha llevado a las peores situaciones de mi vida, así que tomo la determinación de parar esto y lo empujo levemente poniendo mis manos sobre su pecho.

—No me detengas, Texas, por favor —me ruega, y casi me olvido de todo y le dejo continuar.

Casi.

—Para, por favor.

El Amo me mira confundido, pero me obedece. Se levanta, se recoloca la ropa y me mira.

—¿Qué ocurre, Texas?

Aún sigo tirada en la cama, me tapo la cara con las manos, frotándome el rostro, y finalmente me levanto también.

—Voy a ser clara y sincera, no me gusta quedarme expuesta de la manera en que voy a quedar, pero dar rodeos me parece una pérdida de tiempo.

El Amo asiente.

—Me gustas, mucho, te necesito, para ser exactos, pero aún no te amo, aún estoy en la posición de decidir si hacerlo o no, y elijo que no.

—¿Por qué?

—Porque si lo hago me perderé a mí misma.

—No te entiendo.

—Puede que para ti saltar de una mujer a otra sea fácil, pero yo cuando me engancho lo hago de verdad, lo doy todo, y creo que contigo podría ser peor que con Jackson.

—¿Quién es Jackson? —me pregunta, frunciendo el ceño.

—Un hombre que me llevó por el mal camino, pero no todo fue culpa suya, yo me dejé llevar, lo hice y no salió bien. Tengo miedo de que contigo sea peor.

—Dame la oportunidad y verás que no es así.

—No puedo. ¿Cómo hacerlo? Secuestraste a Nueva York porque te encaprichaste de ella, la sacaste de su casa, de su vida, de su mundo solo porque querías estar con ella. Ahora ya lo estás y has perdido interés. ¿Quién me asegura que conmigo no será lo mismo? Los juguetes nuevos y brillantes acaban gastándose y perdiendo el brillo del primer día.

El Amo camina por la habitación procesando mis palabras. No debe estar acostumbrado a que lo rechacen, pero tengo que hacerlo, aunque no quiero hacerlo. No soy tan ingenua como para pensar que lo que le está haciendo a Nueva York no me lo va a hacer a mí.

—Mírame —me dice finalmente, parándose frente a mí.

Lo hago.

—Sé que puede parecer que soy un caprichoso, y puede que así fuera, cuando vi a Nueva York la quise tener, pero contigo es diferente. No quiero poseerte, sino que quiero compartir mis días contigo.

Le sonrío.

—Eso es lo que siempre le dicen a la amante justo antes de buscarse a otra con la que ponerle los cuernos.

El Amo se pone serio.

—Me cabrea sobremanera que no me creas, pero te entiendo. Quiero que sepas que lo de Nueva York fue algo físico, contigo es diferente porque a ti te conozco.

—No me conoces.

—Lo hago.

Qué fácil es pensar que conoces a alguien, pero no es así, el Amo no me conoce, y puesto que le he dicho que voy a ser sincera, le voy a demostrar que no es así.

—Si me conocieras sabrías qué significa esto —digo, levantando mi camiseta para que vea mi tatuaje, mi cicatriz, mi botón de reinicio.

Lo mira y por como lo hace sé que no tiene ni idea de lo que le hablo.

—¿Qué crees que es?

—Cuando lo vi pensé que era el apéndice o quizás una puñalada.

Me quedo pensando en sus palabras. Lo vio cuando lo hicimos en su despacho, pero no dijo nada, ahora sé por qué.

—No, esta marca es por una cesárea.

—¿Una cesárea?

Asiento.

—Sí, mi hija no pudo salir por parto natural y la sacaron por aquí —le contesto, rozándola con mis dedos.

Se queda callado mirando mi botón.

—¿Dónde está? ¿Qué pasó con ella? —me pregunta finalmente.

Dudo si contarle la historia o no, pero ahora mismo lo único que importa es que esté a salvo y sé que el Amo puede ayudarme con eso.

—Siéntate y te cuento —le contesto.

Me recoloco en la cama con las piernas colgando y él junto a mí. Mis manos a ambos lados de mi cuerpo, vista al suelo, no creo que pueda hacerlo mirándolo. Tomo una respiración profunda y le cuento lo mismo que le conté a Keanan, no omito detalles, no me dejo fuera mis adicciones ni mi desconocimiento del padre de mi hija. Nada. Si

quiere decir que me conoce tendrá que aceptar todo lo que le cuento porque esta soy yo, con todo el equipaje.

—Keanan me dijo que iría a comprobar que están bien.

Y con esto concluyo mi historia. No me ha interrumpido ni una sola vez. No ha cambiado el gesto de su cara las veces que me he atrevido a mirarlo. Simplemente ha estado ahí callado, dejándome hablar, y no sé si eso me gusta o me pone más nerviosa.

—Ahora entiendo por qué te vendiste. Keanan me dio un informe detallado tuyo, sobre tu vida, pero ninguno entendíamos por qué te metiste voluntariamente en esto.

—Ella no tiene la culpa de la madre que le tocó, no había opción.

Me sigue mirando y empiezo a ponerme nerviosa, si no dice algo pronto creo que voy a levantarme e irme. Sí, mejor me voy. Ya tiene la información necesaria para ayudarme, no quiero quedarme a escuchar algo que no quiero oír. Tomo un ligero impulso para levantarme, pero cuando lo hago me tira hacia atrás del brazo, provocando que me caiga de espaldas contra la cama. Levanta mi camiseta y baja un poco la cintura del pantalón. Pasa un dedo por la cicatriz y un escalofrío me recorre todo el cuerpo.

—Ahora me toca hablar a mí —dice, inclinándose sobre mí y dando un ligero beso sobre la cicatriz.

Me estremezco.

—Dices que no te conozco porque no sabía sobre tu hija, bien, acepto que no sé sobre hechos de tu vida, pero te equivocas al decir que no te conozco.

—Ahora soy yo la que no entiende.

—Digo que te conozco porque sé muchas cosas sobre ti —susurra, besando de nuevo la cicatriz—. Sé que frunces la nariz cuando algo te enfada.

Otro beso en mi estómago.

—Sé que no te rindes ante un obstáculo.

Otro beso en mis costillas.

—Sé que, aunque tienes miedo, no te paralizas.

Otro beso en el hueco de mis pechos.

—Sé que eres dulce.

Otro beso en la clavícula.

—Sé que eres protectora.

Otro beso en el hombro.

—Sé que eres capaz de venderte para poder cuidar de quien no puede.

Otro beso en el cuello.

—Sé todo eso y mucho más. —Y está vez me besa en los labios.

Y yo le dejo.

—Voy a resolver lo de Nueva York, voy a demostrarte que puedo cuidar de ti y voy a conseguir que me des una oportunidad. De hecho, voy a pedirte una cosa.

—Tú dirás.

—Cuando creas que me lo merezco, me gustaría oír mi nombre en tus labios.

Dicho esto, se levanta, dejándome allí atontada por los besos que me ha dado, se recompone la ropa y sale por la puerta.

—¿A dónde vas? —le pregunto desconcertada antes de que desaparezca.

—Paso número uno, arreglar lo de Nueva York.



CAPÍTULO 34

El Amo

Hablar con Texas ha sido la mejor decisión que podría haber tomado. Hemos dejado clara nuestra situación. Ahora sé en qué punto me encuentro y es uno muy sencillo, la quiero, puedo creer que hasta la amo. Es una locura. Todo esto del Sir ha precipitado las cosas. Siento que no puedo respirar si no la tengo cerca. Me aterroriza la idea de que la separen de mí. Estoy dispuesto a mandar bajo tierra a cualquiera que intente hacerlo.

Ahora tengo un problema, Nueva York. No es lo que creía. Cuando la vi me pareció un ángel, quise tenerla, poseerla, quería que fuera algo bueno en mi vida. Pero me equivoqué. La Nueva York que imaginé que sería no existe. Puta mierda.

—Nueva York —la llamo, viéndola parada en mitad del pasillo cuando salgo de la habitación de Texas—, a mi despacho.

Ella me mira, ladeando la cabeza. Me sigue en silencio. Está preciosa en un vestido verde que resalta el color de su piel. Pero algo ha cambiado. Ahora la admiro como admiro una muñeca en un escaparate, es bonita, sin embargo, no me interesa llevármela a casa, no quiero un adorno, quiero una mujer y esa mujer es Texas.

Entramos a mi despacho y me siento en la butaca de la mesa, ella se sienta sobre mí como siempre hace.

—Necesitamos hablar y necesito que sea contigo sentada frente a mí no sobre mí.

—Nene —me susurra contra los labios.

La aparto y le doy una mirada seria. Ella se sorprende, pero capta la idea, se levanta y se sienta en la silla al otro lado de la mesa.

—Antes de nada, quiero que entiendas que lo sucedido no ha sido culpa tuya, a veces los sucesos se dan de una manera diferente a como deberían darse.

Ella asiente.

—Las cosas en Nueva York, tu hogar, se han calmado, así que ya puedes regresar allí.

Mis palabras la dejan en *shock*. Gracias a la mentira de Texas, ella piensa que está aquí por su seguridad. Yo me he encargado de hacer creer a su padre que ella está de viaje por Europa. He podido saber que su padre apenas tiene relación con ella, su vida política es incompatible con la vida de fiestas y escándalos de su hija. Así que regresarla a su mundo no debería ser muy complicado. Se lo debo.

—Pero yo quiero quedarme aquí contigo… ¿Qué pasa con nosotros?

—Eso no va a ser posible, Nueva York, no hay un nosotros.

—¿A qué te refieres?

Joder, no quiero hacerle daño, pero ser directo es la mejor manera de que entienda que ya no hay nada entre ella y yo, soy un hijo de puta, lo sé, ella también debería saberlo. Texas lo sabe y se da su lugar. Por eso me he enamorado de ella.

Joder… Sí. Me he enamorado de ella.

—Estuvo bien lo que tuvimos, pero debe terminar. Tienes que regresar a Estados Unidos, ese es tu lugar.

Me mira y veo como la ira está creciendo en sus ojos. En el fondo sabe la razón, sabe que es por Texas, puede hacerse la tonta, pero en este aspecto al menos no lo es. Respira profundo y trata de calmarse, pero no lo logra.

—Es por ella, ¿verdad? —grita, levantándose del asiento.

La miro, conservando toda la calma que puedo, no soporto que me chillen.

—Esa zorra se te metió por los ojos desde el primer día con su actitud de triste y desdichada. Una puta zorra que me ha tenido envidia y no ha parado hasta quitarme lo mío. Esa perra…

—Ya basta, Nueva York —le corto—; suficiente.

—No es suficiente, esa zorra me ha arrebatado tu amor.

—No te equivoques, preciosa, tú y yo hemos pasado muy buenos momentos, pero no creo que haya habido amor por ninguna de las dos partes. Puedo reconocer que pensaba que podía enamorarme de ti, pero tu actitud caprichosa y egoísta me ha demostrado que no eres del tipo de mujer a la quiero entregar mi alma.

Vale, creo que mis palabras no han ayudado a la situación.

—¿Ella sí es una mujer de la que podrías enamorarte?

Prefiero callar antes de decirle que no podría, que lo estoy. Pero ella entiende mi silencio y agranda sus ojos por la sorpresa.

—Así que una mujer que se folla tipos sin sentido hasta embarazarse de uno, que no sabe quién es el padre de su hija, que es una puta yonqui…, ¿una mujer así es mejor que yo a tus ojos?, ¿eso me estás diciendo?

Me pilla desprevenido cuando me suelta todo eso, ¿cómo demonios lo sabe? Dudo que Texas se lo haya contado. Pienso un instante y me doy cuenta. Antes la encontré en el pasillo. Nos estaba espiando. Escuchó toda la conversación.

La ira crece dentro de mí por la intromisión en ese momento que tuvimos Texas y yo. Pensar que ella estaba al otro lado mientras mi mujer abría su corazón hace que quiera pasar mis manos alrededor de su cuello y apretar.

—Nueva York, he sido paciente, amable y educado, pero no te equivoques, no soy así. Por favor, no agotes mi buena voluntad si no quieres conocer un lado de mí que haría que te lo hicieras encima.

Esas palabras, en vez de calmarla, la encienden aún más, lo veo en sus ojos.

—Prepara tus cosas lo antes posible.

Retira la silla de golpe, tirándola al suelo, y sale del despacho dando un portazo tras ella. Bueno, no ha ido tan mal. Me recuesto en el butacón y sonrío, estoy un paso más cerca de Texas. Cierro los ojos y me relajo hasta que oigo unos gritos fuera del despacho.

Joder, no puedo relajarme ni un minuto.

Me levanto cabreado y pateo la silla del suelo al pasar a su lado. Salgo y voy hacia los gritos, provienen de la habitación de Texas, la puerta está abierta.

Entro y veo a Nueva York empuñando un cuchillo enorme de cocina contra Texas. Se me paraliza el corazón un segundo. Luego respiro y actúo.

—¿Qué cojones está pasando aquí? —pregunto en un tono de voz que ninguna de ellas conocía.

—Voy a rajarle su cara y su cuerpo, a ver si aún la sigues prefiriendo sobre mí —sisea Nueva York.

—Eso será si te dejo, ¿no? —le contesta Texas.

Mi mujer está igual de jodida de la cabeza que yo, y eso me encanta.

—Cállate, puta.

—Uy, qué original eres, Nueva York, venga, va, prueba de nuevo, seguro que puedes hacerlo mucho mejor.

Adoro a esta Texas descarada.

—Bien, déjame pensar —dice Nueva York, moviendo el cuchillo en dirección a Texas—. ¿Crees que tu hija será igual de puta que tú?

Me giro para mirar a Texas, que se ha quedado blanca al saber que Nueva York conoce su secreto.

—No le he dicho nada —exclamo antes de que saque conjeturas equivocadas.

—Bueno, digo, si sobrevive el tiempo suficiente para serlo, claro —continúa Nueva York con crueldad.

Texas llega a ella en dos zancadas y le da un puñetazo en la cara que hace que Nueva York se caiga de culo y el cuchillo vuele de sus manos. Texas se sitúa encima de ella mientras, en el suelo, Nueva York se toca el labio, que ahora no para de sangrarle.

—Vuelve a hablar de mi hija y vas a ver cómo rompo cada jodido hueso de tu cuerpo —amenaza Texas.

Creo que hasta a mí me ha dado miedo, no conocía esta vena violenta, pero como que me gusta, bueno, a mi polla le gusta, estoy duro solo de ver la escena.

—Keyran, ¿no vas a decirle nada por pegarme? —Se levanta Nueva York llorando, creo que es la primera vez que pasa por una situación así.

—Tú te lo has buscado. Vete a poner algo de hielo y pomada para que no se te inflame.

Nos mira a ambos y sale de la habitación. Cierro la puerta tras ella, recojo el cuchillo del suelo y lo admiro en mi mano, es de cocina y tiene una hoja de unos veinte centímetros, lo suficientemente grande para matar a alguien si lo atraviesas en el lugar correcto.

—No debiste exponerte de esa manera —regaño a Texas.

Ella se encoge de hombros.

—Nueva York estuvo escuchando nuestra conversación, por eso supo lo de tu hija. Yo no le he contado nada.

Me mira y me da una sonrisa dulce, siento una punzada en el pecho.

—Confío en ti, sabía que no se lo habías dicho. Que no lo cuente es más un tema de seguridad que de vergüenza, mi niña es lo mejor que he hecho en mi vida. —Duda un momento antes de seguir hablando—. Gracias por cumplir tu promesa y por hacerlo tan rápido.

Me acerco a ella y la envuelvo en mis brazos, apretándola contra mí, necesito sentirla cerca. Inhalo su aroma porque me calma, me trae paz. Noto que se remueve y aflojo un poco mi agarre, aún sin soltarla. Siento como alza la cabeza y comienza a besar mi cuello. Trago saliva porque, si ya estaba duro antes, ese simple gesto hace que esté en el borde.

—¿Qué haces? —pregunto estúpidamente, es evidente lo que hace.

—No sé si es que mi mente está rota o simplemente es que estoy jodida de la cabeza —contesta sin dejar de lamer mi cuello—, pero el puñetazo y tu contestación me han puesto cachonda.

Joder, esta mujer es perfecta. La cojo del culo y la levanto hasta llevarnos a la cama. La lanzo entre risas y la admiro un momento antes de comenzar a quitarle la ropa. Todo vuela a nuestro alrededor hasta quedar ambos totalmente desnudos. Me subo a la cama, sobre ella, y recorro entre besos y lametazos su cuerpo hasta llegar a su boca. Su piel es adictiva.

La oigo gemir y creo que es mi sonido favorito en este mundo. Me restriego contra ella buscando algo de liberación y ella hace lo mismo.

—Me estás arruinando como hombre —le confieso mientras mordisqueo su oreja.

—A mí me estás arruinando para cualquier hombre —me contesta, retorciéndose debajo de mí.

Me levanto sobre mis manos hasta quedar sobre ella.

—Mírame.

Ella lo hace y un instinto de posesión se apodera de mí.

—Tú —le digo, abriendo sus piernas con las mías— no vas tener que preocuparte de eso —me posiciono en su abertura— porque eres mía, solo mía.

Y me introduzco de golpe sin dejar de mirarla. Puedo sentirla completamente a mi alrededor, no he usado protección, no quiero que haya barreras entre nosotros. Ella no pierde contacto visual cuando se arquea para recibirme. Me muevo ligeramente, enviando una onda de placer a ambos.

—¿Me has entendido?

Ella asiente, clava sus talones en mi culo y me empuja hasta dentro, tanto que siento mis bolas presionar sobre su culo, jamás me había enterrado tan profundamente en ninguna mujer.

—Espero que entiendas que esto es de doble sentido —dice, arqueándose para sentirme más profundamente—. Tú eres mío.

Y ese toque posesivo me enloquece y comienzo a moverme en su interior sin ningún tipo de cuidado, de forma salvaje, ambos enzarzados en un baile de placer. Mis embestidas son cada vez más rápidas, noto sus paredes contraerse y sé que está cerca, yo también. No perdemos el contacto visual en ningún momento. Es lo más jodidamente erótico que he visto en mi vida. Tres embestidas más duro antes de notar su orgasmo envolver mi polla y hacer que me corra en su interior, llenándola de mí. Sigo moviéndome en su interior, disfrutando de las réplicas de este increíble orgasmo mientras bajo mis labios al encuentro de los suyos. Le doy un beso tierno, dulce, lento.

—Espero que no tengas intención de dormir porque esta noche voy a hacerte el amor —le susurro contra los labios, y ella esboza una sonrisa en respuesta.

Y cumplo mi promesa adorando cada centímetro de su piel. No sé las veces que nos dormimos y nos despertamos enredados, listos para la siguiente tanda.

El sol entra por la ventana cuando decido ir a por la siguiente ronda. Comienzo a darle besos por la espalda y ella se estremece. Oigo mi móvil en algún lugar de la habitación y gruño.

—Coge el maldito teléfono —dice Texas medio dormida.

—Déjalo.

—Podría ser Keanan.

—Cierto.

Ahora mismo está localizando a su hija y asegurándose de que se encuentra bien. Me levanto desnudo completamente y busco el maldito aparato por el suelo, entre la ropa. Lo localizo. No ha dejado de sonar. Debe ser importante. Miro la pantalla, pero no reconozco el número. Descuelgo y lo pongo en mi oreja.

—Keyran, por favor, ayúdame —oigo la voz suplicante de Nueva York al otro lado.

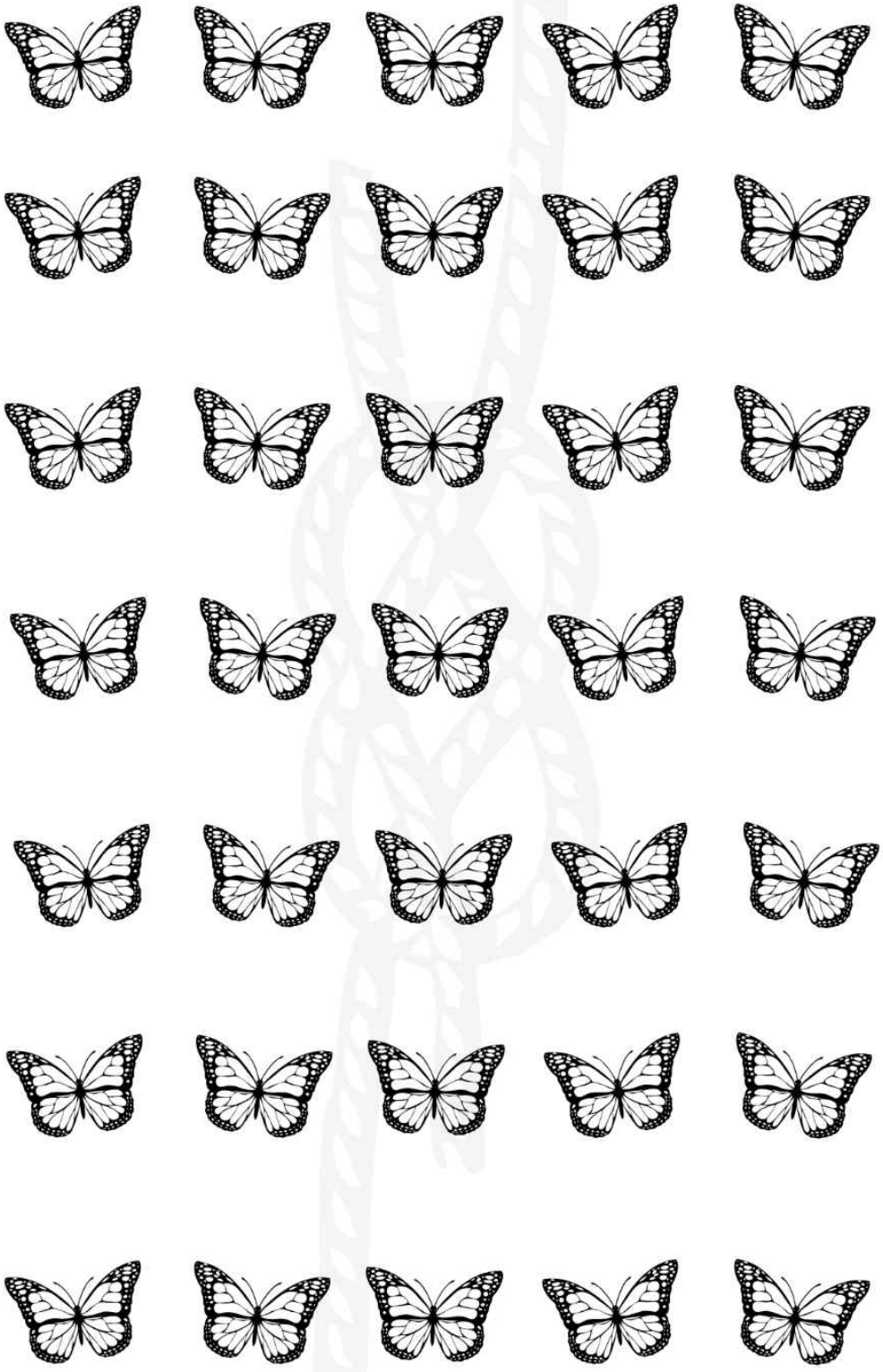
—¿Qué ocurre? —pregunta Texas al ver mi cara.

Niego con la cabeza.

—Bueno, amigo, tú tienes a alguien que yo quiero y yo tengo a alguien que tú quieres —escucho decir a una voz profunda al otro lado de la línea.

No hay duda de quién habla y se lo hago saber.

—Hola, Sir.



CAPÍTULO 35

Nueva York

La zorra de Texas es la culpable de que Keyran no me quiera a su lado. No sé cómo pude confiar en ella, me debe su vida, sin mí hubiera acabado con ese tal Sir desde el principio, ¿y qué hace en vez de agradecérmelo? Se folla a mi novio. La odio.

Salgo de la casa decidida y camino hacia el jardín. Paso por los rosales hasta llegar al final de los setos y sigo caminando. No sé dónde voy a llegar, pero la rabia que tengo dentro no me deja parar. Camino más allá de los límites que conozco. Creo que estoy fuera de la propiedad de Keyran. Me da igual. Mejor. Espero perderme y que tenga que venir a por mí. Eso es, que se preocupe y tenga que venir a por mí, de esa manera se dará cuenta de que es realmente a mí a quien quiere y no a Texas. Ella solo es una perra que se le ha metido por los ojos.

No sé cuánto rato camino, pero se hace de noche y nadie viene a por mí. Quizás espera que vuelva, ni muerta. Si quiere que regrese tendrá que buscarme y suplicar, y lo más importante, largar a la zorra de Texas.

La noche se me echa encima y estoy cansada. Miro hacia atrás, pero no veo ya la casa. Empiezo a tener miedo. Creo que nadie va a venir a por mí. Busco un lugar donde sentarme a esperar y veo unas luces al fondo. Se acercan. Es un coche. Keyran viene a por mí. Lo sabía. Me ama.

Me quedo en medio del camino, quiero que me vea bien. Las luces se aproximan. No sé si me ha visto porque no reduce la velocidad. Alzo mis brazos y los agito. Lo hace. El coche se detiene frente a mí. Los faros me deslumbran y tapo mis ojos. Veo a Keyran bajar y corro a sus brazos. Pero hay algo raro. No me abraza. Se siente diferente. Me aparto y lo miro. No es Keyran.

—Vaya, vaya lo que me he encontrado —dice el tipo ante mí—, y menudo recibimiento.

—Lo siento, pensaba que eras otra persona.

—¿Keyran quizás? —duda.

—¿Te ha mandado a buscarme? —le pregunto esperanzada, quizás es uno de sus hombres.

Suelta una carcajada. No me gusta.

—Más bien me has caído como un regalo.

Retrocedo, pero me sujeta el brazo.

—No tengo ganas de correr —aclara, apretándome aún más.

—¿Quién eres?

—Quizás me conozcas como bastardo cabrón hijo de puta, pero generalmente eso a la cara no me lo dicen. Me llaman el Sir.

Y me estremezco. Este tipo enorme era el psicópata que había retenido a Texas y la había forzado. Mierda.

—¿Vas a abusar de mí? —le pregunto, empezando a temblar.

—Sí, mucho —me contesta con una gran sonrisa que da miedo.

Intento que me suelte, pero no lo hace, al revés, clava sus dedos aún más.

—¿Por qué? —inquiero, y me siento estúpida nada más hacerlo.

—Porque tu novio está follándose a mi mujer, así que voy a hacer lo mismo, luego te torturaré y empezaré a mandarle trocitos de ti hasta que me la devuelva.

Grito asustada por el tono desenfadado con el que ha descrito mi tortura. Este tipo está mal de la cabeza. Este tipo está mal de la cabeza.

—Él no va a venir a por mí —susurro temblando.

—Eso es una pena para ti, muñeca.

Me empuja dentro del vehículo y sé que no voy a salir viva de esta. Tengo que pensar algo. Esto es culpa de Texas, por su culpa estoy con este tipo. Es ella quien debería estar con él. Es a ella a quien compró. No me merezco esto. Ella sí. No es justo. Yo soy alguien, soy la hija de un Senador. Ella no es más que una yonqui rehabilitada, o eso dice. Tengo que pensar en cómo salir de esta. Keyran no puede dejarme con este tipo, ¿no? Yo creo que vendrá a por mí. Pero puede que sea tarde. Si no ha salido a buscarme puede que para cuando lo haga ya haya abusado de mí o me haya matado. No quiero morir. Comienzo a llorar descontroladamente.

El Sir me mira desde su lado del asiento y lloro aún más fuerte. Va a pegarme, lo sé, lo veo en sus ojos. Esto es culpa de Texas. Ella debería estar aquí. Debería ser ella. No yo.

—Deja de llorar o te juro que vas a perder los dientes de esa bonita sonrisa tuya antes de que lleguemos a mi casa.

Intento parar, pero no puedo. Tengo miedo, me asusta.

—Entiendo por qué Keyran se folla a mi mujer, eres una puta cría llorona.

Y todo eso me hace estallar.

—Entonces, ¿qué hago aquí? Déjame en paz, llévate a Texas, ¿la quieres? Toda tuya, esa maldita zorra me ha jodido desde que llegó a mi vida y por su culpa estoy ahora aquí.

El Sir me mira sorprendido y de pronto se ríe.

—Vaya, vaya, la muñequita está celosa de mi mujer.

Me lanzo hacia él consciente de que me va a hacer daño, pero la rabia me puede. Me da un golpe con el revés de su mano que me lanza a mi sitio nuevamente.

—Compórtate o tu estancia a mi lado va a ser muy dura.

Vuelvo a llorar, estoy desesperada, me duele mucho. No voy a aguantar otro golpe así. No puedo soportar pensar que me va a tocar. Comienzo a temblar y a llorar descontroladamente. Me da otro golpe que me paraliza, el miedo se apodera de mí.

Texas, te odio por hacerme pasar por todo esto. Él te quiere a ti aquí. No a mí. No a mí. No a mí… eso es… no me quiere mí, la quiere a ella.

—Hagamos un trato —le digo, cortando mi llanto.

—No creo que haya nada que puedas ofrecerme.

—Puedo devolverte a Texas y a cambio me dejas libre, sin abusos, sin golpes.

Me mira interesado.

—Sigue.

—Keyran va a venir a por mí, lo sé, él no me dejaría abandonada, sé que me ama.

—¿Y cómo recupero yo a mi mujer? No sé dónde quieres llegar.

—Cuando venga a por mí puedes aprovechar y entrar a por Texas, ella estará en casa, puedo describirte el lugar, será fácil, puedes…

—¿Crees que no he pensado en hacer algo así? —me corta—. Aunque haga salir al imbécil de Keyran, sé que dejará un ejército de hombres en casa. Tu plan no me sirve. La única forma es que Texas salga por propia voluntad, pero eso no va a ocurrir. Así que no hay trato.

Durante un segundo mis ojos se llenan de lágrimas de nuevo, desesperada, sin esperanza, pero entonces recuerdo algo que sé que no debería saber.

—¿Y si puedo hacer salir a Texas?

—¿Ella saldría si tú se lo pides?

—No, esa zorra me odia.

—¿Entonces?

—Sé un secreto suyo que nos puede venir bien. Ella tiene una hija.

Me mira y esta vez tengo toda su atención. Él no lo sabía, así que tengo ese punto a mi favor.

—Sí, ella tiene una hija en Estados Unidos, pero la dejó con otros padres.

—La abandonó.

—No, ella la ama, pero no podía darle un hogar. De hecho, entró en las subastas para poder pagar una operación para la niña.

—Interesante, ¿sabes algún dato más?

—Sé que se llama Dayra, que los que la tienen son Marc y Me… Me… —piensa, joder—. ¡Megan!

El Sir me observa, asintiendo con una mirada que me pone los pelos de punta. Llegamos a donde sea que estábamos yendo y se baja. Me quedo en el coche porque no sé qué quiere que haga y me da miedo preguntarle.

—Baja —ordena.

Y lo hago. Al salir veo que nos encontramos en lo que parece un pueblo. Es de noche, pero todas las farolas iluminan el lugar. No se ve a nadie que no lleve un arma colgando de su cuello. Metralletas creo que se llaman. Este lugar da escalofríos.

Veo al Sir al teléfono. No sé con quién habla, pero sí que distingo palabras sueltas. Dayra. Texas. Secuestro. Matar. Dejo de escuchar, no me interesa. El Sir se pone en marcha y uno de sus matones me

empuja con el arma para que lo siga. Entramos en lo que parece un hostal de mala muerte. Una recepción pequeña y vieja nos da la bienvenida, pero no hay nadie en ella. Raro.

—Elige habitación —me dice, señalando el cuadro de llaves enorme que hay detrás del mostrador.

Asiento y me dirijo hacia él rodeándolo y tengo que taparme la boca para evitar un grito cuando veo a una señora con una bala en la cabeza tirada en el suelo. Lo miro. Se ríe. La miro. Aguanto una arcada. Oh, Dios mío, está loco.

—¿Prefieres dormir con uno de mis chicos?

Y sé que no es una amenaza vacía. Salto a la señora y cojo una llave, no miro ni el número, me da igual mientras tenga cerradura. Espero que no haya muerto nadie allí dentro. Salto de nuevo a la pobre mujer que está allí tendida y vuelvo al mismo lugar.

—Ahora vamos a ver si consigues hacer que Keyran venga a por ti. Si lo logras, prometo que no te va a pasar nada, si no puedes estar segura de que no habrá hombre en este pueblo que no disfrute de ti.

Comienzo a temblar, no sé qué quiere que haga para convencerlo. Tengo miedo. Y dudas. ¿Y si no viene a por mí? ¿Y si esa zorra le ha comido la cabeza y lo ha puesto en mi contra?

Saca un teléfono antiguo, de los que no llevan ni WhatsApp, incluso tiene tapa y antena, no recuerdo ni haberle visto usar ese móvil a mi padre. Saca otro, este más nuevo, grande y táctil. Busca algo. Parece que lo encuentra. Comienza a teclear en el teléfono viejo.

—¿Tienes clara tu parte, muñequita?

Asiento, pero la verdad es que estoy paralizada. Chasquea la lengua.

—Esto no va a funcionar.

Y, sin previo aviso, me da una bofetada en la cara tan fuerte que me tira al suelo. Duele muchísimo y rompo a llorar aterrorizada de nuevo. Entre mis lágrimas veo como pulsa un botón en el móvil viejo y me lo pasa. Lo pongo en mi oreja sin saber que esperar.

—Convéncelo —me dice antes de que se descuelgue el teléfono.

—Keyran, por favor, ayúdame —suplico sin dejar que diga nada.

—¿Qué ocurre? —oigo a Texas de fondo.

Silencio. El Sir me quita el teléfono.

—Bueno, amigo, tú tienes a alguien que yo quiero, yo tengo a alguien que tú quieres —dice el Sir en un tono profundo que da miedo.

Silencio nuevamente. El Sir hace un gesto a uno de los tipos armados. Me da un puñetazo en el estómago y grito.

—¿Crees que podemos llegar a un acuerdo? Aunque, si no es así, debo reconocer que el sonido de esta zorra gritando me la ha puesto dura.



CAPÍTULO 36

Texas

Han pasado tres días desde que Nueva York llamó pidiendo ayuda. Reconozco que ha sido una perra conmigo y que no le debo nada, pero no dejaría a nadie en manos del Sir, es un hombre sin alma y esos son los más peligrosos.

El Amo ha estado distante conmigo, entiendo que se sienta culpable, aunque no creo que lo sea. Ayer intenté explicarle que estas cosas pasan y que todo se va a solucionar, pero acabamos discutiendo. Cree que no quiero recuperar a Nueva York, que le tengo celos, está claro que no me conoce lo suficiente.

Keanan me ha pedido que le tenga paciencia, que lo que me dice no lo piensa, no sé si creerle. En estos momentos tengo ganas de gritar, de llorar, de romper cosas, no sé, hace tres días, por un momento, fui feliz, totalmente feliz en brazos del amo. Ahora estoy sola, sentada en el patio trasero de la casa mirando los árboles frutales y esperando a que, bueno, no sé qué estoy esperando.

Llevo como dos horas aquí mirando a la nada cuando un reflejo de algo que brilla llama mi atención. Me levanto echando un vistazo y noto que el reflejo se mueve, es como un espejo. De pronto el brillo desaparece detrás de un árbol y me quedo parada esperando a que algo ocurra. Nada. Un minuto después una cabeza se asoma desde detrás del árbol. Es Lunes. Doy un paso atrás mirando a mi alrededor tentada a gritar pidiendo ayuda, pero por algún motivo no lo hago. Ella me mira en la distancia y me hace señas para que vaya. No sé si fiarme. Esa tía está loca y, lo que es peor, está enamorada del Sir. Dudo, pero no veo movimiento alrededor, parece estar sola, la curiosidad me gana y, con suerte, puede que descubra algo más sobre el paradero de Nueva York. Aun así, miro a mis pies buscando algo con lo que atizarle por si acaso, veo un palo astillado, perfecto, lo cojo y camino hacia allí.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto, guardando una distancia prudencial.

Con ropa parece una chica normal, apenas se ven los golpes que el Sir le debe seguir dando desde la última vez que la vi.

—Tengo un recado del Sir.

Vale, sigue igual de loca.

—No me interesa —le contesto, retrocediendo para irme, pero sin darle la espalda.

—Él dijo que dirías eso.

—Qué listo.

—Me dijo que te enseñara esto.

Y saca de su bolsillo una medalla dorada que conozco perfectamente, se la regalé a mi hija el día que nació. Mi corazón se detiene. Se la arrebato con brusquedad de las manos, no tiene derecho a tenerla ni a tocarla.

—¿Qué ha hecho con mi hija?

Keanan me aseguró que estaba bien hace dos días.

—¿Quieres ver el recado? —pregunta con un tono alegre, como si fuera a enseñarme un vídeo de gatitos. Dudo que así sea.

Alzo una ceja.

—¿Verlo?

Lunes asiente y saca un móvil, pulsa en la pantalla y me enseña un vídeo parado. La miro a la cara y tiene una amplia sonrisa. Puta loca. Asiento despacio, ella aprieta la pantalla en el centro y se reproduce un vídeo grabado a modo *selfie*; en primer plano, hablando, aparece el Sir. Me estremezco.

Hola, mi pequeña dama, ¿me has echado de menos? Yo a ti terriblemente, por eso tuve que buscar alternativas que me recodasen a ti.

Se me eriza la piel con sus palabras. La imagen cambia y ahora enfoca a un pasillo largo con guardias apostados cada metro, armados con metralletas y con cara de pocos amigos.

Voy a mostrarte algo para que entiendas que solo junto a mí podrás tener lo que quieres.

Sigue andando hasta una puerta blanca, se abre y dentro hay una habitación infantil, y en el centro, en una mecedora, Megan sentada con una niña en sus brazos. Mi niña. Hacía mucho que no la veía. Está enorme para tres años. Las lágrimas pican en mis ojos, pero sigo mirando.

Creo que ya os conocéis.

Y cuando la enfoca veo golpes en su cara y la rojez de sus ojos, ha debido de llorar durante horas. La cámara vuelve a girarse y a enfocar al Sir.

Bueno, como puedes ver, tengo la reunión familiar organizada. Te estamos esperando. Lunes te dará las indicaciones necesarias. No hables con nadie de esto. No tienes más que una oportunidad.

El Sir inspira profundamente.

Te estaré esperando, mi pequeña dama.

Y el vídeo termina.

Mi mente corre a mil por hora rememorando las imágenes. Esto es una locura. Miro hacia todos lados porque esto parece una cámara oculta. Lunes sigue ahí, de pie, mirándome.

—El Sir ha dicho que esta noche será el intercambio de Nueva York, cuando ellos vayan a por ella tú tienes que salir por ese sendero —dice, indicando un camino entre los árboles que no se ve bien hasta dónde llega—, y un coche te estará esperando. Solo hay una oportunidad. Si alguien se entera, tu hija muere. Si no vienes, tu hija muere. Si alguien te sigue…

—Mi hija muere, entendido.

Dicho esto, lanza el móvil al suelo y saca un arma de detrás de su espalda. Mierda. Doy un paso atrás, ella apunta al móvil y dispara varias veces hasta que apenas parece un teléfono.

—Corre, los guardias no tardarán en venir —le digo, asustada de que si la cogen el Sir crea que la he delatado.

Ella me sonríe. En serio, puta loca.

—No hace falta que corra, ya estoy donde tengo que estar.

Y dicho esto, acerca la pistola a su sien y dispara. Joder. Se ha volado la cabeza delante de mí. No sé cómo sentirme.

Oigo voces masculinas tras de mí que vienen corriendo, pero no escucho nada de lo que me dicen. Noto que me zarandean y que alguien está frente a mí, pero solo puedo mirar por un lado el cuerpo de Lunes tirado en el suelo, inerte, con un gran agujero y una expresión feliz.

Y me pongo a temblar porque esta noche debo ir al encuentro del psicópata que ha logrado que una mujer tan joven y guapa se acabe pegando un tiro en un bosque solo para enseñar un jodido vídeo de una niña secuestrada.

CAPÍTULO 37

El Amo

—¿Qué te ha dicho exactamente, Key? —me pregunta Cadee por décima vez.

—Esta noche, en la plaza donde lo vio Texas la última vez, dejará a Nueva York, debo llevarle una bolsa de lona con cinco millones de dólares y tengo que ir yo solo. Me ha dejado claro que, aunque me devuelva a Nueva York, sigue interesado en Texas. Tengo que matarlo.

Keanan me mira y asiente, él piensa lo mismo que yo, mi mujer no va a estar a salvo hasta que ese psicópata muera. Por mucho que pague por Texas, él va a seguir tras ella.

—Tracemos un plan para recuperar a Nueva York y matar al Sir.

Cadee y Keanan asienten a la vez y yo me siento seguro al tener a mi equipo conmigo.

—Deberíamos llevar el todoterreno blindado —dice Keanan.

—Una moto es un medio rápido para ir, rescatar y huir —sigue Cadee.

—Creo que…

Pum.

Pum.

Pum.

El sonido de tres disparos corta nuestra conversación.

—¿De dónde mierda ha venido eso? —pregunta Keanan sacando su arma.

Cadee y yo hacemos lo mismo mirando a nuestro alrededor. Veo a mis hombres moverse por la casa, salimos del despacho buscando la procedencia. Se han oído fuera, pero los que nos están atacando podrían estar ya dentro.

—Los disparos provienen de la parte de atrás de la casa —me informa uno de mis hombres—, junto a la arboleda.

Y entonces mi corazón se detiene. Allí es donde Texas ha estado los últimos días. Echo a correr rezando a todos los dioses en los que no creo para que ella no esté ahí ahora. Hemos pasado los últimos días discutiendo, culpa mía, estoy tan presionado por la situación con Nueva York que la he pagado con Texas. Keanan me ha amenazado con llevársela si no empiezo a comportarme con ella como es debido.

Pum.

Un único disparo suena justo cuando llego al lugar, veo a Texas al fondo, junto a los árboles, de pie, de espaldas. A sus pies una chica con la cabeza llena de sangre y un agujero en un lado. Llego hasta Texas y paso mis manos por su cuerpo buscando alguna lesión. No tiene ninguna, gracias a Dios.

—Está bien, no está herida —digo en voz alta para que Keanan y Cadee me oigan, ellos asienten mientras voltean a la chica muerta sobre su espalda.

Miro a Texas nuevamente y le pregunto qué ha pasado, pero no me contesta. La zarandeo, no logro que reaccione. Cojo su cara entre mis manos y la obligo a mirarme a los ojos, pero no me ve, está en *shock*.

—*Mo shaol* —le susurro, poniendo mi frente contra la suya—, ya está, estás bien.

Sigue sin reaccionar.

—¿Qué ocurre? —pregunta Cadee a mi lado.

—Está en *shock*, la llevo dentro, informadme cuando descubráis quién demonios es esa tía.

—Lo intentaremos, Key, pero se ha dejado la cara hecha un cuadro, será difícil un reconocimiento facial con tan poco material con el que trabajar. Y sus huellas están borradas como con ácido.

Miro a la mujer y al arma usada, un calibre demasiado grande para querer solo pegarse un tiro, es un suicidio un tanto extraño. Confío en Keanan y Cadee para resolver esto, mi mujer me necesita en este momento. Paso un brazo por debajo de sus rodillas y la alzo contra mi pecho. Sus brazos caen sin vida a su lado, su cabeza apoyada en el hueco de mi cuello.

Nos llevo dentro, a mi habitación. Cierro la puerta con el pie y la deposito en la cama, sentada frente a mí. Me agacho para estar a la altura de sus ojos.

—*Mo shaol*, ya estás a salvo —vuelvo a decirle.

Pero sigue sin reaccionar. Sus ojos se mueven como si recordara algo en su mente, creo que está reviviendo el momento. Necesito sacarla de esto. Salgo disparado al baño y enciendo la ducha, la pongo caliente, aunque no demasiado, y abro la puerta lo máximo que puedo. Vuelvo junto a ella, la recojo nuevamente y nos dirijo al baño. Una vez ahí, entro en la ducha con la ropa puesta y la sostengo bajo el agua esperando a que mejore.

—¡No! —grita de repente revolviéndose en mis brazos—. ¡Lunes, no lo hagas!

—Shhh, Texas, ya ha pasado —le digo, pasando mi mano por su espalda mojada.

Me mira por primera vez desde que la encontré, parece que ya ha reaccionado. Me giro para sacarnos de la ducha.

—Quedémonos un poco más, por favor. —Su voz sale en un susurro de sus labios.

Me está partiendo el alma verla así. Asiento mientras apoyo mi espalda en la pared de la ducha y nos deslizo hasta quedarme sentado en el suelo con ella en mi regazo.

—¿De verdad está muerta? —me pregunta con su frente apoyada en mi cuello.

—Eso parece.

No sé el rato que permanecemos así, pero cuando noto que Texas comienza a temblar por el frío, me levanto y nos saco de aquí. La deposito en la encimera del baño y le quito la ropa. Voy a por una de mis camisetas y se la pongo. En silencio. No quiero asustarla, pero necesito respuestas.

—¿Puedes decirme qué ha pasado, *mo shaol*?

Ella me mira y niega con la cabeza.

—Por favor, Texas —le suplico, dándole un suave beso en los labios—, necesito saber quién es esa chica.

Me mira, debatiéndose entre si hablar o no.

—Estos días he sido un imbécil contigo, pero no ha cambiado nada de lo que siento por ti. Por favor, confía en mí.

Me mira, mordiéndose el labio.

—¿Puedo contártelo esta noche? —me pregunta sin mirarme.

—Esta noche iremos a por Nueva York, necesito que me lo cuentes ahora para protegerte.

—Cuando vuelvas entonces, por favor, déjame que te cuente cuando regreses esta noche.

Levanto su cara para que me mire a los ojos y cedo.

—Está bien, pero ahora vas a obedecerme. Vas a meterte en la cama después de cenar algo, vas a tomarte una pastilla que te voy a dar para los nervios y me esperarás aquí dormida. Prometo despertarte cuando llegue.

Ella asiente y un atisbo de una sonrisa aparece en sus labios.

—No quiero cenar nada, te espero y lo hacemos juntos cuando vuelvas.

—De acuerdo, *mo shaol.*

—¿Qué significa eso?

—Te lo diré cuando vuelva.

Ella sonríe y mi alma se aprieta en mi pecho.

La llevo hasta la cama y la meto dentro. Abro el cajón de mi mesilla de noche para sacar una de las pastillas que he usado alguna vez para relajarme. Se la tiendo junto a una botella de agua que saco de mi nevera. Ella abre la botella, pero los nervios hacen que se le caiga el tapón. Me agacho a recogerlo, me tiende la botella después de beber y la cierro. Ella se desliza hasta quedar tumbada y me siento a su lado.

—Ten cuidado esta noche, Keyran —me dice, cogiendo mi mano.

Es la primera vez que usa mi nombre desde que se lo pedí, mi respiración se corta un instante por lo que esto significa.

—Voy a estar de vuelta antes de lo que imaginas.

—Pase lo que pase, esto no es culpa tuya.

Lo miro extrañado y enternecido. A pesar de haberla tratado mal estos días, aún se preocupa por mí. No quiere que me culpe por lo de Nueva York.

—Descansa y luego hablamos —le digo, dándole un beso en la frente.

Ella me coge de la camiseta y tira de mí hacia sus labios. Me da un beso largo y profundo que hace que se tambalee el alma. No tengo dudas de que me he enamorado de ella y no voy a permitir que el Sir vuelva a hacerle daño.

—Te amo, Keyran—me dice ella en un susurro.

Mi pecho podría explotar en este momento, nunca antes me lo había dicho y querría estar dentro de ella en este instante, pero necesita descansar y yo matar al hijo de puta que quiere separarme de ella.

—Yo también te Amo —le contesto, besándola en la frente mientras veo que la pastilla le está haciendo efecto y está comenzando a dormirse.

No tardo mucho en sentir su respiración regular y veo que se ha dormido. Le aparto un mechón de pelo de la cara y rozo su mejilla con mis nudillos.

—Voy a mantenerte a salvo, *mo shaol*, te lo prometo.

Le doy un rápido beso y salgo de la habitación. Me dirijo al despacho nuevamente. Keanan y Cadee están allí esperándome.

—¿Cómo está? —me preguntan casi a la vez.

—Mejor, le he dado algo para dormir.

—¿Te ha dicho qué ha pasado?

—No, quiere hablar cuando vuelva esta noche. No me he atrevido a forzarla, tenía miedo de que entrara en pánico.

—Pondremos vigilancia extra mientras no estamos —declara Keanan, y se retira a hablar con el móvil y prepararlo.

Pasamos la tarde planeando el rescate de Nueva York. Que sea en un lugar tan céntrico nos da la ventaja de los edificios, aunque también se la da a ellos. Vamos a apostar hombres en cada cornisa que rodea la plaza, algunos ya están allí para asegurarse de que nadie más suba. Según el Sir, dejará a Nueva York en el centro, justo allí debo abandonar el dinero para que lo cojan y me la podré llevar. Debo permanecer a unos de veinte metros hasta ese momento, siempre y cuando esté solo.

Las horas pasan hasta que llega el momento de salir. Quiero subir a ver a Texas, pero decido que es mejor no molestarla, no tardará en dejar de hacer efecto la pastilla y cualquier ruido podría despertarla. Miro las escaleras hacia donde está ella, una vez más, antes de girarme y salir. Mi equipo está preparado, todos uniformados de negro, armados y listos para ir a por la chica.

—Son las cero una cincuenta y nueve —oigo a Keanan gritar.

Todos miran sus relojes para comprobar que están sincronizados. En una hora y un minuto hay que hacer la entrega.

Cuando llegamos las calles están vacías. Mi equipo se distribuye por los callejones aledaños para no llegar todos juntos. Yo voy en el *jeep* principal, el dinero a mis pies. Bajo del coche cuando faltan cinco minutos y camino hacia el lugar de encuentro. Ajusto mi chaleco antibalas y me dirijo al centro de la plaza. De noche y vacío es un lugar lúgubre. Deposito el dinero en el centro y me retiro veinte metros a esperar. No puedo verlos, pero sé que tengo a mi equipo protegiéndome. Mi respiración se acelera cuando oigo un motor a lo lejos. Aumenta cuando el ruido se escucha más cerca. En unos segundos veo un todoterreno entrando en la plaza, cristales totalmente tintados. Se para junto a la bolsa, pero no ocurre nada. Extraño. Miro alrededor buscando un indicio de emboscada. No hay nada. Todo igual. Motor encendido. Coche parado.

Dudo, pero saco mi pistola y, apuntando hacia delante, me dirijo al coche.

—¡Sal de ahí! —grito a no sé muy bien quién.

No hay respuesta, solo un ruido bajo que no logro distinguir. Tomo la decisión de romper la ventanilla del conductor con la pistola, de un solo golpe la reviento y apunto al conductor. Mierda. Es Nueva York, amordazada y con sus manos atadas al volante. Miro al interior y veo que está sola.

—Nueva York está aquí —digo tocando mi oreja, ahora que parece que estamos solos restablezco la comunicación.

—¿Quién más hay dentro? —pregunta Keanan.

—Nadie.

—¿Cómo que nadie?

—Nadie.

—¿Quién se ha llevado el dinero?

Miro la bolsa, está dónde la dejé.

—Nadie, sigue ahí.

—Mierda, Key, eso es raro.

—Lo sé.

Veo a mi equipo acercarse apuntando en todas direcciones, esto es una trampa y lo sabemos, solo nos falta descubrir qué tipo de trampa es.

Miro a Nueva York, quien está llorando desconsolada y me da pena, su cara marcada por ese salvaje. Me subo al peldaño metálico del coche para evitar abrir la puerta, giro la llave del contacto para apagar el motor y le quito la mordaza de la boca.

—¡No te muevas! —me grita cuando estoy a punto de bajarme—. Hay una bomba.

Me quedo paralizado.

—Hay una bomba, todos fuera —digo al intercomunicador.

Todos mis hombres retroceden salvo dos que saben sobre explosivos, Keanan y Cadee. Oigo un teléfono en las piernas de Nueva York. Ella sigue llorando con las manos atadas al volante. Lo cojo y descuelgo, poniendo el altavoz y procurando no moverme demasiado.

—Keyran, eres demasiado predecible —oigo al otro lado en tono de burla.

—Espero que predigas la forma en que te voy a matar para que sepas lo doloroso que va a ser.

Suelta una carcajada.

—Curioso que digas eso cuando estás a punto de saltar por los aires, ¿ha visto ya tu equipo dónde está colocada la bomba? Está en el motor, por si quieres ahorrarles tiempo.

Keanan y Cadee abren el capó y asienten. Ahí está. Oigo unos gritos al otro lado del teléfono y la línea se corta.

—Es una bomba de presión con código. Si no metemos el código correcto estamos jodidos —explica uno de los chicos que se ha acercado junto a Cadee.

—¿Tipo de teclado? —pregunto, pensando en meterle una máquina para que pruebe con todas las combinaciones de forma

automática.

—Alfanumérico.

Joder. Hay millones de opciones. Ese hijo de puta lo tenía previsto. Bien le valen los cinco millones que no ha querido recoger. Suena de nuevo el teléfono. Vuelvo a descolgar poniendo el altavoz.

—Tienes la jodida suerte de que ella te quiere vivo. La contraseña es Texas.

Y cuelga.

Keanan y Cadee me miran sin entender nada. Me acaba de dar la contraseña o me ha dado una falsa para que esto acabe antes. Pero lo que ha dicho no tiene sentido, ¿quién me quiere vivo?

—Salid todos de aquí menos tú —ordeno, señalando a uno de mis hombres—, mete la contraseña que acaban de darnos.

—Keyran, ese tío está loco, quiere volarte en pedazos —me avisa Keanan.

Lo sé, pero de alguna forma siento que esto…

—Hay algo que me dice que es correcta.

Me sostiene la mirada un momento más y gruñe antes de darse la vuelta e irse. Sabe que no va a convencerme. Cadee lo sigue. Nos quedamos el chico, al que seguramente he condenado a muerte, Nueva York y yo.

—Adelante.

Oigo el pitido de las teclas mientras las pulsa. Pitido número uno. Silencio. Pitido número dos. Silencio. Pitido número tres. Silencio. Pitido número cuatro. Silencio.

—Decidle a Texas que la amo y la estaré esperando al otro lado.

Mi último pensamiento es para ella y solo lamento no haber tenido más tiempo juntos. Pitido número cinco. Silencio.

—Se ha apagado todo, se ha desarmado —murmura mi hombre anonadado.

Miro a Keanan y Cadee que corren hacia mí y salto del coche. Mis pies tocan el suelo y mi cuerpo sigue de una sola pieza. Increíble. Siento unos brazos rodearme y veo a Cadee casi llorando agarrada a mi cuello.

—Mierda, no vuelvas a hacer eso, Key —me dice enfadada.

—Lo apuntaré en mi libreta de cosas que no debo repetir —le contesto burlándome.

Nueva York llora de una manera histérica.

—Sacadla y llevadla a casa —ordeno.

—No entiendo nada —murmura Keanan—. ¿Quién demonios te quiere vivo?

Me encojo de hombros, yo tampoco sé qué ha pasado. El Sir podría haberme matado, pero en vez de eso me ha dado la clave, la clave que el muy enfermo puso con el nombre de ella. Está obsesionado. Con ella. Ella. Mierda. Saco el teléfono y marco a la guardia de casa.

—Id ahora mismo a mi habitación —ladró al teléfono.

—¿Qué ocurre? —preguntan Keyran y Cadee, no entendiendo nada.

—Dime que está —suplico al teléfono.

Oigo correr, la puerta ser abierta y una maldición.

—No hay nadie, jefe.

—¡Joder! —grito, sacando mi alma.

Cadee y Keanan me miran asustados.

—Texas, ella me quiere vivo. Él la tiene —digo derrotado mientras caigo de rodillas al suelo, notando como se me cierra la garganta porque pensar que ella no está me roba el aire.





CAPÍTULO 38

Texas

Me despierto con dolor de cabeza y me cuesta unos segundos recordar lo que ha pasado. El Sir me obligó a drogarme para salva a Keyran. Me incorporo y veo que estoy en una habitación enorme, en una cama con postes de madera y sin ropa. Me siento en el borde y las puntas de mis pies apenas rozan el suelo. Me bajo de la cama y miro alrededor. Es una habitación lujosa, muebles de diseño y un gran vestidor lleno de trajes de hombre en un lado y de ropa de mujer en el otro.

Oigo el pomo de la puerta girar y me sitúo al otro lado de la cama, detrás de uno de los postes. Debo parecer ridícula. El Sir aparece ocupando toda la puerta. Grande, imponente, guapo. No entiendo por qué necesita tener a una mujer en contra de su voluntad si claramente podría obtener a la que él quisiera. Aunque no a mí, jamás a mí después de lo que ha hecho.

—Veo que ya te has despertado —dice, cerrando la puerta—, espero que te guste nuestra habitación.

Nuestra. No pasa desapercibida esa palabra para mí. Se acerca y yo me acurruco aún más contra el poste, como si pudiera hacerme desaparecer tras él.

—Ven, te enseñaré esto —me ordena, cogiendo mi mano y arrastrándome a una puerta cerrada blanca.

La abre y hay un enorme baño. Hay una ducha en la que caben seis personas sin tocarse. Una gran bañera blanca con patas doradas como las de las películas de terror y un enorme jacuzzi.

—Pasa —me pide, tirando de mí hacia delante y abrazándome desde atrás.

Puedo notar su erección en mi culo. Pasa su mano por mi estómago desnudo y siento el impulso de taparme, pero no lo hago. La dignidad es lo único que me queda y no va a arrebatármela.

—Mira bien este lugar, pienso follarte sobre y contra cada superficie que ves aquí —me susurra al oído.

Un escalofrío me recorre el cuerpo al pensarlo. Me coge nuevamente de la mano y me lleva hasta el enorme vestidor. Hay un diván negro de terciopelo en el centro.

—Aquí tienes toda la ropa que vas a usar, si necesitas algo más pídelo y lo tendrás aquí en cuestión de horas.

Miro el armario y hay absolutamente de todo. Ropa informal, de invierno, de deporte, vestidos de fiesta, zapatos de tacón, botas, bolsos. Todo lo que puedas necesitar. Un sueño de armario para cualquiera, solo que para mí es una pesadilla.

Me giro para mirarlo, sigue sin soltarme la mano, intento recuperarla, pero él la aprieta un poco más y noto una punzada de dolor que sobrellevo apretando los dientes.

—¿Por qué? —inquiero sin pensar porque no entiendo a qué viene todo esto.

Me sonríe y da un tirón de mi mano que hace que caiga hacia delante y agarra mi cuello con su mano libre.

—Al principio fue venganza, pero has logrado que me obsesione contigo —me contesta, dejándome aún más confundida.

—¿Qué te he hecho yo para que tengas que vengarte de mí? —le pregunto, intentando mantener la calma porque noto como su mano en el cuello se empieza a cerrar sobre este.

—No te acuerdas de mí, ¿verdad? —me suelta para mi sorpresa.

Giro con lentitud la cabeza, intentando recordarlo, pero no me suena absolutamente de nada, no hay nada de él que me traiga un recuerdo. Me empuja hacia atrás hasta que mis piernas chocan con el diván y me sienta. Entonces da dos pasos atrás y me mira.

—Nos vimos una vez, cuando mi madre fue a reclamarle a la tuya por haberse follado a mi padre —comienza a explicarme—, debías tener como doce años y mi padre era parte del sistema de casas de acogida del Estado, él se encargaba de decidir si los padres recuperaban la custodia del menor o pasaban a cargo del Estado.

Debió ser la época en la que vivimos en el barrio irlandés, cuando conocí a Keanan, pero sigo sin recordarlo.

—Tu madre quería recuperarte, así que sedujo a mi padre sin importar que estuviera casado o que tuviera hijos.

—¿Y cómo la infidelidad de tu padre me hace a mí culpable? —le pregunto, no entendiendo nada.

—Mi padre se obsesionó con tu madre hasta el punto que le pidió el divorcio a la mía. Ella sabía de la existencia de tu madre, así que la buscó para encararla, yo la llevé en coche y la esperé mientras ella iba a tu casa.

Trato de recordar, pero mi madre no ha sido precisamente una monja y esa escena la viví más de una vez. Sigo sin ubicarlo en mi memoria.

—Mi madre le reclamó gritando y la abofeteó, entonces tú saliste de la nada y le devolviste el golpe.

Empiezo a recordarlo, una mujer vino insultando a mi madre y yo estaba en casa. Salí al pasillo y comenzó a insultarla a ella y a mí, dijo que iba a ser tan zorra como ella. Si algo odiaba era que me dijeran que acabaría como mi madre, así que la abofeteé, no por defender a mi madre que se había ganado el guantazo, sino para que supiera que conmigo no iba a meterse gratis.

—Yo salí del coche y la arrastré de vuelta a él y me la llevé a casa —continúa.

Recuerdo eso, pero no a él. No me fijé. Simplemente cerré la puerta y pasé junto a mi madre, que estaba mirándose en el espejo la marca de la mano en su mejilla.

—Tu madre llamó a mi padre y lo dejó. Dijo que no quería problemas con la mujer de nadie. Esa noche, mis padres tuvieron una enorme discusión. Mi madre no dejaba de llorar y mi padre la acusaba de haber perdido al amor de su vida por su culpa. Al día siguiente mi madre convenció a mi padre de ir a ver a un abogado para separarse, cogieron el coche y nunca más volvieron. Ella provocó un accidente en el que ambos murieron.

Me tapo la boca horrorizada. No tenía ni idea de la repercusión de ese día en la vida de nadie. Mi madre nunca más volvió a hablar de ello.

—Lo siento —le contesto porque de verdad me da pena que alguien muriera—, pero sigue sin ser mi culpa.

—Ya llego a eso, mi pequeña dama —me dice mirándome mientras se muerde el labio inferior—; me fui a vivir con el hermano de mi padre, el cual me crio enseñándome que las mujeres sois lo malo del mundo, que solo servís para dar placer y que, si os dejamos, sois capaces de acabar con un hombre solo por gusto.

Genial, otro puto loco misógino en la familia.

—Así que, cuando me hice mayor comencé a juntarme con gente no muy agradable hasta acabar donde estoy ahora. Cuando tuve dinero y posición, busqué a tu madre para hacerle pagar con sangre lo que les hizo a mis padres.

Hace años que no sé nada de ella, aunque espero que no la encontrara, sigue siendo mi madre después de todo.

—¿Sabes qué pasó cuando di con ella? —me pregunta, y yo niego con la cabeza—. La muy puta se atrevió a morir de sobredosis antes de que pudiera hacerla pagar.

Esa noticia me pilla por sorpresa, desprevenida. Sabía que mi madre no viviría hasta ser una anciana en un asilo, que moriría a manos de un hombre o por la mierda que se metía, pero aun así no esperaba que ya hubiera pasado. No había vuelto a verla desde que me escapé con Jackson. Ni siquiera le dije que era abuela. No pude intentar hablar con ella una vez más para que dejara toda esa mierda. Quería hacerlo. Iba a hacerlo. Iba a buscarla, iba a intentar ayudarla. Iba. Ya no. No he llegado a tiempo. Ya no está aquí.

Una lágrima recorre mi mejilla por la niña que hubiera querido tener una madre que nunca existió.

—¿No lo sabías? —pregunta sorprendido—. Déjame decirte que ella merecía ese final.

—¿Dónde está enterrada? —susurro, buscando el consuelo de poder ir a verla y hablar con ella una última vez.

—¿Enterrada? —contesta con una carcajada—. No, pequeña dama, ella no está enterrada, la tiré a un basurero y está pudriéndose entre la mierda, tal y como ella se merece.

Se me corta la respiración. Recuerdos de ella pasan por mi mente, solo los buenos. Fue una madre de mierda, pero aun así no puedo evitar sentir este nudo en el estómago pensando en su final.

El Sir se sienta a mi lado y pasa su lengua por mi mejilla, limpiando la lágrima que ha caído desde mi ojo hasta mi pecho.

—Si ya está muerta, ¿qué quieres de mí? —pregunto mientras su lengua hace el mismo recorrido que la lágrima.

—No pude obtener mi venganza y entonces me acordé de su hija. Te busqué sin mucho éxito, hasta que por casualidad te vi en aquella subasta. Eras tú. Esa mirada era la misma que tenías el día que nos vimos. Ya no eras una niña, sino que eras una mujer que me desafiaba, y eso me la puso dura.

Siento como el Sir me empuja hacia abajo, recostándome en el diván, y continúa lamiendo mi cuerpo. Yo sigo intentando asimilar todo lo que me está contando.

—Te compré porque quería ver si aquello había sido una farsa, pero te robaron y eso no hizo más que aumentar mi obsesión por ti. Vi los vídeos del barco —susurra mientras besa mi ingle—, vi como no dejaste que te rompieran. Vi a la única mujer que no había sido débil y supe que tenías que ser mía.

Sin previo aviso se levanta, se quita los pantalones y se cierne sobre mí. Con su rodilla separa mis piernas y se introduce soltando un gruñido. Me duele, pero no digo nada, solo lo miro a los ojos con la mandíbula apretada.

—Presenciar como mataste a aquellos hombres fue la cosa más excitante que he visto en mi vida —confiesa, empujando dentro de mí—, y las ganas de doblegarte no hacen más que ponerme duro solo con mirarte.

Él sigue empujando dentro de mí y yo me niego a dejar de mirarlo. Quiere romperme, me lo ha confesado, si lo logra ya no le haré falta, seré una más, no dudará en deshacerse de mí para saltar a la siguiente. No voy a dejar que eso pase, no hasta que mi hija esté a salvo.

—Voy a matarte —le aseguro mientras embiste una y otra vez.

Eso parece que le excita porque aumenta el ritmo al tiempo que noto como crece en mi interior.

—A esto me refiero —dice entre embestidas—, ten tengo aquí, debajo de mí, empalándote sin piedad y aun así eres capaz de amenazarme.

Necesito que esto acabe pronto, así que contraigo mis músculos interiores una y otra vez para ayudarlo a terminar.

—Joder —dice cuando nota mi movimiento y con un par de embestidas más lanza un gruñido cuando llega al clímax.

Se derrumba sobre mí y yo no me muevo.

—No vas a matarme, ¿sabes por qué?

Se levanta sobre sus codos, aún dentro de mí, y me mira.

—Porque si lo intentas hay una orden dada para que tu hija sea vendida como esclava sexual. Sabes, hay hombres que adoran oír cómo crujen cuando las penetran siendo tan pequeñas.



CAPÍTULO 39

Texas

—Ven a la ducha conmigo —dice el Sir, metiéndose al baño después de forzarme por tercera vez hoy.

—No —le contesto con toda la valentía que puedo.

Llevo un mes encerrada en esta casa. Cada día se va a trabajar, vuelve a comer algunas veces y se marcha de nuevo. Llega por la noche, cenamos y dormimos en la misma cama. No puedo decir juntos porque, aunque se empeña en encerrarme entre sus brazos, jamás dormiré con él.

—¿Cómo has dicho? —pregunta saliendo del baño con tan solo el bóxer puesto.

—No voy a hacer nada más hasta que vea a Dayra —le contesto, tratando de mantener la calma.

Este último mes ha sido relativamente amable conmigo. Me duelen las costillas, creo que tengo alguna rota, pero no puedo quejarme, pensaba que iba a ser mucho peor. Aunque prefiero los golpes a cuando abusa de mi cuerpo.

—Lo único que he conseguido es verla a través de las cámaras en tu móvil. Quiero tocarla.

Necesito comprobar que están bien, ella y Megan.

—Nunca dije que la tendrías contigo —declara tranquilamente.

—No es suficiente —le suplico—, por favor.

Se acerca a mí y pone su mano en mi cara, acunándola en un gesto dulce. Me mira como si fuera especial para él. Puto loco.

—¿Qué obtengo a cambio? —me pregunta.

El psicópata está de vuelta.

—No tengo nada que entregar. Mi cuerpo ya es tuyo y mi libertad no me pertenece. No tengo nada que ofrecerte. Nada.

Sonríe y sé que se le ha pasado algo por la cabeza. Es frío y calculador, nunca deja pasar la oportunidad de ganar algo. He aprendido cosas de él este mes que hemos pasado juntos. Cada

cosa que aprendo la atesoro en mi cabeza. Cree que me he calmado, pero solo estoy esperando el mejor momento.

—Esta noche hay una exposición benéfica a la que voy a acudir y tú vendrás conmigo —dice en un tono extrañamente feliz—. Si te comportas adecuadamente, cuando volvamos podrás ver a tu hija.

Entorno los ojos porque sé que hay trampa, pero no sé cuál es. Aun así, asiento porque no hay alternativa. Estaré atenta e intentaré averiguar de qué se trata.

—Entremos a la ducha entonces, no querrás llegar tarde.

Y dicho esto, toma otra ronda de mi cuerpo contra la pared de la ducha. Me aíslo y pienso en que voy a verla, por fin, después de estos años. Tengo miedo de lo que voy a sentir porque no sabe quién soy. No sé si Megan le ha hablado de mí, es algo que me dijo que me quería comentar cuando nos viéramos. Estoy aterrada, soy una completa extraña para mi hija.

Seco mi pelo con cuidado porque levantar el secador hace que me duela el costado. Me ha contado que es una exposición benéfica a la que asistirán personas importantes del país, desde diplomáticos hasta estrellas de cine. El Sir ha elegido un vestido negro de encaje. Es largo hasta los pies y de cuello alto, la espalda queda totalmente al descubierto. Le gusta tocarme, me he dado cuenta de eso, necesita el contacto y este vestido se lo proporciona. Me maquillan para que no se vean algunas marcas de mi cara y cuello. Mi peinado es un recogido enmarañado con una cinta de encaje negro como el vestido. Me miro al espejo y estoy impecable. Nadie podría adivinar que el monstruo con el que voy a ir me ha roto las costillas y marcado sus dedos por toda mi piel.

—Estás preciosa —me susurra paseando alrededor de mí, haciéndome sentir como una presa de caza.

Nos metemos en el enorme coche que está esperando en la puerta de la casa. Por primera vez en un mes veo dónde estamos y descubro que la casa está situada a las afueras de una ciudad, pero no tan lejos como la de Keyran. Keyran. Trato de no pensar en él, cuando lo hago siento una presión en el pecho.

El coche se detiene frente a una enorme casa iluminada con antorchas. Hay una alfombra verde que ocupa todo el camino de

entrada. Agentes de seguridad por todas partes. Bajamos y el Sir coge mi mano para pasarla por su brazo, me he convertido en un adorno, pero si esto hace que pueda ver a mi hija voy a ser el adorno más bonito que podría haber comprado.

Entramos por unas grandes puertas francesas azules que se abren para darnos paso. Dentro, un gran salón lleno de cuadros de mujeres atadas y amordazadas, bufo una sonrisa, reconozco la ironía del momento. El Sir me mira y me sonríe, sabe lo que estoy pensando.

—Parece que no eras tan importante después de todo —me susurra el Sir al oído.

Lo miro porque no entiendo sus palabras y sigo la trayectoria de su mirada, entonces mi mundo se detiene. Keanan, Cadee, Keyran y Nueva York. Juntos. Hablando animadamente con otras personas que son ajenas a mi infierno personal. Nueva York tiene la mano sobre el antebrazo de Keyran, como si tuviera el derecho de tenerlo ahí. Me hubiera dolido menos otra patada en las costillas.



CAPÍTULO 40

Keyran

No sé cómo empezar esta carta ni qué decir. Tengo que irme, regresar con él, tiene a Dayra y a Megan, ellas son mi responsabilidad. Han acabado así por mí. Tengo la curiosa habilidad de hacer que las personas de mi alrededor sufran por mi culpa.

Espero que no estés demasiado enfadado por mentirte, para ser sinceros, deseaba poder esperarte a que volvieras y contarte todo, pero no era una opción.

Necesito escribirte estas palabras para que sepas que estoy bien, que voy a estarlo, que no es culpa tuya, no era tu decisión. Nunca tuviste voz ni voto en ello.

Va a doler, y me va a castigar, lo sé, soy consciente de ello, pero también soy consciente de que, aunque le esté llevando mi cuerpo, mi alma se queda con vosotros. Se queda contigo. Mi corazón me lo llevo, al menos parte de él, la parte que no te pertenece, lo necesito para dárselo a Dayra.

Dentro de todo lo malo siempre hay algo bueno, y eso es que la voy a volver a ver. Me voy a aferrar a ello. Y no sé si tardaré un mes, un año o una vida, pero nos voy a sacar de ahí. Y lo haré no solo por mí, lo hare porque ella ha nacido para ser libre.

Tuya por destino y por derecho:

Texas

Hace un mes que descubrí esa nota en la habitación donde la vi por última vez.

Un mes que no oigo su risa.

Un mes que no beso sus labios.

Un mes que no puedo mirarla a los ojos.

Si pienso en ello me falta el aire.

Hace un mes que el Sir obtuvo su condena a muerte.

Me guardo la carta en mi traje, dentro de la chaqueta, junto a mi pecho. Siempre la llevo encima. Necesito leerla para tranquilizarme y así evitar disparar en la cabeza a todo aquel que conozca el Sir hasta que la recupere.

—Ya casi hemos llegado, ¿tenéis todos claro lo que hay que hacer? —pregunta Cadee mientras el coche en el que vamos se para delante de la galería.

Esta noche hay una exposición y nos ha llegado la información de que el Sir va a venir. Llevamos un mes de intentos fallidos. Cada vez que acudíamos a un lugar porque él debía estar, desaparecía. Nadie ha visto a Texas tampoco. Es como si la tierra se los hubiera tragado.

Cathal nos cubre, lo sé, pero estamos en territorio enemigo y podemos provocar una guerra, una a la que estoy dispuesto a ir si con ello la recupero.

—Intentad no armar escándalo. Esta galería es importante y si sospechan que puede pasar algo no dudarán en cerrar la exposición para proteger sus cuadros y a sus clientes —explica Keanan—, perderíamos así la oportunidad de ver al Sir.

Llegamos a la galería y cuando entramos no paro de ver en los cuadros expuestos a Texas. Es una curiosa exposición sobre la venta de esclavas y la mayoría de mujeres tienen unos rasgos similares a ella.

Pasamos la primera hora hablando con los invitados, dispersados por la sala para ver cualquier movimiento que indique la llegada del Sir, pero está claro que, tras la segunda hora, el Sir nuevamente no va a venir.

—No sé cómo se entera de que vamos a estar aquí —sisea en un gruñido Keanan.

—Ese hombre tiene comprada a toda Irlanda, ni siquiera Cathal puede darle caza —prosigue Cadee.

Miro a Nueva York y aparta la vista, creo que tiene miedo aún de verlo, está nerviosa. No es de extrañar. La última vez que lo vio le dio una paliza considerable y la ató a una bomba. Si no llega a ser

por Texas, estaríamos muertos. Aunque ni siquiera sé qué pasó, sé que fue ella la culpable de que sigamos vivos. Al menos esta noche Nueva York ha sido de utilidad para conseguir colarnos, ya que el que lo organiza es fan de los neoyorquinos de Upper East Side y en cuanto se ha enterado de que ella estaba en la ciudad nos ha enviado una invitación.

—Buenas noches, Cadee, Keanan y Keyran —oigo al duque Lanceworth mientras se acerca con su última novia trofeo.

—Buenas noches, duque —le contesto mientras no paro de mirar a su mujer trofeo junto a Nueva York, parecen ángeles ambas, pero aun así no llegan ni a la altura de los zapatos de mi Texas—. Le presento a Nueva…a Carly.

—Encantada. —Sonríe Nueva York.

Comenzamos una animada charla sobre la cría de caballos y cómo su abuela aún intenta montar en alguno. Las anécdotas nos hacen reír, relajarnos, tanto que no lo veo venir. Ninguno lo hacemos.

—Buenas noches —oigo esa voz y me paralizo un segundo, no puede ser.

—Buenas noches, Sir Liam —contesta coqueta la novia del duque —, parece que no has venido solo.

—He traído a mi pequeña dama conmigo —responde mientras levanto la vista y veo como le da un beso en la sien—. No logro separarme de ella.

Miro a Texas y nos quedamos enganchados durante unos segundos. Cadee me rodea el brazo reteniéndome, quiero acercarme a ella y sacar las manos de ese hijo de puta de su cuerpo.

—Texas —susurra Keanan.

Está igual de paralizado que yo. Lo veo respirar para relajarse.

—Buenas noches, chicos —murmura Texas con una voz neutral y educada.

—Dejaremos que continúen las parejas juntas —dice el Sir mirando a Nueva York, que se aferra a mí y tiembla ligeramente—, tenemos que saludar a algunas personas y quizás comprar algún cuadro. La temática es fascinante, ¿no creen?

Maldito cabrón. Está disfrutándolo. No sé cómo sabría que hoy estaríamos aquí, pero al final de la noche le voy a cambiar esa

sonrisa por una bala en el cerebro.

Veo como la aleja de mí nuevamente. No puedo dejar de mirarla. Está preciosa, pero esa no es ella, sumisa, dócil. No sé qué ha ocurrido este mes, pero ha logrado que mi mujer tolere estar cerca de ese hombre y no me gusta.

—Necesito hablar con ella —digo lo suficientemente bajo como para que solo Cadee me oiga.

—No podemos crear un conflicto diplomático. Déjame ver qué puedo hacer.

La miro porque no quiero esperar, quiero acercarme a donde están, tirar a Texas sobre mi hombro y salir de aquí con ella.

—Key.

—De acuerdo, confío en ti —siseo.

Paso el siguiente rato vigilándola. No me pierdo ninguno de sus movimientos. No quiero perderla de vista ni un segundo. Pasa al menos una hora cuando veo a un hombre acercarse al Sir y susurrarle algo. Luego mira a Texas, ella le dice algo y la veo desaparecer por un pasillo.

Este es el momento, voy a por ti, *mo shaol*.



CAPÍTULO 41

Texas

El Sir me arrastra por la sala como un adorno de su brazo sin soltarme ni una sola vez. Habla con toda clase de personas y yo hago el papel de acompañante a la perfección. Vamos por toda la galería mientras noto la mirada de Keyran clavarse sobre mí en cada uno de mis movimientos. Llevamos más de una hora cuando un hombre se acerca y le susurra algo que no llego a oír. Se gira y me mira.

—A solas —sentencia el hombre que se le ha acercado.

El Sir no quiere macharse sin mí y veo esa lucha en su mirada.

—Iré al baño y después te esperaré en ese rincón de ahí, junto a los canapés —le digo, ayudándolo con la decisión—, no voy a hacer nada que pueda estropearlo.

Me mira, puede ver que no le estoy mintiendo. Él tiene lo más importante de mi vida y lo sabe, jodidamente lo sabe. Lo veo marcharse sin dejar de observarme mientras yo camino hacia el baño de señoras. Abro la puerta y nada más entrar noto que me empujan dentro y cierran la puerta. Me giro y lo veo, a Keyran apoyado contra la puerta.

Da un paso hacia mí y yo retrocedo.

—Necesito salir—le pido.

Si el Sir me ve con él no me va a dejar ver a Dayra.

—Texas, por favor —suplica, dando otro paso.

Vuelvo a retroceder.

—No, no te acerques, déjame salir.

—Llevo semanas buscándote, casi me vuelvo loco. ¿Qué te ocurre?

—Curiosa pregunta.

—Y cuál es la respuesta.

—Déjame salir.

—No voy a hacerlo. No vas a salir de aquí sin mí. Esta noche vuelves conmigo a casa.

Suspiro y durante un segundo pienso en lo fácil que sería dejarle que me llevara con él. Olvidarme de mis preocupaciones, olvidarme de mis problemas, solos él y yo, pero ese segundo pasa muy rápido y vuelvo a mi realidad.

Se acerca hasta agarrarme del brazo y yo me retuerzo para liberarme, pero lo único que consigo es que mis costillas me recuerden que los movimientos bruscos duelen.

—Mierda —siseo, llevándome la mano al costado.

Keyran me suelta levantando ambas manos como si se hubiera quemado. Me incorporo y lo miro.

—Voy a matar a ese hijo de puta por poner sus manos sobre ti —me promete mirándome a los ojos—, no vas a regresar con él, ahora mismo voy a sacarte por la puerta trasera, Cadee y Keanan nos esperan con el coche en marcha.

—Y Nueva York —agrego.

—Sí, también ella.

Lo dice como si no importara, pero lo hace, y con una sonrisa triste le doy mi respuesta.

—Cinco son multitud.



CAPÍTULO 42

Keyran

Esa insinuación me cabrea. Llevo volviéndome loco un mes, no querría estar con Nueva York ni aunque ella se metiera en mi cama desnuda. Cosa que hizo.

Sin previo aviso me lanzo sobre ella y atrapo su boca con la mía. Comienzo a besarla con necesidad, ella me responde con la misma ansia. Dios, cuánto la he echado de menos. Continúo mi asalto a su boca y ella me recibe porque me necesita tanto como yo a ella. Aprovecho que baja la guardia e inserto el pequeño aparato de rastreo que me ha dado Cadee en su ropa.

—Ella solo ha venido porque necesitaba una acompañante —le digo entre besos—, no hay nadie, eres tú, Texas, solo tú.

Sigo besándola porque mis palabras parece que le han llegado. Me separo apenas unos centímetros, su boca a milímetros de la mía, sus ojos fijos en los míos.

—Vámonos —jadeo.

—No puedo. Tiene a mi hija.

Joder, la niña debía estar bien, hay un topo entre lis míos que nos ha vendido.

—La sacaremos de allí, pero tú no puedes volver. —No puedo permitir que se vaya con él de nuevo, no sé cuándo tendremos otra oportunidad como esta.

—No me voy si ella no sale antes.

—Texas —le suplico—, no puedo dejar que regreses allí.

—No es tu decisión.

Sé que es una discusión perdida, la determinación brilla en sus ojos. Me acerco y la abrazo, hundo mi cara en su pelo y paso mi mano por su espalda acariciándola y notando como vibra debajo de mí.

—Voy a encontrar la manera de sacaros de ahí —le prometo.

Asiente, pero en sus ojos veo que no me cree.

—Mírame —le ordeno—, te lo prometo, Texas, voy a ir a por ti, necesito que estés conmigo, te necesito en mi vida.

La beso nuevamente, pero esta vez es diferente. Soy más tierno, más dulce, quiero que sepa que la amo.

—Te amo, tienes que saber eso, ¿lo sientes?

Asiente nuevamente y veo lágrimas inundar sus ojos, pero no caen. Nos separamos, revisa su maquillaje y abre la puerta del baño dejándome dentro. Mira fuera y sale decidida hacia un lugar de la sala vacío. Unos minutos después veo cuando el Sir se le acerca, ella no lo oye llegar y se sobresalta cuando él le habla.

Pasa su brazo por detrás de la espalda de Texas y pone su mano tocándole la parte inferior de la misma. Los veo dirigirse hacia la salida cuando de pronto noto un leve tirón y unos labios moviéndose contra los míos. La sorpresa de ver a Nueva York haciendo esto me paraliza un segundo antes de apartarme. Miro a Texas, nos ha visto. Mierda.

—Te lo dije —oigo al Sir decirle mirándonos mientras tira de ella para que siga andando.

Se gira con la vista al frente, baja a cabeza y la apoya contra el pecho del Sir. Joder, qué está pasando.

—¡Texas, espera! —le grito a su espalda mientras avanzo hasta quedarme delante de ellos.

—Llévame a casa —le pide Texas mirándome.

Una sonrisa triunfal invade el rostro del hijo de puta del Sir.

—Por supuesto, mi pequeña dama.

Y los veo desaparecer. Me quedo mirando el espacio vacío que han dejado hasta que Cadee y Keanan llegan.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Cadee.

—Os estábamos esperando y hemos visto pasar el coche del Sir con Texas dentro —murmura Keanan.

Cojo a Nueva York por la parte de atrás del cuello, apretando ligeramente, el resto de la gente verá en esto un gesto cariñoso, pero por como tiembla, ella sabe que no es precisamente cariño lo que le voy a demostrar.

Nos saco fuera sonriendo con Keanan y Cadee siguiéndonos. No la suelto hasta que llegamos al coche y la empujo contra la puerta.

—¡¿Por qué cojones has hecho eso?! —le grito realmente enfadado.

Ella rompe a llorar asustada.

—¿Qué pasa, Key? —pregunta Cadee, que no entiende nada.

—Nueva York me ha besado justo frente a Texas, si ella ya piensa que no tiene a nadie, esto se lo ha confirmado, ¡joder!

—¡¿Por qué mierda has hecho eso?! —le grita ahora Cadee.

—¡Habla! —Esta vez es Keanan quien tiene una mirada asesina sobre ella.

—Uno de los hombres del Sir se me acercó y me dijo que lo hiciera si no quería una bala en mi cabeza —contesta llorando.

Los tres nos miramos. No es excusa. La lealtad va primero. Me doy patadas en el culo por haber pensado algún instante que esta mujer que tengo delante valía la pena en algún momento de mi vida.

—¿Has podido ponerlo? —pregunta Cadee, ignorando a Nueva York berrear.

Asiento.

—¿El qué? —pregunta ella.

—Nada que te interese —le responde Keanan—, volvamos.

Nueva York agarra mi brazo y la quito de un manotazo. Me acerco hasta ella quedándome a dos centímetros de su cara. Tiembla. Está asustada. Me tiene miedo. Debería.

—Nunca jamás vuelvas a acercarte a mí de esa manera o te juro que el que te meterá una bala en la cabeza soy yo —le prometo susurrando.

—Se mueve —dice Cadee mirando su móvil.

El dispositivo de rastreo debe funcionar. Asiento. Voy a por ti, Texas. Mantente con vida, *mo shaol*.



CAPÍTULO 43

Texas

El Sir me mira de reojo durante todo el camino de vuelta a su casa. No sé qué pensar sobre el beso de Keyran con Nueva York. Quiero confiar en él, pero me cuesta.

Llegamos y me tiende la mano para bajar del coche. La cojo y él sonríe. Me está poniendo a prueba. Nos dirigimos dentro, pero en vez de tomar las escaleras hacia la habitación, se desvía por una puerta lateral que da a un pasillo que nunca había visto. Vamos en silencio y noto mi pulso acelerado, creo que sé a dónde me lleva.

Saca unas llaves de su bolsillo cuando llegamos a una puerta metálica. Dos guardias apostados fuera con armas en sus manos. Ellos se apartan sin mediar palabra, él abre la puerta y extiende el brazo para que pase dentro. Camino delante suyo entrando a la habitación y lo que veo me deja paralizada.

—Aquí tienes tu recompensa —me susurra al oído—, volveré a por ti en un rato.

Sin decir nada más, cierra la puerta. Oigo el cerrojo dar dos vueltas y pasos alejarse. Miro a mi alrededor. Una preciosa habitación infantil. Todo rosa. Lleno de princesas. Juguetes por todas partes. Y una cama pequeña contra la pared. Me acerco despacio, no quiero despertarlas. Allí tumbada está Megan y entre sus brazos tiene a Dayra, y, aunque han pasado años desde que la vi, sé que es ella.

Cojo una silla y me siento frente a la cama. La luz de un muñeco ilumina parte de la habitación y puedo ver su carita de cerca. Es rubia, como yo, tiene ese tono rubio mezclado con castaño que no define del todo nuestro color, pero los labios son de su padre, Jackson los tenía así de carnosos, me gustaba pellizcarlos cuando se enfadaba. Noto que Megan se remueve y abre un poco los ojos.

—Soy yo, no te asustes —digo antes de que pueda sobresaltarse y asustar a la niña.

—¿Britney? —pregunta entrecerrando los ojos.

Realmente debo parecer otra persona. Este peinado, el maquillaje, la ropa. Desde luego que no soy yo.

—Ahora soy Texas —le contesto con una media sonrisa.

Ella se levanta despacio de la cama para no despertar a la niña. Hago lo mismo y la ayudo. Se pone frente a mí y me abraza. Muy fuerte. Y yo la abrazo a ella con la misma intensidad porque lo necesito. Por fin alguien que me quiere, alguien que me conoce. Y como amigas que somos ambas comenzamos a llorar silenciosamente en brazos de la otra.

—Lo siento tanto —le digo mientras caemos al suelo y nos sentamos una en brazos de la otra.

Nos separamos un poco sin llegar a soltarnos, echaba de menos esto, tener a alguien que sepa quién soy, tener a alguien y poder ser libremente quien soy.

—No es tu culpa —responde, secándome una lágrima de la mejilla.

—Sí, lo es, yo os metí en esto. Pensé que podría ayudaros y lo único que he hecho es empeorarlo —sollozo—. Ahora Dayra y tú estáis aquí, Marc debe estar volviéndose loco sin vosotras.

La veo que comienza a llorar y la abrazo. Debe echarlo mucho de menos. Solo se tenían el uno al otro.

—Tranquila —le digo, frotándole la espalda—, te prometo que nos voy a sacar de aquí, voy a llevaros con él.

Llora más intensamente y se me rompe el alma. No es justo que personas como ellos sufran por personas como el Sir o como yo.

—No puedes hacer esa promesa —me dice, separándose y mirándome a los ojos.

—Te lo juro, lo voy a hacer, tarde lo que me tarde, cueste lo que me cueste.

Ella sigue negando con la cabeza.

—Por favor —le suplico—, créeme, necesito que tú al menos creas en mí.

Ella niega con la cabeza.

—Creo en ti, Britney, pero no puedo dejarte hacer una promesa que no vas a poder cumplir. Marc está muerto.

Sus palabras me hielan la sangre. Marc, el hombre más dulce que jamás he conocido, muerto. No puede ser.

—Dijo que no podrían llevarnos mientras él siguiera vivo y le pegaron un tiro en la sien —solloza—, delante de mí. Pude taparle los ojos a Dayra, pero yo lo vi todo.

Sigo inmóvil. No me lo puedo creer. Yo he matado a Marc, mis decisiones lo hicieron. Comienzo a llorar nuevamente y Megan me abraza.

—Él ahora está con nuestro hijo, Brit, no está solo —me susurra mientras aprieta mi cuerpo.

Pero yo solo puedo pensar en que él igual está tirado en el vertedero junto a mi madre. Que no tiene una tumba donde ir a llorarle, pero esto no puedo decírselo a Megan. Me asombra que esté tan entera, aunque luego veo a Dayra y lo entiendo, ella la mantiene estable, está siendo fuerte por ella, es lo que hace una madre.

Oigo los cerrojos de la puerta abrirse y la figura del Sir inunda la habitación. Me pongo de pie lo más rápido que puedo a pesar de la punzada de dolor en mis costillas. Me sitúo frente a él, delante de Dayra y Megan.

—Hora de irse.

Se gira y sale. Miro la puerta y a Megan, que ahora está detrás de mí, de pie, tapando con su cuerpo a la niña. Quiero protestar, no ha sido suficiente, necesito más rato con ellas, pero así no es como lo voy a conseguir, así que respiro hondo y le susurro a Megan algo que voy a cumplir.

—Te lo prometo, voy a sacaros de aquí. Confía en mí.

Ella asiente y yo salgo de allí sin mirar atrás para no volver a llorar. Mi mente va a mil por hora. Necesito hacer algo para sacarlas. Es hora de que deje de lamentarme de mi situación y coja las riendas de mi vida. Necesito salir de esta y sintiendo lástima de mí misma no voy a solucionar nada. No hay nadie a quien recurrir, los príncipes azules a veces destiñen, otras no son del tono adecuado, da igual, no necesito a ninguno.

Me lleva a la habitación y nada más entrar se va directo al cuarto de baño. Espero a que me dé alguna orden, pero no lo hace. Me

parece extraño. Entro y lo encuentro en la ducha. Me observa mientras le cae el agua y se enjabona, pero no mediamos palabra. Termina, sale, coge una toalla y se va. Es todo muy extraño. Miro mi reflejo en el espejo y veo el desastre que es ahora mi cara. El maquillaje corrido, mis ojos hinchados, mi pelo enmarañado. Cojo el algodón y me limpio la cara completamente. Quito las horquillas de mi pelo y lo peino. Mis ojos aún están algo hinchados, pero mi aspecto ha mejorado considerablemente. Respiro profundamente y salgo.

El Sir está tumbado en la cama, tapado con la sábana. Su cuerpo desnudo se vislumbra a través del fino tejido. Me observa cuando salgo, camino decidida y me pongo a los pies de la cama. Él se incorpora hasta apoyar su espalda contra el cabecero. Me lamo los labios y noto que se remueve. La sábana se abulta en su entrepierna. Sin dejar de mirarlo bajo la cremallera del vestido y dejo que caiga al suelo, quedándome en tan solo ropa interior de encaje negro. Me quito los tacones y me sitúo justo a los pies de la cama, es alta, lo suficiente como para poder agarrar la sábana sin tener que agacharme. Tiro lentamente de ella para que se deslice suavemente, provocando una caricia que hace que el Sir se estremezca. Aun así, no dejamos de mirarnos.

Subo a la cama y me pongo con las rodillas y las manos sobre el colchón. Sus piernas entre las mías, y comienzo a gatear hacia él.

—Si prometes dejarme el día para estar con ellas, yo, a cambio, prometo darte mis noches —le ofrezco, sabiendo lo que estoy diciendo.

Entrecierra los ojos.

—Sin trampas, seré tuya por voluntad, pero de día estaré con ellas. Y nadie puede hacerles daño —concluyo, avanzando hasta dejar mi cara justo encima de su polla. Nota mi respiración sobre él y eso lo está excitando.

—¿Estás segura? —pregunta mientras veo sus ojos oscurecerse y una gota salir de su polla.

Sonrío, lo tengo donde quería. Asiento mientras trato de ahogar una arcada y el asco que me produce esta situación.

—¿Tenemos un trato? —inquiero pasando la lengua desde la base de su pene hasta la punta.

No puede contener el gemido de excitación y la sorpresa de mis actos. Me mira mientras yo trato de no pensar en el asco que me está dando hacer esto, el asco que tengo de mí misma por hacerlo. Solo visualizo el objetivo, tenemos que salir de aquí y para ello tengo que ganarme su confianza, tiene que bajar la guardia si quiero tener alguna oportunidad. Yo no importo.

—Tenemos un trato —dice él jadeando.

Y entonces me meto su polla en la boca mientras intento no pensar en lo que me estoy convirtiendo. O en lo que quizás ya era, pero hasta ahora había ocultado. Solo sé que pase lo que pase vamos a salir de aquí. Solo sé que pase lo que pase, el Sir acabará muerto, o lo acabaré yo, pero no podemos existir ambos en el mismo mundo, no voy a permitirlo.



CAPÍTULO 44

Texas

Miro a Dayra jugar en el jardín junto a nosotras. Está feliz y ajena a lo que pasa a su alrededor. Llevamos doce días inmersas en una rutina en la cual vendo mi alma al diablo de noche y vivo una extraña vida feliz de día.

Después de desayunar con el Sir, cuando él se marcha a trabajar, Dayra y Megan son traídas a una sala donde pasamos el día, vigiladas, por supuesto.

Hace dos días el Sir me sorprendió dándonos permiso de salir al jardín, según él, los niños deben jugar fuera para crecer sanos. Así que buscamos un lugar al que llamar nuestro y ahora salimos ahí desde la mañana hasta la noche.

—Tía Megan, mira qué flor más bonita he encontrado —dice Dayra trayéndole una margarita, asombrada de su propio descubrimiento.

—¿Qué te parece si buscas una para mamá? —pregunta Megan.

Dayra me mira, sonríe tímidamente y asiente. La veo irse de nuevo a buscar más flores.

—Sigo sin entender por qué le dijisteis que yo existía, Megan, es vuestra, es tuya y de Marc. —Y al decir su nombre siento una presión en el pecho y me arrepiento de haberlo nombrado.

—Lo hablamos, sabes, pensamos en lo felices que seríamos siendo sus padres, pero no lo somos. Yo fui la culpable de que no tenga padre, no podía quitarle también a su madre. Mírala, es una réplica en diminuto de ti. Éramos felices siendo sus tíos hasta que tú pudieras volver a nuestras vidas.

La miro y ciertamente es así. Sus ojos y los míos son iguales, su forma de hablar, sus gestos. Es increíble cómo, aun sin estar ahí, es mía.

—Pensé en que, si hubiera ocurrido al revés, si mi bebé hubiera vivido, hubiera querido que supiera que soy su madre.

—Pero me fui. No soy buena para ella, realmente no soy buena para nadie. Es tuya.

—Sabíamos que ibas a volver. Si hubiéramos pensado que había una posibilidad de que no lo hicieras entonces no habríamos tenido duda en llamarla hija, pero te conocemos. Tú la amas, tanto que hiciste el mayor sacrificio, dejarla para que pudiera ser feliz. Eso solo lo hace una madre.

Una lágrima escapa y rueda por mi mejilla. Siempre he amado a Dayra, pero pensaba que la había perdido, que nunca la oiría llamarme mamá. Jamás imaginé que criaron a la niña hablándole de mí. Enseñándole mis fotos. Explicándole mi ausencia con mentiras dulces que hacen que ella me quiera a pesar de no conocerme.

—Mira, mamá, qué flor más bonita he encontrado para ti, es como la de tía Megan —dice sonriéndome y mostrándome una margarita entre sus dedos.

—¿Me das un abrazo? —le pregunto porque no quiero que se sienta presionada, tiene poco más de tres años, pero es muy inteligente y quiero que sepa que tiene opciones, que no tiene que decir que sí solo porque sea su madre.

Asiente, yo abro mis brazos para que corra a ellos y lo hace. Nunca imaginé tener un momento de felicidad así, un paréntesis en esta mierda que me rodea. Hunde su carita en mi cuello y yo beso su cabeza. Megan nos mira sonriendo, pero sé que en el fondo está pensando en su hijo. Nunca pudo superar no ser madre, y creo que en parte por eso no pudo serlo de Dayra.

Un guardia escolta a una señora que nos trae la comida. Es una mujer normal, y con normal me refiero a que va vestida, no está golpeada y no tiene pinta de ser una puta loca como Lunes y Sábado. ¿Qué habrá sido de ella?

—¿Qué te parece, preciosa, si comemos y luego le enseñamos a mamá como sabes hacer trenzas? —le pregunta a Dayra.

La niña me mira expectante esperando mi respuesta.

—¿De verdad sabes hacer trenzas? —inquiero sorprendida, provocando una sonrisa de orgullo en Dayra.

Ella asiente.

—¿Y me harías a mí alguna? —prosigo, deseando estar en sus manos.

—Sí, mamá, tienes un pelo muy bonito, aunque deberías cuidar tus puntas —dice muy seria, como toda una experta.

Megan y yo nos miramos y rompemos a reír. Esta miniprofesional del pelo hace que la vida sea más fácil.

—Ya ves, hay que tener cuidado con lo que hablamos —dice Megan, riendo aún.

Y así es, a pesar de lo pequeña que es siempre está escuchando. Hasta hemos ideado una forma de decir que está oyendo para que no se dé cuenta de que sabemos que lo está haciendo. Cuando decimos que está la ropa tendida cambiamos el tema a uno más ligero. Aun así, solo hablamos de nosotras cuando Dayra duerme su siesta. Ese rato lo aprovechamos para ponernos al día.

Cuando retomé el contacto no quise hablar mucho de mí, no estaba segura de si tenía cabida en sus vidas y cuando me contaron de la enfermedad de Dayra todos mis méritos fueron relegados a un segundo plano. Ahora, por fin, puedo hablarle de lo que hice mientras no estaba.

Le he contado a Megan que me gradué de enfermera, que sigo limpia y que mis planes eran volver con ellos cuando pudiera estar orgullosa de mi vida. Ella me confesó que cuando Dayra enfermó tuvo que dejar su trabajo para cuidarla, pero no fue una gran idea porque necesitaban el dinero para las facturas médicas. Sentí una gran culpa. Me dijo que vendieron la casa para pagar, pero que dejaron dicho a los nuevos propietarios dónde estarían por si yo volvía. Gracias a eso es que pude contactarlos y me enteré de la situación.

Le he contado sin dejarme nada todo lo que ha ocurrido desde que decidí venderme. Cuando le hablé de Keyran sentí una punzada dentro de mí. Lo echo terriblemente de menos y me siento una mierda por haberme enamorado de un hombre mientras Megan perdía al amor de su vida por mi culpa.

Comemos tranquilas riendo mientras conversamos de cómo Dayra aprendió a hablar o a andar. De la guardería y de lo que iba a ser de mayor. Si alguien nos viera pensaría que somos una familia normal

pasando el día juntas. Claro, si obviamos el hecho de que hay un guardia vigilándonos con una metralleta colgada del hombro.

Veo a Dayra bostezar y sonrío. Tiene una rutina que ni siquiera un psicópata como el Sir altera. Después de comer duerme una siesta en su carro de paseo. La cojo en brazos y la meto en él, tumbo la silla para que se recline y la tapo ligeramente mientras coloco un peluche junto a ella. Megan me mira y sonríe.

—Ves, doce días y ya sabes lo que hay que hacer con tan solo mirarla.

Le sonrío de vuelta mientras me acerco al tipo de seguridad que da miedo, aunque no dejo que lo sepa.

—Vamos a pasear con la niña para que duerma —le informo.

—Por supuesto, señora —me contesta serio.

Ayer, cuando quise hacerlo porque no lográbamos dormirla y se estaba enrabietando, su respuesta fue un no rotundo. Fui dentro de la casa exigiendo que llamaran al Sir para pedirle permiso y se me negó esa opción. Así que comencé a destrozar todo lo que había a mi paso. Jarrones, cuadros, figuras. Todo lo que había allí acabó hecho pedazos en el suelo. Nadie se atrevía a tocarme por miedo a las represalias del Sir. Así que finalmente un guardia se acercó con un móvil en la mano. Era el Sir al teléfono riendo tras saber lo que había hecho. Pedí permiso y se me concedió.

Comenzamos a pasear sin rumbo alguno, de vez en cuando me asomo, pero Dayra ha caído dormida al minuto de empezar a movernos. Caminamos por una hora con el guardia antes de notar que Dayra se mueve en el carro. Paramos y me pongo delante, la miro y está despierta con una sonrisa enorme. Tiene un despertar muy tierno. Pongo la silla nuevamente en su posición habitual para que pueda ir viendo mientras termina de despertarse.

—¡Perrito! —grita Dayra señalando hacia la valla de la casa.

Nos giramos y vemos a un niño de unos ocho años con un cachorro en sus brazos, tan pequeño que casi podría pasar entre los barrotes. Nos mira y sonríe. Vivimos en una mansión que debe estar en medio de un pueblo que tiene muy asimilado que el Sir es quien manda porque a nadie parece molestarle que haya tipos con metralletas apostados por todos lados.

—Si lo quieres tocar no hace nada —dice mostrando el perrito—, se llama Brathair.

Y cuando lo dice me congelo. Esa palabra es como me llama Keanan. Miro disimuladamente alrededor, pero no veo nada raro. Solo el niño. Aunque no puede ser casualidad. ¿Qué niño llamaría hermana a un cachorro y además en irlandés antiguo?

Le echo un ojo al guardia que nos está observando y vuelvo a mirar al niño. Necesito saber si mis sospechas son ciertas. Me voy hacia él hasta tenerlo enfrente, el guardia me vigila desde su altura muy serio.

—Vamos a acercarnos a que mi hija vea el cachorro —le informo.

Veo en sus ojos que quiere decirme que no y alzo las cejas en desafío. No quieras saber lo que voy a hacer si no me dejas. Finalmente asiente y nos acercamos hasta el niño. El guardia detrás, el niño se asusta un poco al verlo.

—¿Puedes darnos algo de espacio? —le digo enfadada por asustarlo—. El niño te tiene miedo.

Duda, pero se aleja cinco pasos. Aun así, merodea a nuestro alrededor, mirando fuera, buscando algo o alguien, no importa, está lo suficientemente lejos.

—¿Cómo has dicho que se llama tu perro? —le pregunto mientras Dayra lo acaricia a través de la valla.

—Brathair.

—Un nombre extraño para un perro, ¿no?

—Tío Kean me dijo que no te resultaría raro —dice, frunciendo el ceño—. Eres Texas, ¿verdad?

Casi doy un grito de alegría, pero me contengo para que el guardia no sospeche y simplemente asiento. Megan a mi lado dice cosas sin sentido en alto para disimular, alabando el pelo del perro o que tenga la tripa rosa.

—Tío Kean me manda decirte que aguantes, que ya saben cómo sacaros, pero que necesitan encontrar la forma de meter a uno de sus hombres.

—De acuerdo —le digo acariciando su mejilla—, diles que estamos bien y que recuerden quién tiene que salir primero.

—Suficiente —gruñe el guardia, asustando al niño.

Le doy una mirada asesina y nos despedimos del pequeño y de su mascota. Seguimos caminando en silencio hasta llegar a donde hemos comido. Bajo a Dayra del carro mientras el guardia ocupa su posición nuevamente.

—Vamos a hacerle trenzas a mamá —dice Megan, poniéndose detrás mío junto a la niña.

—Síií —grita feliz Dayra mientras me quito la goma del pelo y lo dejo suelto.

—Lo que ha dicho ese niño significa lo que creo que significa, ¿verdad? —pregunta Megan en un susurro.

Asiento levemente con la cabeza.

—Entonces hay alguien fuera que va a sacarnos de aquí —sigue susurrando.

Vuelvo a asentir.

—¿Qué habláis? —pregunta el guardia acercándose un paso más.

—Sobre cuándo tiene que venirnos la regla —le contesto sin pensar—, no sabemos si van a proporcionarnos compresas o iremos manchando todo a nuestro alrededor.

El guardia nos mira con cara de asco y Megan se ríe. Dayra pregunta que es eso de la regla y nos metemos en una explicación extraña de cómo nos hacemos mujeres que creo que deja más confundida a Dayra de lo que podía estar. Qué complicado es todo esto.

Pasamos la tarde jugando a las peluquerías, pero mi cabeza no para de pensar formas en las que uno de los hombres de Keyran pueda entrar. Si hago algo en contra de alguno probablemente me quiten la posibilidad de ver a mi hija como castigo, no, tiene que ser algo más sutil.

—Parece que la niña tiene unas décimas —dice Megan tocando la frente de Dayra con sus labios—, pero no te asustes, es normal en los niños. Vamos a tomarle la temperatura a ver.

Se levanta y se acerca a la bolsa del carro, rebusca y saca un termómetro antiguo, de los que se ponen debajo del brazo, de los de mercurio.

—Pensaba que estaban prohibidos —digo mirándolo.

Ella se encoge de hombros.

—Es lo único que tenían en el barco cuando nos trajeron, así que me lo llevé.

Veo cómo la tumba y le pone el termómetro mientras la misma señora de antes nos trae el café que le hemos pedido y algo de fruta cortada. Lo deja sobre la mesa y se va sin decir nada.

Miro la taza.

Miro a la niña.

Miro la taza.

Miro al guardia.

Miro la taza.

Miro a Megan

—Lo tengo —le susurro.

Megan frunce el ceño porque no sabe a qué me refiero. Espero a que le tome la temperatura y veo que no tiene. Cojo el termómetro y lo voy a guardar al bolso de donde lo ha sacado Megan, solo que no lo deposito, lo meto en mi pantalón.

—¿Merendamos? —pregunto mientras me siento, dando la espalda al guardia.

Megan observa cada uno de mis movimientos sin entender nada. Sienta a la niña en la trona y se la acerca para darle la fruta que han traído junto a los cafés.

—¿Está mirando? —inquiero mientras abro el tarro de azúcar.

Megan niega con la cabeza. Cojo el termómetro y con la servilleta lo parto con cuidado. Vierto disimuladamente el mercurio en mi taza y tapo el termómetro roto con otra servilleta que me tiende Megan. Ella me mira horrorizada, pero se calma. Mantenemos una conversación sobre que hay que comer fruta para hacerse grandes y fuertes y le doy vueltas al café haciendo tiempo.

En la escuela de enfermería estudiamos los venenos caseros para saber actuar en caso de que un paciente presentara síntomas de envenenamiento. El mercurio es rápido, tarda muy poco en comenzar a hacer efecto, aunque en esta cantidad no creo que sea mortal. Espero no equivocarme.

Cuando es la hora de regresar, tomo el café de un trago y respiro. Empieza la cuenta atrás. Megan y la niña vuelven a su habitación y yo a la mía a esperar al Sir. Me impaciento porque está tardando

más de lo normal. Mi estómago comienza a arder y doler. Mierda, esto empieza. Salgo de la habitación y bajo a la entrada para ver si ha llegado, pero no lo veo. Solo veo guardias que me miran al pasar. Me acerco a uno para preguntarle.

—¿Cuándo volverá el Sir?

Me observa unos segundos antes de contestarme, ya debo tener mala cara.

—Él ya ha llegado, está en su despacho reunido —me aclara para que sepa que no puedo molestarlo.

Miro las escaleras, su despacho está en la planta de arriba, pero no me siento capaz de volver a subirlas. El dolor de mi estómago aumenta y me doblo sobre mí misma.

—¿Está bien, señora? —pregunta el guardia en un tono de preocupación real.

Niego y noto otra punzada de dolor. Mis rodillas se doblan y acabo a gatas con un dolor en el estómago que jamás pensé que podría sentir.

—¡¡¡Ahhh!!! —grito con toda la fuerza que tengo.

Y empiezo a notar movimiento a mí alrededor. Me siento sobre mis talones con la cara en el suelo, presionando mi estómago para aplacar el dolor. No pasa un minuto cuando oigo al Sir a mi lado.

—¿Qué ocurre, pequeña dama? —pregunta asustado.

—Mi estómago —logro articular—… veneno… café… me duele.

—Mierda —gruñe el Sir—, traed un vaso de leche grande.

Se tira a mi lado y me mira, noto el sudor que me baja por la sien. Aparta el pelo de mi cara y me da un beso en la frente. Luego me obliga a levantarme un poco y pasa una mano por mi estómago.

—Tienes que echar el máximo posible —me dice, y yo asiento.

Sin darme tiempo, mete sus dedos en mi boca y me provoca el vómito. No le importa su mano manchada o su alfombra, que ahora va a tener que mandar lavar o quemar. Vuelve a meter los dedos y sigo vomitando, mi cuerpo parece que entiende lo que hay que hacer y ya no es necesario que meta sus dedos porque las arcadas vienen solas.

Vomito lo que he comido hoy y sigo con arcadas, la bilis, saliva, ya no me queda nada, pero sigo teniendo arcadas. Tardo como diez

minutos en dejar de tener esas convulsiones y cuando terminan caigo agotada contra el Sir.

Apenas puedo abrir los ojos y veo como le traen una palangana con agua para lavarse las manos. Lo hace y me levanta hasta que estamos de pie.

—Necesito que bebas esto —dice, poniendo un vaso en mis labios.

Trago y noto que es leche fría, supongo que entiende de venenos. El líquido calma mi garganta irritada y bebo todo el vaso. Estoy de pie, pero es el Sir quien mantiene mi cuerpo sujeto para no caerme, mis piernas no aguantan mi peso. Coge mi cara con su mano libre y me examina, se acerca para observar mis ojos.

—Quiero al médico en mi habitación en diez minutos —ladra.

Me encojo por el grito y él besa mi pelo. Comienza a caminar, pero mis pies no responden. Sin esfuerzo alguno me levanta en sus brazos y nos lleva escaleras arriba. No puedo mantenerme despierta, trato de hacerlo, pero no puedo.

—No te preocupes, pequeña dama, yo voy a cuidar de ti.

Y me traga la oscuridad sin saber si despertaré de nuevo o si este es mi final.



CAPÍTULO 45

Keyran

Llevar más de diez días sin saber de ella me está volviendo loco. Miro el sofá donde fue mía la primera vez y noto una presión en el pecho. Al menos sabemos dónde está, el localizador ha hecho su función. Desde aquella noche no puedo quitarme de la cabeza la imagen de Texas recostada sobre el Sir, su cara contra su pecho. Cojo la grapadora y la tiro contra la pared. La rabia me invade al pensar que ella pueda estar confiando en ese hijo de la gran puta. Tengo que hacer algo. Saco mi móvil y marco el número de Keanan.

—Tenemos que actuar ya —digo sin siquiera saludar—, ella debe saber que no está sola, que aún estamos buscando la manera de sacarla de allí.

—Estamos de acuerdo, déjamelo a mí. Nos pasaremos en una hora por allí.

Y me cuelga. Confío lo suficiente en él como para no tener que preguntar qué va a hacer. Para él Texas es también muy importante, es como su familia. Oigo unos golpes en la puerta y Nueva York se asoma. Últimamente no la he visto demasiado, ella me ha evitado y a mí me entran instintos asesinos cuando la veo.

—¿Puedo pasar? —pregunta con una voz dulce que antes adoraba y que ahora detesto.

—¿Qué quieres? —inquiero de una manera brusca para que sea consciente de que no la quiero cerca.

—Necesitamos hablar.

La miro incrédulo.

—No, lo que necesitaba era que no me hubieras besado frente a Texas.

Solo recordarlo me cabrea.

—Keyran, me tenían amenazada —solloza.

—¿Y? Jugaste con la esperanza de Texas solo por tu propio beneficio.

Me observa y sus lágrimas se cortan, ahora hay odio en su mirada. Ya la conozco lo suficiente como para saber distinguir cuándo sus lágrimas son de cocodrilo.

—¿Qué tiene ella que no tenga yo? —pregunta enfadada.

Sonrío, y eso la cabrea más.

—Qué no tiene querrás decir. A ti te falta lo que a ella le sobra.

Me mira sorprendida. No esperaba mi respuesta, pero ya se ha acabado el teatro, ya me he cansado de proteger sus sentimientos.

—Pensaba que me amabas —dice susurrando.

—Y yo también, pero fue Texas la que me enseñó lo que es el amor. Ser una malcriada, mimada y simple hizo que se me quitaran las ganas de intentar quererte.

Comienza a llorar y ahora sí lo hace con sentimiento, antes era puro teatro, pero mis palabras le han dolido.

—Fue ella, ella se metió en medio, es una zorra que no ha tenido problema en follarse al Sir con tal de seguir viva, ¿esa es la mujer que reúne las condiciones para que la ames?

—Sé que habla tu rabia, pero no vuelvas a decir algo así de Texas o…

—¿Me matarás? Adelante, ya estoy muerta.

—No seas dramática.

—Eliges a una mujer que jamás podrás tener sobre mí, que estoy aquí.

—La voy a recuperar —le digo serio.

—¿Eso crees? Porque yo creo que el Sir la mataría antes de que eso pasase. O quizás ella ya no quiera volver porque lo prefiera a él, en ese caso —hace una pausa—, ¿tendríamos una posibilidad?

Su pregunta me pilla desprevenido. Primero está echándome la bronca y ahora me pide una segunda oportunidad. Es una loca de manual.

—Ni aun así volvería contigo —le aclaro, y grita en respuesta.

—Ojalá que se muera para que sientas lo que estoy sintiendo yo ahora.

Y lo dice con tanto odio que voy hacia ella con intención de matarla. Ella se asusta e intenta huir, pero no lo logra. La atrapo en las escaleras y la zarandeo para que me mire, aunque no lo hace, así

que la lanzo escaleras abajo. Mis guardias miran la escena sin hacer nada por ella, igual que ella no hizo nada por ninguno de ellos cuando estuvieron heridos. No como mi mujer.

—Levanta —le digo, dándole con el pie en la pierna.

Ella llora asustada. Llora como una niña pequeña y eso la salva, es patética, matarla no haría una diferencia. La cojo del brazo y la levanto, la llevo hasta la puerta donde mis guardias nos miran, aún sin decir o hacer nada. Salimos fuera. Vamos hacia el coche y la empujo contra él.

—Ahora vas a subirte y uno de mis hombres te llevará a la ciudad, te dejará libre y desaparecerás. Me da igual cómo lo hagas o a quién llames. Nunca. Jamás en la vida quiero volver a tenerte enfrente mío.

—Por favor —suplica de rodillas, agarrándome la pierna—, no me alejes.

—Tú —digo a uno de mis hombres—, llévala a la ciudad y la dejas allí.

Luego me giro hacia el resto

—Si alguien la ve intentando volver, tiene mi permiso para dispararle.

—¡No! —grita ella cuando la meten en el coche a la fuerza.

—Si vuelves a aparecer por aquí, ya sabes lo que te espera —le gruño, cerrando la puerta mientras se apresura a abrir la ventanilla.

—No sabes lo que has hecho —me amenaza—. Ella ya está muerta.

—Sácala de aquí antes de que descargue mi pistola en esta perra —le ordeno a mi hombre.

Arranca y veo cómo desaparece. Me quedo ahí de pie, furioso con ella, conmigo, con el mundo. Saco mi arma y vacío mi cargador en el aire. No sirve de mucho, pero al menos mi rabia ha disminuido. Necesito estar centrado para recuperar a mi mujer.

Vuelvo a mi despacho y no pasa ni media hora cuando tocan a la puerta. Juro que si es ella le pegaré un tiro. Pero en vez de Nueva York aparecen Cadee y Keanan.

—Guarda el arma, amigo —dice Keanan, viendo mi pistola en la mano girar como el que gira un bolígrafo.

—Ya nos han dicho que has montado una escena del salvaje oeste ahí afuera. —Sonríe Cadee.

Los miro sonriendo. Mis chicos son muy leales, pero entre nosotros parecemos viejas alcahuetas de pueblo.

—¿Has podido hacer algo respecto al mensaje para Texas? —le pregunto a Keanan mientras les veo sentarse frente a mí.

—La duda ofende —dice recostándose—, he mandado el mensaje con el hijo de unos amigos, es un niño de siete años que no levantará sospecha alguna.

—Espero que funcione.

—Respecto a cómo vamos a sacarlas de allí tengo algo en mente —dice Keanan, captando mi atención—; sacaremos primero a la niña, de día, luego sacaremos a Texas y su amiga en la noche.

—¿Cómo lo haremos? —pregunto intrigado.

—Cuando me enteré de la existencia de Dayra, pensé en comprarle una habitación para traerla a vivir con Texas y conmigo —interviene Keanan.

Gruño porque no me gusta la idea de Texas viviendo lejos de mí.

—En mi investigación sobre lo que les gusta a las niñas descubrí unos muñecos espeluznantes llamados TBR.

—En cristiano, por favor —le pide Cadee.

—Tu Bebé Reborn —traduce—. Son muñecos recién nacidos que parecen reales, mismo peso y complexión que el bebé real del que quieres hacer la réplica.

—Pero Dayra no es un bebé —le interrumpo impaciente

—Pero por eso soy tan bueno en mi trabajo —replica Keanan—, y he encontrado una mujer que ha hecho una de la edad y peso de una niña como ella. La recogimos ayer.

—Sigo sin entender cómo haremos el cambio —pregunto confundido por la información.

—Necesitamos meter a uno de los nuestros dentro. Tengo ya a alguien que se ofreció y ha pasado la clasificación. Solo que el Sir es muy meticuloso con la selección de su personal en casa y siempre es el mismo. Hay que encontrar la manera de causar alguna baja para que quede el puesto vacante.

—Suponiendo que logramos quitarnos de en medio a alguno de los guardias, ¿cómo diablos metemos y sacamos a la niña?

—Iría atada al cuerpo de nuestro hombre, debajo de su uniforme. Así es como la entraríamos y sacaríamos.

—No me digas que no es un plan perfecto —suelta Cadee emocionada.

—¿Cómo demonios queréis atar a una niña de tres años a un hombre debajo de su ropa y que permanezca callada?

—Habría que usar dogas para ello, una dosis pequeña y controlada.

Frunzo el ceño porque sé la actitud de Texas con las drogas, aunque creo que es una excepción que hará con gusto.

—¿Y a ellas?

—Le daremos a Texas unas gotas para que las tome el Sir y duerma profundamente, así ella puede escabullirse fuera y nuestro hombre la esperará para sacarla.

Sonrío porque el plan es perfecto. Todo tiene que jugar a nuestro favor, pero una vez que la niña esté fuera quiero entrar yo mismo a por ella y asegurarme de que el Sir ve cómo me la llevo, cómo la recupero. Tengo una idea.

—Creo que voy a modificar ligeramente tu plan —le digo, recostándome en mi asiento sonriendo.

—Tú dirás.

—En vez de algo que lo duerma quiero algo que lo mantenga despierto, pero que no se pueda mover, quiero despertarlo y que vea cómo me la llevo, cómo la recupero, que sienta cada uno de los golpes que voy a darle por mantenerme lejos de ella.

Si ahora me mirara en un espejo, seguro que mi reflejo sería el de un psicópata con sed de sangre porque para recuperarla a ella voy a bajar al infierno a matar al mismísimo diablo.

Pasamos las siguientes dos horas calculando cada paso del plan para que no falle nada ni quede ningún cabo suelto una vez logremos meter a nuestro hombre. Parece que todo encaja, Cadee y Keanan son expertos en su campo, así que tienen controlada la situación. Me piden que no vaya, que espere a que ellos me la

traigan, pero no insisten demasiado, nunca dejaría a nadie el rescate del amor de mi vida.

—Un momento —dice Keanan, sacando de su bolsillo el móvil.

Cadee y yo seguimos en lo nuestro mientras él pasea por el despacho asintiendo.

—No me jodas —gruñe.

Eso llama mi atención.

—¿Ella está bien? —pregunta, y a mí se me para el corazón.

Lo miro y me pide que espere.

—No nos falles.

Y cuelga. Lo observo y su cara me dice que no hay buenas noticias.

—Nuestro hombre está dentro.

—¡Sí! —grita Cadee a mi lado.

Pero Keanan está callándose algo.

—Suéltalo —le ordeno.

—Primero cálmate y escucha hasta el final.

—Keanan, suéltalo —le ordeno, esta vez más autoritario.

—Esta tarde, después de comer, hemos conseguido hacerle llegar el mensaje a Texas, de hecho, ella nos ha devuelto otro.

Enarco una ceja.

—Dice que ya sabemos quién tiene que salir primero.

Siento orgullo por mi mujer, tiene claro sus objetivos y ni un psicópata como el Sir ha logrado doblegarla en el mes largo que lleva con él.

—El mensaje era que necesitábamos meter a alguien de los nuestros, pero que una vez que lo hiciéramos ya teníamos plan para sacarlas.

Asiento esperando que siga su explicación.

—Nuestro hombre ya está dentro. Esta tarde el Sir ha dado orden de sustituir a todo el personal de la casa.

—¿Por qué ha hecho eso? —pregunta Cadee confundida.

—Por Texas.

Se calla y sé que ahora viene lo peor.

—¿Por qué iban a cambiar al personal de seguridad por ella? —se atreve a preguntar Cadee.

—Porque esta tarde casi muere envenenada y no encuentran al responsable —contesta en un susurro.

Me paralizo un segundo y la sangre abandona mi cara.

Alguien quiere matarla.

Alguien casi la mata.

Alguien casi logra separarla de mí.

Una rabia se forma en mi interior y solo tengo ganas de asesinar a quien le ha hecho eso, al Sir por arrebatármela y no cuidarla y a cualquiera que esté en esa casa y permita que no vuelva conmigo.

—Dos días —digo entre dientes.

—¿Qué?

—Tienes dos días para preparar todo para sacar a Dayra de allí, es el máximo tiempo que puedo darte antes de entrar pistola en mano por la puerta principal y sacar de allí a Texas.





CAPÍTULO 46

Texas

Noto mi cuerpo adolorido. Intento abrir los ojos, aunque no lo consigo. Me muevo ligeramente. Oigo movimiento a mi alrededor. Trato de girarme, pero tengo algo en mi brazo que me lo impide.

—Ya está despierta —oigo que alguien dice cerca de mí.

Respiro profundamente tratando de abrir los ojos de nuevo. Lo hago, pero no enfoco, me cuesta mantenerlos abiertos. Vuelvo a intentarlo y escucho la puerta abrirse y cerrarse, el colchón a mi lado se hunde y unos labios rozan los míos.

—Me has dado un susto de muerte —susurra contra mi boca y sonrío, Keyran es muy dulce cuando quiere—, pequeña dama, no vuelvas hacerme pasar este mal rato.

Y la sonrisa se borra de mi cara. «Pequeña dama». No es Keyran. Es el Sir. Abro los ojos de golpe y lo veo, junto a mí, rozando mi mejilla. Su cara de preocupación le hace parecer un ser humano, pero no lo es, no tiene alma.

Miro mi brazo y veo una intravenosa enganchada.

Miro hacia arriba y veo que solo es suero.

Estoy desorientada. Recuerdo el dolor, recuerdo las convulsiones. Recuerdo no saber si iba a volver a ver el sol. Me alegra saber que sí.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, haciéndome la víctima inocente.

—Alguien trató de envenenarte —contesta él, quitándome un mechón de pelo de la cara—¿Cómo sabías que había sido el café?

—Empecé a sentirme mal después de tomarlo —digo, incorporándome un poco mientras el Sir me ayuda y me tiende un vaso con agua para que beba.

Noto el líquido en mi garganta y me encojo ligeramente, la tengo irritada por las convulsiones.

—¿Por qué no dijiste nada antes? —me sigue interrogando, no le cuadra nada de la situación y me está poniendo a prueba.

—Porque estaba esperándote, pero tardé demasiado en darme cuenta de que no ibas a llegar, así que salí en tu búsqueda. No sabía de quién podía fiarme, estaba asustada y no llegabas —sollozo.

Veo cómo cambia la cara del Sir, ahora es más tierna. Ya lo tengo. Soy su pequeña dama después de todo. Me abraza y yo dejo que lo haga. Cierro los ojos porque no quiero verme rodeada por él y cuando los abro noto un guardia dentro de la habitación, en una pared de pie. Está mirándonos. Lo conozco. Es el hermano del chico al que le extraje la bala. Lo miro mientras aún estoy en los brazos del Sir, seria, no sé qué significa esto. Dudo si está con Keyran o con el Sir. Dudo hasta que lo veo darme una pequeña sonrisa y sé que ha venido a ayudarme.

—Voy a quedarme en casa hoy a cuidarte —me dice, separándose de mí y cogiendo mi cara entre sus manos.

—No es necesario, además, tenemos un trato, te pertenezco por la noche y según veo en la ventana ya es de día.

No sé cuánto llevo dormida, pero el sol está iluminando toda la habitación, así que mínimo es media mañana.

—Sé el trato que tenemos —contesta enfadado—, recuerda que puedo revocarlo cuando quiera.

—Esto va en ambos sentidos —le recuso, devolviendo su amenaza.

Me he despertado con ganas de guerra. Estoy cansada de que todos decidan qué hacer conmigo.

—Texas —dice en un tono amenazante que seguro usa para intimidar a sus subordinados o enemigos.

—Sir —le rebato en el mismo tono desafiante.

Me mira unos segundos, manteniendo la mirada. Si no me deja ver a Dayra y a Megan a partir de ahora se va a follar un palo. De repente, suelta una carcajada y me descoloca totalmente. Puto loco.

—No esperaba menos de ti, mi pequeña dama —dice besándome —. Aun así, me quedaré en mi despacho.

—Bien, yo voy a ver a mi hija —digo, quitándome la intravenosa e intentando levantarme.

—No, hoy no sales de aquí.

Levanto mis cejas. No me toques las palmas que me conozco.

—Haré que las traigan, pero hoy te quedas en la cama.

—Está bien.

El Sir sonríe como si hubiera ganado una batalla, se levanta, me da un beso en la frente y se va, cerrando la puerta y dejándome a solas con el hombre del amo. Nos miramos un minuto entero, esperando a que el Sir vuelva a entrar o a que ocurra algo que nos delate, pero no pasa nada.

—Me alegro de verte —digo, rompiendo el silencio.

—Y yo de que estés bien —me contesta con una sonrisa.

—¿Cómo es que has acabado aquí? —le pregunto intrigada.

—Ayer, cuando trataron de envenenarte, el Sir ordenó reemplazar a todos los hombres de la casa. Yo fui la mejor opción para cuidarte en la habitación dada mi orientación sexual —contesta sonriendo—. Con todo respeto, fue una suerte que trataran de matarte, nos facilitó mucho las cosas para entrar.

—De nada —le contesto, y él me mira confundido—. Nadie trató de matarme, fui yo la que tomó mercurio de un termómetro para simular el intento de envenenamiento. Supuse que, como poco, habría algún cambio de guardias si el Sir pensaba que habían podido llegar hasta mí. Que habría una brecha en la seguridad.

—Eres una mujer increíble —dice lleno de orgullo—, la mejor que Keyran podría haber encontrado.

Oír su nombre hace que me dé un vuelco el corazón. Hasta ahora lo que pasaba era una suposición para él, pero con su hombre dentro tendrá la certeza de que estoy acostándome con el Sir por voluntad propia. Más o menos.

—Respecto a lo que has visto antes con el Sir…

Quiero explicarle que era todo actuación, pero no me deja.

—No te justifiques por tratar de sobrevivir.

Sonrío agradecida.

—¿Ya sabéis como vais a sacar a Dayra de aquí? —inquiero justo cuando se abre la puerta y la niña entra corriendo saltando sobre mí en la cama.

El guardia vuelve a poner expresión neutral y se pone firme para evitar levantar sospechas. Megan entra detrás y alguien, imagino que quien las ha acompañado, cierra la puerta.

—Mami, ¿estás bien? —me pregunta, trepando hasta mi estómago y sentándose sobre él.

Me encojo ligeramente y la muevo hasta dejarla sentada en mi pelvis.

—Sí, cielo, estoy bien, vamos a estar bien —le digo, haciéndole cosquillas, provocándole una gran risa que nos contagia.

Megan se sienta a mi lado con los ojos rojos, ha estado llorando.

—Os dije que os iba a sacar de aquí.

—Pero no así, no a costa de tu vida, Brit, no vuelvas a hacer algo parecido —susurra para que solo yo la oiga y me abraza.

—Lo volvería hacer porque ha funcionado —le digo, señalando con la cabeza al guardia al que no creo que hayan visto al entrar.

—Hola, soy Jowan —interviene, presentándose con una gran sonrisa.

—Ha venido a ayudarnos —aclaro.

Y Megan se levanta y se lanza a sus brazos ante la sorpresa de él.

—¡Muchas gracias! —susurra entre lágrimas.

Megan ha estado aguantando hasta ahora, pero creo que se va a derrumbar. Demasiada presión. Demasiada locura alrededor para un alma tan dulce como la suya.

—¿Por qué le das las gracias a ese señor, tía Megan? —pregunta Dayra, que siempre está atenta a todo.

—Porque va a ayudarnos a ir a otro sitio —le explico—, pero es un secreto.

—¿Y dónde iremos?

—Te va a llevar con unos amigos míos que están deseando conocerte —le cuento—, pero para eso primero tenemos que escuchar a Jowan decirnos cómo lo vamos a hacer.

—¿Seremos como las espías de la tele? —pregunta entusiasmada.

—Eso es, princesa.

—Entonces guardaré el secreto. Señor Jowan, ¿cómo vamos a irnos?

Los tres nos reímos porque es muy divertido ver a esta niña actuar como una adulta. Jowan se acerca, aún riendo, para contarnos todo. El plan es bastante bueno y parece que lo tienen todo muy bien pensado.

—Así que ahora mismo llevas ahí un muñeco de la misma complexión que Dayra —le digo para ver si lo he entendido todo bien.

No parece que tenga nada debajo del chaleco salvo músculos, pero supongo que eso es parte del plan. Sería raro que apareciera aquí un día y al siguiente le hubieran crecido tripas.

—Eso es.

—Haremos el cambio y entonces saldrás con ella y en la noche vendrán por nosotras. Solo tengo que encargarme de que el Sir tome el somnífero.

—Sí, aunque no es un somnífero. El jefe ha ordenado que le trajeran una ampolla de un suero que provoca la parálisis temporal. No puedes moverte, pero estas despierto y sientes todo.

Frunzo el ceño.

—Quiere que el Sir vea cuando te lleva lejos de aquí.

Sonrío. Keyran es retorcido y creo que yo tengo algo mal en mi cabeza porque encuentro este gesto algo romántico.

—El jefe ha estado volviéndose loco estos días. De verdad te echa de menos.

Y sus palabras me reconfortan. Necesitaba oírlas. Tengo unas ganas brutales de verlo, y pensar en entregarme al Sir esta noche hace que quiera pegarme un tiro para evitarlo.

—Lo haremos hoy —digo.

—¿Hoy? —preguntan Jowan y Megan a la vez.

—Sí, para qué esperar. Comeremos aquí y aprovecharemos que Dayra se duerme después en su carro para ir a pasear con ella, pero no será ella, será un muñeco. Fingiremos que necesito descansar y volveremos aquí con el muñeco, veremos cómo hacemos para que no se den cuenta hasta la noche. Luego todo será esperar a que vengáis mientras le doy el suero al Sir.

Jowan sopesa la idea y cree que es una buena opción. Tiene un descanso para comer que aprovechará para llamar al jefe y avisarles de que esto empieza. Luego volverá para hacer el intercambio y se marchará con la niña. Parece un plan seguro y la oportunidad es perfecta, dentro de la habitación no hay cámaras y nadie les verá cuando cambien a la niña por el muñeco.

—Hagámoslo —dice Jowan sonriendo.
Parece que hoy, por fin, me largo de aquí.



CAPÍTULO 47

Texas

Todo transcurre según hemos previsto y nadie parece sospechar cuando pedimos que nos traigan el carro para llevar a la niña de paseo. Curiosamente es Jowan quien nos trae el recado de que lo han dejado al pie de las escaleras para cuando queramos bajar. Dayra ha caído en un sueño profundo después de comer, le hemos mezclado el somnífero con la comida y no se ha enterado de nada. No me gusta darle esta mierda a mi hija, pero Jowan me ha asegurado que han pedido a un profesional que ajuste la dosis para que no sea perjudicial. Mi niña preciosa va a salir de aquí. Por fin.

Hemos pasado la comida hablando de Cadee, Keanan y Keyran. No quiero que se asuste si pasa algo y nosotras no estamos allí, confío en que si algo nos ocurre alguno de ellos cuidará de mi pequeña.

—Tenemos que sujetarla tal y como está la muñeca —dice Jowan quitándose el uniforme y dejando al descubierto lo que parece una muñeca atada a su tronco superior.

Se la quita y la deja en la cama junto a Dayra, realmente parece de verdad, es escalofriante. No entiendo el gusto de comprar una de estas para tenerla en casa, seguro que por la noche se aparece con un cuchillo en tu habitación.

—¿Quién demonios compraría una cosa como esta? —pregunto, mirándola horrorizada—. Da miedo.

—Yo creo que son adorables —dice Megan peinándola.

Le cambiamos la ropa por la de Dayra para que sea lo más similar posible y colocamos sobre Jowan a la niña. Nos cuesta porque tratamos de no hacerle daño y a peso muerto como está es difícil maniobrar con ella. Aun así, logramos hacer que su pequeño cuerpo encaje en el musculoso torso de Jowan. Le colocamos la ropa y da el pego, no parece que debajo de ese chaleco antibalas lleve a mi vida.

Menos mal que Jowan es enorme, al menos dos metros de hombre que es el ochenta por ciento músculo.

—Ahora saldremos a pasear, voy a llevarla tapada y la echaremos en el carro delante de todos.

—Así, mientras, yo salgo de la casa sin levantar sospechas —dice Jowan —, el equipo ya está avisado, he hablado antes con ellos.

Ya faltan unas horas solo para salir de aquí, para que acabe esta jodida pesadilla.

—Que empiece la función —murmuro mientras envuelvo a la muñeca en una mantita y la saco en brazos contra mi pecho para que nadie pueda verla.

Megan sale junto a mí y Jowan detrás, escoltándonos, como le han indicado que haga si decidíamos salir de la habitación. Debe avisar al Sir si eso ocurre y nada más salir de la habitación se dirige a su despacho. Nosotras bajamos las escaleras y colocamos a la muñeca en la silla. Lo hacemos de tal manera que tapamos en todo momento a la falsa Dayra.

—¡Texas! —oigo que grita el Sir desde lo alto de la escalera.

Me congelo en el sitio porque esa voz es de cuando está enfadado, muy enfadado. Lo miro bajar las escaleras con Jowan y dos hombres más escoltándolo.

—Llamad a todos los guardias nuevos. Que vengan todos aquí —ordena.

—¿Qué ocurre? —pregunto mientras veo como la entrada de la casa se está llenando de hombres armados uniformados igual que Jowan.

Miro alrededor buscando a Jowan y lo encuentro en las filas traseras junto a la puerta de entrada que ahora está abierta. Me mira con incertidumbre, él tampoco sabe qué pasa.

—Bien, acaban de confirmarme que el veneno en tu sangre era mercurio —dice, merodeando a nuestro alrededor a unos cuatro metros de distancia.

—Vale —le contesto sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Curioso, ¿sabes? Hoy en día es difícil encontrarlo porque es una sustancia prohibida. No es un veneno que alguien usaría para matar.

Asiento para que sepa que sigo atenta.

—Y lo que es más curioso aún. Uno de mis hombres encontró un termómetro de mercurio roto y envuelto en papel dentro del bolso del carro el mismo día que fuiste envenenada. Bolso al que solo tenéis acceso vosotras, por cierto.

Sigo mirándolo sin apartar mis ojos de los suyos. Me mira como si quisiera estrangularme y probablemente es lo que pretende. Quiere hacerme daño. Lo sé.

—Así que lo único que se me ocurre, ya que ninguna cámara ha captado nada raro, es que tú misma tomaste el mercurio por voluntad propia.

Sigo mirándolo sin mostrar ninguna emoción. Noto a Megan que se va alejando y me gustaría darme la vuelta y abrazarla, pero el Sir es como un león y nosotras sus presas, cualquier movimiento brusco puede desencadenar un ataque.

—Bien —continúa el Sir sin dejar de moverse—, si estoy en lo cierto, y sé que lo estoy, hiciste eso para poder meter a alguien de fuera que te ayudara.

Puto psicópata de mierda. Su mente es demasiado retorcida como para creer que no se daría cuenta. Aun así, sigo mirándolo desafiante. Se acabó rendirse, estamos muy cerca de sacar a Dayra de aquí, todo lo demás no importa.

—Así que —dice desenfundando un arma—, voy a empezar a disparar a todos estos hombres que ves aquí hasta acertar con quien te está ayudando.

Y dicho eso apunta contra uno y le pega un tiro en el cuello. Cae al suelo y muere delante nuestro, ahogado en su propia sangre. Megan grita y yo sigo quieta, mirándolo. Desafiándolo. Sonríe porque en el fondo mi actitud le gusta.

Gira sobre sus pies buscando el siguiente objetivo. Dispara a un tipo muy cerca de Jowan, demasiado. Intento mantener la compostura cuando el muy cabrón me mira sonriendo. Espero que el ruido de los disparos no despierte a Dayra. Necesito distraerlo, que deje de disparar porque no dudo de que va a seguir matando a cada uno de los hombres que tiene delante si con eso consigue encontrar a Jowan.

—¿Vas a matar a muchos más? —pregunto, haciendo que se gire a mirarme—. Lo digo por subirme un escalón antes de que la sangre comience a llegarme los zapatos. La mancha se va fatal, ¿sabes?

Su sonrisa se amplía, le gusta que lo desafíe. Se toca la entrepierna y desde donde estoy puedo ver lo excitado que se encuentra en estos momentos. Puto loco homicida.

—Igual me he equivocado —dice, poniendo su arma contra sus labios—. Quizás, solo quizás. O igual no te importa nadie más que tu hija.

Y apunta hacia nosotras, pero ligeramente hacia el carro. Yo salto delante de Megan, quien está llorando y temblando. Un segundo. Un segundo me cuesta darme cuenta de mi error. Y cuando lo miro a los ojos veo que él también lo sabe. Se acerca en dos zancadas al carro y lo lanza de una patada al suelo. La muñeca sale volando y cuando el Sir se acerca confirma sus sospechas y descarga su arma contra ella. Se aproxima a uno de sus hombres y le arrebata su pistola del cinturón.

Miro hacia donde está Jowan, sigue quieto en el mismo sitio observando todo. Niego disimuladamente con la cabeza. Pase lo que pase la prioridad es Dayra.

—¿Dónde está la niña? —inquiere en un rugido el Sir.

No contesto.

—No te voy a repetir la pregunta —dice, avanzando amenazadoramente.

Llega hasta mí y se pone a un centímetro de mi cara, su pistola apuntando mi sien. Noto el frio metal y sé que ha llegado mi fin. Cierro los ojos porque no quiero que su cara sea lo último que vea. Separa un poco el arma y oigo como le quita el seguro. Megan está tras de mí con sus manos en mi espalda. Temblando. Lamento no poder defenderla, espero que no la haga sufrir demasiado. Oigo un disparo junto a mi oído y espero que la oscuridad se me trague, pero en vez de eso solo escucho el pitido en mi oído a causa del disparo. Eso y un golpe seco tras de mí. Me giro y veo a Megan en el suelo, un disparo en la frente.

Muerta.

Sus ojos sin vida me observan desde el más allá.

Muerta por mi culpa.

Asesinada.

Una rabia me embarga y arremeto contra el Sir. Lanzo mi puño contra él dándole un golpe certero en la mandíbula, ya que no se lo esperaba. Me ha dolido más a mí, pero aun así me devuelve el golpe lanzándome al suelo. Me coge del pelo y me levanta.

—¡Encontrad a la niña! —grita —¡Ahora!

Y todos los hombres se lanzan a una búsqueda irrefrenable como perros de caza. Cruzo la mirada con Jowan que está en la puerta y le suplico que se vaya.

—Tú y yo vamos a ajustar cuentas en privado —dice mientras tira de mí escaleras arriba, guardando el arma en sus pantalones.

Veo a Jowan mirarme unos segundos antes de desaparecer por la puerta principal y rezo a un dios que nunca he rezado y que no me conoce, para que consiga salir de aquí.

Subimos casi hasta el final de la escalera antes de oír una voz que conozco y que extrañamente parece familiarizada con el ambiente.

—Veo que he llegado justo a tiempo para la fiesta.

Me giro cuando el Sir lo hace, aún con mi pelo en su puño, y la veo allí de pie, junto al cuerpo de Megan. Nueva York me mira con una sonrisa de triunfo y entonces todo encaja. Me lanzo hacia ella, pero el Sir tira de mi pelo, haciendo que me arrodille.

—Te voy a matar —la amenazo con todo el odio que puedo destilar en mis palabras.

—No tiene pinta de que eso vaya a suceder —dice sonriendo a la vez que se limpia los zapatos en el cuerpo sin vida de Megan.

No lo pienso.

Le arrebato la pistola al Sir de la cinturilla del pantalón, apunto y disparo.



CAPÍTULO 48

Keyran

—Nuestro hombre está desde ayer metido en casa del Sir —dice Keanan mientras nos sirven la comida.

Cadee y él se están quedando aquí porque es más fácil si todos estamos juntos. Tres cabezas piensan más que una. Al menos sabemos que, aunque no ha despertado aún, Texas está bien, solo descansando.

—¿Cuándo recibirás el informe? —le pregunto ansioso mientras observo la carne que no tengo ganas de comer. Mi mente solo está en Texas.

—Debería estar llamando en breve —contesta, dejando el móvil encima de la mesa a la vista de todos—, dijo que llamaría en la comida.

—¿Has sabido algo de Nueva York? —inquiere Cadee, metiéndose ensalada en la boca.

—No, la dejaron en un hotel con la habitación pagada mientras quisiera permanecer allí, pero me han avisado hace un rato de que dejaba el hotel.

—Eres un blando. —Me sonríe.

—Aún me siento culpable por haberla traído.

—¿Culpable o estúpido? —pregunta Cadee, sonriéndome.

—No me hagas decírtelo.

Nos reímos porque no podemos hacer otra cosa. Reímos hasta que el sonido del móvil de Keanan nos interrumpe. Se levanta para atenderlo y sale del comedor. Lo miro enfadado, quiero enterarme de lo que hablan.

—Déjalo que le den el informe y luego nos cuenta —me dice Cadee, viendo mi cara de pocos amigos mientras observo a Keanan pasear de arriba abajo.

Asiente.

Asiente.

Sonríe

¿Sonríe?

Asiente.

Asiente.

Cuelga.

Vuelve.

—Bueno, pues parece que esto comienza —suelta, sentándose de nuevo.

—¿Vas a hablar o tengo que darte una paliza para sacarte las palabras? —le pregunto un tanto irritado.

—Te va a encantar —me dice.

Y juro que estoy a punto de estamparle el puño en su cara.

—Kean, por favor —suplica Cadee, viendo que no queda mucho antes de que le meta mi puño en su cara.

—Jowan ha dicho que Texas está bien. Se le ha asignado ser el guardia dentro de la habitación debido a su orientación sexual.

—¿Cómo? —pregunta Cadee extrañada.

—Se le ocurrió tirarle los tejos a uno de sus compañeros delante del resto, así que piensan que es gay y por eso mismo el Sir lo eligió para velar por Texas mientras estaba inconsciente.

—¿Y ya sabe quién ha tratado de matarla? —pregunto curioso por saber el nombre de la persona a la que voy a asesinar por intentar hacerlo.

Keanan se ríe.

—Jowan me ha dicho que fue Texas, ella misma se envenenó.

—¿Perdona? —pregunto incrédulo mientras Cadee trata de no atragantarse con la comida.

—Sí, por lo visto pensó que si el Sir creía que ella estaba en peligro cambiaria a alguno de los guardias y tendríamos posibilidad de infiltrar a nuestro hombre. Mi *brathair* es toda una mujer, ¿no creéis?

—Joder con Texas —contesta Cadee—, los tiene bien puestos, haciendo eso consiguió que cambiaran a todo el jodido equipo.

—¿Sabes lo que eso significa? —pregunta Keanan mirándome.

Significa que ella le importa más de lo que pensábamos.

—Jowan me ha dicho que Texas trató de explicarle cierta situación que él presenció… dice que Texas estaba avergonzada… pero…

—No me importa lo que haya hecho o lo que tenga que hacer para sobrevivir —declaro tajante—, la quiero de vuelta, mientras se mantenga con vida puedo asegurarte que no habrá nada que haga o diga que me impida adorarla el resto de mi vida.

—Bien —contesta Cadee sonriendo.

Keanan me mira satisfecho con mi respuesta. Sé que allí el Sir la ha tocado, le ha puesto la mano encima y en lo único que puedo pensar es en recuperarla, apartarla de él. No importa cuán rota la deje porque voy a encargarme de que mi mujer salga de allí para hacerla feliz el tiempo que tengamos juntos en esta vida.

—Jowan también me ha dicho que Texas ha decidido comenzar la huida, por lo que me ha explicado es lo mejor dada la situación.

—¿Hoy? —pregunto, ansioso por volver a verla.

—Sí, después de comer harán el intercambio con la muñeca y esta noche entraremos a por ellas.

Comemos tranquilos, pero animados. Todos tenemos ganas de volver a ver a Texas, aunque ninguno tiene más que yo. Acabamos los últimos detalles estratégicos de esta noche durante las siguientes dos horas. Gracias a que Jowan está dentro sabemos dónde van a estar los guardias exactamente en todo momento. No puedo esperar a volver a tenerla frente a mí. Y esta vez no voy a volver a perderla de vista ni un jodido segundo.

—El coche de Jowan está entrando a gran velocidad a la propiedad por el camino principal —dice uno de los guardias que está con nosotros ultimando detalles mientras se toca el comunicador de su oreja con la mano—, el vehículo está lleno de disparos y tiene la luna trasera reventada.

Sin pensarlo salimos corriendo hacia la entrada pistola en mano. Soy el primero en llegar y veo como dos de mis hombres ayudan a salir a Jowan de un coche agujereado por una infinidad de proyectiles de varios tamaños.

—¿Qué ha pasado? —pregunto mientras tapan una herida que le sangra en el brazo izquierdo.

—Todo se fue a la mierda, la mataron, joder, la mató sin más —contesta, aturdido aún por la situación.

Mi corazón se detiene.

—No. No. No. No puede ser —suplico—, ella no puede estar muerta.

—Texas no puede estar muerta —amenaza Keanan, no sé muy bien a quién.

—Ella no, Megan, han matado a Megan —suelta, empezando a centrar sus pensamientos.

—Piensa bien lo que dices, ¿quién ha muerto? —le pregunto muy despacio, como si no entendiera mi idioma.

Él me mira serio, pero totalmente consciente de lo que está pasando.

—Jefe, Megan es quien ha muerto, no Texas, al menos no cuando me he ido.

El alivio inunda todo mi cuerpo hasta que reparo en la frase completa.

—Todo se ha ido a la mierda, estaba a punto de salir de allí cuando el Sir ha montado una escena terrorífica. Ese hombre es un demente. Ha comenzado a matar a sus hombres porque pensaba que uno de ellos iba a ayudar a Texas a escapar y, como no sabía quién era ha empezado a disparar aleatoriamente.

—Joder.

—¿Qué ha pasado con Megan? —pregunta Cadee ansiosa.

—Señor, su mujer tiene más huevos que la mayoría de hombres que conozco —dice Jowan mirándome—, cuando el Sir descubrió que su envenenamiento fue una farsa no le mostró miedo en ningún momento. Lo enfrentó delante de todos sus hombres.

—Voy a darle unos cuantos azotes en el culo cuando la vea —gruñe Keanan.

—No lo hagas, su actitud probablemente le ha salvado la vida. El tipo parece que disfruta cuando ella lo enfrenta. Gracias a ella estoy vivo. Intervino cuando estaban disparando cerca de mí para enfocar en ella al Sir.

—Joder —suelto porque no me gusta hacia dónde va esto.

—Le preguntó si iba a seguir matando a muchos más porque no quería mancharse los zapatos —bufa una sonrisa—, increíble, tan pequeña que se ve y tan grande que se notaba su presencia.

Siento un gran orgullo de ella, mi Texas, mi mujer.

—Cuando el Sir se dio cuenta de que la niña no estaba, le pegó un tiro a Megan sin previo aviso, luego cogió a Texas del pelo y la arrastró escaleras arriba.

—Mierda, la niña —dice Keanan a mi lado.

Joder, somos lo peor del mundo, nos habíamos olvidado por completo de ella. Levantamos el chaleco de Jowan y rasgamos su camiseta, y allí debajo, ajena de todo, veo un pequeño cuerpo inmóvil. La desatamos y la tomo en mis brazos. Me siento responsable de ella.

Keanan y Cadee buscan en su pequeño cuerpo indicios de alguna herida, pero no tiene absolutamente nada. Yo no puedo dejar de mirarla. Es la viva imagen de Texas.

—Jefe, le prometo que quería quedarme a ayudarla, pero tenía a Dayra conmigo, solo podía pensar en llegar al coche y sacarla de allí. Cuando se dieron cuenta, salieron tras de mí disparando a bocajarro. No sé cómo he llegado hasta aquí vivo.

—Lo has hecho muy bien —le digo, mirando a esa pequeña niña en mis brazos—, era la elección correcta, soy yo quien va a ir a por Texas.

No puedo parar de mirar a Dayra.

—Hay una cosa más, jefe —interviene en un tono que hace que todos nos giremos a mirarlo—, cuando salía me crucé con alguien, aunque no me reconoció, pero yo a ella sí.

—¿Ella? —pregunta Cadee.

—Sí, Nueva York estaba entrando a la casa y vi como algunos compañeros la saludaban a su paso, creo que está con ellos, que siempre lo ha estado.

La rabia me inunda y noto como mi alma abandona mi cuerpo. Voy a encontrar a esa perra y rajarla de arriba abajo mientras dejo que se la follen los hombres que estén dispuestos a perder su dignidad por un poco de sexo. Ahora mismo soy la muerte.

—Salimos en diez minutos —ordeno mientras noto como Dayra se remueve en mis brazos y comienza a abrir los ojos.

Tiene los ojos del mismo color de Texas, igual de expresivos.

—Hola, preciosa—le digo, mirándola con dulzura.

—¿Tío Key o tío Kean? —pregunta mientras me toca la cara.

—Key —le contesto, y ella esboza una gran sonrisa.

—Mamá dijo que cuando despertara estaría en casa con mi familia, contigo, con tío Kean y con la tía Cadee.

Asiento sonriéndole, con su manita aún en mi cara.

—Mamá me dijo que vendría luego con tía Megan y que con vosotros no tendría de qué preocuparme.

—Megan la educó como su tía y siempre supo que Texas es su madre —aclara Jowan.

—Hola, Jowan, ¿tú también conoces a mis tíos? —pregunta alegre.

—Sí, pequeña.

—Genial, así en Navidad seremos más, normalmente solo estamos tía Megan, tío Marc y yo.

—Claro que sí, preciosa —dice Keanan, cogiéndola de mis brazos —. Esta Navidad vamos a tener una gran cena todos juntos. Yo soy tu tío Kean y ella es tu tía Cadee.

Dayra sonríe y el mundo no parece tan malo. A nuestro alrededor nuestros hombres se preparan para salir. En mi mente solo tengo un objetivo.

—¿Ya tengo que daros lo que mi mami dijo? —pregunta a nadie en particular.

Nos miramos confundidos y asentimos. Entonces abraza muy fuerte con sus pequeños bracitos a Keanan. Y luego abre los brazos hacia Cadee. Hace lo mismo, un abrazo fuerte. Todos la miramos sin saber muy bien qué hacer. Mi turno. Vuelvo a cogerla en brazos y me da un abrazo que me recarga el alma.

—Tío Key —dice susurrando—, para ti hay algo más.

Sonrío y me da un beso en la mejilla muy, muy, muy fuerte.

—Mamá debe quererte mucho.

Y juro que jamás he sentido lo que acabo de sentir ahora mismo. La ternura, la dulzura, el amor…

—Key, la baba —me dice Cadee, dándome un codazo.

Sonrío y le doy un beso en la frente a Dayra.

—Estamos listos —avisa uno de mis hombres.

Asiento y miro a Dayra, no quiero dejarla, pero tengo que hacerlo.

—Yo me quedo con ella, jefe —dice Jowan mientras veo que están terminando de vendarle el brazo—, no soy útil ahora mismo con un arma y ella me conoce.

—Síií, quiero jugar con Jowan a los espías —grita feliz.

—Me vale —acepto en voz alta, pasándole a la niña—, llévala dentro.

En el momento en que sale de mis brazos, mi equipo se encarga de proveerme de lo necesario. Pistolas, balas, chaleco, explosivos, cuchillos…

—¡Bien! —grito mientras mis hombres me rodean—, esta misión es de asalto, vamos a entrar y nos están esperando. No hagáis rehenes. Tenemos dos objetivos: Texas y el Sir, quien los encuentre que avise por radio. A él no lo matéis. Él es mío.

Dicho esto, damos un grito de guerra y nos dirigimos a los coches. He traído a los mejores hombres del país. Somos más y estamos mejor preparados. Hoy se trata de venganza y no tengo intención de tocarme el alma con ninguno de los hombres de esa casa.

El camino se me hace eterno, he permanecido en silencio pensando, meditando, recordando cada segundo que he pasado con Texas. Es curioso como la vida acaba poniendo a las personas en el camino para que se crucen.

—Nos aproximamos —dicen por la radio los del coche uno.

Un proyectil de largo alcance es lanzado desde el vehículo hacia la valla cerrada, haciendo saltar por los aires la puerta, la garita de seguridad y cualquier ser vivo que estuviera cerca. Pasamos a toda velocidad por la puerta, nos dividimos para rodear la casa y salimos lanzando explosivos a la primera carga de sus hombres que se aproxima.

—Nos vemos en la cena —dice Keanan sonriendo.

—No me la perdería por nada del mundo —contesta Cadee.

—Apuntad que llevo pareja —concluyo.

Y salimos del coche blindado disparando ráfagas de nuestras metralletas. No pierdo el tiempo. Tengo un grupo exclusivamente

dedicado a abrirme paso hasta la habitación del Sir. Es el último lugar en el que sabemos que ha estado Texas.

Entramos directos, disparando a todo lo que se mueve a nuestro alrededor. Caen tres guardias y, al pie de las escaleras, veo el cuerpo de Megan tirado. Ordeno a uno de mis hombres que lo lleve a los coches. Subimos agachados, apuntando a nuestro alrededor atentos por si alguien nos ataca. Llegamos hasta arriba sin problemas, parece que todo está pasando fuera, dentro apenas se oye movimiento. Llegamos hasta la habitación y pruebo a abrirla. Está cerrada. Doy un paso atrás y la derribo de una patada. Entramos apuntando, pero no hay nadie. La habitación está destrozada y hay sangre, un escalofrío recorre mi cuerpo. Avanzamos hasta el vestidor. Nada. Nos dirigimos a la puerta del fondo, está reventada. Entro despacio, con sigilo. Miro dentro y la escena que encuentro me deja paralizado.

He llegado demasiado tarde.



CAPÍTULO 49

Texas

Veo a Nueva York en el suelo, pero se levanta de inmediato sujetándose el brazo, la bala apenas le ha rozado, mierda. El Sir me da un manotazo tirando el arma escaleras abajo.

—Eres una perra —me grita enfurecida—, voy a encargarme de que tu hija acabe vendida como una mercancía en las peores subastas que pueda encontrar y me aseguraré también de que sepa la clase de madre que tuvo, te va a odiar.

Me arrojo hacia ella, pero el Sir me retiene del pelo. Lanzo un grito de rabia y de impotencia.

—¡Basta! —grita el Sir—. Desaparece, Nueva York.

Ella está a punto de replicar, pero el Sir le da una mirada que la hace temblar. Es muy valiente cuando se trata de mí, sin embargo, está claro que el Sir la aterroriza. La veo irse con la mano en su brazo y rezo por que se desangre o pille una infección y agonice. Si se acerca a Dayra va a desear estar muerta.

El Sir tira de mí hasta que llegamos a la habitación, me lanza dentro, entra y cierra con llave. Estoy tirada en medio de la alfombra, me siento cansada, no me he recuperado del mercurio, pero aun así voy a dar la pelea por Marc, por Megan, por mí…

—Sabes, podrías haberte convertido en mi compañera —dice, mirándome desde la puerta —, ahora tengo que matarte.

Lo dice como si le diera pena, como el que tiene que deshacerse de sus vaqueros favoritos porque están rotos, pero le da lástima tirarlos. Estoy realmente asustada, aunque al mismo tiempo saber que Dayra no está aquí y que ya no pueden hacerle más daño a Megan me da un respiro, solo tengo que preocuparme de mí misma. Tengo que encontrar la manera de convencerlo de que no me mate.

Me levanto un poco mareada, pero aun así logro estabilizarme sobre mis pies y mirarlo desafiante. Él sonríe.

—Vas a luchar hasta el final, ¿verdad? —pregunta en un tono que me hace pensar que es exactamente lo que quiere.

—Si voy a morir será de pie, pero no te lo voy a poner fácil —le advierto.

Se cruje los dedos y yo retrocedo. Va a darme la paliza de mi vida, o de mi muerte. Reculo hasta la cómoda. Cuando él comienza a avanzar le tiro la lámpara, el jarrón y dos figuras de cerámica enormes que hay encima. Aun así, llega hasta mí y me da un guantazo que me lanza de lado contra la pared. Cuando lo miro, extiende su mano y agarra mi cuello, apretándolo, subiendo mi cuerpo por la pared hasta que ya no siento el suelo bajo mis pies.

Le clavo las uñas, pero parece que no lo nota. Miro a mi alrededor y veo el aplique de la luz, una lámpara verde sobresale y yo me estiro para agarrarla mientras el aire comienza a faltarme. Cojo el plafón de cristal y lo estrello contra su cabeza.

El impacto provoca que me suelte y caigo de rodillas, tratando de recuperar el aliento. Me levanto rápido e intento llegar a la puerta, necesito salir de aquí, pero me coge de la camiseta y yo me agarro a las cortinas porque es lo más cerca que tengo. No aguanta el tirón y caen, rompiendo la ventana con el palo que las sujetaba. Me giro y lanzo mi puño contra su cara. Me suelta y se ríe.

—Te voy a echar mucho de menos, pequeña dama —dice, recolocándose la entrepierna, el muy cerdo está duro—, espero que tu hija sea como tú.

Lo miro y comprendo todo. Me va a matar, no hay posibilidad de un indulto, y lo va a hacer porque en su jodida mente enferma mi pequeña es mi reemplazo. No le importará esperar, ya lo hizo para su venganza. Mi dulce niña es su objetivo.

Llega hasta mí mientras las palabras aún están corriendo por mi mente y me da un puñetazo que hace que salga disparada contra la cama. El golpe me parte el labio y sangro sobre las sábanas. Las agarro en un puño, tratando de pasar al otro lado para obtener algo de distancia, y lo veo, la ampolla que me dio Jowan, enrollada en la sábana pidiendo ser liberada para ayudarme.

No me da tiempo a cogerla cuando me agarra de un pie arrastrándome sobre la cama hacia él y con el otro le doy una

patada en el pecho que lo hace caer de culo contra los cristales rotos de la ventana. Suelta un rugido que hace que se me encoja el alma. Busco la ampolla y salto hacia el baño. Entro y cierro. Miro buscando algo con lo que defenderme, pero aquí no hay nada.

—Una madera no me va a detener, solo estas retrasando lo inevitable —se burla desde el otro lado mientras aporrea la puerta—, vas a morir, voy a encontrar a tu hija y ¿sabes qué?

Me quedo en silencio y quieta, mirando la puerta.

—La voy a educar para que sea mi esclava personal, desde pequeña va a saber cómo me gusta que me la chupen. Lástima que no vayas a estar para enseñarle, eres la mejor mamada de mi vida.

Dicho esto, se oye un golpe en la puerta. Está tratando de derribarla.

Pasos atrás, pasos adelante y golpe.

El corazón me late a mil por hora.

Miro la ampolla en mi mano y la dejo sobre el lavabo, no quiero que se rompa, es mi esperanza. Vuelvo a revisar a mi alrededor y mientras oigo otro golpe aún más fuerte se me ocurre tirar el jabón al suelo, si logra abrir la puerta al menos se desestabilizará cuando entre por el impulso y el gel.

Corro a la ducha y cojo los dos botes que hay, los vacío completamente sobre el suelo y los tiro a un lado. Me quedo apoyada contra el lavabo, protegiendo mi esperanza.

Un golpe.

Pasos.

Otro golpe.

Un gruñido.

El marco de la puerta está astillado, no va aguantar más. El siguiente porrazo abre la puerta de golpe, haciendo saltar el marco, y tal y como había previsto, el Sir entra embalado por el impulso, resbalando con el jabón del suelo, me lanzo a por la madera de la puerta que ha caído a mis pies y le doy con ella en la cabeza.

Cae semiinconsciente al suelo. Suelto la madera, cojo la ampolla, la abro, me siento sobre él, le abro la boca y vierto el líquido. Casi ha tomado todo cuando abre los ojos de par en par y noto un pinchazo en mi costado, me lanza a un lado y se levanta. Toco el

lugar de donde viene el dolor y veo la sangre, lo miro de pie frente a mí y veo un trozo de cristal en su mano y una sonrisa oscura pintada en su cara.

—Te dije que solo estabas retrasando lo inevitable —dice, acercándose lentamente a mí mientras repto hacia atrás.

Avanza tranquilo sabiendo que no tengo escapatoria, pero lo veo detenerse en seco y mirarme desconcertado.

—¿Qué me has hecho? —pegunta con un deje de miedo en su voz.

Lo veo tambalearse e intenta sentarse en el borde del jacuzzi, pero falla y cae a un lado. Ahora está tirado en el suelo frente a mí con la mejilla contra la baldosa llena de mi sangre. La ampolla debe estar haciendo efecto. Miro debajo de mi camiseta y sé que estoy perdiendo sangre muy rápido, así que cojo una toalla que tengo a mi alcance para taponar la herida.

Lo miro y pienso en todo lo que me ha arrebatado, en todos los que han muerto por su culpa.

Lo miro y recuerdo que ya no voy a volver a ver a Marc, que Dayra no podrá volver a abrazar a Megan. Incluso recuerdo que mi madre está tirada en un vertedero. Nadie merece un final así, ni siquiera ella. Me doy cuenta de su maldad, de su obsesión y de que nadie lo va a detener.

—Es cuestión de tiempo que mis hombres entren y te encuentren, vas a morir, pequeña dama —me dice, tirado como un muñeco de trapo.

Y entonces tomo la decisión de que esto tiene que acabar aquí. Apoyo mi mano ensangrentada en la baldosa blanca y me levanto. La toalla que tapona mi herida cae a un lado. Me acerco a él y cojo de su mano el cristal con el que me ha herido.

—No me vas a matar, y lo sabes, no eres una asesina —me dice como si me conociera, y lo odio porque es verdad.

No me siento capaz de cortarle el cuello como se merece.

—En el fondo has disfrutado estando conmigo.

Ese puto enfermo cree que he podido sentir algo por él aparte de asco y repulsión en cada una de las veces que tomó mi cuerpo sin mi consentimiento. Ojalá pudiera hacerle sentir lo mismo que él me

ha hecho sentir cada vez, que no tienes nada que hacer, que no tienes escapatoria, sentir que te mueres lentamente debajo de su cuerpo sin poder hacer nada mientras él disfruta. Me viene una idea a la mente, pero no me atrevo.

—Y tu hija va a disfrutar también

Y eso hace que tome la decisión, necesito liberar al mundo de este monstruo. Necesito dejarle a mi hija un futuro feliz. Suelto el cristal y él se ríe. Cree que me ha entrado en la cabeza, y lo ha hecho, aunque no del modo que él piensa.

Me acerco al jacuzzi y lo preparo, enciendo el agua. Me siento un momento, me mareo por la pérdida de sangre, pero no me voy a detener. Cojo al Sir por debajo de los brazos y lo lanzo contra el borde, queda con medio cuerpo dentro y medio fuera, cojo sus piernas y lo termino de meter. Pesa mucho y me cuesta, pero lo consigo.

—¿Qué haces?

No le contesto. Estoy concentrada. Dientes apretados, no puedo gritar. Tengo un objetivo. Lo giro y lo acomodo tumbado dentro. Abro aún más el agua. Empieza a llenarse con él dentro, su cabeza apoyada en uno de los asientos, su preferido para tomarme porque podía ver su reflejo en el espejo. Cojo otra toalla y me desplomo al lado, en el suelo frío, tapono mi herida mientras apoyo mi brazo en el borde y mi cabeza sobre mi brazo.

—Puede que no sea capaz de cortarte el cuello, pero soy capaz de dejarte morir.

Me mira sonriendo, su locura no tiene límite.

—Nunca pensé que lo harías, parece que te he llevado al límite —dice con satisfacción.

El agua comienza a cubrirle el cuello, está llegando a su fin y lo sabe.

—Puede que no te lo creas, pero te he amado de la mejor forma que he sabido.

Ahora es mi turno de reír.

—Eso no es amor, el amor no te obliga, no te hiere, no te coarta la libertad. El amor es ser libre y elegir que quieres quedarte porque alejarte de la persona que amas no es una posibilidad —le digo,

recordando a Keyran—. Lo que vas a sentir en unos momentos es lo que yo he sentido cada vez que me has violado.

Oímos una explosión. Ambos nos sobresaltamos.

—Parece que tenemos compañía.

No sé a qué se refiere. Oigo disparos que parecen provenir de fuera, pero ya no importa, la cabeza del Sir está sumergida, sus ojos abiertos mirándome. Comienzan a salir burbujas del aire que ha retenido. En el fondo cree que alguien va a venir a salvarlo. Lo observo mientras me cuesta seguir despierta, la hemorragia va a provocar que pierda la consciencia, espero que no antes de verlo tomar su último aliento. Si voy a morir desangrada en este baño, necesito al menos irme sabiendo que él ya no la podrá alcanzar.

Noto el segundo exacto en que el Sir sabe que va a morir porque abre sus ojos aún más, está luchando por moverse, pero la droga lo mantiene quieto. Oigo la puerta de la habitación abrirse de golpe, no puedo apartar la vista del Sir, ha tomado su último aliento y ahora yace muerto frente a mí, mirándome. Escucho pisadas de botas entrar en la habitación, en breve llegarán hasta nosotros, no sé si es amigo o enemigo el que está fuera, aunque ya da igual, estoy cansada, así que cierro los ojos y descanso. Mi misión está cumplida. Muevo mi mano hasta mi cicatriz, mi botón de reinicio, y la toco lamentando no haber tenido más tiempo con ella. Lamentando dejarla sola. Al menos sé que la dejo en un mundo un poco mejor.

—¡Texas! —oigo que gritan, pero no puedo abrir mis ojos—. No, no, no.

Unas manos me tocan la cara, apartándome el pelo. No puedo abrir los ojos, pero sé que es Keyran, podría reconocerlo no solo por su olor, también por lo que siente mi piel cuando la toca.

—*Mo shaol*, despierta, por favor —me suplica, llevándome contra su pecho, puedo oír su corazón latir acelerado.

Hago un esfuerzo porque quiero verlo por última vez, porque necesito decirle algo antes de irme.

—Eso es —me dice mientras parpadeo—, sigue conmigo, *mo shaol*.

Me cuesta, pero finalmente abro los ojos.

—Todavía no me has dicho lo que significa eso.

—Mi alma, mi vida, mi todo —contesta con lágrimas en los ojos.

—Te amo, Keyran, por favor, cuida de mi niña.

—Lo voy a hacer —me promete—. Lo vamos a hacer, sigue conmigo, no me dejes. Te Amo demasiado, no puedes dejar mi mundo, no te permito dejarlo.

Me alza en brazos y mi cabeza baila libre hasta el hueco de su cuello. Me saca de la habitación, estamos rodeados de hombres armados, a algunos los reconozco. Oigo disparos a mi alrededor, pocos, lo que sea que ha ocurrido ya ha terminado.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Keanan mientras se acerca corriendo hasta nosotros.

Le sonrío, me alegra verle, quería verle también por última vez.

—Ey, *brathair*, no te atrevas a dejarnos —me susurra, cogiendo mi mano mientras Keyran me lleva fuera—. La he conocido, ¿sabes?

Y sé que habla de mi pequeña.

—Es perfecta —me dice, besando mi mano.

—Lo sé —le contesto, aunque ni siquiera yo me he oído.

Nos metemos en la parte trasera de un coche. Keyran no me suelta en ningún momento. Me tiene apretada contra él. Tengo los labios contra su cuello y sonrío, sonrío y le beso porque no puedo pensar un lugar mejor para morir que entre sus brazos.

—Mierda, Key, apenas noto su pulso.

Es lo último que oigo antes de ver una luz brillante que me llena de paz y caminar hacia ella.



EPÍLOGO

Keyran

Veo a mi niña jugar frente a la tumba y sonrío, ella cree que si juega allí ellos la estarán observando. Ha crecido mucho durante este tiempo.

—Vamos, Mariposa, que la boda está a punto de comenzar —le digo mientras dejo unas flores y paso la mano por la fecha grabada en la piedra.

Dos años ya. Parece mentira. Dayra, mi pequeña mariposa, corre hacia mí y yo abro los brazos para recogerla. La alzo y ella me besa la mejilla.

—Papi, tía Cadee dijo que no iba dejarte ir a su boda si no te afeitabas —dice, pasando su mano por mi mejilla.

Le hago cosquillas con ella en el cuello y nos reímos. Lleva la medalla de oro que le regaló su madre al nacer.

—Dayra, te vas a arrugar el vestido —se queja Keanan mientras la coge de mis brazos, la baja al suelo y coloca su vestido de tul rosa bien—. Menos mal que no ha venido Cathal porque no podría con dos como esta.

Es como una madre con Dayra, siempre atento a ella, siempre consintiéndola. Le pone la chaqueta de cuero sobre el vestido de tul rosa y ella me mira, es igual que su madre, tiene la misma cara que ella. Y cuando sonríe son dos gotas de agua.

—¿La has traído? —pregunto a Keanan, sorprendido mientras veo a una morena pequeña y asustada apoyada en la pared de la casa, tratando de pasar desapercibida.

—No quería dejarla sola.

Asiento extrañado. La recogimos en una de nuestras misiones de rescate de esclavas sexuales y desde entonces no se ha separado de ella, no sé qué rollo raro se traen.

—¡Tía Cadee! —grita mi pequeña mariposa, lanzándose a sus brazos.

Cadee lleva un velo blanco precioso que dulcifica sus facciones, un ramo de flores silvestres, un mono negro, botas militares y chaleco antibalas. Levanto la vista y veo un montón de mis hombres sentarse en las sillas dispuestas a ambos lados del pasillo que conduce al altar que hemos montado en el jardín. Todos vestidos como la novia. Tenemos una misión.

La marcha nupcial comienza a sonar y mi mariposa pasa delante nuestro echando pétalos de rosa, ganándose el corazón de todos. Le doy un beso en la mejilla a Cadee y paso su mano por mi brazo. Me enorgullece ser su padrino. Caminamos hacia el altar siguiendo a mi pequeña.

—Ya está todo preparado. El chip que le insertamos a Nueva York sigue funcionando, ella ya ha sido trasladada de la sede que vamos a tomar —me dice Cadee mientras avanzamos.

—De acuerdo, espero que la haya comprado otro puto sádico, me jode que siga viva —le contesto, sonriendo hacia los invitados.

—Key, insertarle un chip de rastreo y venderla como esclava sexual para rastrearla y así acabar con las mafias de trata de blancas es un buen castigo.

—Nueva York debería estar muerta —siseo.

—Es mejor esto. Cada vez que la venden nos proporciona un lugar al que rescatar mujeres indefensas mientras ella pasa a manos del siguiente enfermo que la compra.

Asiento porque hemos llegado hasta el altar, la beso en la mejilla, aprieto la mano de Jowan y le doy la de Cadee. Quién iba a decir que estos dos acabarían juntos. Los miro y quiero lo mismo.

—No va a pasar —me dice Texas mientras me coloco a su lado y la beso. Está de nuevo comiendo esos ositos de gominola que no faltan jamás en nuestra casa.

Cada día está más preciosa y cada día la amo más si puedo. Casi perderla me demostró que una vida sin ella no merecía ser vivida. Gracias a Dios que sobrevivió a la estocada del Sir. Aun así, no logro convencerla de que sea mi esposa. Dice que ya ha estado esclavizada antes y que no va a volver a estarlo, y menos por voluntad propia.

—Me acabarás diciendo que sí, y lo sabes.

Me mira y me sonríe. Está vestida como nosotros, ahora es parte del equipo; bueno, para ser exactos ella lo dirige. Después de que se corriera la voz de cómo acabó con el Sir y del castigo que le tenía a Nueva York, todos los hombres de Europa quisieron estar bajo su mando, y la mayoría de mujeres también.

Pero no solo hay venganza en su alma, ella recuperó el cuerpo de Marc y lo trajo para que descansara junto a Megan y así Dayra pudiera verlos cuando quisiera.

—¿No hace mucho calor? —pregunta, y la veo sudando, pálida.

—¿Estás bien?

La miro asustado, mi chica fuerte nunca se enferma, algo anda mal.

—Tengo calor.

—Quitadle el chaleco —grita Cadee detrás de mí, parando la boda —, dejadla que respire.

Lo hacemos y abrimos su mono, permitiendo que tome aire. Parece que va mejor, aun así, ella no va a salir a ningún tipo de misión hasta que venga alguien a revisarla.

—Llama al médico —ordeno a uno de mis hombres—, nos quedamos.

—No —dice casi cayéndose en mis brazos.

La sostengo contra mí y el pánico me invade.

—Dadme un segundo —ordena en voz alta.

Tomo su pulso y está bien. Tiene la mano en la cabeza, está mareada.

—No te mueves de aquí —le digo muy serio.

—No vas a impedírmelo, estoy bien.

—Quizás Key tiene razón, deberías quedarte.

—Cadee —la amenaza Texas.

Me estoy perdiendo algo y no sé lo que es.

—No, Tex, díselo, ¿no lo ves? Está a punto de darle un jodido infarto.

La oigo murmurar enfadada.

—Está bien, pero como alguno de vosotros me trate de forma de diferente, pienso agujerear vuestro culo, ¿entendido?

—¡Entendido, jefa! —se oye gritar al unísono a todo mi equipo.

—También va por ti, Key —dice, apuntándome con el dedo.

—¿Qué ocurre? —pregunto ya al borde de la histeria.

Suspira.

—¿Sabes que siempre me compras un ramo de flores el día del cumpleaños de Dayra para agradecerme haberla traído a tu mundo? —me pregunta, y asiento—. Pues a partir del año que viene tendrás que encargar dos ramos ese mes si las fechas no me engañan.

La miro sin entender nada.

—Amigo —dice Keanan a mi lado—, creo que te está diciendo que está embarazada.

La miro paralizado durante un segundo, no puede ser, no puedo tener tanta suerte.

—¿De verdad? —le pregunto, aún sin creerlo.

—Sí —contesta con una tímida sonrisa.

Me acerco y la beso, profundamente, cogiéndola de la nuca para acercarla a mí, demostrándole lo mucho que la amo y notando sus lágrimas de alegría mezclarse con nuestro beso. Oigo vítores y enhorabuenas a nuestro alrededor. Me agacho, la recojo en brazos, me doy la vuelta y vuelvo por el pasillo nupcial hacia la casa. Todos nos miran.

—Cuidad de nuestra hija, me voy a hacerle el amor a mi mujer el resto del fin de semana.

Texas se ríe en mis brazos.

—Tenemos una misión, Key —protesta entre risas.

—Pueden encargarse el resto, tenemos cosas más importantes que hacer.

—Sabes, ahora vas a tener que casarte conmigo para salvar mi honra —dice ella entre risas, haciéndome el hombre más feliz del mundo.

—*Mo shaol*, es lo primero que va a ocurrir en cuanto salgamos de esa habitación.



ESCENAS EXTRA

La primera corresponde al capítulo 13 en el que el Amo va en busca de Texas, cuando entra a la cocina en la que están y se encuentra con Sábado y Lunes.
La segunda al capítulo 36 en la que el Sir le da a Keyran la clave para desactivar la bomba.

El Amo

Se ven perdidas, con una mirada vacía. No sabría decir si amigo o enemigo. Por si acaso sigo apuntándolas con mi pistola.

—Ella se fue. Lo golpeó y se fue.

Me giro para ver de qué hablan y allí veo a un tipo tirado en el suelo con la cabeza llena de sangre.

—¿Por dónde? —inquiero esperando que no fuera tarde.

Ambas me señalan una puerta. Salgo por ella y veo unos zapatos de tacón. Mi intuición me dice que eran de Texas. Sigo caminando hasta un patio y vi una puerta al fondo abierta. Seguí por allí y vi como esa puerta daba al jardín y a los viñedos.

—No está, creo que ella ha huido —le digo a Keanan a través del trasmisor de mi oreja.

—La casa está asegurada. El Sir se ha ido. Voy a buscarla dentro, tú búscala fuera.

Y así lo hago, no sé cuántas horas buscamos indicios de ella y nada. Me decido a llevarme uno de los todo terreno. Uno de los conductores que aún permanece allí sigue mis instrucciones. Voy a buscar en los alrededores, es noche abierta y no será difícil ver alguna sombra.

Pasa más de una hora hasta que el conductor del coche aminora.

—Hay alguien caminando ahí delante.

El conductor reduce hasta que pasamos la figura inmóvil. Me cuesta un segundo darme cuenta de que es ella.

Cuando lo hago le grito que frene y salgo del coche. Me dirijo corriendo, pero me detengo en seco al ver que me apunta con un arma.

—Texas, soy yo —le digo levantando las manos en señal de paz.

Y veo que ante mí hay una mujer a la que quiero más de lo que ahora mismo estoy dispuesto a admitir.

Texas

Subo al coche por voluntad propia. El cuero frío del asiento me hace estremecer, aunque no tanto como la presencia del hombre que está sentado a mi lado. El Sir sonríe con esa expresión retorcida que siempre me provoca escalofríos.

—Sabía que vendrías, mi pequeña dama. —Su voz es oscura, envolvente, y llena de promesas que nunca querría que cumpliera.

Me mantengo firme, mirando hacia delante, intentando controlar el latido acelerado de mi corazón.

—¿Qué quieres? —pregunto, fingiendo una fortaleza que no siento.

El Sir me observa un momento antes de contestar. Saca su teléfono y marca un número sin apartar la vista de mí.

—Keyran, eres demasiado predecible —dice en tono de burla.

—Espero que predigas la forma en que te voy a matar para que sepas lo doloroso que va a ser.

Mi corazón se detiene al escuchar la voz del hombre que ha hecho que mi vida tenga sentido de nuevo.

El Sir suelta una carcajada.

—Curioso que digas eso cuando estás a punto de saltar por los aires, ¿ha visto ya tu equipo dónde está colocada la bomba? Está en el motor, por si quieres ahorrarles tiempo.

—¡No! —La palabra se escapa de mis labios en un jadeo angustiado—. ¡Por favor, no lo hagas!

Se vuelve hacia mí con una sonrisa perversa, disfrutando de mi desesperación y cuelga.

—¿Quieres salvarlo, pequeña dama?

Asiento, incapaz de hablar por el miedo y la impotencia que atenazan mi garganta.

—Entonces tendrás que hacer algo por mí —continúa él, sacando de su bolsillo una pequeña jeringuilla.

Mi corazón se detiene al verla. El sudor frío empieza a correr por mi espalda.

—No puedo —susurro, negando lentamente con la cabeza y veo en sus ojos que conoce mi pasado—. Sabes que no puedo.

Él acaricia suavemente la aguja con el pulgar.

—Sé perfectamente tu problema con las drogas, Texas. Por eso es el precio perfecto.

—No —insisto, mi voz quebrándose—. Por favor, cualquier otra cosa.

—No hay negociación posible —su tono es duro, implacable—. O te lo pinchas tú o presionamos ese botón que acabará con la vida de tu querido Keyran.

El silencio se apodera del vehículo, roto únicamente por mi respiración agitada. El recuerdo del dolor, la desesperación y el infierno que viví vuelve con tanta intensidad que casi puedo sentirlo nuevamente en mis venas. Pero la imagen de Keyran muerto, destrozado por mi culpa, es algo que no puedo soportar.

Mis manos tiemblan mientras extiendo una hacia él, rindiéndome.

—Está bien —mi voz apenas audible—. Lo haré. Pero primero tienes que salvarlo.

Él sonríe, saboreando su victoria mientras me entrega la jeringuilla y vuelve a llamar. Con el altavoz puesto estoy tentada de decir algo, aunque no lo hago, solo escucho.

—Tienes la jodida suerte de que ella te quiere vivo. La contraseña es Texas.

Y acto seguido cuelga y me mira.

—Hazlo despacio, disfrútalo —dice con sarcasmo cruel.

Me muerdo el labio hasta sangrar para no gritar, mientras busco una vena con dedos inseguros. El pinchazo es un aguijón ardiente que rápidamente invade mi cuerpo. La sustancia recorre mi torrente sanguíneo como un fuego abrasador que me consume lentamente.

La cabeza me da vueltas, y trato desesperadamente de mantener el control, pero sé que estoy perdiendo la batalla. Mis ojos comienzan a desenfocarse y el rostro del Sir se vuelve borroso frente a mí.

—Eso es, pequeña dama —su voz me llega como un eco lejano—. Ahora eres completamente mía.

Intento protestar, pero mis labios ya no responden. El peso de mis párpados es insoportable, y noto cómo mi cuerpo se hunde en la inconsciencia. La última imagen antes de perder la batalla contra la droga es la sonrisa macabra del hombre que ha destrozado mi vida.

Y entonces, todo se vuelve oscuro.

Y ahora...



Born to be wild

Dayra aprendió desde niña que para sobrevivir en el infierno tienes que convertirte en el diablo. Criada en el corazón más oscuro de la mafia irlandesa, es hoy una experta en liderar equipos de asalto, acostumbrada a la sangre, al caos y a la venganza. Pero hay heridas que ni siquiera la violencia puede cerrar; recuerdos que se transforman en cicatrices profundas, latentes, sedientas de justicia.

Hace años, cuando era una niña enferma, su madre tomó la decisión más dolorosa posible: venderse en una subasta clandestina para salvar su vida. Ahora, décadas después, el destino la golpea con una revelación insoportable: aquella red de tráfico humano que destrozó su infancia, y casi destruyó a su madre, ha resurgido desde las sombras.

Armada con un corazón tan frío como el acero de sus cuchillos, Dayra deja atrás la humedad de las calles de Irlanda para sumergirse en el calor sofocante de Texas. Allí, entre vastas llanuras doradas y bajo cielos infinitos, descubrirá un mundo donde los límites entre el crimen y la ley son tan finos como el polvo que levantan los caballos al galopar.

Su llegada al rancho de los Daltry, una poderosa familia italoamericana de la Cosa Nostra, la arrastrará a un torbellino de secretos, alianzas inesperadas y traiciones mortales. A medida que Dayra se acerca a descubrir la identidad de los monstruos que destrozaron su pasado, encontrará a otro tipo de peligro: un hombre tan salvaje como el propio rancho que dirige.

Entre susurros cargados de advertencias y miradas que queman como fuego, Dayra se enfrentará no solo a la organización que busca destruir, sino también a su propia debilidad frente a un deseo que nunca anticipó. Porque en la oscuridad del rancho Red River, la pasión es tan peligrosa como las balas, y el enemigo más letal podría ser aquel que sostiene su corazón entre las manos.

En este juego mortal donde el placer se mezcla con el dolor, Dayra deberá decidir hasta dónde está dispuesta a llegar por justicia y hasta qué punto puede confiar en un hombre que podría ser tanto su perdición como su salvación.

¿Puede el amor florecer en medio del caos y la violencia? ¿O es simplemente otra forma de morir lentamente?

Born to be Wild es un romance oscuro independiente e intenso que te atrapará desde la primera página y no te soltará hasta el último suspiro. Prepárate para un viaje apasionado y peligroso, donde las apuestas nunca han sido tan altas, y donde la única regla es sobrevivir.

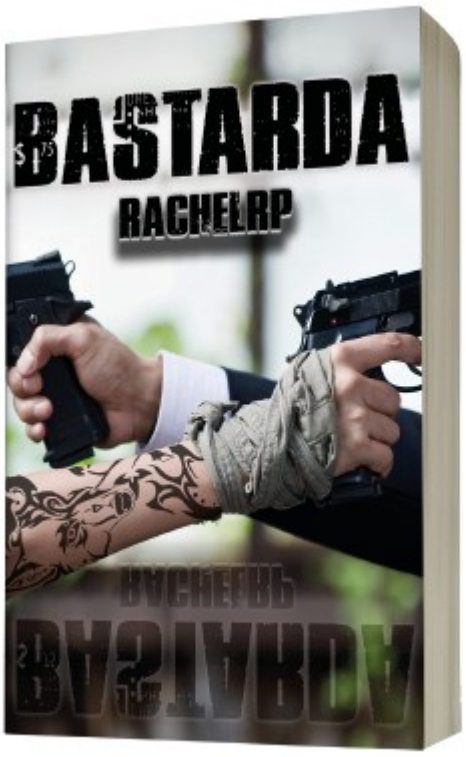


La venganza llegará en septiembre de 2025.

¿Estás lista para jugar con fuego?Si quieres comprar en preventa este libro y asegurarte de que no te quedas sin él sigue este LINK

Y si quieres ser la primera en saber todo acerca del siguiente libro apúntate a mi newsletter en mi web www.rachelrp.es y llévate un regalito!

Mientras tanto...



Heaven ha vuelto a South Arc para el entierro de su abuela, pero nadie sabe quién es ella realmente. Entrenada para ser una asesina implacable, Heaven tiene una misión clara: proteger al hijo adoptivo de su padre biológico, un hombre al que nunca ha conocido.

Jaxon Lockheart es el jefe de todas las redes criminales de South Arc. Hijo adoptivo de uno de los cabecillas más importantes del país, ha logrado mantener a todos bajo su mando gracias a su fuerte carácter. Pero cuando descubre la existencia de Heaven, todo cambia. Ella es la Bastarda, una mujer fuerte que no necesita un apellido ni una familia para imponerse. A pesar de las dudas

iniciales, Jaxon se siente atraído por ella y pronto descubre que hay mucho más detrás de la fachada de asesina fría que Heaven presenta al mundo.

En una historia llena de peligro y pasión, Heaven y Jaxon tendrán que luchar contra todo lo que se interpone en su camino para estar juntos. Descubre un romance oscuro, lleno de acción y suspense en el que dos personajes fuertes y decididos lucharán por superar sus miedos y descubrir la verdad sobre sus orígenes.

¿Podrá el amor triunfar sobre el pasado de ambos, o las sombras que los rodean acabarán separándolos para siempre? Sumérgete en esta historia llena de giros inesperados y descubre si la Bastarda encontrará su lugar en el mundo y en el corazón de Jaxon.

CONSÍGUELA AQUÍ